NARRACIONES TERRORIFICAS

KAN PAO
P'OU SONG LING
HOFFMANN
POE
IRVING
MAREYAT
BECQUER
LE FANU
TOLSTOI
MAUPASSANT
OLIPHANT
ECA DE QUEIROZ
CHEJOV
NESSIT
O'HENRY
HUNT
YAKUMO KOISUMI
"SAKI"
VALLE-INCLÁN
RAY
DUEÑAS

PRIMERA SELECCIÓN

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones terroríficas - Vol. 1

Narraciones terroríficas - 1

ePub r1.0
Titivillus 17.08.16

Narraciones terroríficas ACERVO. Vol. 1
AA. VV., 1961
Selección: Ana Mª Perales
Escaneo: Walter Lombardi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(PRIMERA SELECCIÓN)

Selección de
ANA Mª. PERALES

PRÓLOGO

La narración fantástica es una modalidad de creación literaria que procede de tiempos remotísimos, y que se ha producido en todas las literaturas. Así, se publican en la presente obra curiosas muestras de cuentos terroríficos escritos por autores chinos en los siglos III y XVII. En la notable obra de Roger Callois, «60 Récits de Terreur»[1]*, de donde se han traducido dichos cuentos, se recogen, además, historias de Finlandia, Haití, Vietnam, Japón… Cronológicamente, cuando más se escribe sobre lo maravilloso y lo fantástico, es hacia finales del siglo XVIII, precisamente llamado el Siglo de las Luces. Parece como si, de esta forma, quisiera contradecirse la autosuficiencia de la razón humana que, al no reconocer la existencia de las fuerzas sobrenaturales divinas, debe, sin embargo, acudir a lo extrahumano para su obra de creación literaria. En el siglo pasado, perfilada ya la narración de misterio, la cultivan, de forma ocasional, o casi exclusiva, autores como Hoffmann, Poe, Balzac, Irving, Mérimée, Gogol, Tolstoi, Maupassant, Gautier, Bécquer, Le Fanu, Dickens, Alarcón…*

Tengamos en cuenta que, sea de entonces, sea de ahora, el escritor del cuento fantástico, no pretende demostrar o acreditar la existencia de fenómenos sobrenaturales. Él mismo no cree en ellos, aunque los utilice para jugar *con el miedo. Queremos hacer hincapié en este punto, pues podría caer el libro en manos de un lector demasiado impresionable, que acabara creyendo en la existencia de fantasmas. Los fenómenos extrahumanos de las narraciones de terror son pura ficción creada por el autor, que de esta forma logra dar fuerza sugestiva al argumento de la obra. Y, por cierto que no lo hace buscando un recurso fácil; su mérito está, precisamente, en mantener el interés mediante el desarrollo de sucesos irreales.*

En ocasiones, acerca de algunas figuras fantasmales, se ha forjado una leyenda tan arraigada, que sus circunstancias y características coinciden exactamente en todos los autores. Así sucede con estos famosos personajes llamados vampiros. En la obra de Omella Volta y Valerio Riba, «I vampiri tra tra noi»[2]*, se reproduce una curiosa carta del Papa Benedicto XIV (1740-58), dirigida al eminentísimo Arzobispo de Lemberg, encareciéndole que desarraigue la superstición de los llamados en Polonia upiri. A este propósito, escribe el Papa, para mejor precisar sobre la falta de fundamento del vampirismo, que es posible la conservación incorrupta de los cadáveres, fenómeno éste, que, por otra parte, el mismo Benedicto XIV, en su* «De canonizatione santorum»*, había aclarado ya que no constituía milagro. Así es de antigua está tradición, que, por lo demás, desde hace muchos años nadie se toma ya en serio.*

Para escribir sobre lo fantástico sin caer en lo risible, se requiere una gran imaginación y una gran clase. La imaginación la han encontrado algunos autores en

la embriaguez tóxica; así Hoffmann, Poe, Baudelaire… También las mujeres, con su especial sensibilidad, han escrito sobre fantasmas, más, en proporción, que sobre otros temas; así, Francis Marion Crawford, Evelyn Nesbit, Violet Hunt, Emilia Pardo Bazán… Y es que se siente una indudable atracción por lo que se teme, aunque se trate de un temor sin fundamento. Roger Callois, en el prólogo de su citada obra, recuerda una frase casi olvidada de Mme. du Deffant, quien a la pregunta de si creía en los fantasmas contestó: «No, pero me dan miedo».

En la presente antología, a pesar de su nombre, se ha procurado no incluir narraciones que en su deseo de impresionar al lector resultan ya de mal tono por su escabrosidad. También se ha evitado el abuso de las historias de vampiros, quizá las más espeluznantes, y sobre las que han escrito (el citado libro «I vampiri tra noi» *es un ejemplo) muchos autores importantes.*

Se han seleccionado escritores de todas las épocas, pero especialmente del siglo pasado y contemporáneos. Entre estos últimos queremos destacar, como se ha hecho ya en la selección, incluyendo mayor número de narraciones, a «Saki» y a Jean Ray. El hacer de ellos especial mención, no significa que los consideremos por encima de los demás incluidos; pero son de destacar porque, siendo importantes, han pasado prácticamente desconocidos por el público de habla española.

«Saki», seudónimo de Héctor Munro, nació en Birmania en 1870, siendo su padre oficial inglés destacado en la India. Pronto quedó huérfano de madre y tuvo una infancia poco feliz. Estos años de su niñez debieron influir en su personalidad de escritor maduro, cuyo tema preferido son las historias de niños, a veces resabiadas de amargura, pero siempre presididas por un finísimo sentido del humor.

Jean Ray, nieto de una india dakotah, es un escritor flamenco que ha escrito en este idioma y también en francés. Marino de profesión, sus viajes por el mundo fueron buena fuente de temas y ambientes para sus historias. De su portentosa imaginación y su tremenda fuerza expresiva son buen exponentes las narraciones suyas que se incluyen en esta obra.

J. A. LL.

HISTORIA DE TS'IN KIU-PO[*]

KAN PAO (265-316)

T’S’IN KIU-PO, natural de Lang-ya[3], tenía sesenta años.

Una noche, al volver de la taberna, pasaba delante del templo de P’on-chan, cuando vio a sus dos nietos salir a su encuentro. Le ayudaron a andar durante un centenar de pasos, luego le asieron por el cuello y lo derribaron.

—¡Viejo esclavo —gritaron al unísono—; el otro día nos vapuleaste, hoy te vamos a matar!

El anciano recordó que, en efecto, días atrás había maltratado a sus nietos. Se fingió muerto y sus nietos lo abandonaron en la calle. Cuando llegó a su casa quiso castigar a los muchachos, pero éstos, con la frente inclinada hasta el suelo, le imploraron:

—Somos tus nietos, ¿cómo íbamos a cometer semejante tropelía? Han debido ser los demonios. Te suplicamos que hagas una prueba.

El abuelo se dejó convencer por sus súplicas.

Unos días después, fingiendo estar borracho, fue a los alrededores del templo y de nuevo vio venir a sus nietos, que le ayudaron a andar. El los agarró, fuertemente, los inmovilizó y se llevó a su casa aquellos dos demonios en figura humana; les aherrojó el pecho y la espalda y los encadenó al patio, pero desaparecieron durante la noche y él lamentó vivamente no haberlos matado.

Pasó un mes. El viejo volvió a fingir estar borracho y salió a la aventura, después de haber escondido un puñal en el pecho, sin que su familia lo supiera. Era ya muy avanzada la noche y aún no había vuelto a su casa. Sus nietos temieron que los demonios le estuviesen atormentando y salieron a buscarlo. Él los vio venir y apuñaló a uno y otro.

EL FANTASMA MORDIDO[*]

P'ou Song-Ling (1640-1715)

He aquí la historia que me contó Chen Lin-cheng: Un viejo amigo suyo estaba echado a la hora de la siesta, un día de verano, cuando vio, medio dormido, la vaga figura de una mujer que, eludiendo la portera, se introducía en la casa, vestida de luto; cofia blanca, túnica y falda de cáñamo. Se dirigió a las habitaciones interiores y el viejo, al principio, creyó que era una vecina que iba a hacerles una visita; después reflexionó: «¿Cómo se atrevería a entrar en casa del prójimo con semejante indumentaria?»

Mientras permanecía sumergido en la perplejidad, la mujer volvió sobre sus pasos y penetró en la habitación. El viejo la examinó atentamente: la mujer tendría unos treinta años; el matiz amarillento de su piel, su rostro hinchado y su mirada sombría le daban un aspecto terrible. Iba y venía por la habitación, sin intención ninguna, al parecer, de abandonarla; incluso se acercaba a la cama. Él fingía dormir para mejor observar cuanto hacía. De pronto, ella se levantó un poco la falda y saltó a la cama, sentándose en el vientre del viejo; parecía pesar tres mil libras. El viejo conservaba por completo la lucidez, pero cuando quiso levantar la mano se encontró con que la tenía como encadenada; cuando quiso mover un pie, lo tenía paralizado. Sobrecogido de terror, trató de gritar, pero, desgraciadamente, no era dueño de su voz. La mujer, mientras tanto, le olfateaba la cara, las mejillas, la nariz, las cejas, la frente. En toda la cara sintió su aliento, cuyo soplo helado le penetraba hasta los huesos. Imaginó una estratagema para librarse de aquella angustia: cuando ella llegara al mentón, él trataría de morderla. Poco después ella, en efecto, se inclinó para olerle la barbilla y el viejo la mordió con todas sus fuerzas, tanto que los dientes penetraron en la carne.

Bajo la impresión del dolor la mujer se tiró al suelo, debatiéndose y lamentándose, mientras él apretaba las mandíbulas cada vez con más energía. La sangre resbalaba por su barbilla e inundaba la almohada. En medio de esta lucha encarnizada el viejo oyó, en el patio, la voz de su mujer.

—¡Un fantasma! —gritó en el acto.

Pero apenas abrió la boca, el monstruo se desvaneció, como un suspiro.

La mujer acudió a la cabecera de su marido; no vio nada y se burló de la ilusión, causada, pretendió ella, por una pesadilla. Pero el viejo insistió en su narración y, como prueba evidente, le enseñó la mancha de sangre: parecía agua que hubiera penetrado por una fisura del techo y empapado la almohada y la estera. El viejo acercó la cara a la mancha y respiró una emanación pútrida; se sintió presa de un violento acceso de vómitos y, durante muchos días, tuvo la boca apestada, con un hálito nauseabundo.

COPPELIUS[*]

G. A. Hoffmann

I

Nataniel a Lotario

Supongo que estaréis muy inquietos porque he pasado mucho tiempo sin escribiros. Mi madre disgustada, Clara imaginándose que estoy viviendo en un torbellino de placeres, y que he olvidado enteramente su dulce imagen tan profundamente grabada en mi corazón y en mi alma. Pero no es así; cada día, a cada hora del día, pienso en todos vosotros, y la encantadora figura de Clara aparece sin cesar en mis sueños; sus ojos transparentes me dirigen dulces miradas y su boca me sonríe como en otro tiempo, cuando iba a veros. ¡Ay! ¿Cómo hubiera podido escribiros en la violenta disposición de espíritu en que me encontraba y que turbaba mi mente? ¡Algo espantoso ha penetrado en mi vida! Los sombríos presentimientos de un porvenir cruel y amenazador se extienden sobre mi cabeza, como negras nubes que los rayos del sol no pudiesen atravesar. ¿Es necesario que explique lo que me ocurrió? Sí, lo comprendo; pero con solo pensar en ello me parece oír a mi alrededor risas burlonas. ¡Ah, mi querido Lotario! ¿Cómo hacerte comprender, aunque sólo sea en parte, hasta qué punto ha turbado mi vida lo que me ocurrió hace pocos días? Si estuvieses aquí, conmigo, podrías verlo con tus propios ojos; en cambio, ahora estoy seguro de que me considerarás un visionario. En pocas palabras, la horrible visión que he tenido y cuya influencia mortal intento en vano evitar, consiste simplemente en que, hace pocos días, exactamente el treinta de octubre a mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi habitación y me ofreció sus instrumentos. No le compré nada y lo amenacé con arrojarlo por la escalera, de lo que se libró alejándose rápidamente.

Sospecharás que algunas extrañas circunstancias que han influido notablemente en mi vida prestan a este pequeño incidente una importancia que no tiene. Así es, en efecto. Estoy reuniendo todas mis fuerzas para explicarte con calma y paciencia algunas aventuras de mi niñez que te aclararán todo esto. En el momento de empezar, me parece verte reír y oigo a Clara diciendo: «¡Qué niñerías!». ¡Reíd, os lo ruego, reíros de mí desde el fondo de vuestro corazón! ¡Os lo suplico! Pero ¡Dios mío!… Mis cabellos se erizan y me parece que os conjuro a burlaros de mí en el delirio de la desesperación, como Franz Moor conjuraba a Daniel[4]. Pero, volvamos a nuestro tema. Excepto en las horas de las comidas mis hermanos y yo veíamos muy poco a nuestro padre. Su profesión le ocupaba mucho tiempo. Después de la cena, que se servía a las siete, siguiendo la antigua costumbre, nos reuníamos todos en el gabinete de trabajo de mi padre y nos sentábamos alrededor de una mesa redonda. Mi padre fumaba y bebía lentamente un gran vaso de cerveza. A menudo nos explicaba historias maravillosas y se excitaba tanto con su narración, que dejaba apagar su larga pipa; yo estaba encargado de volver a encenderla, y me gustaba mucho hacerlo. Muchas veces nos dejaba libros ilustrados y permanecía silencioso e inmóvil en su sillón, soltando nubes de humo que nos envolvían a todos en una espesa niebla.

Durante aquellas veladas mi madre permanecía muy triste, y apenas oía tocar las nueve, exclamaba: «Vamos, pequeños, a la cama. El Hombre de la Arena va a llegar. Me parece que ya le oigo». Y, en efecto, se oían unos pasos en la escalera; debía ser el Hombre de la Arena. En cierta ocasión, aquel ruido me asustó más que de ordinario y dije a mi madre, mientras nos llevaba a la cama: «Mamá, ¿quién es ese Hombre de la Arena tan malo, que viene todos los días? ¿Cómo es? «El Hombre de la Arena», no existe me respondió mi madre. «Cuando digo que viene, sólo significa que tenéis sueño, que los párpados se os cierran involuntariamente como si os hubieran arrojado arena a los ojos».

La respuesta de mi madre no me satisfizo en absoluto, y, en mi imaginación infantil, creía adivinar que negaba la existencia del Hombre de la Arena solamente para tranquilizarnos. Pero yo le oía todos los días subir la escalera. Lleno de curiosidad, impaciente por asegurarme la existencia de aquel hombre, pregunté, finalmente, a la vieja criada que cuidaba de mi hermanita pequeña, quién era aquel personaje. «Vamos, mi pequeño Nataniel», me respondió, «¿pero tú no lo sabes? Es un hombre malo que todas las noches va a visitar a los niños que no quieren acostarse y les arroja un puñado de arena a los ojos para hacerles llorar sangre. Después los mete en un saco y los lleva a la luna para divertir a sus hijitos, los cuales tienen el pico muy torcido, como los búhos, y les pican en los ojos hasta matarlos». Desde entonces, la imagen del Hombre de la Arena se grabó para siempre en mi espíritu, y por la noche, cuando los peldaños crujían bajo sus pasos, me echaba a temblar de angustia y de terror y mi madre no conseguía arrancarme más que estas palabras ahogadas en llanto: ¡El Hombre de la Arena! ¡El Hombre de la Arena! Me encerraba corriendo en una habitación, y aquella terrible aparición me atormentaba toda la noche. Cuando ya fui bastante mayor para comprender que la historia de la vieja criada no era cierta, el Hombre de la Arena seguía siendo para mí, a pesar de todo, un espectro amenazador. Casi perdía el dominio de mí mismo cuando le oía subir hacia el gabinete de mi padre. Algunas veces su ausencia se prolongaba; otras, sus visitas menudeaban; y así pasaron dos años. No conseguía acostumbrarme a aquella extraña aparición y la sombría figura de aquel hombre desconocido no palidecía en mi mente. Sus relaciones con mi padre me preocupaban cada día más y el deseo de verlo aumentaba en mí con los años. El Hombre de la Arena me había abierto las puertas de lo maravilloso por las que el espíritu de los niños penetra tan fácilmente. Nada me gustaba tanto como las horribles historias de genios, demonios y brujas; pero de todas aquellas aventuras, de todas las apariciones horribles y maravillosas, la que dominaba en mí era siempre la imagen del Hombre de la Arena, cuya figura dibujaba sobre las mesas, los armarios, las paredes, y siempre bajo las formas más repulsivas. Cuando alcancé la edad de diez años, mi madre destinó una habitación para mí solo. Aquella habitación estaba próxima al gabinete de mi padre. Cada vez que, en el momento en que el reloj daba las nueve, se oían los pasos del desconocido, nos obligaban a retirarnos. Desde mi cuarto, le oía entrar en el gabinete de mi padre y poco después

me parecía como si un vapor oloroso y extraño se esparciera por toda la casa. La curiosidad me empujaba cada vez más a conocer al Hombre de la Arena. Una vez abrí la puerta y me deslicé por el pasillo, pero no pude oír nada, porque el forastero había cerrado la puerta. Por fin, arrastrado por un deseo irresistible, decidí ocultarme en el gabinete de mi padre para esperar.

Por el mal humor de mi padre y la tristeza de mi madre, comprendí, una noche, que esperaban al Hombre de la Arena. Simulé un cansancio extremado, y, abandonando la habitación antes de las nueve, fui a ocultarme en un pequeño nicho practicado detrás de la puerta. La puerta giró sobre sus goznes y sonaron unos pasos lentos y amenazadores que se dirigían desde el vestíbulo a la escalera. Mi madre y mis hermanos se levantaron y pasaron por delante de mí. Abrí suavemente, muy suavemente, la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, en silencio y de espaldas a la entrada. No se dio cuenta de mi presencia y me deslicé ligeramente por detrás de él para ocultarme bajo la cortina que tapaba un armario donde se guardaban sus vestidos. Los pasos iban acercándose, el Hombre tosía, resoplaba y murmuraba extrañamente. El corazón me latía de expectación y terror. Junto a la puerta, unos pasos sonoros, un golpe violento y el gemido de los goznes al girar. Involuntariamente asomé la cabeza con precaución: el Hombre de la Arena estaba en el centro de la habitación, frente a mi padre. ¡El resplandor de las velas iluminaba su rostro! ¡El Hombre de la Arena, el terrible Hombre de la Arena era el anciano abogado Coppelius, que algunas veces se sentaba a nuestra mesa! Pero la figura más horrible no me hubiese aterrorizado más que la de Coppelius. Imagínate a un hombre de anchas espaldas, que sostenían una enorme cabeza informe, una faz amarillenta, unas cejas grises y espesas bajo las cuales relampagueaban dos ojos verdes y redondos como los de los gatos, y una nariz gigantesca colgaba, sobre los labios gruesos. Su boca sinuosa se deformaba más aún cuando intentaba sonreír. Dos manchas lívidas se extendían por sus mejillas y entre sus dientes irregulares escapaban unos sonidos sordos y extraños. Coppelius solía llevar un vestido color ceniza, cortado a la antigua, chaqueta y pantalones del mismo color, medias negras y zapatos con hebillas. Su pequeña peluca, que apenas le tapaba el cogote, terminaba en dos rizos que se apoyaban en las orejas, grandes y muy rojas, y se perdía dentro de una bolsa negra y alargada que se agitaba como un péndulo a su espalda, dejando ver la hebilla de plata que sujetaba su lazo. Su figura constituía un conjunto repulsivo y horrible; pero, a los niños lo que más nos llamaba la atención en él eran sus velludas manos, grandes y huesudas. Si tocaba algo con ellas, nos repugnaba; él se había dado cuenta de esto y se complacía tocando los pasteles y las frutas que nuestra madre nos ponía en el plato. Disfrutaba viendo llenársenos los ojos de lágrimas y se complacía con la privación que nos imponía la repugnancia que nos inspiraba su persona. Lo mismo hacía cuando, los días de fiesta, nuestro padre nos permitía tomar un poco de vino. Cogía el vaso y se lo llevaba a los labios lívidos, riéndose de nuestro llanto y nuestras quejas. Solía llamarnos «los bichos»; en su presencia no nos estaba

permitido pronunciar ni una sola palabra, y maldecíamos de corazón a aquel personaje odioso y enemigo, que envenenaba el menor de nuestros placeres. También nuestra madre parecía odiar como nosotros al repugnante Coppelius; al menos, lo cierto era que, apenas aparecía, perdía su suave alegría y adoptaba un aire sombrío y grave. Nuestro padre se comportaba con él como si Coppelius hubiese sido un ser de un orden superior, de quien hay que soportarlo todo y evitar que se enoje. Siempre se le ofrecían sus platos favoritos y se abrían en su honor algunas botellas de la reserva.

Al ver a Coppelius, comprendí que nadie más que él podía ser el Hombre de la Arena, pero a partir de entonces el Hombre de la Arena ya no fue para mí el ogro del cuento de mi niñera, que se llevaba a los niños a la luna y los ofrecía a sus hijitos de pico de búho. No, era una odiosa y fantástica criatura, quien, dondequiera que apareciese, llevaría consigo el dolor, el tormento y la angustia, y que causaba un daño real y duradero. Yo estaba como hechizado, y seguía asomando la cabeza entre las cortinas, exponiéndome a ser descubierto y cruelmente castigado. Mi padre recibió solemnemente a Coppelius. «¡Manos a la obra!», exclamó éste con voz sorda, quitándose la chaqueta. Mi padre, con aire sombrío, se despojó de su bata y ambos se endosaron sendas vestiduras negras que les llegaban hasta los pies. No pude ver de dónde habían sacado aquellos vestidos. Mi padre abrió la puerta de un armario, y vi que éste ocultaba un nicho en el que había un horno. Coppelius se acercó y una llamarada azul se elevó del hogar. A aquella luz aparecieron un buen número de raros utensilios. ¡Pero, Dios mío, qué extraña metamorfosis se había operado en la fisonomía de mi padre! Un dolor violento y apenas contenido parecía haber trasmudado la expresión honesta y leal de sus rasgos, que aparecían contraídos satánicamente. ¡Se parecía a Coppelius! Éste blandía unas tenazas incandescentes con las que atizaba el fuego. Creí ver a su alrededor algunas figuras humanas sin ojos. En su lugar aparecían unas cavidades negras y profundas. «¡Ojos! ¡Ojos ¡Ojos!», gritaba Coppelius con la voz sorda y amenazadora.

Vacilé y me desplomé en el suelo, presa de un violento terror. Coppelius me cogió. «¡Un bicho! ¡Un bicho!», dijo rechinando los dientes horriblemente. Y me colocó sobre el horno, cuya llama abrasaba ya mis cabellos. «Ahora», prosiguió, «ya tenemos ojos, un hermoso par de ojos de niño». Y cogió con sus manos un puñado de carbones ardientes que se disponía a arrojarme a la cara, cuando mi padre le suplicó con las manos juntas: «¡Maestro! ¡Maestro! ¡Deje los ojos de mi Nataniel!»

Coppelius se echó a reír. «Que conserve los ojos, pues, pero puesto que lo tenemos aquí, debemos observar atentamente el mecanismo de los pies y las manos».

Sus dedos se estrecharon entonces tan pesadamente sobre mí, que todas las junturas de mis miembros crujieron, y me hizo mover las manos y los pies de un lado para otro, a la vez que gruñía: «Esto no marcha bien. Ya estaba bien como estaba. El viejo de allá arriba lo ha comprendido perfectamente».

Así murmuraba Coppelius mientras forzaba el juego de mis miembros. Pero pronto se hizo oscuro y confuso a mi alrededor, un dolor nervioso agitó todo mi

cuerpo y perdí el conocimiento. Un vapor suave y cálido se extendió por mi rostro; me desperté como del sueño de la muerte; mi madre estaba inclinada sobre mí. «¿Está aún aquí el Hombre de la Arena?», pregunté balbuceando. «No, hijito, está muy lejos. Hace mucho rato que se ha ido y ya no volverá a hacerte daño».

Así habló mi madre; luego besó y estrechó entre sus brazos al hijo que le había sido devuelto.

¿Por qué aburrirte con más explicaciones, mi querido Lotario? Coppelius me descubrió y me maltrató cruelmente. La angustia y el terror me provocaron una fiebre ardiente que me obligó a guardar cama durante algunas semanas. «¿Está aún aquí el Hombre de la Arena?» Esta fue la primera frase y la señal de mi convalecencia. Me falta todavía contarte el momento más horrible de mi niñez; cuando lo haya hecho te convencerás de que no se puede acusar a mis ojos si todo me parece incoloro en la vida, porque una nube sombría se ha interpuesto entre mí y todos los objetos, y sólo mi muerte podrá disiparla.

No volví a ver a Coppelius, y corrió el rumor de que había abandonado la ciudad. Un año más tarde, siguiendo nuestra antigua costumbre, nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa redonda. Nuestro padre estaba muy alegre y nos contaba innumerables anécdotas regocijantes que le habían ocurrido durante los viajes que realizara en su juventud. En el momento en que el reloj dio las nueve, oímos rechinar los goznes de la puerta de la casa, y unos pasos extraordinariamente pesados que se dirigían desde el vestíbulo a la escalera. «¡Es Coppelius!», dijo mi madre, palideciendo. «¡Sí, es Coppelius!», repitió mi padre con la voz entrecortada.

Las lágrimas asomaron a los ojos de mi madre. «Querido, ¿es inevitable? «Por última vez», respondió mi padre. «Te lo juro; vete, vete con los niños. ¡Buenas noches!»

Me quedé petrificado, sin aliento. Al verme inmóvil, mi madre me cogió por el brazo: «Ven, Nataniel», me dijo, y me dejé conducir a mi cuarto. «Procura estar tranquilo y duerme», me dijo mi madre al dejarme. Pero, agitado por un terror invencible no podía cerrar los párpados. El horrible y odiado Coppelius se aparecía a mi imaginación con los ojos relampagueantes, sonriendo hipócritamente. En vano intentaba alejar su imagen. Poco después de medianoche se oyó un fuerte golpe, como la detonación de una arma de fuego. La casa tembló sobre sus cimientos y la puerta se cerró con estrépito. «¡Es Coppelius!», exclamé, fuera de mí, y salté de la cama. Llegaron a mi oído unos lamentos y corrí al gabinete de mi padre. La puerta estaba abierta y se percibía un vapor asfixiante. Una criada gritaba: «¡El señor, el señor!»

Delante del horno encendido sobre el pavimento, se hallaba mi padre, muerto, con el rostro demudado. Mis hermanas, arrodilladas a su alrededor, lanzaban gritos de dolor, y mi madre había caído desmayada junto a su esposo. «¡Coppelius! ¡Monstruo infame! ¡Has asesinado a mi padre!», exclamé fuera de mí. Dos días más tarde, cuando el cuerpo de mi padre fue depositado en el ataúd, sus facciones habían

recobrado la serenidad y la calma. Este hecho suavizó mi dolor, porque me hizo pensar que su alianza con el infernal Coppelius no le había conducido a la condenación eterna. La explosión había despertado a los vecinos. El suceso causó sensación y las autoridades reclamaron la presencia de Coppelius. Pero éste había desaparecido de la ciudad, sin dejar rastro.

Cuando te diga, mi querido amigo, que aquel vendedor de barómetros era el miserable Coppelius, comprenderás el horror que experimenté al verle. Vestía de otra forma, pero los rasgos de Coppelius están demasiado grabados en mi espíritu, para que no le reconozca. Además, Coppelius no ha cambiado su nombre. Finge ser un mecánico piamontés, y se hace llamar Giuseppe Coppola.

Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, sea como sea. No hables a mi madre de este desagradable encuentro. Saluda a la encantadora Clara; le escribiré cuando esté más tranquilo.

II

Clara y Nataniel

Aunque hace mucho tiempo que no me escribes, estoy segura de que me llevas en tu espíritu y en tus pensamientos, porque seguramente estarías pensando en mí cuando queriendo enviar tu última carta a mi hermano Lotario, la dirigiste a mi nombre. La abrí con alegría y no me di cuenta de mi error hasta que leí: «¡A mi querido Lotario!» Sé que no debí seguir leyendo, que debí entregar la carta a mi hermano. Más de una vez me has reprochado mi temperamento apacible, tanto, según tú, que si la casa se derrumbara, antes de escapar me entretendría arreglando una cortina mal colocada; sin embargo, en esta ocasión apenas podía respirar, y me parecía que todo daba vueltas a mi alrededor. Temblaba y ardía en deseos de saber cuáles eran las desgracias que se habían cruzado en tu vida. Separación eterna, olvido, alejamiento de ti… todos estos pensamientos me herían como puñaladas. Leí la carta y volví a leerla inmediatamente. Tu descripción del repugnante Coppelius es horrible. Así me enteré por vez primera de la terrible muerte de tu padre. Mi hermano, a quien entregué finalmente lo que le pertenecía, intentó calmarme, pero no lo consiguió. La imagen de este Giuseppe Coppola no se apartó de mí, y casi me avergüenza confesarte que ha conseguido turbar mi sueño hasta hoy tan tranquilo y profundo. Pero pronto, al día siguiente, se me presentó todo de otra manera. No te enfades conmigo, pues, mi querido Nataniel, si Lotario te dice que a pesar de tus funestos presentimientos a propósito de Coppelius, mi serenidad no se ha alterado. Te diré sinceramente Jo que pienso: a mi parecer, toda tu horrible historia ha sido elaborada en tu interior, y es muy poca la parte que el mundo exterior y real toma en ella. El viejo Coppelius era, sin duda, poco atractivo y odiaba a los niños; despertó en

vosotros, niños a la sazón, un verdadero horror hacia él. Tu mente infantil relacionó, naturalmente, al terrible Hombre de la Arena de tu niñera con Coppelius, el cual fue el fantasma de tus primeros años. Sus entrevistas nocturnas con tu padre no tenían otra finalidad, sin duda, que la de realizar experimentos de alquimia, lo cual afligía a tu madre por el gasto que representaban; además, estos experimentos, que sin duda debían suscitar en él esperanzas engañadoras, le apartarían del cuidado de su familia. Tu padre se causó, seguramente, la muerte por su propia imprudencia, y no hay que acusar a Coppelius. ¿Sabes que he preguntado a nuestro vecino, el boticario, si en los experimentos químicos, estas explosiones pueden causar la muerte? Me ha contestado afirmativamente, descubriéndome con profusión de detalles cómo podría ocurrir tal cosa y citándome una serie de nombres raros que no he podido retener en la memoria. Sé que te enojarás conmigo, y dirás: «En esta alma glacial no entra ni uno solo de los rayos misteriosos que con frecuencia envuelven a los hombres con sus alas invisibles; no sabe ver más que la superficie coloreada del globo, y se alegra, como un niño, a la vista de los frutos de dorada piel que encierran un veneno mortal».

Mi querido Nataniel, ¿no crees que el sentimiento de un poder enemigo que actúa de un modo funesto sobre nuestro ser, puede penetrar también en las almas risueñas y serenas? Perdóname si joven como soy, me atrevo a expresar mi opinión acerca de semejante lucha. Tal vez no me sea posible encontrar las palabras adecuadas para expresar mis sentimientos, y te burlarás, no de mis ideas, sino de mi poca habilidad para exponerlas. Si hay, en efecto, un poder oculto que a traición clava sus garras enemigas en nuestro pecho, para arrastrarnos por un camino peligroso que de otro modo no hubiéramos seguido, si existe realmente tal poder, debe plegarse a nuestros gustos y conveniencias, porque sólo así obtendrá nuestro crédito y ocupará en nuestro corazón el lugar que necesita para llevar a cabo su obra. Si somos lo bastante fuertes y valientes para reconocer el camino al que deben conducirnos nuestra vocación y nuestras inclinaciones y seguirlo con calma y seguridad, nuestro enemigo interior perecerá en sus esfuerzos por engañarnos. Lotario agrega que el poder de las tinieblas al cual nos entregamos, crea, a menudo, en nosotros unas imágenes tan atractivas que somos nosotros mismos los que producimos el principio destructor que nos devora. Es el fantasma de nuestro propio «yo», cuya influencia actúa sobre nuestra alma y nos arroja al infierno. Yo no entiendo exactamente las últimas palabras de Lotario, cuyo sentido únicamente presiento, pero creo firmemente que todo esto es muy cierto. Te lo ruego, aparta por completo de tu mente al abogado Coppelius y al Vendedor de barómetros Giuseppe Coppola. Convéncete de que esas figuras extrañas no tienen la menor influencia sobre ti; sólo tu creencia en su poder puede hacerlas poderosas. Si cada línea de tu carta no demostrase la profunda exaltación de tu espíritu, si tu estado no me afligiese hasta lo más profundo de mi corazón, podría burlarme alegremente de tu Hombre de la Arena y tu abogado alquimista. ¡Sé libre, espíritu débil! ¡Libérate! Me he jurado a mí misma ser tu ángel guardián, y expulsar a los odiosos Coppola con mi risa, si intentan volver a turbar tus sueños. No temo en

absoluto ni a él ni a sus asquerosas manos, y no permitiré que ensucie mis golosinas ni que arroje arena a los ojos.

¡Hasta siempre, mi querido Nataniel!

III

Nataniel a Lotario

Me ha disgustado mucho que Clara, por un error debido a una distracción mía haya abierto el sobre que contenía mi carta. Me ha dirigido una epístola llena de profunda filosofía, en la cual me demuestra explícitamente que Coppelius y Coppola existen sólo en mi mente, y que son fantasmas de mi propio «yo» que se convertirán en polvo en cuanto los reconozca como tales. ¡Nadie podría sospechar que el espíritu que fulgura en sus ojos claros y tiernos, como una deliciosa emanación de la primavera pueda ser tan inteligente y razonar con tanto método! Se apoya, además, en tu autoridad. ¡Habéis hablado de mí! Supongo que le has dado un cursillo de lógica para que vea claramente las cosas y pueda hacer distinciones sutiles. Renuncia a eso, te lo ruego. Por otra parte, es absolutamente cierto que el mecánico Coppola no es el abogado Coppelius. Asisto a un curso que da un profesor de física recién llegado a la ciudad, que es de origen italiano, el célebre naturalista Spalanzani. Conoce a Coppola desde hace muchos años, y, además, por su acento es fácil reconocer que el mecánico es realmente piamontés. Coppelius, en cambio, era alemán, aunque no lo pareciera por su carácter. Sin embargo, no me siento muy tranquilo. Podéis seguir considerándome un soñador sombrío, pero no puedo liberarme de la impresión que Coppola y su horrible rostro han producido en mí. Me alegro de que haya marchado de la ciudad, según me ha dicho Spalanzani. Este profesor es un singular personaje, un hombre regordete, de mejillas redondas, nariz puntiaguda y ojos perforantes. Pero podrás conocerlo mejor de lo que yo podría describírtelo, contemplando el retrato de Cagliostro grabado por Chodowieck; así es Spalanzani. Hace pocos días, estando ten su aposento, descubrí que una cortina que generalmente cubre una puerta de cristales estaba un poco descorrida. No sé cómo fue, pero el hecho es que me atreví a mirar a través del cristal y vi a una hermosa mujer, magníficamente vestida, sentada en la habitación y con las manos apoyadas sobre la mesa. Estaba precisamente delante de la puerta y pude contemplar su deliciosa figura. Al parecer, ella no me vio, sus ojos parecían fijos, como si no viesen la luz, como si estuviese dormida con los ojos abiertos. Más tarde supe que la persona que yo había visto era la hija de Spalanzani, llamada Olimpia, a la que su padre oculta con tanto rigor que nadie puede acercársele. Esta medida encierra algún misterio; sin duda Olimpia tiene algún grave defecto. Pero ¿por qué tengo que escribirte estas cosas? Hubiera podido explicártelas de viva voz, puesto que dentro de quince días estaré con vosotros. Tengo que volver

junto a mi ángel, mi Clara; entonces se borrará la impresión que se ha apoderado de mí (lo confieso), después de su triste carta tan razonable. Por esto hoy no le escribo. ¡Adiós!

IV

Sería difícil imaginar nada más extraordinario y maravilloso de lo que le ocurrió a mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel, y que hoy me he propuesto explicar. ¿Quién no ha sentido un día u otro cómo su pecho se llenaba de entrañas ideas? ¿Quién no ha experimentado un hervor interior que hacía fluir su sangre con violencia dentro de sus venas y coloreaba sus mejillas de un rojo oscuro? En tales ocasiones nuestras miradas parecen buscar imágenes fantásticas en el espacio y nuestras palabras se exhalan en sonidos entrecortados. En vano nos rodean nuestros amigos y nos interrogan acerca de la causa de nuestro delirio. Uno quiere pintar con todo su brillante colorido, sus sombras y sus vivas luces, las figuras vaporosas que uno percibe, y se esfuerza inútilmente en encontrar palabras capaces de expresar sus ideas. Uno intenta reproducir con una sola palabra todo cuanto estas apariciones ofrecen de maravilloso, de magnificencia, de sombríos horrores, de alegrías inauditas para impresionar a los auditores, pero cada una de las letras os parece glacial, descolorida, sin vida. Buscas y rebuscas aún, balbuceando, y las preguntas de tus amigos, como el soplo de los vientos nocturnos, acuden a tu imaginación ardiente para acabar apagándola. Pero si, como un pintor hábil y atrevido, ha trazado un rápido esbozo de estas imágenes interiores, es fácil animar poco a poco los colores huidizos y transportar a los oyentes a ese mundo que nuestra alma ha creado. Debo confesar que a mí nadie me ha preguntado jamás acerca de la historia de Nataniel, pero me he dado cuenta de que soy uno de estos autores que, en cuanto se encuentran en el estado que acabo de describir, se figuran que cuantos les rodean y hasta el mundo entero están ardiendo en deseos de conocer lo que pasa en su espíritu. La singularidad de la aventura me había impresionado y por esta razón me atormentaba buscando una manera seductora y original de empezar la narración. «Érase una vez»… Un hermoso principio para adormecer al auditorio desde el primer momento. «En la pequeña ciudad de S…, vivía…» O bien entrar inmediatamente *medias in res*, como: «¡El diablo!», exclamó, con el furor y el espanto pintado en sus ojos extraviados el estudiante Nataniel, cuando el vendedor de barómetros Giuseppe Coppola… Así había empezado a escribir cuando creí distinguir un rasgo cómico en los ojos extraviados del estudiante Nataniel, y por cierto que la historia no tiene nada de jocosa. No acudió a mi pluma ninguna frase que reflejase en absoluto el brillante colorido de mi imagen interior, y entonces decidí simplemente no empezar. Espero, pues, que el lector querrá considerar las tres cartas que mi amigo Lotario ha tenido la

bondad de facilitarme como un esbozo de mi cuadro, que me esforzaré, a lo largo de la narración, por animar lo mejor que pueda. Es posible que consiga, como los buenos pintores de retratos, presentar a alguno de los personajes, de modo que quien lo vea le encuentre parecido aun sin haber visto el original, como si despertara el recuerdo de un objeto desconocido aún; tal vez consiga también convencer a mi lector de que no hay nada más fantástico y loco que la vida real y que el poeta se limita a recoger de ella un reflejo borroso, como un espejo mal azogado. Y para que desde el principio se sepa lo que es necesario saber, debo añadir, a título de aclaración a estas cartas, que, inmediatamente después de la muerte del padre de Nataniel, Clara y Lotario, hijos de un pariente lejano, también fallecido en aquellos días, fueron recogidos por la madre de Nataniel. Clara y Nataniel sintieron nacer una viva inclinación mutua contra la cual nadie tuvo nada que oponer. Así, pues, estaban prometidos cuando Nataniel abandonó su ciudad natal para ir a acabar sus estudios en Gotinga. Así se desprende de su última carta, en la cual dice que estaba siguiendo un curso con el célebre profesor de física Spalanzani. Podría ya continuar mi narración, pero la imagen de Clara se presenta tan vivamente a mi espíritu que no puedo apartar los ojos de ella. Asimismo me ocurría cuando ella me miraba sonriendo suavemente. Clara no podía considerarse una mujer hermosa: esto es lo que afirmaban los que se creían entendidos acerca de la belleza. Sin embargo, los arquitectos elogiaban la pureza de líneas de su talle, los pintores decían que su torso y sus hombros eran tal vez demasiado castos, pero todos estaban enamorados de su cabello encantador, que recordaba el de la *Magdalena,* del Correggio, y coincidían en alabar la riqueza del color de su tez, digna de Battoni. Uno de ellos, muy fantasioso, comparaba sus ojos a un lago de Ruisdaël, en el que se ve el azul del cielo, el esmalte de las flores y el fuego de la luz del sol. Los poetas y los virtuosos iban más lejos. «¡A qué viene hablar de lagos y espejos!», decían. «No podemos mirar a esta muchacha sin sentir nuestro espíritu colmado de cantos y armonías celestiales». Clara poseía la imaginación vivaz y animada de un niño alegre e inocente, un corazón de mujer tierno y delicado, y una inteligencia penetrante y lúcida. Los espíritus ligeros y presuntuosos no triunfaban en el trato con ella, pues, conservando su temperamento silencioso y modesto, la mirada de la joven y su sonrisa irónica parecían decir: «Tristes sombras como sois, pretendéis pasar a mis ojos por figuras nobles, llenas de vida y savia». Por esto algunos acusaban a Clara de ser fría, prosaica e insensible, mientras que otros, más sagaces, apreciaban en mucho a la encantadora muchacha. Sin embargo, nadie tenía tan alto concepto de ella como Nataniel, quien cultivaba las ciencias y las artes con placer y empeño. Clara quería a Nataniel con todas las fuerzas de su corazón; su separación le causó las primeras tristezas. ¡Con qué alegría se arrojó a sus brazos cuando volvió a la casa paterna, como le había anunciado en su carta a Lotario! Lo que Nataniel esperaba ocurrió. En cuanto vio a su prometida, olvidó al abogado Coppelius y la carta metafísica de Clara que le había sorprendido; sus cuidados desaparecieron como por encanto. Sin embargo, Nataniel estaba en lo

cierto cuando escribió a su amigo Lotario; la figura del repugnante Coppola había ejercido una influencia funesta sobre su espíritu. Desde los primeros días de su estancia pudo observarse que Nataniel había cambiado de modo de ser. Se entregaba a sombríos ensueños y se comportaba de un modo extraño; para él la vida consistía únicamente en sueños y presentimientos, hablaba constantemente del destino de los hombres, que, creyéndose libres, son juguete de ciertos poderes invisibles a los que no pueden escapar. Iba aún más lejos, y afirmaba que era una locura creer en el progreso de las artes y las ciencias fundados en nuestras fuerzas morales, pues la exaltación, sin la cual nuestras fuerzas creadoras no existen, no provenía de nuestra alma sino de un principio exterior, sobre el cual no podemos dominar. Clara no estaba de acuerdo con estas ideas místicas, pero en vano se esforzaba en refutarlas. Solamente cuando Nataniel demostraba que Coppelius era el principio perverso que se había adherido a él desde el momento en que se había ocultado tras la cortina para observarle, y que aquel demonio enemigo turbaría sus dichosos amores de alguna forma cruel, Clara decía gravemente: «Si, Nataniel, Coppelius es un principio enemigo que turbará nuestra dicha si no lo expulsas de tu mente; su poder reside en tu credulidad».

Nataniel, irritado al ver que Clara negaba la existencia del demonio, y la atribuía a su debilidad de espíritu, quiso probársela por medio de las doctrinas místicas de la Demonología, pero Clara interrumpió la discusión con una frase indiferente, con gran pesar por parte de Nataniel. Este pensó entonces que las almas frías encierran estos misterios sin saberlo ellas mismas, y que Clara pertenecía a esta naturaleza secundaria; en consecuencia, se juró hacer todo lo posible para iniciarla en tales secretos. Al día siguiente por la mañana, mientras Clara preparaba el desayuno, se acercó a ella y empezó a leerle algunos pasajes de sus libros místicos.

—Pero, mi querido Nataniel —dijo Clara, después de prestar atención algunos instantes—, ¿qué me dirías si te considerase como el principio malvado que actúa contra mi café? Porque si me pasara el tiempo escuchándote y mirándote a los ojos, como exiges, el café ya se habría vertido hace rato y os quedaríais todos sin desayuno.

Nataniel cerró el libro con violencia, y se puso a pasear irritado por la habitación. En otros tiempos escribía cuentos muy agradables y entretenidos, que Clara escuchaba con un placer extremado; pero, a la sazón, todo lo que escribía era vago, ininteligible, sombrío, y por el silencio de Clara podía comprenderse que no era de su gusto. Nada peor, a los ojos de Clara, que el aburrimiento; en sus miradas y en sus palabras denotaba inmediatamente que el sueño se estaba apoderando de ella. Y las composiciones de Nataniel se habían hecho cada vez más aburridas. Su enojo por la naturaleza fría y positiva de su prometida aumentaba cada día, y Clara no podía ocultar cuánto le desagradaba el sombrío y fantasioso misticismo de su amigo; así sus espíritus fueron alejándose uno del otro lentamente.

Un día, Nataniel, que seguía alimentando la idea de que Coppelius turbaba su

vida, lo tomó como protagonista de una de sus poesías. En ella se representó con Clara, a quien la unía un amor tierno y fiel, pero, en medio de su dicha, una mano negra se interponía de vez en cuando entre ellos, y marchitaba alguna de sus alegrías. Por fin, en el momento en que ambos se encontraban ante el altar dispuestos a contraer matrimonio, el horrible Coppelius aparecía y tocaba los lindos ojos de Clara, que se clavaban en el pecho de Nataniel como dos brasas ardientes. Coppelius se apoderaba de él y lo encerraba en un círculo de fuego que giraba con la velocidad de la tormenta, y lo arrastraba entre sordos y potentes ruidos. Desde el fondo de aquel estrépito, se levantaba la voz de Clara: ¿No puedes siquiera mirarme?», decía. «Coppelius te ha engañado, no eran mis ojos los que ardían dentro de tu pecho, eran las gotas ardientes de tu propia sangre. ¡Yo sigo conservando mis ojos! ¡Mírame!» De pronto el círculo de fuego cesaba de girar, los ruidos se amortiguaban, y Nataniel veía a su prometida; pero era la muerte descarnada la que le miraba con aire amistoso a través de los ojos de Clara.

Después de componer aquel poema, Nataniel se mostró más tranquilo y reflexivo.

Limó y perfeccionó cada uno de los versos, y, como si estuviera sometido al yugo de las formas métricas, no cejó hasta que el conjunto resultó puro y armonioso. Pero cuando hubo terminado su tarea y releyó las estrofas, el horror se apoderó de él y exclamó asustado: «¡Qué espantosa voz me parece oír en estos versos!» Creyó que había conseguido componer un poema muy notable y le pareció que el espíritu glacial de Clara se inflamaría con su lectura, sin darse cuenta de que lo que deseaba era llenar su alma de imágenes horribles y de presentimientos funestos para su amor.

Nataniel y Clara se hallaban en el pequeño jardín de la casa. Ella estaba muy contenta porque, desde hacía tres días, Nataniel, ocupado con sus versos, no la había atormentado con sus predicciones y sus ensueños. Por su parte, Nataniel hablaba con vivacidad y parecía más alegre que de costumbre. Clara le dijo: «Ahora vuelvo a reconocerte por fin; hemos conseguido expulsar a ese odioso Coppelius.» Entonces Nataniel se acordó de que llevaba sus versos en el bolsillo. Sacó el cuaderno donde estaban escritos y empezó a leer. Clara, esperando que se trataría de una composición aburrida, como solían serlo últimamente, y resignándose por adelantado, se puso a hacer calceta tranquilamente. Pero a medida que los negros nubarrones se amontonaban sobre ella, fue abandonando su tarea para mirar fijamente a Nataniel. Este prosiguió sin interrumpirse, con las mejillas ardientes y los ojos llenos de lágrimas; hacia el final, su voz fue debilitándose y cuando acabó cayó en un abatimiento profundo. Cogió la mano de Clara, y repitió varias veces su nombre suspirando. Clara le estrechó suavemente contra su pecho y le dijo con voz grave: «¡Nataniel, mi querido Nataniel! ¡Arroja al fuego esta loca y absurda historia!»

Nataniel se levantó bruscamente y exclamó, rechazando a Clara: «¡Lejos de mí, estúpida autómata!», y escapó corriendo. Clara se echó a llorar amargamente. «¡Ah!», exclamó. «Nunca me ha amado, puesto que no me comprende». En aquel momento Lotario llegaba al bosquecillo y Clara se vio obligada a explicarle lo que acababa de

ocurrir. Lotario quería a su hermana con toda su alma; las palabras que había pronunciado Nataniel excitaron su furor, y la antipatía que le producía los ensueños de Nataniel se convirtió en una indignación profunda. Corrió a encontrarle y le reprochó tan duramente la insolencia de su conducta para con Clara, que el fogoso Nataniel no pudo contenerse ya más. Uno llamó a otro fatuo insensato y fantasioso y éste le contestó acusándole de ser materialista y vulgar. El duelo era inevitable. Decidieron reunirse a la mañana siguiente detrás del jardín y batirse, según los usos académicos, con espada corta. Se separaron con aire sombrío. Clara había oído parte de la violenta discusión y previo lo que realmente debía ocurrir.

En el lugar del desafío, Lotario y Nataniel se despojaron de sus levitas y se colocaron uno frente al otro con los ojos relampagueantes de un ardor asesino. Súbitamente Clara abrió la puerta del jardín y se interpuso entre ellos. «¡Tendréis que matarme antes de luchar, locos! ¡Matadme! ¡Matadme! ¡No quiero sobrevivir a la muerte de mi hermano o de mi prometido!» Lotario dejó caer su espada y bajó los ojos en silencio; pero Nataniel sintió renacer en su interior todo el fuego de su amor, volvió a ver a Clara como en otro tiempo, y, soltando la espada, la arrojó a sus pies. «¿Podrás perdonarme algún día, mi querida Clara, mi único amor? Lotario, hermano mío, ¿olvidarás mis ofensas?»

Lotario se arrojó a sus brazos; los tres se abrazaron llorando y se juraron permanecer unidos eternamente por el amor y la amistad. Nataniel tenía la sensación de haberse librado de un enorme peso y de haber encontrado asistencia contra las funestas influencias que obraban en su vida. Después de tres días llenos de felicidad, pasados en compañía de sus amigos, volvió a Gotinga, donde debía pasar un año antes de volver a su ciudad natal y establecerse en ella definitivamente. Ocultaron a la madre de Nataniel todo lo referente a Coppelius porque sabían que no podía pensar, sin aterrorizarse, en aquel hombre a quien atribuía la muerte de su esposo.

V

¡Cuál sería la sorpresa de Nataniel, cuando, al dirigirse a su residencia, vio que la casa entera había ardido y que no quedaba de ella más que un montón de escombros alrededor de los cuales se levantaban las cuatro paredes desnudas y ennegrecidas! Aunque el fuego se había iniciado en el laboratorio del químico, situado en el piso bajo, los amigos de Nataniel habían conseguido penetrar valerosamente en su habitación y salvar sus libros, sus manuscritos y sus instrumentos, que trasladaron a otra casa, donde habían alquilado una habitación para Nataniel. Éste tardó algún tiempo en darse cuenta de que vivía precisamente frente a frente del profesor Spalanzani y al principio no dedicaba gran atención a Olimpia, cuya figura podía distinguir perfectamente desde su aposento, aunque sus rasgos no podían apreciarse

muy bien a causa de la distancia. Pero acabó por extrañar el hecho de ver que Olimpia permanecía durante horas enteras en la misma posición, exactamente igual como la viera un día a través de la puerta acristalada: ociosa, con las manos apoyadas en una mesita y los ojos invariablemente dirigidos hacia él. Nataniel se confesaba a sí mismo que jamás había visto una belleza como aquella; pero la imagen de Clara ocupaba su corazón y permaneció indiferente a la vista de Olimpia; únicamente, de vez en cuando, dirigía una mirada furtiva, por encima del libro que estaba leyendo, hacia la hermosa estatua. Esto era todo. Un día, llamaron discretamente a la puerta, mientras estaba escribiendo a Clara. A su invitación la puerta se abrió y apareció la figura repugnante de Coppola. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nataniel, pero recordando lo que Spalanzani le había dicho a propósito de su compatriota Coppola y lo que había prometido a Clara en relación con el Hombre de la Arena, Coppelius, se avergonzó de su debilidad infantil y realizó un esfuerzo sobrehumano para dirigirse con naturalidad al recién llegado: «No deseo comprar ningún barómetro, amigo», le dijo. «Vamos, déjeme solo, por favor.»

Pero Coppola avanzó hasta el centro de la habitación y le dijo con voz ronca y contrayendo la boca para formar una horrible sonrisa: «¿No desea comprar ningún barómetro? ¡Pues entonces puedo venderle ojos, hermosos ojos!» «¿Ojos dices?», exclamó Nataniel fuera de sí. «¿Cómo puedes vender ojos?»

Rápidamente Coppola dejó los barómetros y hurgando en el interior de un inmenso bolsillo, extrajo de él algunos anteojos que depositó sobre la mesa. «¡Aquí tiene anteojos, anteojos para calarse en la nariz! ¡Ojos! ¡Buenos ojos, *signore!»*, repitió con su acento piamontés. Mientras hablaba seguía extrayendo más anteojos del bolsillo, en tanta cantidad, que la mesa donde los depositaba y en la que daba un rayo de sol, brilló súbitamente como un mar de fuegos prismáticos. Millares de ojos parecían asaetear con miradas llameantes a Nataniel, quien no podía separar los suyos de la mesa. Coppola no cesaba de amontonar anteojos, y aquellas miradas, cada vez más numerosas, centelleaban formando como un haz de rayos sangrientos, que iban a perderse sobre el pecho de Nataniel. Este, aterrorizado, se abalanzó sobre Coppola y detuvo su brazo en el momento en que hundía de nuevo su mano en el bolsillo para extraer de él más anteojos, aunque toda la mesa estaba cubierta de ellos. «¡Basta, basta, hombre terrible!», le gritó.

Coppola se deshizo suavemente de él, riendo burlonamente y diciendo: «¡Vamos, vamos, ya sé que no son para usted, *signore!* ¡Pero aquí tiene unos hermosos prismáticos!» Y en un abrir y cerrar de ojos hizo desaparecer todos los lentes y extrajo de otro bolsillo una multitud de impertinentes y prismáticos de todos los tamaños. En cuanto desaparecieron los anteojos, Nataniel se tranquilizó, y, acordándose de Clara, se convenció a sí mismo de que todas aquellas apariciones nacían en su propio cerebro. Coppola dejó de ser a sus ojos un mágico y un espectro horrible, para convertirse en un honrado óptico cuyos instrumentos nada ofrecían de sobrenatural. Y, para hacerle olvidar su extraño comportamiento, decidió comprarle

alguna cosa. Escogió unos lindos prismáticos de bolsillo, y, para probarlos se acercó a la ventana. Jamás había usado un instrumento cuyos lentes fuesen tan exactos y tan bien combinados para aproximar los objetos sin destruir la perspectiva, y para reproducirlos con toda exactitud. Involuntariamente enfocó los prismáticos hacia la habitación de Spalanzani. Olimpia, como de costumbre, estaba sentada ante la mesita, con las manos apoyadas en ella. Por primera vez Nataniel se dio perfecta cuenta de la belleza de sus rasgos. Sólo los ojos permanecían extrañamente fijos, como muertos, pero a medida que iba mirando a través de los prismáticos parecía que los ojos de Olimpia se animasen con unos rayos húmedos. Era como si el punto visual se hubiese animado súbitamente, y sus miradas se hacían cada vez más brillantes y animadas. Nataniel, perdido en la contemplación de la celestial Olimpia, estaba encadenado a la ventana como por un hechizo. Algo lo despertó de sus ensueños. Era Coppola que le tiraba de una manga: «*Tre zechini,* tres ducados, decía.

Nataniel había olvidado por completo al óptico; le pagó inmediatamente el precio que pedía. «¿Verdad que son unos lindos prismáticos? Lindos, ¿verdad?», dijo Coppola, soltando una carcajada estruendosa. «Sí, sí», respondió Nataniel de mal humor. «Adiós amigos. Váyase, váyase». Y Coppola abandonó la habitación no sin antes dirigir una extraña mirada a Nataniel, quien le oyó soltar nuevas carcajadas estrepitosas mientras bajaba la escalera. «Sin duda se está burlando de mí porque he pagado demasiado por estos prismáticos», se dijo.

En aquel momento un suspiro quejumbroso se dejó oír detrás de él. Nataniel suspendió el aliento, aterrorizado. Escuchó unos momentos. «Clara tenía razón al llamarme visionario», dijo, por fin. «Pero ¿no es extraño que el hecho de haber pagado demasiado caros estos prismáticos a Coppola, haya despertado en mí un sentimiento de terror?» Volvió al escritorio para terminar la carta a Clara, pero una mirada a través de la ventana le permitió observar que Olimpia seguía en su sitio. Arrastrado por una fuerza irresistible, se caló los prismáticos, y no apartó sus ojos de los seductores de su hermosa vecina hasta que su amigo Segismundo fue a llamarlo para asistir a la clase del profesor Spalanzani. La cortina de la puerta vidriera estaba echada y no pudo ver a Olimpia. Durante los dos días que siguieron, tampoco Olimpia se dejó ver, aunque Nataniel no se apartaba de la ventana. Al tercer día, las persianas de la ventana aparecieron cerradas. Desesperado, ardiendo de deseos, salió de la ciudad. La imagen de Olimpia flotaba ante él por todas partes; la veía en cada árbol, en cada matorral, y lo miraba con ojos relampagueantes, desde el fondo de las claras ondas de los riachuelos. La imagen de Clara se había borrado enteramente de su alma; no pensaba más que en Olimpia, y se lamentaba: «Astro brillante de mi amor, ¿por qué te has alzado para desaparecer súbitamente, y dejarme en una noche profunda?»

VI

Al volver a su aposento, Nataniel observó una gran agitación en la mansión del profesor. Las puertas estaban abiertas, y unos hombres entraban muebles; las ventanas del primer piso estaban abiertas también, y las criadas, atareadas, iban de una parte a otra, armadas con largas escobas, y carpinteros y tapiceros hacían resonar la casa con sus martillazos. Nataniel se detuvo asombrado en medio de la calle. Segismundo le dijo, riendo: «Bueno, ¿qué me dices del viejo Spalanzani?» Nataniel le respondió que no sabía absolutamente nada del profesor, pero que le sorprendía extraordinariamente el tumulto que reinaba en aquella casa, ordinariamente tan tranquila y apacible. Segismundo le comunicó entonces que Spalanzani daba una fiesta al día siguiente, consistente en un concierto y baile, y que la mitad de la Universidad estaba invitada a ella. Corría la especie de que el profesor presentaría en público por vez primera a su hija Olimpia, a la que hasta entonces había mantenido oculta a todas las miradas con un cuidado extremo. Nataniel encontró en su cuarto una invitación, y al día siguiente acudió, con el corazón alborotado, a la casa del profesor y a la hora fijada, cuando los coches empezaban a afluir y los salones resplandecían de luz. La reunión era numerosa y brillante. Olimpia apareció vestida con gran riqueza y un gusto excelente. Todos admiraban la perfección de sus formas y dé sus rasgos. Sus hombros, ligeramente redondeados, y la finura de su talle, como de avispa, tenían una gracia extraordinaria, pero todos pudieron notar una extraña vacilación en su forma de andar que suscitó algunas críticas. Se atribuyó esta rareza a la turbación que le causaba la presencia de tantos desconocidos. El concierto empezó. Olimpia tocó el piano con una habilidad excepcional, y cantó con una voz tan clara y argentina que parecía el sonido de una campana de cristal. Nataniel estaba sumido en un hechizo profundo. Se encontraba entre las últimas filas de espectadores y el resplandor de las bujías le impedía contemplar a la perfección los rasgos de Olimpia. Procurando no ser visto, sacó los prismáticos de Coppola, y miró a la hermosa cantatriz. ¡Qué delirio fue el suyo! Pudo ver entonces que las miradas de la encantadora Olimpia buscaban las suyas, y que las expresiones amorosas de su canción parecían dirigirse a él. Las brillantes notas sonaban en los oídos de Nataniel como el estremecimiento celestial del amor dichoso, y cuando la canción llegó a su fin, no pudo evitar exclamar en su éxtasis: «¡Olimpia! ¡Olimpia!» Todos los ojos se volvieron hacia Nataniel y los estudiantes que estaban cerca se echaron a reír. El organista de la catedral lo miró, sombrío, y le hizo señal de que callara. El concierto había terminado, e iba a empezar el baile. «¡Bailar con ella! ¡Con ella!», ésta era la meta de todos los deseos de Nataniel. Pero ¿cómo podría reunir el valor necesario para invitarla a ella, la reina de la fiesta? Sin embargo, antes de que pudiera darse cuenta él mismo de lo que estaba ocurriendo, se encontró junto a Olimpia cuando empezaba el baile, y después de murmurar unas palabras, le cogió una mano. La mano de Olimpia estaba helada, y en cuanto la tocó, Nataniel se sintió penetrado por

un frío mortal. Pero después de mirar a Olimpia, en cuyos ojos hablaba el amor, sintió que las arterias de aquella mano fría latían con violencia, y que una sangre ardiente circulaba por aquellas venas glaciales. Nataniel se estremeció y su corazón se llenó de amor; ciñó con el brazo el talle de Olimpia y cruzó con ella la multitud de bailarines. Hasta entonces se había juzgado a sí mismo un bailarín consumado y muy atento a la orquesta; pero la rítmica regularidad con que bailaba Olimpia le hizo comprender los fallos de su oído musical. Nataniel no quiso bailar con nadie más y hubiera asesinado gustoso a quien se atreviera a invitar a Olimpia. Pero, afortunadamente, esto ocurrió sólo dos veces, y, con gran sorpresa por su parte, Nataniel pudo bailar con ella toda la noche.

Si Nataniel hubiera podido ver algo más que a su Olimpia, hubiérase producido más de una reyerta, porque de los grupos de jóvenes escapaban murmullos burlones y risas apenas sofocadas, cuya causa permanecía ignorada. Exaltado por el baile y por el ponche, Nataniel había abandonado su natural timidez; sentado junto a Olimpia, cogió una de sus manos, y le habló de su amor en términos tan elevados que nadie hubiera podido comprenderlos, ni Olimpia, ni él mismo. Mientras tanto, ella seguía mirándole invariablemente a los ojos, y, suspirando con ardor, exclamaba únicamente: «¡Ah, ah, ah!» «¡Oh, mujer celestial, criatura divina», decía Nataniel, «rayo del amor que se nos promete en la otra vida! ¡Alma clara y profunda en la que se mira todo mi ser!» Y Olimpia se limitaba a suspirar y a contestar: «¡Ah! ¡Ah!»

El profesor Spalanzani pasó varias veces por delante de los dos enamorados y al verlos juntos sonrió con satisfacción, aunque de un modo algo extraño. Mientras tanto, desde el mundo de ensueños al que le había transportado el amor, Nataniel observó que los salones del profesor no brillaban ya como al principio; miró a su alrededor, y vio con sorpresa que sólo quedaban encendidas dos bujías, que parecían a punto de extinguirse. Hacía rato ya que la música y el baile había terminado. «¡Separarnos! ¡Separarnos!», exclamó con dolor, profundamente desesperado. Se levantó para besar la mano de Olimpia, pero ésta se inclinó hacia él y unos labios helados se posaron sobre los suyos ardientes. La leyenda de la Novia Muerta acudió a la mente de Nataniel; y se estremeció como cuando tocó la mano de Olimpia por vez primera.

El profesor Spalanzani cruzó lentamente el salón desierto; sus pasos sonaban en el pavimento de madera, y su figura, rodeada de sombras vacilantes; le prestaba la apariencia de un espectro. «¿Me quieres? ¿Me quieres, Olimpia? ¡Sólo una palabra! ¿Me quieres?», murmuraba Nataniel. Pero Olimpia se limitó a suspirar, y dijo, al tiempo que se levantaba: «¡Ah, ah!» «Ángel mío», dijo Nataniel, «tu contemplación es para mí como un faro que ilumina mi alma para siempre». «¡Ah, ah!», replicó Olimpia, alejándose. Nataniel la siguió y ambos se encontraron con el profesor. «Veo que lo ha pasado muy bien hablando con mi hija», dijo el profesor sonriendo. «Bueno, mi querido señor Nataniel, si le place conversar con esta joven tímida, sus visitas serán bien recibidas en esta casa».

Nataniel se despidió, y salió de la casa llevando el cielo en su corazón.

VII

Al día siguiente, la fiesta del profesor Spalanzani constituyó el tema de todas las conversaciones. A pesar de que el profesor había hecho todo lo posible para que la reunión resultara espléndida, las críticas fueron numerosas, y se dirigieron especialmente contra la envarada y silenciosa Olimpia, a la que consideraron absolutamente estúpida; a este defecto atribuyeron el hecho de que el profesor la hubiese mantenido oculta hasta entonces. Nataniel oyó estas opiniones con gran cólera, pero guardó silencio pensando que los que así hablaban no merecían que se les demostrase que era su propia estupidez la que les impedía conocer la belleza del espíritu de Olimpia.

—Hazme un favor, amigo mío —le dijo un día Segismundo—, dime cómo ha sido posible que un hombre sensato como tú se haya enamorado de esta autómata, de esta figura de cera.

Nataniel iba a estallar, pero se contuvo y respondió:

—Dime, Segismundo: ¿cómo es posible que los encantos de Olimpia hayan pasado inadvertidos a tus ojos clarividentes, a tu alma abierta a todas las impresiones de lo bello? Pero me alegro de no tenerte por rival, porque, de ser así, uno dé los dos hubiera debido caer ensangrentado a los pies del otro.

Segismundo comprendió los sentimientos de su amigo: habló de otra cosa, y después de haber dicho que en amor no se podía juzgar, agregó:

—Sin embargo, es curioso que la mayor parte de nosotros hayamos coincidido en juzgar a Olimpia. Nos ha parecido —no te enfades, amigo mío—, nos ha parecido faltada de vida y de alma. Su figura, y su rostro son regulares, es cierto, y hasta podría pasar por bella si sus ojos le sirvieran de algo. Su forma de andar es rítmica, y cada uno de sus movimientos parece provocado por un engranaje que alguien pusiera en marcha. Sus ademanes, su canto, tienen este ritmo regular y desagradable que recuerda el funcionamiento de una máquina. Lo mismo parece cuando baila. Olimpia nos repele y no quisiéramos tener nada que ver con ella, porque nos parece que pertenece al orden de seres inanimados y que sólo finge vivir.

Nataniel no quiso abandonarse a la amargura que provocaron en él las palabras de Segismundo. Respondió simplemente:

—Para vosotros, almas prosaicas, es posible que Olimpia os parezca un ser extraño. Sólo al espíritu de un poeta puede revelarse una personalidad como esa. Sólo a mí ha dirigido el fuego de sus miradas amorosas, y sólo en Olimpia he vuelto a encontrarme a mí mismo. Olimpia no se entrega, como los espíritus superficiales, a conversaciones vulgares; pronuncia pocas palabras, es cierto, pero estas pocas

palabras son como el jeroglífico de un mundo invisible, un mundo lleno de amor y conocimiento de la vida intelectual ten contemplación de la eternidad. ¡Ya sé que todo esto no tiene el menor sentido para vosotros y que son palabras gastadas en vano!

—Dios te ampare, querido amigo —dijo Segismundo, suavemente, y en un tono de voz casi dolorido—; pero creo que estás en un mal camino. Cuenta conmigo, si todo… pero no quiero decir más.

Nataniel comprendió de pronto que el frío y prosaico Segismundo acababa de jurarle su amistad leal, y estrechó cordialmente su mano.

Nataniel había olvidado completamente que existiera en el mundo una Clara a la que en otro tiempo había amado. Su madre, Lotario, y todos los demás se habían borrado de su recuerdo; no vivía más que para Olimpia, a la que iba a ver a menudo para hablarle de su amor, de la simpatía de las almas, de las afinidades psíquicas, todo lo cual Olimpia parecía escuchar con gran atención. Nataniel desenterró de las profundidades de su pupitre todos sus escritos, poesías, fantasías, visiones, novelas y cuentos; esas lucubraciones aumentaban cada día con sonetos y estrofas que le dictaban el aire azul o el claro de luna, y todo se lo leía a Olimpia, sin sentir la menor fatiga. Jamás había encontrado un oyente más admirable. Olimpia no hacía calceta; no miraba por la ventana distraídamente, ni daba de comer a los pájaros, ni jugaba con un perrito, o con el gato favorito, ni estrujaba un papel entre los dedos, ni intentaba ocultar un bostezo con un golpe de tos que sonaba a falso; por el contrario, le miraba fijamente durante horas enteras, sin moverse para nada, y sus ojos se animaban cada vez más; cuando, por fin, Nataniel se levantaba y le cogía la mano para llevarla a sus labios, Olimpia decía: «¡Ah, ah!», y añadía: «Buenas noches, querido».

«¡Alma sensible y profunda!», exclamaba Nataniel, mientras volvía a su casa. «¡Sólo tú sabes comprenderme!». Temblaba de felicidad, pensando en las afinidades intelectuales que existían entre él y Olimpia y que aumentaban cada día, y le parecía que una voz interior le había expresado los sentimientos de la encantadora hija del profesor. Así debía de haber sido, porque Olimpia no pronunciaba jamás otras palabras que las ya citadas. Pero cuando Nataniel se acordaba, en los momentos de lucidez (por ejemplo, al despertarse por la mañana, cuando el alma está *ayuna* de impresiones), del mutismo y la inercia de Olimpia, se consolaba diciendo: «¿Qué son las palabras al fin y al cabo?, sólo palabras. Su mirada celestial dice más que todas las lenguas. ¿Por qué su corazón tendría que encerrarse en los estrechos límites de nuestras necesidades e imitar nuestros gritos quejumbrosos y miserables para expresar su pensamiento?»

El profesor Spalanzani parecía encantado de las relaciones de su hija con Nataniel, y demostró su satisfacción de un modo inequívoco cuando dijo que dejaría a su hija elegir libremente a su esposo. Animado por estas palabras y con el corazón ardiente de deseos, Nataniel decidió implorar a Olimpia al día siguiente, que le dijera

claramente, con palabras, lo que sus miradas le daban a entender desde hacía tanto tiempo. Buscó el anillo que su madre le había regalado al separarse de ella, porque quería ponerlo en el dedo de Olimpia, en señal de unión eterna. Mientras buscaba el anillo cayeron en sus manos las cartas de Lotario y de Clara; las apartó con indiferencia, encontró el anillo, se lo puso y corrió a ver a Olimpia.

Estaba subiendo la escalera, y se encontraba al pie del vestíbulo, cuando oyó un ruido extraño. El rumor parecía proceder de la habitación del estudio de Spalanzani: pasos, crujidos, golpes sordos contra una puerta, entremezclados de maldiciones y juramentos.

—¡Suelta! ¡Suelta! ¡Infame! ¡Miserable! ¡Después de haber sacrificado mi cuerpo y mi vida entera!

—¡Ah, ah, ah! ¡No fue éste nuestro trato! ¡Yo hice los ojos!

—¡Y yo los engranajes!

—¡Imbécil, con tus engranajes!

—¡Perro maldito!

—¡Miserable relojero!

—¡Márchate, Satán!

—¡Basta!

—¡Bestia infernal, márchate!

—¡Suelta!

Eran las voces de Spalanzani y del horrible Coppelius, que se mezclaban y tronaban juntas. Nataniel, horrorizado, se precipitó al gabinete. El profesor tenía el cuerpo de una mujer sujeto por los hombros, el italiano Coppola por los pies, y cada uno tiraba hacia sí, luchando con furor para apoderarse del cuerpo. Nataniel retrocedió temblando de horror al reconocer el cuerpo de Olimpia; luego, inflamado por la cólera, se arrojó contra los dos locos, para quitarles a su amor; pero, en aquel momento, Coppola consiguió arrancar el cuerpo de las manos del profesor, y cargándoselo sobre la espalda, bajó rápidamente las escaleras, no sin antes derribar una mesa cubierta de matrices, cilindros, y otros aparatos. Mientras Coppola bajaba la escalera, riendo, se oyeron los golpes de los pies de Olimpia, que daban contra los peldaños y sonaban como un objeto duro. Nataniel permaneció inmóvil. Había podido ver claramente que la figura de cera de Olimpia no tenía ojos, y que en su lugar aparecían dos cavidades negras. Era un autómata sin vida. Spalanzani yacía en el suelo, derribado por el empujón de Coppola al marchar; los cristales rotos le habían herido en la cabeza, el pecho y los brazos, y su sangre brotaba abundantemente, pero no tardó en reunir sus fuerzas.

—¡Persíguele! ¡Persíguele! ¿Qué esperas? ¡Coppelius, el miserable Coppelius, me ha robado mi mejor autómata! ¡He trabajado en él veinte años! ¡Por él he sacrificado mi cuerpo y mi vida!… Los engranajes, la palabra, todo, todo era mío. Los ojos… él te los había robado. ¡Condenado! Corre a atraparle… Devuélveme mi Olimpia… aquí están los ojos…

Nataniel vio entonces en el suelo un par de ojos sangrientos que le miraban fijamente. Spalanzani los recogió y se los arrojó al pecho. Entonces el delirio se apoderó de Nataniel, y sus pensamientos se confundieron.

—¡Vamos, vamos, vamos! —exclamó, empezando a bailar—. ¡Gira, gira, círculo de fuego!… ¡Gira, linda muñequita de madera!… ¡Vamos, bailemos alegremente! ¡Alegregremente, linda muñequita!

Y al decir estas palabras se arrojó contra el profesor y le agarró por el cuello. Le hubiese estrangulado sin duda, de no ser porque al ruido acudieron varias personas y libraron al profesor de Nataniel. Segismundo tuvo que luchar a brazo partido para reducir a su amigo, que no cesaba de gritar: «¡Vamos, bailemos alegremente! ¡Alegremente, linda muñequita!», mientras golpeaba ciegamente a su alrededor. Finalmente consiguieron derribarle y atarle. Su voz se debilitó y degeneró en un rugido salvaje. El desdichado Nataniel se abocó a un horrible delirio, y le trasladaron al manicomio.

VIII

Antes de ocuparme del desgraciado Nataniel, quiero hacer saber a los que se hayan interesado por el hábil mecánico y fabricante de autómatas Spalanzani, que el profesor curó completamente de sus heridas. Se vio obligado a abandonar la Universidad, porque la historia de Nataniel había producido gran sensación y se consideró un fraude insolente el hecho de haber introducido una muñeca de madera en los círculos sociales de la ciudad, donde había logrado cierto éxito. Los juristas consideraban la burla tanto más punible cuanto que se había dirigido contra el público, y con tanta maña, que excepto algunos estudiantes especialmente inteligentes, nadie se había dado cuenta de la verdad, aunque, después de los hechos, todos se alababan de haber concebido ciertas sospechas al respecto. Unos pretendían haber observado que Olimpia estornudaba con más frecuencia que bostezaba, lo que va contra todas las reglas. Se decía que ello se debía al mecanismo interior, que crujía de una manera diferente. A este propósito, el profesor de poesía y elocuencia tomó un polvo de rapé, golpeó ligeramente sobre la cajita, y dijo, con aire solemne:

—Ninguno de ustedes ha encontrado el punto sobre el que descansa la cuestión, señores. Todo ha sido una alegoría, una metáfora continua. ¿Comprenden? *Sapienti sat*!

Pero la mayor parte de las personas no se contentaron con aquella explicación. La historia de la autómata había echado profundas raíces en su espíritu, y se extendió entre ellos una terrible desconfianza hacia las figuras humanas. Muchos enamorados, para convencerse de que no se las habían con una autómata, exigieron que sus novias bailasen sin seguir el compás y cantasen desafinando; exigieron que hicieran calceta

mientras les leían en voz alta y, sobre todo, las obligaron a hablar *realmente,* es decir, a que sus palabras entrañasen sentimientos e ideas, lo cual fue causa de numerosas rupturas. Coppola había desaparecido antes que Spalanzani.

Nataniel se despertó un día como de un sueño penoso y profundo. Abrió los ojos, y se sintió reanimado por un sentimiento de infinito bienestar, por un calor suave y celestial. Se hallaba acostado en su cuarto, en la casa de su madre. Clara estaba inclinada sobre él, y junto a la cama se encontraban su madre y Lotario.

—¡Por fin, por fin, querido Nataniel! ¡Nos has sido devuelto!

Así hablaba Clara con la voz temblorosa de ternura, estrechando entre sus brazos a Nataniel, cuyas lágrimas brotaban abundantes.

—¡Clara! ¡Clara! —exclamó Nataniel, luchando entre el dolor y la alegría.

Segismundo, que había velado fielmente junto a su amigo, entró en la habitación.

—¡Amigo, hermano mío! —le dijo Nataniel, estrechándole la mano—. ¡Tampoco tú me has abandonado!

Su locura había desaparecido sin dejar rastro, y muy pronto los cuidados de su madre, de sus amigos y de su prometida le devolvieron las fuerzas. La dicha había entrado de nuevo en la casa. Un anciano tío, de quien nadie se acordaba, murió dejando a la madre de Nataniel una extensa propiedad, situada en un paraje pintoresco, no lejos de la ciudad. Decidieron trasladarse allí la madre, Nataniel y Clara, con quien debía contraer matrimonio, y Lotario. Nataniel aparecía más amable que nunca; había recobrado la ingenuidad de su niñez y apreciaba el alma pura y sencilla de Clara. Nadie recordaba, ni por azar, lo que le había ocurrido. Cuando Segismundo se dispuso a partir, Nataniel le dijo solamente:

—¡Por Dios, amigo mío! ¡Estaba en un mal camino, pero un ángel me ha conducido a tiempo por la ruta del cielo! ¡Este ángel ha sido Clara!

Segismundo no le permitió que siguiera hablando, temiendo que recayera en sus pensamientos antiguos. Llegó el momento en que los cuatro debían trasladarse a su propiedad. Durante todo el día estuvieron recorriendo juntos la ciudad para hacer algunas compras. La alta torre del Ayuntamiento arrojaba su sombra sobre el mercado.

—Si subimos a la torre, podremos ver una vez más nuestras bellas montañas —dijo Clara.

Y así lo hicieron. Nataniel y Clara subieron a la torre, la madre volvió a la casa con la criada y Lotario que no tenía ganas de subir tantos escalones, se quedó al pie de la torre. Pronto los dos enamorados se encontraron uno al lado del otro en la galería más alta y sus miradas se sumergieron en los bosques aromáticos, tras los cuales se levantaban las montañas azules, parecidas a ciudades de gigantes.

—Mira ese grupo de arbolillos que parece moverse hacia aquí —dijo Clara.

Nataniel hurgó maquinalmente en el bolsillo y encontró los prismáticos de Coppelius. Se los llevó a los ojos y vio la imagen de Clara. Sus arterias latieron con violencia, sus ojos relampaguearon y rugió como un animal feroz; luego, saltando

alocadamente, gritó riendo: «¡Linda muñequita, baila! ¡Baila, linda muñequita!» Agarrando a Clara bruscamente quiso arrojarla desde lo alto de la torre; pero en su desesperación, Clara se cogió nerviosamente a la balaustrada. Lotario oyó las carcajadas del furioso Nataniel y los gritos de terror de Clara; un horrible presentimiento se apoderó de él y subió rápidamente; la puerta de la segunda planta estaba cerrada. Los gritos de Clara aumentaban sin cesar; ciego de rabia y de terror empujó con violencia la puerta, que acabó cediendo. Los gritos de Clara eran cada vez más débiles: «¡Socorro! ¡Salvadme, salvadme…!» Su voz parecía morir en el aire. «¡Está muerta, asesinada por ese miserable!», exclamó Lotario. La puerta de la galería también estaba cerrada. La desesperación le dio fuerzas sobrehumanas y de un empujón hizo saltar la puerta de sus goznes. ¡Dios de los cielos! Nataniel sostenía a Clara en el aire fuera del balcón; una de las manos de ella permanecía agarrada a los barrotes del balcón. Rápido como un rayo, Lotario cogió a su hermana atrayéndola hacia sí y golpeando con violencia a Nataniel en el rostro, le obligó a desasir su presa. Lotario se precipitó rápidamente escaleras abajo, llevando en sus brazos a su hermana desmayada. Estaba a salvo. Nataniel, que había quedado solo en la galería, la recorría en todos sentidos, dando saltos y gritando: «¡Gira, gira, círculo de fuego! ¡Gira!» La multitud se había reunido, atraída por sus gritos, y entre la gente se veía a Coppelius que sobrepasaba a sus vecinos por su altura extraordinaria. Alguien propuso subir a la torre para apoderarse del insensato; pero Coppelius dijo sonriendo: «Esperad un poco; ya bajará solo», y siguió mirando hacia arriba como los demás. Nataniel, de pronto, se detuvo y permaneció inmóvil. Miró hacia abajo y, distinguiendo a Coppelius, exclamó con voz penetrante: «¡Ah, hermosos ojos! ¡Bellos ojos!», y se arrojó por encima de la barandilla del balcón. Cuando Nataniel quedó tendido sobre el pavimento, con la cabeza rota, Coppelius desapareció.

Se dice que, algunos años después, alguien vio a Clara en una región apartada, sentada a la puerta de una linda casita de recreo en la que vivía. Junto a ella se encontraban su dichoso marido y tres niños encantadores. De ello puede deducirse que Clara encontró por fin la felicidad hogareña que prometía su alma serena y apacible y que jamás hubiera podido procurarle el fogoso y exaltado Nataniel.

EL GATO NEGRO

Edgar Allan Poe

No espero ni quiero que se dé crédito a la historia extraordinaria que voy a referir. Tratándose de un caso en el que mis sentidos se niegan a aceptar su propio testimonio, habría de estar realmente loco si así lo creyera. No obstante, no estoy loco, y, con toda seguridad, no sueño. Pero mañana puedo morir y quiero aliviar hoy mi espíritu. Mi inmediato deseo es mostrar al mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrorizado, torturado y anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido otro sentimiento que el de horror, pero a muchas personas les parecerán menos terribles. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común. Alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, encontrará tan sólo en las circunstancias que relato con terror una serie ordinaria de causas y de efectos naturalísimos.

En mi infancia me distinguí por la docilidad y amabilidad de mi carácter. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de ellos. Casi todo el tiempo lo pasaba en su compañía y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de esparcimiento… Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz no requieren la explicación de la naturaleza o intensidad de los goces que esto puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha tenido ocasión de comprobar la amistad mezquina y la frágil fidelidad del *Hombre.*

Me casé joven; tuve la suerte de descubrir en mi mujer una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi gusto por los animales domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y un *gato.*

Era éste último muy fuerte y bello, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que era en el fondo algo supersticiosa, hablando de su inteligencia, aludía frecuentemente a la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disimuladas. No quiere esto decir que hablara siempre *en serio* sobre este particular, y lo consigno por la sencilla razón de que lo recuerdo ahora.

«Plutón» —así llamábase el gato— era mi amigo predilecto. Sólo yo le daba de comer, y dondequiera que fuese me seguía por la casa. Incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por las calles.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento —me sonroja confesarlo—, por causa del demonio de la intemperancia, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día me hice más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Empleé con mi mujer un lenguaje brutal, y con el tiempo la afligí incluso con violencias personales. Naturalmente, mis animales debieron de notar el cambio de mi carácter. No les hacía caso alguno e incluso los maltrataba. Sin embargo, por lo que se refiere a «Plutón», aún despertaba en mí la consideración suficiente para no pegarle. En cambio, no sentía ningún escrúpulo en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro, cuando por casualidad o afecto se cruzaban en mi camino. Pero mi mal iba progresando, porque, ¿qué mal no progresa cuando tiene su base en el abuso del alcohol? Al fin el mismo «Plutón», que envejecía, y, naturalmente, se hacía un poco huraño, comenzó a conocer los efectos de mi nuevo carácter.

Una noche, con ocasión de regresar a casa completamente ebrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí, pero él, horrorizado por mi violenta actitud, me mordió en la mano produciéndome una leve herida. Repentinamente se apoderó de mí un furor demoníaco. En aquel instante dejé de controlarme. Pareció como si de pronto, mi alma original hubiese abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca, saturada de ginebra, se filtrara en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo… Me cubre el rubor, me abraso, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, hube recuperado la razón, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento por el crimen que había cometido. Pero, todo lo más, era un débil y equívoco sentimiento, y el alma permaneció insensible. Volví a sumirme en los excesos, y no tardé en ahogar en el vino todo recuerdo de mi acción.

Curó, entretanto, el gato lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto espantoso. Pero después, con el tiempo, no pareció que se daba cuenta de ello. Según su costumbre iba y venía por la casa, pero como es lógico, en cuanto veía que me aproximaba a él, huía aterrorizado. Me quedaba aún lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiera aquella manifiesta antipatía en una criatura que tanto había amado anteriormente. Pero este sentimiento no tardó en ser desalojado por la irritación. Como para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de *perversidad*, espíritu del que la filosofía no se ocupa ni poco ni mucho. No obstante, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los más primitivos instintos del corazón del hombre… ¿Quién no se ha sorprendido numerosas veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que *no* debía cometerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la Ley, simplemente porque comprendemos que es la *Ley*? Digo que este espíritu de perversidad hubo de producir mi ruina completa.

El vivo e insondable deseo del alma *de atormentarse a sí misma,* de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal o por amor al mal, me impulsaba a continuar y últimamente a llevar a efecto el suplicio que había infligido al pobre animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué en la rama de un árbol. Lo ahorqué con los ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que él me había amado, y porque reconocía que no me había dado motivo alguno para encolerizarme contra él. Lo ahorqué porque al hacerlo sabía que cometía un pecado mortal que comprometía a mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si esto fuera posible, lejos incluso de la misericordia infinita del muy terrible y misericordioso Dios.

En la noche siguiente al día en que fue cometida una acción tan cruel, me despertó del sueño el grito de: «¡Fuego!» Ardían las cortinas de mi lecho. La casa era una gran hoguera. No sin grandes dificultades mi mujer, un criado y yo, logramos escapar del incendio. La destrucción fue total. Quedé arruinado, y me entregué desde entonces a la desesperación.

No intento establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a la atrocidad y el desastre. Estoy por encima de tal debilidad. Pero me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero emitir el menor eslabón. Visité las ruinas el día siguiente al del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta sola excepción la constituía un delgado tabique interior, situado casi en la mitad de la casa, contra el que se apoyaba la cabecera de mi lecho. Había resistido a gran parte de la acción del fuego, hecho que atribuí a su construcción. En torno a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas examinaban una parte del muro con atención viva y minuciosa. Excitaron mi curiosidad las palabras «extraño» y «singular» y otras exclamaciones parecidas. Me acerqué y vi, a modo de un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco *gato.* La imagen estaba copiada con realmente extraordinaria exactitud. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas hube visto esta aparición —porque yo no podía considerar a aquello más que como una aparición—, mi asombro y mi terror fueron extraordinarios. Por fin vino a mi amparo la reflexión. Recordaba que el gato fue ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma el jardín fue invadido inmediatamente por la muchedumbre, y el animal debió de haber sido descolgado por alguien del árbol y arrojado a mi cuarto por una ventana abierta. Probablemente se hizo esto con el fin de despertarme. El derrumbamiento de las restantes paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido. La cal del muro, en combinación con las llamas y el *amoníaco* del cadáver, produjo la imagen tal como yo la veía.

Aunque procuré satisfacer así la razón, ya que no por completo mi conciencia, no dejó, sin embargo, de grabar en mi imaginación una huella profunda el sorprendente

caso del que acabo de dar cuenta. Durante algunos meses no pude liberarme del fantasma del gato, y en todo este tiempo nació en mi alma una especie de sentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los miserables tugurios que a la sazón frecuentaba, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Hallándome sentado una noche, medio aturdido, en un bodegón infame, atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos barriles de ginebra o ron que componían el mobiliario más importante de la sala. Hacía ya algunos momentos que miraba a lo alto del tonel, y me sorprendió no haber advertido antes el objeto colocado encima. Me acerqué a él y lo toqué. Era un gato negro enorme, tan corpulento como «Plutón», al que se parecía en todo menos en un detalle: «Plutón» no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero éste tenía una señal ancha y blanca aunque de forma indefinida, que le cubría casi toda la región del pecho. Apenas puse en él mi mano, se levantó repentinamente ronroneando con fuerza, se restregó contra ella y pareció contento de mi atención. Era, pues, el animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer al dueño su adquisición, pero éste no tuvo interés alguno por el animal. No lo había visto hasta entonces.

Continué acariciándolo y cuando me disponía a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a seguirme. Se lo permití, y deteniéndome de vez en cuando, lo acariciaba. Cuando llegué a mi casa se encontró como si fuera la suya, y se convirtió rápidamente en el favorito de mi mujer.

No tardó en formarse en mí una antipatía hacia él. Era precisamente lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué sucedió esto, pero su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Paulatinamente, estos sentimientos de disgusto y fastidio se acrecentaron hasta convertirse en la amargura del odio. Yo evitaba su presencia. Una especie de vergüenza, y el recuerdo de mi primera crueldad, me impidieron que lo maltratara. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o tratarle con violencia; pero gradual, insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible y a eludir en silencio, como si huyera de la peste, su odiosa presencia.

Sin duda, lo que aumentó mi odio por el animal, fue el descubrimiento que hice a la mañana siguiente de haberle llevado a casa. Como «Plutón», también él había sido privado de un ojo. Sin embargo, esta circunstancia contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, que, como ya he dicho, poseía grandemente la ternura de sentimientos que fue en otro tiempo mi rasgo característico y el frecuente manantial de mis placeres más sencillos y puros.

No obstante, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa de mi odio hacia él. Con una tenacidad imposible de hacer comprender al lector, seguía constantemente mis pasos. En cuanto me sentaba, acurrucábase debajo de mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus repugnantes caricias. Si me levantaba para andar, metíase entre mis piernas y casi me derribaba, o bien, clavando

sus largas y agudas garras en mi ropa, trepaba por ellas hasta mi pecho. En estos instantes, aunque hubiera querido matarle de un golpe, me lo impedía, en parte, el recuerdo de mi primer crimen: pero, sobre todo, me apresuro a confesarlo, un verdadero *terror* hacia el animal.

Este terror no era positivamente el de un mal físico, y, no obstante, me sería muy difícil definirlo de otro modo. Casi me avergüenzo confesar (aun en esta celda de malhechor, casi me avergüenza confesarlo) que el horror y el pánico que me inspiraba el animal habíase acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. Mi mujer me había llamado la atención más de una vez con respecto al carácter de la mancha de que he hablado y que constituía la única diferencia perceptible entre el extraño animal y aquel que yo había matado. Recordará, sin duda, el lector que esta señal, aunque grande, tuvo primitivamente una forma indefinida. Pero lenta, gradualmente, por fases imperceptibles y que mi imaginación se esforzó en considerar durante largo tiempo como imaginarias, había concluido adquiriendo una nitidez rigurosa de contornos, en ese momento, la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle como a un monstruo, y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, digo, la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ¡de la *horca*! ¡Oh, lúgubre y terrible máquina, máquina de espanto y crimen, de agonía y muerte!

Yo era entonces, en verdad, un miserable, el mayor miserable de la Humanidad. Una *bestia bruta*, cuyo hermano fue aniquilado por mí, con desprecio; una *bestia bruta* engendrada en mí, hombre formado a imagen del Altísimo. ¡Ay! Ni de día ni de noche conocía la paz del descanso. Ni un solo instante durante el día dejábame el animal. Y de noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños de indefinible angustia era tan sólo para sentir el aliento tibio de *la cosa* sobre mi rostro y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía separar de mí y que parecía eternamente posada en *mi corazón.*

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco que me quedaba de bueno. Infames pensamientos convirtiéronse en mis íntimos; los más sombríos, los más infames de todos los pensamientos. Mi tristeza de costumbre se acrecentó hasta hacerme aborrecer a todas las cosas de la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. ¡Ay! Era la principal víctima. La más paciente víctima de las repentinas, frecuentes e indomables expansiones de una furia a la que ciertamente me abandoné desde entonces.

Para un quehacer doméstico, me acompañó un día al sótano del viejo edificio en que nos obligara a vivir nuestra pobreza. Por los peldaños de la escalera me seguía el gato, y, habiéndome hecho caer de cabeza, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de una hacha, y olvidando en mi furor el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal que habría sido mortal si lo hubiera alcanzado como quería. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Una

rabia más que diabólica me produjo esta intervención. Liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que se enteraran los vecinos. Asaltaron a mi mente varios proyectos. Pensé por un instante en fragmentar el cuerpo y arrojar al fuego los pedazos. Resolví después cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del jardín. Cambié de idea y decidí embalarlo en un cajón como una mercancía, en la forma de costumbre y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa. Pero, por último, me detuve ante un proyecto que consideré el más factible. Me decidí a emparedarlo en el sótano.

La cueva parecía estar hecha a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban construidos con el cuidado de costumbre, y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos en toda su extensión por una capa de yeso que no dejó endurecer la humedad. Por otra parte, había un saliente en uno de los muros producido por una chimenea artificial o especie de hogar que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiese descubrir nada sospechoso.

No me engañó mi cálculo. Ayudado por una palanca, separé sin dificultad los ladrillos, y, habiendo aplicado el cuerpo cuidadosamente contra la pared interior, lo sostuve en esta postura hasta poder restablecer, sin gran esfuerzo, el estado primitivo del muro. Con todas las precauciones imaginables, me procuré una argamasa, preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva y cubrí cuidadosamente con ella el nuevo tabique. Cuando terminé, vi que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con el mayor cuidado barrí el suelo y recogí los escombros, miré triunfalmente en torno mío y dije: «Por lo menos, aquí mi trabajo no ha sido infructuoso.»

Mi primera idea, entonces, fue buscar al animal que había sido el causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento hubiese podido encontrarlo nada hubiese evitado su destino. Pero parecía que el astuto animal, ante la violencia de mi cólera, se había alarmado y procuraba no presentarse ante mí, desafiando mi mal humor. Imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que dio a mi corazón la ausencia de la detestable criatura. En toda la noche no se presentó, y ésta fue la primera que gocé, desde su entrada en la casa, durmiendo tranquila y profundamente. Sí; *dormí* con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no se presentó, sin embargo. Como un hombre libre, respiré. En su terror, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares y no volvería a verlo nunca más. Mi dicha era infinita.

Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción. Inicióse una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones. También se dispuso una investigación, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día después de haberse cometido el asesinato, se presentó en mi casa inopinadamente un grupo de agentes de policía y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Sin embargo, confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté ninguna turbación. Los agentes quisieron que les acompañara en sus pesquisas. Fue explorado hasta el último rincón. Bajaron por último a la cueva. No me alteré en absoluto. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sótano de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferentemente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la policía se disponía a abandonar el local. Era demasiado intenso el júbilo de mi corazón para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente su convicción con respecto a mi inocencia.

—Señores —dije por último, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Deseo a todos ustedes una buena salud y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, señores, tienen ustedes aquí una casa bien construida. —Apenas sabía lo que hablaba, en mi furioso deseo de decir algo tranquilamente—. Puedo asegurar que esta es una casa *excelentemente* construida. Estos muros… ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están construidos con una gran solidez.

Entonces, por una fanfarronada frenética, golpeé con fuerza, con un bastón que tenía en la mano en aquel momento, precisamente sobre el tabique tras el cual yacía la esposa de mi corazón.

¡Ah! Que por lo menos que Dios me proteja y me libre de las garras del demonio. Apenas húbose hundido en el silencio el eco de mis golpes, me respondió una voz del fondo de la tumba. Era, primero, una queja, velada y entrecortada como el sollozo de un niño. Después, en seguida, se hinchó en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal e inhumano. Un alarido, un aullido, mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede brotar del infierno, como si surgiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios que gozaban en la condenación.

Sería una locura expresaros mis pensamientos. Me sentí desfallecer, y, tambaleándome caí contra la pared opuesta. Durante un instante detuviéronse los agentes en los escalones. El terror los había dejado atónitos. Un momento después doce brazos robustos atacaron la pared que cayó a tierra de un golpe. El cadáver desfigurado ya y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido a los ojos de los circunstantes. Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y llameando su único ojo, se posaba el odioso animal cuya astucia me llevó al asesinato y cuya reveladora

voz me entregaba al verdugo. Yo había emparedado al monstruo en la tumba.

AVENTURA DE UN ESTUDIANTE ALEMÁN

Washington Irving

UNA noche, bajo una tempestad desatada, en la época de la Revolución francesa, un joven alemán se dirigía a su domicilio a través de los viejos barrios de París. Los relámpagos brillaban en el cielo y el ruido sordo de los truenos retumbaba en las estrechas callejuelas.

Gottfried Wolfgang era un joven de buena familia; había estudiado en Gotinga durante muchos años pero, debido a su temperamento entusiasta y visionario, pronto se dejo arrastrar por esas doctrinas atrevidas y altamente especulativas que tan a menudo descarrían a los estudiantes alemanes. Su vida retirada, su aplicación y la naturaleza singular de sus estudios influyeron a la vez en su cuerpo y su espíritu. Su salud era débil, su imaginación enfermiza. Se entregó a especulaciones abstractas sobre la esencia de los espíritus, hasta crearse, como Swedenborg, un mundo imaginario, por encima del verdadero. No se sabe cómo, llegó a la conclusión de que pesaba sobre él una influencia maligna; creía que un genio o espíritu del mal trataba de prenderle y llevarle a la perdición. Esta idea fue royendo su carácter sombrío y produjo los más funestos efectos; Gottfried se fue volviendo huraño y pesimista. Sus amigos, considerando que se hallaba ante una grave crisis mental, decidieron que lo mejor sería un cambio de ambiente y lo enviaron a París.

Wolfgang llegó a París en los albores de la Revolución. El delirio popular sedujo en seguida su espíritu entusiasta y las teorías políticas y filosóficas de la época lo entusiasmaron. Pero las sangrientas escenas que se desarrollaron a continuación hirieron su sensibilidad, lo desilusionaron de la sociedad y el mundo y lo animaron más que nunca a hacer vida de recluso. Se retiró a una habitación solitaria en el Barrio Latino, paraíso de los estudiantes, y allí, en una calle sombría, cerca de los austeros muros de la Sorbona, continuó sus especulaciones favoritas. Pasaba horas enteras en las grandes bibliotecas parisinas, esos panteones de autores difuntos, hojeando los viejos mamotretos polvorientos, a fin de satisfacer su morboso apetito. Era como una especie de vampiro literario, que se alimentaba de literatura muerta.

Solitario y recluso, Wolfgang tenía, no obstante, un temperamento ardiente, cuyo fuego estuvo atizando durante mucho tiempo con la imaginación. Era demasiado tímido e ignorante de las cosas de este mundo para tener éxito entre el sexo débil, pero sentía una gran admiración por la belleza femenina y, muy a menudo, pensaba en las figuras y rostros que había visto en la calle y su imaginación los revestía de perfecciones y encantos que sobrepasaban a la realidad.

Cuando su espíritu se excitaba y exaltaba de tal suerte, tenía una visión que le producía un efecto extraordinario. Se le aparecía un rostro femenino de belleza trascendental y la impresión que le producía era tan honda que a duras penas podía rehacerse. Aquel rostro llenaba sus pensamientos de día y sus sueños durante la noche y llegó a enamorarse perdidamente de aquella mujer soñada. Su amor se

convirtió en una de esas ideas fijas que se adueñan de los espíritus melancólicos y que a veces se toman por locura.

Así era Gottfried Wolfgang y ése su estado de ánimo en el momento que empieza esta historia. Volvía a su casa, en una noche borrascosa, por las sombrías y viejas calles de La Marais, el más viejo barrio de París. El sordo rugido del trueno hacía temblar las casas y las estrechas callejas. Llegó a la plaza de la Grève, donde se llevaban a cabo las ejecuciones públicas. Los rayos centelleaban sobre las altas torres del viejo Ayuntamiento y su fulgor iluminaba la plaza. Al encontrarse tan cerca de la guillotina retrocedió horrorizado. El terror estaba en todo su apogeo y el terrible instrumento de muerte, siempre a punto, relucía con la sangre de los justos y los valientes. Aquel mismo día, el siniestro aparato, había trabajado activamente segando cabezas, y allí estaba, en el corazón de la ciudad silenciosa y dormida, esperando nuevas víctimas.

Wolfgang sintió que el corazón se le oprimía y decidió alejarse, pero en aquel momento, vio una figura encogida al pie de los escalones que daban acceso al tablado. Unos cuantos relámpagos seguidos le permitieron observarla mejor: era una silueta femenina, vestida de negro, sentada en el último de los escalones. Tenía el busto inclinado hacia delante y la cara escondida entre las rodillas; sus largas trenzas, oscuras y despeinadas, llegaban al suelo, mojadas por la lluvia que caía a torrentes. Wolfgang permaneció inmóvil. Había algo terriblemente patético en aquella solitaria imagen de la angustia. La dama daba la sensación de pertenecer a la alta sociedad. En aquellos tiempos difíciles más de una bella cabeza acostumbrada a la blandura del plumón, no tenía donde apoyarse. Sin duda debía tratarse de una viuda, a la cual la siniestra cuchilla acababa de dejar sola, con el corazón destrozado y que permanecía allí, en el lugar en donde le habían arrebatado aquello que le era más querido.

Gottfried se acercó y le dirigió la palabra en un tono que revelaba profunda simpatía. Ella levantó la cabeza y lo miró con mirada extraviada, y cuál no sería el asombro de Wolfgang al contemplar, bajo la luz de los relámpagos, el rostro que llenaba sus sueños: lívido y desesperado y, sin embargo, de una belleza arrebatadora.

Agitado por sentimientos violentos y contradictorios; le dirigió la palabra de nuevo, temblando. Se asombró de verla sola, en una hora tan avanzada de la noche, bajo la furiosa tormenta y se ofreció a conducirla a casa de algún amigo. Ella señaló la guillotina con un gesto terriblemente expresivo.

—Ya no me quedan amigos en este mundo —dijo.

—¿Y no tiene usted dónde ir?

—Sí… ¡Mi tumba!

Al oírla, el corazón del estudiante se estremeció de emoción.

—Si un extraño —dijo—, pudiera hacerle un ofrecimiento sin correr el riesgo de ser mal comprendido, yo me permitiría ofrecerle mi humilde morada por cobijo y a mí mismo como su más devoto amigo. Yo tampoco tengo a nadie, soy un extraño en este país; pero si mi vida puede servirle de algo está a su servicio y la sacrificaré

gustoso para evitarle el menor daño u ofensa.

Los modales graves y fervientes del joven produjeron su efecto; incluso su acento extranjero, que demostraba que no tenía nada en común con la chusma parisina, habló en su favor. Además, el verdadero entusiasmo posee una elocuencia incuestionable. La angustia de la señora cedió un tanto bajo la protección del estudiante.

Le ayudó a cruzar el puente Nuevo y la plaza en la que la estatua de Enrique IV yacía tirada en el suelo, derribada por el populacho. La tormenta se había calmado, aunque aún sonaba el rugido de los truenos en la lejanía. París parecía reposar; aquel gran volcán de las pasiones humanas dormía durante un rato para recuperar las fuerzas necesarias para la erupción del día siguiente. El estudiante condujo a su protegida a través de las viejas calles del Barrio Latino, rodeó los muros de la Sorbona y llegó al miserable hotel donde tenía su habitación. El portero que le abrió manifestó su sorpresa al ver al melancólico Wolfgang en compañía de una mujer.

Al abrir la puerta se avergonzó de la pobreza y desorden de su hospedaje. No tenía más que una habitación: una sala de viejo estilo, adornada con pesadas esculturas y extravagantemente amueblada con restos marchitos de un antiguo esplendor. Se trataba, en efecto, de uno de esos hoteles cercanos al Luxemburgo, que antaño habían pertenecido a la nobleza. La habitación estaba llena de libros, papeles y todas esas cosas propias de un estudiante. La cama estaba situada en un rincón, en una especie de alcoba.

Cuando hubo encendido una bujía y pudo contemplar la belleza de la desconocida se sintió más emocionado que nunca. Su rostro era pálido pero de una blancura radiante, realzado por la aureola de una espesa cabellera negra; sus enormes ojos brillaban con una expresión un tanto esquiva; sus formas, bajo el traje negro, eran de una armonía perfecta. De toda su persona emanaba un aire de nobleza, a pesar de la sencillez de su atavío; lo único que tenía cierta coquetería en todo su atavío era un pañuelo de gasa negra, que llevaba en el cuello, prendido con un alfiler de diamantes.

El estudiante se sentía un poco embarazado al pensar en la mejor manera de acomodar en forma conveniente al pobre ser abandonado que había tomado bajo su protección. Había pensado en cederle su habitación y buscar otra para él, pero estaba tan fascinado, su espíritu y sus sentidos se sentían tan atraídos que no podía apartarse de su presencia. También la actitud de ella era rara y sorprendente; ya no pensaba en la guillotina y hasta su dolor parecía calmado. Las atenciones del estudiante, que, al principio, ganaron su confianza, ahora habían conquistado además su corazón. Evidentemente, ella era también muy apasionada y los seres apasionados se compenetran pronto.

Bajo la embriaguez del momento Wolfgang le declaró su amor; le contó la historia de su sueño misterioso, de cómo ella se había adueñado de su corazón mucho antes de conocerla. La dama reconoció sentirse también atraída hacia él por una fuerza inexplicable. La época predisponía a todos los atrevimientos, tanto en las ideas como en las acciones; los prejuicios y viejas supersticiones habían sido barridos.

Ahora todo ocurría bajo los auspicios de la «Diosa Razón». Incluso los espíritus más honorables consideraban el matrimonio como una fórmula en desuso, otra más en el fárrago de antiguallas del Antiguo Régimen. Se habían puesto de moda los contratos sociales y Wolfgang era demasiado teórico para no dejarse influenciar por las doctrinas liberales de la época.

—¿Por qué separarnos? —dijo—. Nuestros corazones desean la unión, a los ojos de la razón y del honor ya estamos unidos. ¿Qué necesidad tienen las almas nobles de fórmulas vulgares?

La dama le escuchaba con emoción; evidentemente abundaba en las mismas ideas.

—Tú no tienes ni casa ni familia —añadió Wolfgang—. Déjame ser todo eso para ti; o mejor, seámoslo el uno para el otro. Y si la fórmula es necesaria observémosla: he aquí mi mano. Me uno a ti para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó gravemente la desconocida.

—¡Para siempre! —respondió él.

La dama tomó la mano que se le tendía.

—Entonces soy tuya, murmuró; y se echó en brazos del joven estudiante.

A la mañana siguiente, Gottfried salió muy de mañana para buscar un alojamiento más espacioso y conforme a su nuevo estado; su esposa continuaba durmiendo y no quiso despertarla. Cuando volvió la encontró tendida en el lecho, con la cabeza echada hacia atrás, bajo el brazo. Le habló, pero no recibió contestación alguna. Se acercó para despertarla y cambiarla de aquella incómoda postura y la cogió de la mano; la mano estaba fría e inerte. Su rostro era una máscara lívida y dura. En una palabra: era un cadáver.

Sobrecogido de espanto, dio la alarma en toda la casa. A continuación se desarrolló una escena de confusión y horror. Acudió la policía y cuando el oficial que penetró en la habitación vio el cadáver se echó a temblar.

—¡Dioses inmortales! —exclamó—. ¿Cómo ha podido llegar esta mujer hasta aquí?

—¿Luego la conoce? —preguntó Wolfgang precipitadamente.

—¡Que si la conozco! —repitió el oficial—. La guillotinaron ayer.

Se acercó; deshizo el nudo del negro pañuelo que llevaba al cuello y la cabeza del cadáver rodó hasta el suelo.

El estudiante empezó a gemir en un acceso de delirio:

—¡El demonio! ¡Es el demonio, que se ha apoderado de mí!… Estoy perdido para siempre.

Trataron de calmarle, pero en vano. Se había adueñado de él la espantosa convicción de que un espíritu demoníaco se introdujo en el cadáver para perderle. Gottfried Wolfgang se volvió loco y murió en un manicomio.

LA HISTORIA DEL ESCLAVO GRIEGO

Frederick Marryat

NACÍ en Grecia; mis padres eran muy pobres y vivían en Esmirna. Yo era hijo único y aprendí la profesión de mi padre: tonelero. Cuando tenía veinte años, había enterrado a mis padres y estaba solo en el mundo. Había pasado algún tiempo al servicio de un judío, comerciante en vinos, y continué en aquel empleo por espacio de tres años después de la muerte de mi padre. Entonces se produjo el hecho que me condujo a una momentánea prosperidad y a mi actual degradación.

En la época a que me refiero, mi laboriosidad y mi celo tenían tan complacido a mi patrón, que yo alimentaba fundadas esperanzas de convertirme en su heredero; y aunque la parte principal de mi trabajo consistía en la construcción de toneles, me dedicaba también al trasiego y clarificación de los vinos, preparándolos para su envío al mercado. A mis órdenes trabajaba un esclavo etíope, un hombre de aspecto impresionante y temperamento rebelde, muy difícil de manejar; los bastonazos, o cualquier otro castigo, no hacían más que aumentar su descontento y hacerlo más difícil que antes. El terrible brillo que asomaba a sus ojos cada vez que le reprendía por alguna negligencia en el trabajo, me hacía temer incluso por mi vida. Le creía, en efecto, capaz de asesinarme. Repetidas veces le había dicho a mi patrón que lo mejor sería desprenderse de aquel sujeto; pero el etíope era un hombre de una fuerza extraordinaria, capaz de mover una barrica de vino sin la ayuda de nadie, y la avaricia del judío le impulsaba a hacer oídos sordos a mis advertencias.

Una mañana, entré en el taller de tonelaje y encontré al etíope profundamente dormido junto a un casco que corría mucha prisa y que yo esperaba encontrar terminado. Temeroso de castigarle con mis propias manos, fui en busca de mi patrón para que comprobara su conducta. El judío, enfurecido ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos, cogió una estaca y despertó al esclavo dándole un fuerte garrotazo en la cabeza. El etíope profirió un rugido de furor, pero al ver a su dueño con la estaca en la mano se contuvo, murmurando palabras ininteligibles, y reemprendió su trabajo. En cuanto el patrón hubo salido del taller, el etíope se dispuso a descargar su rabia contra mí, por haber provocado el castigo y cogiendo la estaca avanzó dispuesto a abrirme la tapa de los sesos. Me escondí detrás de una pila de barriles, después de coger una azuela para defenderme; el esclavo empujó los barriles, que cayeron con gran estrépito, pero conseguí adelantarme a su ataque, hundí la azuela en su cráneo y cayó muerto a mis pies.

Me sentí muy alarmado; aunque podía justificar plenamente mi conducta y mi derecho a defenderme, me daba cuenta de que mi patrón sentiría mucho la pérdida de aquel esclavo, y como no hubo ningún testigo del hecho, las cosas podían ponérseme difíciles cuando me presentaran ante el cadí. De modo que decidí simular que el etíope se había fugado, cosa muy verosímil después del trato de que le acababa de hacer objeto su dueño. Para ello tenía que esconder el cadáver, lo cual no resultaba

fácil, ya que no podía sacarlo del taller sin ser visto. Tras dar muchas vueltas al problema en mi cerebro, encontré una solución: meter el cadáver en el tonel a punto de terminar, llenarlo de vino y taparlo. Me costó gran trabajo introducir aquel corpachón en el tonel, pero finalmente, lo conseguí. En cuanto estuvo dentro, hice rodar el tonel hasta la tienda donde debía ser llenado de vino para atender a los pedidos del año próximo. Lo llené, clavé la tapa y lo coloqué con los otros barriles llenos, sintiéndome descargado de un gran peso, ya que no corría peligro de ser descubierto en algún tiempo.

Apenas había terminado mi tarea y cuando me había sentado a descansar un momento entró el patrón y preguntó por el esclavo. Le dije que se había marchado del taller, jurando que no trabajaría un minuto más en aquella casa. Temiendo haberle perdido para siempre, el judío se apresuró a dar cuenta a las autoridades de la fuga, para que el esclavo fuese capturado; pero al cabo de algún tiempo, al ver que no llegaba ninguna noticia del desaparecido, se dio por seguro que el fugitivo se habría matado en un rapto de locura y no se habló más de él. Entretanto, yo continué mi trabajo como si tal cosa, y como la confianza del patrón en mi competencia era mayor cada día y yo estaba prácticamente al frente de todo el negocio, pensé que no me sería difícil encontrar una solución definitiva a mi problema.

La siguiente primavera, me hallaba ocupado en el tra siego de vino, como de costumbre, cuando se presentó en la tienda el agá de los jenízaros. Era un gran bebedor de vino y uno de nuestros mejores clientes. Cada año solía presentarse en la tienda y escoger por sí mismo un tonel de vino, que ocho de sus esclavos más fuertes llevaban hasta su palacio en una litera con las cortinas echadas, como si se tratara de una nueva adquisición para su harén. Mi patrón solía mostrarle los toneles preparados para enviar al mercado aquel año, toneles que estaban dispuestos en dos hileras; y no creo necesario advertir que la que contenía el cadáver no estaba en primera fila. Después de probar el vino de un par de toneles con evidentes muestras de desagrado, el agá observó:

—Amigo Issacnar, los de tu raza procuráis dar salida inmediata a las peores mercancías, si os es posible. Ahora mismo, estoy seguro de que hay mejor vino en los barriles de atrás que en los que me has recomendado. Dile al griego que ponga una espita en aquel casco —añadió, señalando el que contenía el cuerpo del esclavo negro.

Convencido de que escupiría aquel vino en cuanto lo probara, cumplí la orden sin vacilar y llené un vaso del vino, que le di a probar al agá. Este se lo llevó a los labios, lo miró al trasluz… bebió otro sorbo y se relamió los labios… Luego se volvió hacia mi patrón y exclamó:

—¡Perro judío! ¡Tratabas de endosarme aquella bebida infecta, teniendo un vino que puede ser saboreado con las huríes en el paraíso!

El judío recabó mi testimonio para que asegurara que todas las barricas de vino eran de la misma calidad; y yo confirmé sus palabras.

—Entonces, pruébalo —replicó el agá—. Y luego probarás el primero que me recomendaste.

Mi patrón lo hizo, y quedó asombrado.

—Desde luego, el de esta barrica tiene más cuerpo —dijo—. No me explico cómo puede ser, pero es cierto. Pruébalo, Charis.

Me llevé el vaso a los labios, pero por nada del mundo hubiera tragado una sola gota de aquel vino. Me limité a mostrarme de acuerdo con mi patrón. Indudablemente, aquel vino tenía más *cuerpo* que el resto.

El agá quedó tan complacido con su descubrimiento, que probó otras dos o tres barricas de la fila trasera, esperando encontrar más vino de la misma calidad, dispuesto, seguramente, a quedarse con toda la partida; pero no encontrando más vino del mismo sabor, ordenó a sus esclavos que se llevaran la barrica a la litera y la condujeran a su casa.

* * *

—¡Un momento, mentiroso infiel! —dijo el pachá—. ¿Pretendes hacemos creer que aquel vino era mejor que el resto?

—¿Por qué tendría que mentir a Vuestra Sublime Alteza? ¿No soy acaso un miserable gusano al que podéis aplastar? Como ya os he dicho, yo no probé el vino; pero cuando el agá se hubo marchado, mi patrón expresó su sorpresa por la excelente calidad de aquel vino, que a juzgar por sus palabras era superior a cualquiera de los que había probado hasta entonces. Se lamentó, también, de que el agá se hubiera llevado la barrica, impidiéndole de ese modo averiguar la causa de la mejora en el vino. Pero un día le conté lo sucedido a un francés, el cual no se sorprendió de que el caldo hubiera mejorado de calidad. Había sido comerciante de vinos en Inglaterra, y me dijo que allí existía la costumbre de introducir grandes trozos de cordero en las barricas de vino, y que de este modo se conseguía mejorar notablemente su calidad.

—¡Alá es grande! —exclamó el pachá—. Entonces, debe ser verdad: he oído decir que los ingleses son muy aficionados al cordero. Sigue con su historia.

* * *

Vuestra Alteza no puede imaginar lo que pasó por mi interior cuando vi que los esclavos del agá se llevaban la barrica. Me consideré perdido, y decidí huir inmediatamente de Esmirna. Calculé el tiempo que tardaría el agá en beberse el vino y tomé mis medidas en consecuencia. Le dije a mi patrón que tenía la intención de dejar su servicio, ya que tenía una oferta de un pariente mío, que residía en Zante, para ir a ocuparme de su negocio. Mi patrón, que confiaba enteramente en mí, como

ya he explicado, trató de disuadirme; pero yo estaba decidido a marcharme. Me ofreció una parte del negocio si me quedaba, pero no me dejé convencer. Cada vez que llamaban a la puerta creía que se trataba del agá y sus jenízaros, que venían a buscarme; de modo que apresuré los preparativos de mi viaje. El día anterior al fijado para mi marcha, mi patrón entró en la tienda llevando un papel en la mano.

—Charis —me dijo—, tal vez suponías que al ofrecerte una parte del negocio trataba de engañarte, únicamente para que te quedaras. Para demostrar lo contrario, aquí tienes el documento en que te nombro mi socio y te concedo un tercio de los beneficios futuros. Como podrás ver, el documento está debidamente legalizado ante el cadí.

Me puso el documento en las manos. Estaba a punto de responderle con una nueva negativa, cuando alguien llamó a la puerta: se trataba de una partida de jenízaros envíados por el agá para que nos llevaran inmediatamente a su presencia. Me arrepentí amargamente de haber demorado por tanto tiempo mi marcha; lo cierto era que el agá había encontrado tan exquisito el vino, que bebió más que de costumbre y me hizo fallar en mis cálculos; además, el cadáver del esclavo ocupaba casi un tercio de la barrica y disminuía su contenido en la misma proporción. No había ninguna escapatoria. Mi patrón, ignorante de todo, no pareció alarmado y acompañó de buena gana a los soldados. Yo, en cambio, estaba muerto de miedo.

Cuando llegamos al palacio, el agá prorrumpió en los más violentos denuestos contra mi patrón.

—¡Perro judío! —gritó—. ¡Ladrón! ¡Engañar a un verdadero creyente, vendiéndole una barrica que sólo contiene dos terceras partes de vino! ¿Qué es lo que has puesto dentro para estafarme? Porque la barrica no está vacía…

El judío hizo vehementes protestas de inocencia y apeló a mí; yo, por mi parte, fingí no saber absolutamente nada.

—Bien, no tardaremos en comprobarlo —replicó el agá—. Mandaré a buscar las herramientas del griego y abriremos la barrica; así comprobaremos lo que hay dentro.

Dos de los jenízaros fueron enviados en busca de las herramientas; cuando llegaron, el agá me ordenó abrir la barrica. Di por segura mi próxima muerte. No me servía de consuelo el ver que todo el furor del agá se descargaba sobre mi patrón: cuando la barrica estuviera abierta se descubriría la presencia del cadáver del esclavo negro y mi patrón quedaría libre de sospecha.

Mis manos temblaban como el azogue mientras abría la barrica. Cuando hice saltar la tapadera, un grito de horror salió de la garganta de todos los presentes. Pero el cadáver que apareció en el interior del tonel era *blanco.* El tiempo que había pasado sumergido en alcohol había blanqueado su piel. Esto me hizo concebir una leve esperanza.

—¡Abraham me valga! —exclamó mi patrón—. ¿Qué es lo que ven mis ojos? ¡Un cadáver! ¿Cómo es posible? ¿Sabes tú algo de eso, Charis?

Juré por todos los santos del cielo que no sabía absolutamente nada. Pero los ojos

del agá estaban clavados en el rostro de mi patrón, con una expresión que no auguraba nada bueno, y los demás presentes le miraban también como si estuvieran dispuestos a cortarlo en trocitos.

—¡Maldito infiel! —gritó el turco—. ¿Así es como preparas el vino para los discípulos del Profeta?

—¡Te juro por Abraham que ignoro cómo ha ido a parar ahí ese cadáver! —sollozó el judío—. Pero estoy dispuesto a enviarte otra barrica llena de vino, para compensarte de la pérdida que has sufrido con esta.

—Desde luego —replicó el agá—. Mis esclavos irán a buscarla en seguida.

Dio las órdenes oportunas, y no tardó en reaparecer la litera con otra barrica de vino.

—Será una gran pérdida para un pobre judío… una barrica de excelente vino —gimió mi patrón mientras descargaban el tonel; y cogió su sombrero con la intención de marcharse.

—¡Aguarda! —ordenó el agá—. No quiero que puedas decir que he robado tu vino.

—¡Oh! Entonces, ¿vas a pagármelo? —inquirió mi patrón—. ¡Oh, agá! Verdaderamente, eres un hombre muy considerado.

—No te quepa la menor duda —replicó el agá.

A continuación, ordenó a los esclavos que vaciaran el vino de la barrica en vasijas, y en cuanto estuvo vacía me obligó a desclavar la tapadera; obedecí, temblando. Después, el agá ordenó a sus esclavos que metieran al judío dentro de la barrica, y cuando estuvo dentro tuve que volver a clavar la tapadera. Me repugnaba hacerlo, ya que sabía que mi patrón estaba siendo castigado por un delito que había cometido yo, pero era un caso de vida o muerte y la elección no dejaba lugar a dudas. Además, en mi bolsillo había un documento por el que me pertenecía la tercera parte del negocio de vinos, y desaparecido el judío existía la posibilidad de que me convirtiera en el dueño de todo. Por otra parte…

* * *

—No nos interesa en absoluto lo que pensaste cuando clavabas la tapadera —observó el pachá—. Continúa.

—Sí, Alteza; sólo quería poner de manifiesto lo dolorido que estaba mi corazón en aquel momento… aunque no tanto como lo hubiera estado de saber lo que el Destino me tenía reservado.

* * *

En cuanto la barrica estuvo cerrada, el agá ordenó a sus esclavos que volvieran a llenarla de vino. Y de este modo murió mi pobre patrón.

El agá se dirigió a mí:

—Vamos a ver, griego: ¿qué es lo que sabías de todo este sucio negocio?

Pensé, que habiendo muerto mi patrón, no le perjudicaría nada pintándole como un individuo egoísta y sin escrúpulos. Respondí que no sabía absolutamente nada de aquel asunto, pero que, hacía una temporada, desapareció un esclavo negro en circunstancias muy sospechosas. Dije que mi patrón había hecho muy pocas averiguaciones acerca de la desaparición, y añadí que se mostró muy pesaroso de que el agá se hubiera llevado aquella barrica de vino, que pensaba reservarse para él.

—¡Maldito judío! —exclamó el agá—. Estoy convencido de que no ha sido este el primer asesinato que cometía.

—Algo de eso me temo yo también, señor —dije—. Y sospecho que la próxima víctima hubiese sido yo, porque al decirle que pensaba marcharme de su casa me convenció para que me quedara, diciéndome que me haría su socio y me concedería la tercera parte de los beneficios. Incluso me dio este documento. Pero supongo que no hubiera gozado mucho tiempo de esos beneficios.

—Bien, griego, lo ocurrido ha sido una suerte para ti —observó el agá—. Y, bajo determinadas condiciones, puedes convertirte en el dueño del negocio. La primera condición es que conserves esta barrica, con el cuerpo del maldito judío, en un lugar visible de la tienda, a fin de que yo pueda verla de cuando en cuando y saborear mi venganza. Conservarás también la barrica con el otro cadáver, al objeto de mantener vivo mi furor. Y la última condición es que me suministrarás todo el vino que necesite, de la mejor calidad, sin cobrarme nada por él. ¿Aceptas el trato, o prefieres que te considere complicado en la infame jugarreta de tu patrón?

No hace falta decir que acepté las condiciones muy contento. Vuestra Alteza ya sabe que nadie se preocupa demasiado por la desaparición de un judío. Cuando alguien me preguntaba por él, me encogía de hombros y respondía en tono confidencial que el agá de los jenízaros le había encerrado en la cárcel, y que yo me ocupaba del negocio hasta que recobrara la libertad.

En cumplimiento de los deseos del agá, las dos barricas conteniendo los cadáveres del judío y del esclavo etíope fueron colocadas juntas en un lugar visible de la tienda, separadas de las demás. El agá solía presentarse por las tardes y se pasaba horas enteras contemplando el tonel que servía de tumba a mi patrón; y mientras lo contemplaba no dejaba de beber vino, por lo que era muy frecuente que se quedara en mi casa, completamente borracho, hasta la mañana siguiente.

No debéis suponer que dejé de aprovechar (sin que el agá tuviera conocimiento de ello) las excelentes propiedades del vino contenido en aquellas barricas. Me servía para mejorar la calidad del otro vino, a cuyo objeto todo el vino de mi casa pasaba por las dos barricas en cuestión, hasta el punto de que, transcurrido cierto tiempo, no había en mi tienda un solo litro de vino que no contuviera alguna partícula del etíope

o del judío: y mi vino mejoró de un modo tan notable, que adquirió gran fama y me convertí rápidamente en un hombre rico.

Durante los tres años que siguieron a la muerte de mi patrón, mi prosperidad fue en constante aumento; pasado ese tiempo, el agá, que se emborrachaba tres veces a la semana en mi casa, recibió la orden de incorporarse con sus tropas al ejército del sultán. Debo hacer notar que durante aquel tiempo yo mismo me había aficionado algo al vino, aunque nunca me había emborrachado. El día en que debía marcharse, el agá desmontó de su caballo árabe a la puerta de mi tienda a fin de tomar conmigo un vaso de despedida. Después de un vaso vino otro, y el tiempo se deslizó rápidamente. Al llegar la noche, el agá estaba, como de costumbre, completamente borracho. Antes de marcharse, quiso palmear cariñosamente la barrica que contenía el cadáver del judío. Aquella noche, también yo había bebido más de la cuenta y fui lo bastante incauto como para decir:

—Un buen elemento, ese pobre judío… Gracias a él soy un hombre rico, agá. Ahora que os marcháis, voy a contaros un pequeño secreto: en mi tienda no hay una sola gota de vino que no haya pasado por esta barrica o por la del esclavo etíope. Por eso mi vino tiene un sabor tan excelente y ningún comerciante puede competir conmigo en calidad.

—¡Cómo! —exclamó el agá, abriendo unos ojos como platos—. ¡Maldito griego! ¡Te juro que tendrás el mismo final que tu inmundo patrón! ¡Por las barbas del Profeta! ¡Decirme que un musulmán se irá al Paraíso impregnado de la substancia de un perro judío! ¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte!

Se arrojó contra mí, pero dio un traspiés y cayó cuan largo era. Estaba tan borracho, que no fue capaz de levantarse. Yo sabía que cuando recobrara la lucidez recordaría lo ocurrido y que nada me libraría de su venganza. El miedo a la muerte y el vino que había ingerido me decidieron a obrar. Metí al agá en una barrica vacía, clavé la tapadera y la llené de vino. De este modo vengué la muerte de mi pobre patrón, al tiempo que me libraba de cualquier posible molestia por parte del agá.

* * *

—¡Cómo! —exclamó el pachá, rojo de cólera—. ¡Ahogaste a un verdadero creyente… a un agá de jenízaros! ¡Perro infiel! ¡Hijo de Shitán! ¡Que venga el verdugo!

¡Piedad, Sublime Alteza, piedad! —gritó el griego—. ¡Jurasteis por la espada del Profeta respetar mi vida! Además, el agá no era un verdadero creyente: de haberlo sido, no hubiera desobedecido la Ley. Un buen musulmán no debe probar una sola gota de vino.

—Te prometí perdonar, y te he perdonado, el asesinato del esclavo negro. ¡Pero un agá de jenízaros! ¿No es algo completamente distinto? —le preguntó el pachá a

Mustaphá.

—Vuestra Alteza tiene motivo más que sobrado para su indignación: el infiel merece ser empalado. Pero vuestro esclavo se atreve a someter a la sabia consideración de Vuestra Alteza dos cosas. En primer lugar, habéis dado vuestra incondicional palabra y jurado por la espada del Profeta…

—Cuando di mi palabra no sabía que ese perro había asesinado a un verdadero creyente.

—… Y en segundo lugar, el esclavo no ha terminado aún de contar su historia, que parece muy interesante.

—Tienes razón, Mustaphá. Dejemos que termine de contar su historia.

Pero el esclavo griego permanecía con el rostro pegado al suelo; y no se decidió a continuar hasta que el pachá, que había recobrado su compostura y estaba ansioso por conocer el final de la historia, hubo renovado su promesa, jurando de nuevo por la espada y por las barbas del Profeta.

* * *

En cuanto hube llenado la barrica que contenía el cadáver del agá, me dirigí al patio y herí a su caballo repetidas veces con la espada de su dueño. Luego solté al pobre animal, que emprendió un rápido galope. El ruido de los cascos del caballo a medianoche despertó a la familia del agá, y cuando descubrieron que el animal estaba herido y sin jinete, llegaron a la conclusión de que el agá había sido atacado y asesinado por una partida de bandoleros. Vinieron a preguntarme a qué hora se había marchado de mi casa, y yo respondí que lo había hecho una hora después del oscurecer y que estaba bastante mareado. Se había olvidado incluso de llevarse su sable, que devolví a la familia. De modo que nadie sospechó lo que había ocurrido y se dio por cierto que había sido asesinado por los bandidos.

El agá se había bebido una gran cantidad de mi vino, pero lo recobré con creces por la mejora que a mis caldos aportó su cuerpo. A partir de entonces, mi negocio prosperó todavía más y mis vinos alcanzaron más reputación.

Pero un día, el cadí, que había oído alabar las excelencias de mis vinos, se presentó en mi casa en plan particular; me incliné hasta el suelo ante el honor que me era concedido, ya que hacía mucho tiempo que deseaba tenerle como cliente.

Llené un vaso de mi mejor vino y se lo ofrecí, diciendo:

—Este, honorable señor, es el que yo llamo mi «vino del agá»: es el que el difunto agá se llevaba a su casa por barricas y venía a saborear a la tienda.

—Una buena idea —observó el cadí—, la de llevarse el vino a barricas. Mucho mejor que enviar a un esclavo con una vasija, dando ocasión a que la gente haga comentarios. Me gustaría hacer lo mismo. Pero, antes quiero probar todos los vinos que tienes.

Probó el vino de varias barricas, pero ninguno de ellos le gustó tanto como el que le había recomendado desde el primer momento. Finalmente, sus ojos se posaron en las tres barricas que estaban alineadas aparte de las otras.

—¿Qué son esas barricas? —inquirió.

—Están vacías, señor —respondí.

Pero el cadí llevaba su vara en la mano y golpeó una de las barricas.

—Griego, me dices que las barricas están vacías, y no suenan a hueco; sospecho que guardas en ellas un vino mucho mejor que el que me has dado a probar: quiero catar inmediatamente ese vino.

Me vi obligado a complacerle. Probó el vino… juró que era exquisito y que deseaba adquirirlo todo. Le expliqué que el vino de aquellas barricas no estaba en venta, pues lo empleaba exclusivamente para mejorar la calidad total de mis caldos; y que su precio era desorbitado, pensando que el cadí no querría pagarlo. Me preguntó cuánto valía; le indiqué un precio cuatro veces superior al de los otros vinos.

—De acuerdo —dijo el cadí—. ¡Trato hecho! Es muy caro, pero comprendo que el que quiere buen vino tiene que pagarlo. Me lo quedo todo.

Supliqué inútilmente. Le dije que si me desprendía de aquellas barricas la reputación de mi negocio se iría por los suelos, pero todo fue en vano; me replicó que me había pedido precio y yo se lo había dado, con lo que el trato quedaba cerrado. Ordenó a sus esclavos que fueran en busca de una litera y no se marchó de la tienda hasta que se hubieron llevado las tres barricas. Así fue cómo perdí de una sola vez a mi etíope, mi judío y mi agá.

Como sabía que el secreto no tardaría en ser descubierto, al día siguiente empecé a efectuar preparativos para marcharme de la ciudad. Recibí el dinero del cadí, a quien expresé mi intención de marcharme de allí, ya que él me había obligado a ello al adquirir las barricas que eran la fuente de mi prosperidad. Sin ellas, mis vinos perderían su bien ganada reputación y mi negocio terminaría por fracasar. Le rogué otra vez que me devolviera las barricas, ofreciéndole otras tres completamente gratis a cambio, pero no accedió. Fleté un barco, en el cual cargué todas mis existencias de vino; y, llevando conmigo todo el dinero que poseía, mandé poner velas hacia Corfú antes de que se hubiera descubierto nada. Pero a los dos días de navegación nos sorprendió un violento temporal, y tras ir una semana entera a la deriva nos encontramos de nuevo ante las playas de Esmirna. Apenas hacía cinco minutos que habíamos echado el ancla cuando me di cuenta de que se acercaba una lancha ocupada por el cadí y unos cuantos esbirros.

Convencido de que se había descubierto todo, empecé a estrujarme el magín en busca de una posible solución. De repente se me ocurrió una idea: ¿por qué no esconder mi propio cuerpo en una de las barricas, del mismo modo que había escondido los cuerpos del esclavo negro, del judío y del agá?

Llamé al capitán del barco y le dije que tenía motivos para creer que el cadí estaba dispuesto a matarme, ofreciéndole una gran parte de la carga si se mostraba

dispuesto a ayudarme a burlar al cadí.

El capitán, que —desgraciadamente para mí— era griego, accedió. Bajamos a la bodega, sacamos el vino de una de las barricas y me escondí en su interior.

Poco después subía el cadí a bordo y preguntó por mí. El capitán afirmó que me había caído por la borda durante el reciente temporal y que él había regresado a Esmirna, por cuanto el barco no estaba consignado a ninguna casa de Corfú.

—¡El maldito villano ha escapado a mi venganza! —exclamó el cadí—. ¡Era un vil asesino, que mejoraba sus vinos con los cadáveres de sus víctimas! Pero, no me fío de ti, griego: vamos a registrar el barco de punta a punta.

Los esbirros que acompañaban al cadí efectuaron un cuidadoso registro, sin dejar un palmo del buque por examinar. Pero no consiguieron descubrirme y tuvieron que aceptar la versión del capitán; y, tras maldecir un millar de veces mi alma, el cadí y sus hombres abandonaron el barco.

Pude respirar un poco más; ya estaba casi intoxicado por el intenso olor a vino que se percibía en el interior de la barrica. Pensé recobrar inmediatamente la libertad, pero el traicionero capitán tenía otros proyectos. Por la noche el barco se hizo nuevamente a la mar, y desde mi escondite sorprendí una conversación de dos de los marineros que me puso los pelos de punta: el capitán se disponía a echarme por la borda durante el viaje y apoderarse así de todos mis bienes. Grité como un poseso por espacio de muchas horas, pero inútilmente. Cuando conseguí hablar con él capitán a través de un agujero de la barrica, me dijo que si yo había asesinado a otras personas metiéndolas en toneles de vino, merecía recibir el mismo trato.

En mi interior estaba convencido de lo justo de aquel razonamiento y de que tenía muy merecido el castigo, y lo único que deseaba era que me echaran al agua de una vez y acabar con mis padecimientos. Pero se presentó otra tormenta y todo el mundo tuvo que ocuparse de sus tareas en el barco, por lo que fui olvidado, o al menos me lo pareció.

Al tercer día, oí que unos marineros comentaban que mientras yo estuviera en el barco les perseguiría la mala suerte y que acabarían por irse a pique. Poco después me sentí elevado con la barrica y transportado no sabía adónde, aunque lo imaginaba. En efecto, unos instantes más tarde me sentí flotar en el aire y caí al mar. El casco flotó sobre el agua, pero tuve que poner mi pañuelo en el agujero del tapón para que el líquido elemento no penetrara en el interior; de cuando en cuando lo quitaba para permitir la entrada de un poco de aire fresco. El continuo vaivén me hacía chocar continuamente contra las paredes de la barrica y estaba medio muerto de cansancio y de debilidad; decidí permitir la entrada de agua y acabar de una vez con mis sufrimientos. Pero en aquel preciso instante la barrica dio dos o tres saltos extraños y noté que había encallado sobre una playa. Pasados unos instantes oí algunas voces a mi alrededor, y la barrica empezó a rodar sobre suelo firme. Estaba tan asustado, que ni ánimo tenía para gritar. Por fin, los hombres que empujaban la barrica se detuvieron y aproveché aquella pausa para golpear desesperadamente las paredes de

mi encierro, al tiempo que pedía socorro con voz ahogada.

Al principio, los hombres parecieron asustados; pero al insistir en mis llamadas fueron en busca de algunas herramientas y abrieron la barrica.

Lo primero que vieron mis ojos fue el barco objeto de mis desdichas hecho pedazos contra un arrecife; el mar aparecía cubierto de maderos y de barriles de vino, que eran atraídos a la playa por los compañeros de los hombres que acababan de liberarme de mi encierro. Me hallaba tan aturdido, que no comprendía nada de lo que me rodeaba; de repente me encontré en una especie de caverna, en la que había un grupo de cuarenta o cincuenta hombres sentados alrededor de una enorme fogata y vaciando con gran rapidez una de mis barricas de vino.

El que parecía jefe se acercó a mí y me dijo:

—Los hombres que se han salvado del naufragio me han contado unas historias muy raras acerca de tus monstruosos crímenes… Siéntate y cuéntame la verdad. Si tus explicaciones me convencen, se te hará justicia: aquí, soy el cadí. Si deseas saber dónde te encuentras, esta es la isla de Ischia. Y si te interesa conocer en qué compañía, estás rodeado de lo que la gente mezquina llama piratas. Ahora, cuéntame toda la verdad.

Pensé que los piratas recibirían mi historia con mucha más benevolencia de lo que harían otras personas, y, en consecuencia, la conté con las mismas palabras que he empleado para narrársela a Vuestra Alteza. Cuando hube terminado, el capitán de los piratas dijo:

—Bien. Desde el momento en que confiesas por tu propia boca haber matado a un esclavo negro, haber sido cómplice de la muerte de un judío y haber ahogado a un agá, no hay duda de que mereces la muerte; pero, en reconocimiento a la excelente calidad de tu vino y al secreto que no has tenido inconveniente en compartir con nosotros, estoy dispuesto a conmutar tu sentencia. En cuanto al capitán del barco y a los hombres de su tripulación que no se han ahogado, se han hecho culpables de traición y de piratería en alta mar, un delito de los más graves, que se castiga con la muerte inmediata; pero, teniendo en cuenta que ha sido por su mediación por lo que hemos entrado en posesión de este excelente vino, me siento inclinado a la clemencia. Por lo tanto, os incluiré a todos en la misma sentencia: trabajos forzados a perpetuidad. Os venderé como esclavos en El Cairo, y nos embolsaremos el dinero y nos beberemos tu vino.

Los piratas aplaudieron largamente una decisión que no les reportaba más que beneficios. Ignoro lo que pensaría el capitán del buque y la tripulación acerca de aquel modo de administrar la justicia. En cuanto a mí, ¿qué remedio me quedaba más que apechugar con las consecuencias de mis actos? Comprendía que toda protesta hubiera sido completamente inútil y decidí resignarme a lo que la suerte me deparaba.

Cuando el tiempo fue más apacible, nos embarcaron a todos a bordo de uno de sus pequeños jabeques, y al llegar a este puerto fuimos vendidos como esclavos.

* * *

Esta es, pacha, la historia que me indujo a proferir las explicaciones que tanto te llamaron la atención y que quisiste que te aclarara. Después de conocerla, tengo la esperanza de que estarás de acuerdo conmigo en que he sido más desgraciado que culpable, ya que en cada una de las ocasiones en que quité la vida a otra persona, no me quedaba más opción que escoger entre la vida de aquélla y la mía propia.

MAESE PÉREZ EL ORGANISTA

Gustavo Adolfo Bécquer

En Sevilla, en el mismo atrio de Santa Inés, y mientras esperaba que comenzase la Misa del Gallo, oí esta tradición a una demandadera del convento.

Como era natural, después de oírla, aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir a un prodigio.

Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la misa no pude por menos de decirle a la demandadera con aire de burla:

—¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?

—¡Toma! —me contestó la vieja—. En que éste no es el suyo.

—¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

—Se cayó a pedazos, de puro viejo, hace una porción de años.

—¿Y el alma del organista?

—No ha vuelto a aparecer desde que colocaron el que ahora le sustituye.

Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta después de leer esta historia, ya sabe por qué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días.

I

—¿Veis ése de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de las Indias; aquel que baja en este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora, que después de dejar la suya se adelanta hacia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ése es el marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama había pedido en matrimonio a la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es un poco avaro… Pero ¡calle!, en hablando del ruin de Roma, catale aquí que asoma. ¿Veis aquel que viene por debajo del arco de San Felipe, a pie, embozado en una capa oscura y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

»¿Reparasteis, al desembozarse para saludar a la imagen, la encomienda que brilla en su pecho?

»A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la calle de Culebras… Pues ése es el padre en cuestión; mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

»Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. Él solo tiene más ducados de oro

en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey Don Felipe, y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente para resistir a la del Gran Turco.

«Mirad, mirad ese grupo de señores graves: ésos son los caballeros veinticuatro. ¡Hola, hola! También está aquí el flamencote, a quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde merced a su influjo con los magnates de Madrid… Éste no viene a la iglesia más que a oír música… No, pues si maese Pérez no le arranca con su órgano lágrimas como puños bien se puede asegurar que no tiene su alma en su almario, sino friéndose en las calderas de Pedro Botero… ¡Ay, vecina! Malo…, malo… Presumo que vamos a tener jarana; yo me refugio en la iglesia, pues, por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los *Paternóster.* Mirad, mirad: las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado a las de Medinasidonia… ¿No os lo dije?

»Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos… Los grupos se disuelven… Los ministriles, a quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran… Hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio… ¡Y luego dicen que hay justicia! Para los pobres…

»Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la oscuridad… ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes… ¡Vecina, vecina! Aquí…, antes que cierren las puertas. Pero ¡calle! ¿Qué es eso? ¿Aún no ha comenzado cuando lo dejan? ¿Qué resplandor es aquél? ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor arzobispo…

»La Virgen Santísima del Amparo, a quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda. ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora!… ¡Con cuánta usura me paga la candelilla que le enciendo los sábados!… Vedlo, qué hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo… Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él media Sevilla hubiera ya ardido con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones cómo se acercan ambos a la litera del prelado para besarle el anillo… Cómo le siguen y le acompañan, confundiéndose con sus familiares. Quién diría que esos dos que parecen tan amigos, si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura… Es decir, ¡ellos…, ellos!… Líbreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor… Pero es la verdad que si se buscaran…, y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas reyertas en las cuales los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

»Pero vamos, vecina, vamos a la iglesia antes que se ponga de bote en bote…, que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo… Buena ganga tienen las monjas con su organista… ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?… De las otras comunidades puedo decir que le

han hecho a maese Pérez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montones de oro por llevarle a la catedral… Pero él, nada… Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito… ¿No conocéis a maese Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio… Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro… Sin más parientes que su hija ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro… ¡Cuidado que el órgano es viejo!… Pues, nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo que suena que es una maravilla… Como que le conoce de tal modo que a tientas…, porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento… Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!… Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: «Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas.» «¿Esperanzas de ver?» «Sí, y muy pronto —añade, sonriéndose como un ángel—; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios…»

»¡Pobrecito! Y sí lo verá…, porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo… Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de la capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio… Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que se lleva siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo… ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecería que se las llevaran a la calle de Chicharreos y se las engarzasen en oro… Siempre toca bien, siempre; pero en semejante noche como ésta es un prodigio… Él tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma, al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo…, las voces de su órgano son voces de ángeles…

»En fin, ¿para qué tengo que ponderarle lo que esta noche oirá? Baste el ver cómo todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, vienen a un humilde convento para escucharle; y no se crea que sólo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas, entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano… Y cuando alzan…, cuando alzan, no se siente una mosca…; de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oyó como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música… Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas y va a comenzar la misa; vamos adentro…

»Para todo el mundo es esta Nochebuena, pero para nadie mejor que para nosotros.»

Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

II

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar a sus ámbitos chispeaba en los ricos joyeles de las damas, que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices; la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era la hora de que comenzase la misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras a media voz y el arzobispo mandó a la sacristía uno de sus familiares a inquirir el porqué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la misa.

Esta fue la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo sería cosa imposible; baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo que el asistente se puso en pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

—Maese Pérez está enfermo —dijo—; la ceremonia no puede empezar. Si queréis yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Pérez es el primer organista del mundo ni a su muerte dejará de usarse ese instrumento por falta de inteligente…

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocían a aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban a prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso.

—Maese Pérez está aquí!… ¡Maese Pérez está aquí!…

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba, en efecto, en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

—No —había dicho—; ésta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Nochebuena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna y comenzó la misa.

En aquel momento sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el Introito, y el Evangelio, y el Ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y después de haberla consagrado comienza a elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atolondrada armonía.

Era la voz de los ángeles que, atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Después, comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, al confundirse, formaban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un jirón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz… El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso apareció la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Pérez sostenía trinando, se abrió, se abrió, y una explosión

de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde se desarrolló un tema, y unos cerca, otros lejos, éstos brillantes, aquéllos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

* * *

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquel que levantaba en ellas, Aquel a quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios, era su Dios, y le parecía haber visto abrirse los cielos y transfigurarse la Hostia.

El órgano proseguía sonando, pero sus voces se apagaban gradualmente como una voz que se pierde de eco en eco y se aleja y se debilita al alejarse cuando de pronto sonó un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discorde y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? —se decían unos a otros. Y nadie sabía responder y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fue uno de los primeros en subir a la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

—¿Qué hay?

—Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

III

—Buenas noches, mi señora doña Baltasara: ¿también usarced viene esta noche a la Misa del Gallo? Por mi parte, tenía hecha intención de irla a oír a la parroquia; pero lo que sucede… ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Y eso que, si he de decir verdad, desde que murió maese Pérez parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés… ¡Pobrecito! ¡Era un santo!… Yo de mí sé decir que conservo un pedazo de su jubón como una reliquia, y lo merece, pues en Dios y en mi ánima que si el señor arzobispo tomara mano en ello es seguro que nuestros nietos le verían en los altares… Mas ¡cómo ha de ser!… A muertos y a idos no hay amigos… Ahora lo que priva es la novedad… Ya me entiende usarced. ¡Qué! ¿No sabe nada de lo que pasa? Verdad que nosotras nos parecemos en eso: de nuestra casita a la iglesia y de la iglesia a nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice o déjase de decir… Sólo que yo, así…, al vuelo…, una palabra de acá, otra de acullá…, sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades… Pues, sí, señor, parece cosa hecha que el organista de San Román, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los otros organistas, aquel perdulariote, que más parece jifero de la puerta de la Carne que maestro de solfa, va a tocar esta Nochebuena en lugar de maese Pérez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo y es cosa pública en Sevilla, que nadie quería comprometerse a hacerlo. Ni aun su hija, que es profesora, y después de la muerte de su padre entró en el convento de novicia. Y era natural: acostumbrados a oír aquellas maravillas cualquier otra cosa había de parecemos mala, por más que quisieran evitarse las comparaciones. Pues cuando ya la comunidad había decidido que, en honor del difunto y como muestra de respeto a su memoria, permanecería callado el órgano en esta noche, hete aquí que se presenta nuestro hombre diciendo que él se atreve a tocarlo… No hay nada más atrevido que la ignorancia… Cierto que la culpa no es suya, sino de los que le consienten esta profanación…; pero así va el mundo…; y digo, no es cosa la gente que acude…; cualquiera diría que nada ha cambiado desde un año a otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empellones en la puerta, la misma animación en el atrio, la misma multitud en el templo… ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto se volvería a morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes! Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas va a comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas que no haya más que oír… Pero ¡calle!, ya entra en la iglesia el héroe de la función. ¡Jesús, qué ropilla de colorines, qué gorguera de cañutos, qué aires de personaje! Vamos, vamos, que ya hace rato que llegó el arzobispo y va a comenzar la misa… Vamos, que me parece que esta noche va a darnos que contar para muchos días.

Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus exabruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose, según costumbre, camino entre la multitud a fuerza de empellones y codazos.

Ya se había dado principio a la ceremonia.

El templo estaba tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, después de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir a besar el anillo del prelado, había subido a la tribuna, donde tocaba unos tras otros los registros del órgano con una gravedad tan afectada como ridícula.

Entre la gente menuda que se apiñaba a los pies de la iglesia se oía un rumor sordo y confuso, cierto presagio de que la tempestad comenzaba a fraguarse y no tardaría mucho en dejarse sentir.

—Es un truhán, que por no hacer nada bien, ni siquiera mira a derechas —decían los unos.

—Es un ignorantón, que, después de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene a profanar el de maese Pérez —decían los otros.

Y mientras éste se desembarazaba del capote para prepararse a darle de firme a su pandero y aquél apercibía sus sonajas y todos se disponían a hacer bulla a más y mejor, sólo alguno que otro se aventuraba a defender tibiamente al extraño personaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacía tan notable contraposición con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto maese Pérez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la Hostia en sus manos… Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal; se elevaron las diáfanas ondas de incienso y sonó el órgano.

Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, todos los instrumentos del populacho, alzaron sus discordantes voces a la vez; pero la confusión y el estrépito sólo duró algunos segundos. Todos a la vez, como habían comenzado, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, amplio, valiente, magnífico, se sostenía aún brotando de los tubos de metal del órgano como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes como los que acarician los oídos en los momentos de éxtasis; cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio; notas sueltas de una melodía lejana, que suenan a intervalos, traídas en las ráfagas del viento; rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia; trinos de alondras que se levantan gorjeando de entre las flores como una saeta despedida a las nubes; estruendos sin nombre, imponentes como los rugidos de una tempestad; coros de serafines sin ritmo ni cadencia, ignota música del cielo, que sólo la imaginación comprende; himnos alados, que parecían remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos…, todo lo expresaban las cien voces del órgano con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que lo habían expresado nunca…

* * *

Cuando el organista bajó de la tribuna la muchedumbre que se agolpó a la escalera fue tanta y tanto su afán por verle y admirarle que el asistente, temiendo, no sin razón, que le ahogaran entre todos, mandó a algunos de sus ministriles para que, vara en mano, le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.

—Ya veis —le dijo este último cuando le trajeron a su presencia—: vengo desde mi palacio aquí sólo por escucharos. ¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Nochebuena en la misa de la catedral?

—El año que viene —respondió el organista— prometo daros gusto, pues por todo el oro de la tierra no volvería a tocar este órgano.

—¿Y por qué? —interrumpió el prelado.

—Porque… —añadió el organista, procurando dominar la emoción que se revelaba en la palidez de su rostro—, porque es viejo y malo y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró, seguido de sus familiares. Unas tras otras, las literas de los señores fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos del atrio se disolvieron, dispersándose los fieles en distintas direcciones, y ya la demandadera se disponía a cerrar las puertas de la entrada del atrio cuando se divisaban aún dos mujeres que, después de persignarse y murmurar una oración ante el retablo del arco de San Felipe, prosiguieron su camino, internándose en el callejón de las Dueñas.

—¿Qué quiere usarced, mi señora doña Baltasara? —decía la una—, yo soy de este genial. Cada loco con su tema… Me lo habían de asegurar capuchinos descalzos y no lo creería del todo… Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar… Si yo lo he oído mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oídos con algodones… Yo me acuerdo, pobrecito, como si le estuviera viendo, me acuerdo de la cara de maese Pérez cuando en semejante noche como ésta bajaba de la tribuna después de haber suspendido el auditorio con sus primores… ¡Qué sonrisa tan bondadosa, qué color tan animado!… Era viejo y parecía un ángel… No que éste ha bajado las escaleras a trompicones, como si le ladrase un perro en la meseta, y con un color de difunto y unas… Vamos, mi señora doña Baltasara, créame usarced, y créame con todas veras…, yo sospecho que aquí hay busilis.

Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejón y desaparecían.

Creemos inútil decir a nuestros lectores quién era una de ellas.

IV

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Pérez hablaron en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquillón llamaba a voz herida a los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio silencioso y desierto esta vez, y después de tomar el agua bendita en la puerta escogía un puesto en un rincón de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la Misa del Gallo.

—Ya lo veis —decía la superiora—: vuestro temor es sobremanera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel a la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad… Pero… proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—Tengo… miedo —exclamó la joven con un acento profundamente conmovido.

—¡Miedo! ¿De qué?

—No sé…, de una cosa sobrenatural… Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocase el órgano en la misa, y, ufana con esta distinción, pensé arreglar sus registros y templarle, a fin de que hoy os sorprendiese… Vine al coro… sola…, abrí la puerta que conduce a la tribuna… En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora…, no sé cuál… Pero las campanadas eran tristísimas y muchas…, muchas…; estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el dintel, y aquel tiempo me pareció un siglo.

»La iglesia estaba desierta y oscura… Allá lejos, en el fondo, brillaba, como una estrella perdida en el cielo de la noche, una luz moribunda…, la luz de la lámpara que arde en el altar mayor… A sus reflejos debilísimos, que sólo contribuían a hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, vi…, le vi, madre, no lo dudéis, vi un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba recorría con una mano las teclas del órgano mientras tocaba con la otra a sus registros… y el órgano sonaba, pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco, y reproducía el tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

»Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora y el hombre aquel proseguía recorriendo las teclas. Yo oía hasta su respiración.

»El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como el frío glacial, y en mis sienes, fuego… Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel había vuelto la cara y me había mirado…; digo mal, no me había mirado, porque era ciego… ¡Era mi padre!»

—¡Bah!, hermana, desechad esas fantasías con que el enemigo malo procura turbar las imaginaciones débiles… Rezad un *Paternóster* y una *Ave María* al Arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la reliquia de San Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad a ocupar la tribuna del órgano: la

Misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles. Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, antes de daros sustos, bajará a inspirar a su hija en esta ceremonia solemne, para el objeto de tan especial devoción.

La priora fue a ocupar su sillón en el coro en medio de la comunidad. La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la Misa.

Comenzó la Misa y prosiguió sin que ocurriese nada de notable hasta que llegó la Consagración. En aquel momento sonó el órgano y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de maese Pérez…

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna.

—¡Miradle, miradle! —decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas al barandal de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo, y, no obstante, el órgano seguía sonando…, sonando como sólo los arcángeles podrían imitarlo en sus raptos de místico alborozo.

* * *

—¿No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo? … ¡Aquí hay busilis…! Oídlo; qué, ¿no estuvisteis anoche en la Misa del Gallo? Pero, en fin, ya sabréis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa… El señor arzobispo está hecho, y con razón, una furia… Haber dejado de asistir a Santa Inés; no haber podido presenciar el portento… ¿Y para qué? Para oír una cencerrada; porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé, en la catedral, no fue otra cosa… Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira… Aquí hay busilis; y el busilis era, en efecto, el alma de maese Pérez.

ASEDIO A LA CASA ROJA

John Sheridan Le Fanu

A mediados del siglo XVIII tuvo lugar un extraño litigio entre Mr. Harper, consejero municipal de la ciudad de Dublín y lord Castlemallard, tutor de lord Chattesworth durante su minoría de edad, a propósito de una casa conocida en la localidad como La Casa Roja, por tener el tejado de dicho color.

Mr. Harper alquiló la casa, para su hija, en enero de 1753. Como llevaba mucho tiempo deshabitada, mandó hacer las reparaciones necesarias y la amuebló, gastando sumas considerables en ponerla en condiciones.

La hija de Mr. Harper, que estaba casada con un tal Mr. Rosser, se instaló en su nuevo hogar en el mes de junio; pero aún no habían transcurrido tres meses, cuando la joven pareja, que en este tiempo se había visto obligada a cambiar de servicio varias veces, declaró que aquella casa era inhabitable.

Mr. Harper se entrevistó con lord Castlemallard para comunicarle que consideraba cancelados los compromisos adquiridos, puesto que La Casa Roja había resultado ser el teatro de acontecimientos extraños y desagradables. En otras palabras: la casa estaba embrujada y no se podían encontrar criados que estuviesen allí más de unas semanas. Mr. Harper añadió que, después de lo que sus hijos habían sufrido, consideraba no sólo que debía rescindirse el contrato de arrendamiento, sino que la casa entera debía demolerse, puesto que era la guarida de algo más terrorífico de lo que pueda ser el más peligroso de los malhechores.

Lord Castlemallard conminó a Mr. Harper, por vía legal, a cumplir el contrato; pero el consejero municipal contestó con un informe detallado de los acontecimientos, acompañado del testimonio de siete testigos y ganó la causa sin que las cosas fueran más lejos. Su Señoría prefirió capitular antes de llevar el asunto a los tribunales.

He aquí los hechos que Mr. Harper expuso en su informe: Una tarde, hacia finales de agosto, a la hora del crepúsculo, Mrs. Rosser se hallaba, sola, en un saloncito que daba al huerto, situado en la parte posterior de la casa. Llevaba un rato cosiendo, sentada cerca de la ventana abierta, cuando, levantando la vista de su labor, vio claramente una mano que se posaba con precaución en el alféizar de la ventana, como si alguien, desde el huerto, tuviera intención de escalarla. Era una mano pequeña pero bien formada, blanca y gordezuela; una mano no muy joven ya, de alguien que rondara la cuarentena. Unas semanas antes, en un castillo de los alrededores, hubo un robo envuelto en circunstancias particularmente horribles: los asesinos mataron a la dueña de la casa y quemaron gran parte del edificio y la policía aún no los había capturado. Mrs. Rosser pensó en el acto que la mano pertenecía a uno de los criminales que intentaba introducirse en La Casa Roja. Lanzó un grito estridente, aterrorizada, y la mano se retiró, aunque sin demostrar la menor precipitación.

En seguida se llevó a cabo una minuciosa investigación en el huerto, sin hallar

rastro del desconocido. Incluso se llegó a dudar, por un instante, de la realidad de lo que viera Mrs. Rosser, puesto que debajo de la ventana había una fila de macetas que se hallaban en perfecto orden y nadie hubiera podido acercarse a la pared sin volcar alguna.

Aquella misma noche se oyeron en la ventana de la cocina unos golpecitos tenues pero persistentes. Los criados se asustaron. Uno de ellos cogió un atizador y fue a abrir la puerta trasera. Por más que escrutó en las tinieblas no vio a nadie y, sin embargo, en el momento en que cerraba de nuevo, tuvo la impresión de que alguien golpeaba el batiente con el puño, como si intentase entrar a la fuerza en el interior. Se sintió aterrorizado y aunque siguieron sonando los golpes en los cristales de la ventana de la cocina, no osó hacer nuevas averiguaciones.

El sábado siguiente, hacia las seis de la tarde, la cocinera, mujer ya de edad, serena y sensata, estaba sola en la cocina. De pronto vio la misma mano, corta pero aristocrática, con la palma posada contra la ventana y moviéndose lentamente de arriba a abajo, como buscando cuidadosamente alguna irregularidad en la superficie del cristal. Al verla, la cocinera gritó y se puso a rezar, pero la mano tardó unos segundos en retirarse.

Durante las tardes siguientes se oyó de nuevo llamar a la puerta, suavemente al principio y después más fuerte, con el puño cerrado. El mayordomo se negaba a abrir y preguntaba cada vez, en voz alta, quién era, pero no obtenía más contestación que el ruido de una mano deslizándose de derecha a izquierda, con un movimiento suave y vacilante.

Mr. y Mrs. Rosser, que pasaban la velada en el saloncito de atrás, oían también golpes en la ventana: unas veces discretos y furtivos, como si dieran una contraseña, otras fuertes y enérgicos, tanto que llegaban a temer que se rompieran los cristales.

Hasta entonces los ruidos sólo se producían en la parte trasera de la casa, que, como se sabe, daba al huerto. Pero un martes por la noche, hacia las nueve y media, los golpes se oyeron en la puerta principal. Duraron dos horas, para desesperación de Mr. Rosser, cuya esposa estaba aterrorizada.

Luego pasaron muchos días sin ninguna anormalidad y ya todo el mundo empezaba a respirar tranquilo cuando, la noche del 13 de septiembre, se produjo un nuevo incidente en la despensa, adonde fue la sirvienta a guardar una jarrita de leche. La despensa recibía luz y ventilación por un tragaluz en el cual había un agujero destinado a la abrazadera que sujetaba el postigo. Mirando distraídamente el tragaluz, la criada vio cómo se introducía por el agujero un dedo blanco y fofo, que se volvía hacia aquí y hacia allá, como buscando el pestillo, para abrirlo. De un solo salto llegó a la cocina, donde se desmayó y al día siguiente abandonó la casa para siempre.

Mr. Rosser tenía la cabeza muy firme y se preciaba de ser un espíritu fuerte; se reía de «la mano fantasma» y hacía burla del terror de su esposa. Estaba íntimamente convencido de que no se trataba más que de una superchería, de una broma de mal gusto y deseaba descubrir al culpable. No guardó su opinión para sí, sino que se la

comunicó a todos, diciendo que el autor de la conspiración debía ser algún criado despedido.

Sin embargo, era hora ya de que se hiciese algo, porque los criados e incluso Mrs. Rosser, tan dulce y pacífica, empezaban a sentirse inquietos y disgustados. Ninguna de las mujeres se atrevía a andar a solas por la casa después de la puesta del sol.

Una tarde, cuando los golpes llevaban más de una semana sin sonar, Mr. Rosser, que estaba trabajando en su despacho, oyó llamar suavemente a la puerta principal. La noche estaba completamente en calma, lo que permitía oír con toda claridad. Mr. Rosser abrió la puerta de su despacho y se deslizó por el vestíbulo, sin hacer ruido. La forma de llamar había cambiado un poco, ahora eran unos golpes suaves y regulares, dados con la palma de la mano contra la puerta. Mr. Rosser fue a abrir bruscamente pero se contuvo y, tomando las mismas precauciones de antes, se dirigió a una alacena donde guardaba los bastones, las espadas y las armas de fuego. Se metió una pistola en cada bolsillo y cogió un pesado garrote; llamó a un criado en el que tenía plena confianza y le dio un par de pistolas. Los dos hombres, armados hasta los dientes, se dirigieron a la puerta principal, sin hacer el menor ruido. Todo ocurrió como había previsto Mr. Rosser: el desconocido, lejos de asustarse por su proximidad, pareció sentirse más y más impaciente y los golpes arreciaron y se volvieron enérgicos.

Mr. Rosser abrió la puerta, furioso, impidiendo el paso con el brazo, armado con el garrote. No había nadie, pero sintió una fuerte sacudida en el brazo, dada con la palma de una mano y en seguida notó que algo se deslizaba por su costado. El criado, que no veía ni oía nada, no pudo comprender por qué su amo miraba hacia atrás, atónito y empezaba a dar garrotazos en el vacío, mientras cerraba la puerta con la mano izquierda.

A partir de entonces, Mr. Rosser dejó de jurar y burlarse y empezó a sentir tanta aprensión como el resto de la familia. No estaba tranquilo, porque tenía la convicción de que al abrir la puerta había dejado entrar al enemigo invisible que los asediaba.

Aquella noche, Mr. Rosser, que no había dicho nada a su mujer, se retiró a su habitación más pronto que de costumbre. Antes de acostarse leyó algunas páginas de la Biblia y, cosa que no solía hacer, rezó. Permaneció despierto un buen rato y por fin, hacia las doce y cuarto, cuando empezaba a quedarse adormilado, oyó un ligero golpeteo en la puerta de su cuarto y luego el ruido de una mano deslizándose por el panel exterior.

Saltó del lecho aterrorizado y se acercó a la puerta, gritando: «¿Quién anda ahí?» Pero no hubo más respuesta que el ruido, que la conocía tan bien, de una mano acariciando suavemente la puerta.

A la mañana siguiente, la criada, temblando de horror, descubrió la huella de una mano en el polvo de una mesa sobre la que habían desempaquetado diversos objetos el día anterior. Mr. Rosser fue a examinar la huella y fingió darle menos importancia de la que en realidad le atribuía; a pesar de lo cual hizo que todos los habitantes de la

casa colocaran la mano derecha sobre la mesa. Así obtuvo la huella de todas las manos, incluida la de su mujer y la suya propia. La mano desconocida era distinta a todas y correspondía exactamente a la descripción que de ella habían hecho tanto Mr. Rosser como la cocinera.

Estaba claro que el dueño de la mano, quienquiera que fuese se hallaba dentro de la casa. La nerviosidad general, que ya era grande, creció considerablemente.

Durante las noches siguientes Mrs. Rosser tuvo horribles pesadillas, que la hacían saltar de la cama bruscamente, lívida y temblorosa, pero que luego no podía explicar en qué consistían. Cuando se despertaba no recordaba más que una lucha atroz con algo que no podía describir. Y era posible que lo que ella consideraba pesadillas no fuera más que una enfermedad, física más que moral.

Una noche, cuando entraba en el dormitorio conyugal, Mr. Rosser se sintió atemorizado por el silencio absoluto que reinaba allí; tenía el oído muy fino y, sin embargo, no oía la respiración de su mujer, que se había acostado momentos antes.

Una vela encendida, colocada sobre una mesa, iluminaba débilmente el lecho con dosel, cuyas cortinas estaban corridas, como de costumbre. Mr. Rosser, que había estado verificando unas cuentas, llevaba en la mano un pesado libro diario. Con el corazón oprimido se acercó al lecho y descorrió la cortina. Por un instante creyó que su mujer había muerto; yacía tendida, inmóvil, los ojos fijos, la frente perlada de sudor frío y, en la almohada, cerca de la cabeza había algo que, al principio, creyó que era un sapo, pero que en realidad era la mano blanca y fofa, cuya muñeca descansaba en la almohada y cuyos dedos se dirigían hacia la sien de Mrs. Rosser.

Presa de terror, Mr. Rosser tiró el pesado volumen, con todas sus fuerzas en dirección hacia donde debía hallarse el dueño de la mano. Esta se retiró al instante, pero sin prisa excesiva, mientras la cortina se ondulaba ligeramente.

Mr. Rosser corrió hacia el otro lado de la cama y llegó a tiempo de ver cómo se cerraba la puerta del gabinete adyacente. La abrió y entró en la habitación: estaba yacía. Cerró la puerta con llave y cerrojo, llamó a las criadas y entre todos y tras muchos esfuerzos consiguieron que Mrs. Rosser se recuperara de su desmayo. La pobre señora era víctima de una crisis nerviosa.

Lo que hizo que los Rosser abandonasen la Casa Roja para siempre fue la extraña enfermedad que atacó de pronto a su hijito, un chiquillo de dos años y medio. El niño pasaba horas enteras desvelado, en el paroxismo del terror. Los médicos diagnosticaron un principio de hidroencefalitis y su madre, llena de inquietud, no abandonaba la cuna del niño y lo velaba, acompañada por la doncella.

La cama del niño estaba adosada a la pared, con la cabecera contra una alacena cuya puerta no cerraba bien. Una cortinilla blanca rodeaba la cuna y descendía hasta la almohada.

Las dos mujeres tardaron muy poco en darse cuenta de que el niño se iba tranquilizando paulatinamente cuando le cogían en brazos. Sin embargo, una vez que se había dormido y lo metían en la cuna de nuevo, a los cinco minutos empezaba a

gemir como presa de un acceso de pánico. En una de aquellas ocasiones, primero la doncella y después Mrs. Rosser se dieron cuenta de la causa de los horribles sufrimientos del niño.

Deslizándose por la entreabierta puerta de la alacena, medio escondida por el baldaquín de la cuna, apareció, extendida, la misma mano blanquecina y gordezuela, con la palma hacia abajo, sobre la cabeza del niño. Lanzando un grito de terror la madre cogió al niño en brazos y, seguida por la criada, penetró en la habitación donde dormía su marido. Apenas cerraron la puerta tras ellas se oyó un suave repiqueteo en el otro lado.

Al día siguiente los Rosser abandonaron la casa para siempre.

Muchos años más tarde, un tal Mr. Rosser, anciano de grave aspecto pero gran hablador, contó con multitud de detalles la historia de un primo suyo, llamado James Rosser. Este había dormido durante cierto tiempo de su niñez en una habitación de una casa de tejado rojo de la que se decía que estaba embrujada y que, andando el tiempo, fue demolida. Durante toda su vida, cada vez que estaba enfermo, fatigado o simplemente febril, tenía una penosa visión: se le aparecía un personaje grueso y pálido. Tenía esta visión, siempre la misma, desde su más tierna infancia y era tan precisa que conocía mejor los rasgos de aquella cara sensual, blanda y enfermiza, los rizos de su peluca empolvada y los bordados de su traje negro que la cara y vestidos de su abuelo cuyo retrato, pendiente de la pared del comedor, presidía todas sus comidas.

Mr. Rosser habló de ello como ejemplo de una pesadilla extrañamente monótona, precisa y persistente y añadió que su primo, del cual hablaba en pasado, refiriéndose a él como «el pobre Jimmy» consideraba especialmente horrible el hecho de que el personaje de la visión tuviera amputada la mano derecha.

LA FAMILIA VOURDALAK

Alexis Tolstoi

El año 1815, se reunió en Viena la flor y nata de Europa: los espíritus más eruditos, los personajes más brillantes de la sociedad y los más capacitados diplomáticos. El Congreso acababa de terminar sus tareas.

Los emigrados realistas se disponían a tomar de nuevo posesión de sus castillos; los guerreros rusos a volver a sus hogares abandonados y los descontentos polacos a llevar a Cracovia su amor a la libertad, para guardarla bajo la triple y dudosa independencia que les habían arreglado entre el príncipe de Metternich, el príncipe de Hardenberg y el conde de Nesselrode.

Semejante al final de un baile animado, la reunión, aunque brillante, se reducía a un pequeño grupo de personas, escogidas a capricho, que, fascinadas por el encanto de las damas austríacas, diferían su partida.

Aquella alegre sociedad, de la que yo tomaba parte, se reunía dos veces por semana en el castillo de la princesa viuda de Schwarzenberg, a poca distancia de la ciudad, cerca de un lugar llamado Hitzing. Los exquisitos modales de la castellana, realzados por su graciosa amabilidad y la finura de su espíritu, hacían que la estancia en su residencia fuera en extremo agradable.

Las mañanas estaban consagradas a pasear; comíamos todos juntos, ya en el castillo, ya en los alrededores y por la tarde, sentados en torno a un hermoso fuego en la chimenea, nos entreteníamos contando historias. Estaba formalmente prohibido hablar de política, ya que todos nos sentíamos cansados de ella. Contábamos leyendas de nuestros países respectivos, o hablábamos de nuestros propios recuerdos.

Una noche, cuando cada uno había contado su historia y nuestros espíritus se hallaban bajo una extraña tensión, aumentada por la oscuridad y el silencio, el marqués de Urfé, viejo amigo muy querido por todos por su alegría juvenil y la manera picante que tenía de hablar de sus antiguos éxitos, aprovechó una pausa y tornó la palabra:

—Sus historias, señores —nos dijo— son asombrosas sin duda alguna, pero en mi opinión les falta algo esencial: me refiero a la autenticidad, puesto que no creo que ninguno de ustedes haya visto las cosas extraordinarias que acaban de contar, ni que pueda respaldarlas con su palabra de caballero.

No tuvimos más remedio que asentir y el anciano continuó, acariciándose el estómago:

—En cuanto a mí, sólo conozco una aventura de este género, pero es a la vez tan extraña, tan horrible y tan verídica que bastará para estremecer de espanto la imaginación de los más incrédulos. Yo he sido, desgraciadamente, testigo y actor al mismo tiempo y, aunque generalmente procuro no acordarme de lo acaecido, ahora lo contaré con mucho gusto, si las señoras me lo permiten.

El asentimiento fue unánime. Algunas miradas miedosas se posaron en las

manchas luminosas que el fuego dibujaba en el parque; el círculo se estrechó y todo el mundo se calló para escuchar la historia del marqués. Urfé tomó un poco de rapé, lo sorbió lentamente y empezó, en estos términos:

—Antes que nada, señoras mías, les pido perdón si en el curso de mi relato tengo que hablar de mis asuntos sentimentales más de lo que convendría a un hombre de mi edad; pero tengo que referirme a ellos para que se comprenda mi narración. Además, la falta de memoria es privilegio de la edad y será culpa suya, señoras, si viéndolas tan encantadoras, me siento tentado a olvidar que ya no soy joven. Les diré, pues, sin más preámbulos, que en el año 1756 yo estaba perdidamente enamorado de la duquesa de Gramont. Aquella pasión, que yo entonces creía profunda y eterna, no me daba punto de reposo ni de día ni de noche y la duquesa, como toda mujer bonita, se complacía, por coquetería, en avivar mi tormento. Tanto es así, que en un momento de despecho solicité y obtuve una misión diplomática cerca del Hospodar de Moldavia, que se hallaba en tratos con Versalles, acerca de asuntos que sería tan inútil como engorroso explicar. La víspera de mi marcha me presenté en casa de la duquesa. Me recibió con un aire menos burlón que de costumbre y me dijo, con una voz en la que se reflejaba cierto deje de emoción:

»Urfé, comete usted una locura. Pero como le conozco y sé que no volverá jamás sobre una decisión tomada, no le pido más que una cosa: Acepte esta crucecita como una prueba de mi amistad y llévela puesta hasta su vuelta. Es una reliquia de familia a la que atribuimos un gran valor.

»Con una galantería un poco fuera de lugar en aquel momento, besé no la reliquia, sino la mano que me la tendía y me colgué del cuello la cruz que aquí ven ustedes y que no me he quitado desde entonces.

»No las cansaré, señoras, con los detalles de mi viaje, ni con las observaciones que hice acerca de los húngaros y los serbios, ese pueblo pobre e ignorante, pero honrado y valiente que a pesar del vasallaje a que le sometían los turcos no había olvidado ni su dignidad ni su antigua independencia. Bastará con que les diga que, como había aprendido un poco de polaco cuando pasé una temporada en Varsovia, pronto comprendí el serbio, puesto que ambos idiomas, así como el ruso y el bohemio, no son, como saben ustedes bien, más que ramas de una misma lengua: la eslava.

»O sea que sabía lo suficiente, para hacerme comprender, cuando llegué a una ciudad cuyo nombre no hace al caso. Los habitantes de la casa en la cual iba a hospedarme estaban tan consternados que me asombró, tanto más cuanto que era domingo, día en que el pueblo serbio se entrega a fiestas como bailes, tiro con arcabuz, luchas etcétera. Atribuí la actitud de mis huéspedes a una desgracia reciente e iba a retirarme cuando se acercó a mí un hombre de gran estatura, de unos treinta años, que me cogió de la mano.

»—Pase, pase, forastero —me dijo— y no se deje impresionar por nuestra tristeza; la comprenderá muy bien cuando sepa la causa.

»Entonces me contó que su padre, que se llamaba Gorcha, hombre de un carácter inquieto e irritable, se levantó un día de la cama y descolgó de la pared su arcabuz turco.

»—Hijos —les dijo a los dos que tenía, uno llamado Jorge y el otro Pedro—. Me voy a las montañas a unirme a los valientes que están dando caza a ese perro de Alibek. (Este era un bandido turco que llevaba mucho tiempo devastando el país). Esperadme durante diez días y si al décimo no he vuelto hacedme decir una misa de difuntos, puesto que habré muerto. Pero —añadió Gorcha— si (Dios os libre de ello) vuelvo después de los diez días cumplidos, no me dejéis entrar, por vuestra salud. Os ordeno que, en ese caso, olvidéis que soy vuestro padre y me atraveséis el corazón con una estaca de álamo, aunque diga y haga lo que quiera que sea, porque entonces yo seré un maldito *vourdalak* que vendrá a chuparos la sangre.

»Tengo que aclarar que los *vourdalaks* o vampiros de los pueblos eslavos, no son, en opinión de las gentes, más que cuerpos muertos que salen de sus tumbas para chupar la sangre de los vivos. Hasta aquí sus costumbres son las mismas que las de los demás vampiros, pero tienen una particularidad que los hace especialmente horribles y es que los *vourdalaks,* señoras mías, prefieren chupar la sangre de sus padres, parientes y amigos más allegados e íntimos, que, una vez muertos, se convierten en vampiros a su vez, de suerte que se dice que en Bosnia y Hungría hay pueblos enteros convertidos en *vourdalaks.*

»Con estos datos les será fácil comprender el efecto que las palabras de Gorcha produjeron en sus hijos. Los dos se echaron a sus pies y le suplicaron que les dejase ir en su lugar, pero por toda respuesta él les volvió la espalda y se alejó tarareando el estribillo de una vieja balada. Yo llegué al pueblo precisamente el día en que finalizaba el plazo fijado por Gorcha y pude comprender fácilmente la inquietud de los hijos.

»Era una familia buena y honesta. Jorge, el mayor, tenía los rasgos muy varoniles y marcados y parecía un hombre serio y resuelto; estaba casado y tenía dos hijos. Pedro era un guapo muchacho de dieciocho años; sus rasgos eran suaves y parecía el favorito de su hermana, llamada Sdenka, que podía pasar por el prototipo de la belleza eslava. Además de su gran belleza, tenía un vago parecido con la duquesa de Gramont, cosa que me atrajo desde el principio; tenía, sobre todo, en la frente, un rasgo característico que nunca he encontrado más que en ellas dos. Era algo que podía no gustar la primera vez que se veía, pero que atraía irresistiblemente en veces sucesivas.

»Sea que yo era muy joven, sea que el parecido, unido a un carácter original e ingenuo, fuera realmente irresistible, apenas hacía dos minutos que conocía a Sdenka cuando ya sentía hacia ella una simpatía tan viva que muy bien podía trocarse en un sentimiento más profundo si permanecía mucho tiempo en el pueblo.

»Estábamos todos reunidos delante de la casa ante una mesa provista de queso y jarras de leche. Sdenka hilaba, su cuñada preparaba la cena de los niños, que jugaban

en la arena. Pedro, con una tranquilidad fingida, silbaba mientras limpiaba un yatagán o largo cuchillo turco. Jorge, de codos sobre la mesa, la cabeza entre las manos y el pensamiento ausente, devoraba el camino con los ojos, sin decir una palabra.

»En cuanto a mí, vencido por la tristeza general, contemplaba melancólicamente las nubes que encuadraban el fondo dorado del cielo y la silueta de un convento medio oculto entre un bosque de pinos.

»Aquel convento, lo supe más tarde, gozó de una gran celebridad en otros tiempos gracias a una imagen milagrosa de la Virgen que, según la leyenda, había sido transportada por los ángeles y depositada sobre un roble. Pero, a principios del siglo pasado, los turcos invadieron el país, saquearon el convento y degollaron a los monjes. Ahora no quedaba más que los muros y una capilla atendida por una especie de ermitaño que hacía los honores de las ruinas a los curiosos y daba posada a los peregrinos que iban, andando, de un santuario a otro y paraban unos días en el convento de la Virgen del Roble. Como ya les he dicho, fui enterándome de todo esto más adelante, porque aquella noche tenía otras cosas en qué pensar y no en la arqueología serbia. Como pasa muy a menudo cuando se deja libre la imaginación, empecé a pensar en las cosas pasadas, en mi infancia, en mi querida Francia que había abandonado por un país lejano y salvaje.

»Pensé en la duquesa de Gramont y, a qué negarlo, en otras contemporáneas de sus abuelas de ustedes, cuyas imágenes se deslizaban en mi corazón detrás de la de la encantadora duquesa.

»Tardé muy poco en olvidar a mis huéspedes y sus inquietudes.

»De pronto, Jorge rompió el silencio:

»—Mujer, ¿a qué hora se fue el *viejo*?

»—A las ocho —dijo la mujer—. Oí sonar la campana del convento.

»—Muy bien, ahora no pueden ser más de las siete y media. —Y se calló de nuevo, fijando los ojos, como antes, en el camino, que se adentraba en el bosque.

»Se me había olvidado decirles que cuando los serbios sospechan que alguien pueda ser un vampiro evitan llamarlo por su nombre y referirse a él directamente, porque sería como llamar a su tumba. Por eso Jorge desde hacía algún tiempo llamaba *el viejo* a su padre.

»Transcurrieron unos instantes de silencio. De pronto uno de los niños le dijo a Sdenka, tirándole del delantal:

»—¿Cuándo volverá el abuelo a casa, tía?

»Jorge le dio una bofetada, en respuesta a esa pregunta intempestiva.

»El niño se puso a llorar, su hermano dijo, en un tono de voz a la vez asombrado y miedoso:

»—¿Por qué nos prohíbe papá hablar del abuelo?

»Otra bofetada le cerró la boca; los dos niños lloraron a más y mejor y la familia se santiguó.

»El reloj del convento dio, lentamente, las ocho. Apenas sonó la primera

campanada vimos una forma humana salir del bosque y acercarse a nosotros.

»—¡Es él! ¡Que Dios sea loado! —gritaron a la vez Pedro, Sdenka y su cuñada.

»—Dios nos tenga bajo su amparo —dijo Jorge solemnemente—. ¿Cómo saber si los diez días han pasado ya o no?

»Todos le miraron consternados. La figura humana seguía avanzando. Era un viejo con grandes mostachos de plata, la cara pálida y severa, que andaba pesadamente, apoyándose en un bastón. A medida que iba avanzando, Jorge se tornaba más y más sombrío. Cuando el recién llegado estuvo cerca de nosotros se paró y paseó la mirada por la familia. Sus ojos parecían no ver, tan empañados y hundidos en las cuencas estaban.

»—Bueno —dijo con voz hueca—. ¿No se levanta nadie para recibirme? ¿Qué significa este silencio? ¿No veis que vengo herido?

»Entonces me di cuenta de que el costado izquierdo del viejo estaba ensangrentado.

»—Ayude a su padre —dije a Jorge—. Y usted, Sdenka, debería prepararle algún cordial porque está a punto de desfallecer.

»—Padre —dijo Jorge, aproximándose a Gorcha—. Muéstreme la herida para que pueda lavarla un poco y curarla…

»Hizo ademán de abrirle el vestido, pero el viejo le empujó bruscamente y se tapó el costado con las manos.

»—¡Quita, torpe —gruñó—; me has hecho daño!

»—Pero está usted herido en el corazón —gritó Jorge, palideciendo—. Vamos, vamos; quítese el vestido, es necesario.

»El viejo se levantó de un salto.

»—¡Ocúpate de ti mismo! —dijo amenazadoramente—. ¡Maldito seas si me tocas!

»Pedro intervino.

»—¡Déjale! —dijo—. Ya ves que está sufriendo.

»—No le contraríes —añadió su mujer—. Ya sabes que jamás lo ha tolerado.

»En aquel momento vimos un rebaño que volvía de los pastos y venía hacia la casa, envuelto en una nube de polvo. Sea que el perro que lo acompañaba no hubiera reconocido a su amo, o por otro motivo cualquiera, en cuanto vio a Gorcha se paró en seco, con los pelos erizados y se puso a aullar, como si estuviera viendo algo sobrenatural.

»—¿Qué le pasa a ese perro? —dijo el viejo, cada vez más enfadado—. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Soy, por ventura, un extraño en mi propia casa? ¿Tanto he cambiado en diez días pasados en las montañas que mis perros ya no me reconocen?

»—¿Lo has oído? —dijo Jorge a su mujer.

»—¿Qué?

»—Dice que los diez días ya han pasado.

»—No, puesto que llegó al término fijado.

»—Bueno, está bien; yo sabré lo que hay que hacer.

»Como el perro seguía aullando, Gorcha gritó:

»—¡Quiero que lo matéis!, ¿lo estáis oyendo?

«Jorge no dijo nada. Pedro se levantó, con los ojos llenos de lágrimas y cogiendo el arcabuz de su padre disparó contra el perro que rodó en el polvo.

»—Era mi perro favorito —murmuró Pedro en voz baja—. No comprendo que mi padre haya querido que lo matara.

»—Porque lo ha merecido —replicó Gorcha—. Vamos, empieza a hacer frío; quiero entrar en la casa.

«Mientras ocurría todo esto fuera, Sdenka había preparado para el viejo una taza de tisana compuesta de aguardiente con peras, miel y pasas, pero su padre lo rechazó con disgusto. La misma aversión demostró por el plato de cordero con arroz que le presentó Jorge y se fue a sentar en un rincón del hogar, murmurando entre dientes cosas ininteligibles.

»En el hogar ardía un fuego de pino que con su tembloroso resplandor iluminaba la cara del viejo, tan pálida y demacrada que sin aquella luz hubiera parecido la de un muerto. Sdenka fue a sentarse a su lado.

»—Padre —dijo—. No quiere usted tomar nada ni descansar. ¿Querría acaso contarnos sus aventuras en las montañas?

»La joven sabía que así tocaba una cuerda sensible de su padre, pues al viejo le agradaba hablar de guerras y luchas. Una extraña sonrisa apareció en sus labios, sin que los ojos perdiesen su adustez y acarició la encantadora cabellera rubia.

»—Sí, hija mía; sí, Sdenka, quiero contarte todo lo que me ha ocurrido en las montañas, pero será otro día, porque hoy estoy muy fatigado. Te diré, no obstante, que Alibek ya no existe, le he matado yo, con mis propias manos. ¡Y si alguno lo duda, he aquí la prueba!

»Deshizo una especie de hatillo que llevaba a la espalda y sacó una cabeza lívida y sangrante, a la cual, sin embargo, ganaba en palidez la suya propia. Todos nos volvimos horrorizados, mas el viejo se la dio a Pedro.

»—¡Toma —le dijo—, cuélgala sobre la puerta, para que todos los que pasen sepan que Alibek está muerto y que los caminos quedan limpios de bandidos, si exceptuamos a los jenízaros del Sultán!

»Pedro obedeció de mala gana.

»—Ahora comprendo —decía— por qué aullaba tanto el perro que he matado; olfateaba la carne muerta.

»—Sí, venteaba carne muerta —respondió Jorge, que había salido sin que nos apercibiéramos y volvía a entrar en aquel momento, trayendo algo que depositó en un rincón y que a mí me pareció una estaca.

»—Jorge —le dijo su mujer a media voz— supongo que no irás a…

»—¿Qué vas a hacer, hermano? —añadió Sdenka—. Pero no, no; tú no harás nada, ¿verdad?

»—¡Dejadme! —respondió Jorge—, yo sé lo que tengo que hacer y no haré nada que no sea necesario.

»Mientras tanto, la noche había llegado y la familia se fue a acostar a una parte de la casa separada de mi dormitorio por un tabique muy delgado. Todo lo ocurrido había impresionado mi imaginación, La luz estaba apagada, la luna daba de lleno en mi ventana, cerca de la cama, iluminando con su pálido resplandor la habitación, como ocurre ahora, señoras mías, en esta sala donde nos hallamos… Yo quería dormir y no podía. Atribuí mi insomnio a la luz de la luna; busqué algo que pudiera servirme de cortina y no lo encontré. Entonces oí murmullo de voces al otro lado del tabique y me puse a escuchar.

»—Acuéstate, mujer —decía Jorge—. Y tú, Pedro y tú, Sdenka. No os preocupéis por nada, yo velaré por vosotros.

»—Pero Jorge —replicó su mujer—, sería mejor que velase yo, tú estuviste trabajando toda la noche pasada y estás fatigado; además yo debo velar a nuestro hijo mayor que no se encuentra bien.

»—Acuéstate y permanece tranquila, yo velaré por los dos.

»—Pero hermano —dijo Sdenka con su voz más dulce—. No será necesario velar; nuestro padre se ha dormido ya y parece calmado y pacífico.

»—No entendéis nada ninguna de las dos —dijo Jorge de una forma que no admitía réplica—. Os he dicho que os acostéis y me dejéis velar.

»Se hizo un profundo silencio. Muy poco después sentí una gran pesadez en los párpados y me quedé adormecido.

»Creí ver que mi puerta se abría y el viejo Gorcha aparecía en el umbral. Más que verlo lo adiviné, porque la habitación de donde venía estaba muy oscura. Me pareció que sus ojos trataban de adivinar mis pensamientos y seguían los movimientos de mi respiración. Avanzó lentamente hacia mí, adelantando ahora un pié, luego otro, con paso de lobo. Luego dio un salto y se puso al lado de mi cama. Yo sentía una angustia indescriptible, pero una fuerza invisible me obligaba a permanecer inmóvil. El viejo se inclinó hacia mí y acercó tanto su cara que creí sentir su aliento cadavérico. Entonces hice un esfuerzo sobrenatural y me desperté, bañado en sudor. No había nadie en la habitación, pero mirando hacia la ventana pude distinguir perfectamente al viejo Gorcha que, desde el exterior, me contemplaba a través de los cristales, dirigiéndome una mirada espantable. Tuve la fuerza de voluntad de no gritar y la presencia de ánimo de permanecer quieto en la cama, como si nada hubiera visto. El viejo parecía haber venido sólo para asegurarse de que yo estaba dormido, puesto que no hizo tentativa alguna de entrar; después de contemplarme un buen rato se alejó de la ventana y le oí dirigirse a la habitación vecina. Jorge se había dormido y sus ronquidos hacían temblar las paredes. El niño tosió en aquel momento y oí la voz de Gorcha.

»—¿No duermes, pequeño? —decía.

»—No, abuelo; y me gustaría charlar contigo.

»—¡Ah, te gustaría charlar conmigo! ¿Y de qué vamos a hablar?

»—Me gustaría que me contases tus aventuras con los turcos. ¡Yo también quisiera luchar contra ellos!

»—Ya lo suponía, hijo; y te he traído un pequeño yatagán que te daré mañana.

»—¡Oh, abuelo; dámelo ahora, ya que no tienes sueño!

»—¿Por qué no me hablabas esta tarde, antes de que anocheciera?

»—Porque papá lo había prohibido.

»—Tu padre es muy prudente. ¿De veras te gustaría tener el yatagán?

»—Me encantaría; sólo que aquí no, porque papá podría despertarse.

»—Entonces, ¿dónde?

»—Si salimos fuera te prometo ir con cuidado y no hacer ruido.

»Creí oír el gruñido de satisfacción de Gorcha y comprendí que el niño se estaba levantando. Yo no creía en vampiros, pero la pesadilla que había tenido me dejó impresionado y, no queriendo tener nada que reprocharme, salté de la cama y di un golpe en el tabique, que hubiera bastado para despertar a un leño, pero nadie de la familia pareció oírlo. Fui hacia la puerta, decidido a salvar al niño, pero la habían cerrado desde fuera y los cerrojos resistieron mis mayores esfuerzos. Mientras trataba de abrir vi al viejo pasar por delante de la ventana, con el niño en brazos.

»—¡Despiértense, levántense! —grité con todas mis fuerzas, sacudiendo el tabique a fuerza de golpes. Sólo me oyó Jorge.

»—¿Dónde está el viejo? —preguntó.

»—Salga de la casa, rápido —grité—. Acaba de llevarse a su hijo.

Jorge hizo saltar la puerta que, al igual que la mía, estaba cerrada por fuera y echó a correr en dirección al bosque. Yo fui a despertar a Pedro, su cuñada y Sdenka. Nos reunimos todos en la puerta de la casa y, unos minutos después, vimos llegar a Jorge con su hijo. Lo había encontrado desvanecido en medio del camino, pero pronto volvió en sí y no parecía encontrarse mal en absoluto. A las preguntas que le hicieron contestó que su abuelo y él habían salido para charlar más a sus anchas y que de pronto él perdió el conocimiento. El abuelo había desaparecido.

»El resto de la noche la pasamos desvelados, como se puede comprender.

»A1 día siguiente supe que el Danubio, que cortaba el camino, a un cuarto de legua del pueblo, empezaba a acarrear témpanos, cosa que pasaba todos los años, a finales del otoño y principios de la primavera. El paso quedaría interceptado durante algunos días y no podía pensar en marcharme. Además, aunque hubiese podido, la curiosidad, unida a una atracción más poderosa, me hubiera retenido. Cuanto más veía a Sdenka mejor comprendía que acabaría por amarla. Yo no creo en esas pasiones súbitas e irresistibles que nos pintan las novelas, pero opino que hay ocasiones en que el amor se desenvuelve más deprisa que de costumbre. La original belleza de Sdenka, su singular parecido con la duquesa de Gramont, por la que yo había huido dé París para encontrarla allí, vestida con un traje pintoresco y hablando una lengua extraña y armoniosa; el rasgo característico de la frente por el que, en

Francia, me hubiera dejado matar veinte veces; todo ello, unido a lo singular de la situación y a los misterios que me rodeaban, hicieron madurar un sentimiento que, de otra forma, se hubiera manifestado muy vagamente.

»En el curso del día siguiente sorprendí una conversación entre Sdenka y su hermano menor:

»—¿Qué piensas tú de todo esto? —decía ella—. ¿Tú también sospechas de nuestro padre?

»—No me atrevo a sospechar. Y menos desde que el niño dijo que no le había hecho daño. En cuanto a su desaparición, ya sabes que nunca nos dice dónde va.

»—Sí, ya lo sé. Pero ahora hay que salvarlo, ya conoces a Jorge…

»—Sí, le conozco; sería inútil hablarle, pero voy a esconder la estaca y no podrá encontrar otra, porque no hay un solo álamo en esta parte de las montañas.

»—Muy bien, escondámosla. Y no digamos nada delante de los niños para que no vayan a contárselo a Jorge.

»—Tendremos mucho cuidado —dijo Pedro; y se separaron.

»Llegó la noche sin que se supiera nada del viejo Gorcha. Yo estaba, como la noche anterior, tendido en mi cama, recibiendo de lleno los rayos de la luna; cuando el sueño empezaba a entorpecer mis sentidos, noté como por instinto, la proximidad del anciano. Abrí los ojos y vi su cara, lívida, contra mi ventana.

»Esta vez quise levantarme pero me fue imposible, era como si todos mis miembros estuvieran paralizados. Después de contemplarme un rato, el viejo sé alejó. Le oí dar la vuelta a la casa y llamar suavemente en la ventana de la habitación donde dormían Jorge y su mujer. El niño dio una vuelta en la cama y gimió dormido. Pasaron unos minutos de silencio y después volvieron a sonar los golpes en la ventana. El niño gimió de nuevo y se despertó…

»—¿Eres tú, abuelo? —dijo.

»—Soy yo —respondió sordamente—. Te he traído el yatagán.

»—Pero no me atrevo a salir; papá me lo ha prohibido.

»—No tienes necesidad de salir. Abre la ventana y ven a abrazarme.

»El niño se levantó y le oí abrir la ventana. Haciendo acopio de todas mis energías salté de la cama y corrí a golpear el tabique. Jorge se levantó en un segundo. Le oí jurar y su mujer lanzó un grito. Muy pronto nos hallamos todos junto al niño inanimado. Gorcha, igual que la víspera, había desaparecido. A fuerza de cuidados conseguimos que el niño volviera en sí, pero estaba muy débil y le costaba un gran esfuerzo respirar. El pobre ignoraba la causa de su desvanecimiento. Su madre y Sdenka lo atribuyeron al susto de haberse visto sorprendido charlando con el abuelo. Yo preferí no decir nada. Poco a poco el niño se fue calmando y todo el mundo, menos Jorge, volvió a acostarse.

»Hacia el alba, le oí despertar a su mujer y hablarle en voz baja; Sdenka se unió a ellos y la oí llorar, igual que su cuñada.

»El niño estaba muerto.

»Prefiero no hablar de la desesperación de la familia. Sin embargo, nadie le echaba la culpa al viejo Gorcha o por lo menos, no lo mencionaban abiertamente.

»Jorge permanecía mudo pero su semblante, siempre sombrío, tenía algo terrible ahora. El viejo estuvo dos días sin aparecer. La noche del tercero (el día en que tuvo lugar el entierro del niño) creí oír pasos alrededor de la casa y la voz de un viejo llamando al hermanito del difunto. También me pareció, durante un momento, ver la cara de Gorcha en mi ventana, pero no pude asegurarme de si era realidad o producto de mi imaginación, porque aquella noche la luna estaba velada. Como quiera que sea, consideré un deber decírselo a Jorge. Este preguntó al niño, quien dijo que sí, que había oído la voz de su abuelo llamándole y visto su cara al otro lado de la ventana. Jorge le conminó severamente a que lo despertara si su abuelo volvía de nuevo.

»Todas estas cosas no impedían que mi afecto hacia Sdenka creciera cada vez más.

Durante el día no había podido hablarle sin testigos. Al llegar la noche, la idea de mi próxima partida me estremeció el corazón.

»La habitación de Sdenka estaba separada de la mía por un estrecho pasillo que daba a la calle por un lado y al patio por el otro.

»Ya estaban mis huéspedes acostados cuando sentí deseos de salir a dar un paseo por el campo para tranquilizarme. Al cruzar el pasillo vi que la puerta de Sdenka estaba entreabierta.

»Me paré involuntariamente, el roce de la tela de sus vestidos hizo que mi corazón latiera con más fuerza. Luego la oí cantar a media voz. Cantaba un romance de despedida, que un viejo rey serbio canta a su amada:

—¡Oh, mi bella flor —decía el rey— me voy a la guerra y tú me olvidarás!

Los árboles que crecen al pie de las montañas son esbeltos y flexibles, pero no tanto como tu talle.

Los frutos del cerezo, que el viento mece, son rojos; pero tus labios son más rojos que sus frutos.

Y yo soy como un viejo roble, desnudo de sus hojas y mi barba es más blanca que la espuma del Danubio.

Tú me olvidarás, alma mía, y yo moriré de nostalgia, porque el enemigo no osará matar al viejo rey.

—La bella respondió: Juro permanecer fiel y no olvidarte y, si falto a mi juramento, ven después de tu muerte a chupar toda la sangre de mi corazón.

—El rey dijo: ¡Que así sea!, y partió para la guerra. Y la bella le olvidó muy pronto…

»Aquí se calló Sdenka, como si temiera acabar la balada. Yo no pude contenerme. Aquella voz, tan dulce, tan expresiva, era la de la duquesa de Gramont… entré en la habitación sin pararme a reflexionar.

»Sdenka acababa de quitarse una especie de casaquín que usan las mujeres de su país. Vestía una blusa bordada en oro y seda roja ajustada al talle por una falda a cuadros. Se había deshecho las largas trenzas rubias y aquel descuido en su atavío realzaba sus encantos. No se enfadó por mi brusca entrada; sólo pareció confusa y enrojeció ligeramente.

»—¡Oh! —exclamó—. ¿Por qué ha venido? ¿Qué pensarán de mí si le sorprenden aquí?

»—Sdenka, alma mía —contesté—, tranquilícese. Todo duerme en torno nuestro; sólo el grillo, en la hierba y el saltamontes, en los aires, pueden oír lo que tengo que decirle.

»—¡Váyase, huya, amigo mío! Si mi hermano nos sorprende estoy perdida.

»—Sdenka, sólo me iré cuando me haya prometido amarme para siempre, como la bella se lo promete al rey de la balada. Yo me iré muy pronto Sdenka, y ¿quién sabe cuándo volveremos a vernos? Sdenka, yo la amo más que a mi alma, más que a mi salud… mi vida y mi sangre son suyas… ¿No me concederá una hora a cambio?

»—En una hora pueden pasar muchas cosas —dijo Sdenka, pensativamente, abandonando su mano en la mía—. No conoce usted a mi hermano —añadió, estremeciéndose—. Tengo el presentimiento de que vendrá.

»—Cálmese Sdenka mía; su hermano está fatigado por sus vigilias, el viento que juega entre los árboles lo ha adormecido; su sueño es muy pesado y muy larga la noche ¡y yo sólo le pido una hora! ¡Y después adiós… para siempre, tal vez!

»—¡Oh no, no! ¡Para siempre no! —dijo Sdenka vivamente; después retrocedió, asustada de su propia voz.

»—Sdenka, no veo más que su rostro, ni oigo más que su voz; ya no soy dueño de mí mismo, una fuerza superior me arrastra. ¡Perdóneme, Sdenka!

»Al decirlo la estreché entre mis brazos.

»—¡Usted no es mi amigo! —dijo ella rechazándome y yéndose a refugiar en el fondo de la habitación.

»No supe qué decir, porque yo mismo estaba asustado de mi atrevimiento, no porque lo considerase improcedente para estas ocasiones, sino porque, a pesar de mi pasión, no podía evitar sentir respeto por la inocencia de Sdenka.

»Algunas de mis galanterías, que tanto gustaban a las bellas de mi época, no habían sido del todo sinceras, pero pronto me avergoncé de mí mismo y renuncié, viendo que el candor de la joven le impedía comprender lo que ustedes señoras mías, lo veo en sus sonrisas, han adivinado con medias palabras.

»Permanecí allí, delante de ella, sin saber qué decirle, cuando de pronto observé que temblaba, mirando horrorizada hacia la ventana. Yo miré en la misma dirección y vi, distintamente, la cara inmóvil de Gorcha, observándonos desde el exterior.

»Al mismo tiempo noté que una pesada mano se posaba en mi espalda y me volví; era Jorge.

»—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó.

«Desconcertado, le mostré a su padre que nos miraba por la ventana y que desapareció en cuanto Jorge miró.

»—Había oído al viejo y vine a prevenir a su hermana —dije.

»Jorge me miró como si quisiera leer en el fondo de mi alma. Luego me cogió del brazo, me llevó a mi habitación y se fue sin decir una palabra.

»Al día siguiente nos hallábamos todos reunidos en torno a la mesa, delante de la puerta de la casa.

»—¿Dónde está el niño? —preguntó Jorge.

»—En el patio —respondió su madre— jugando a su juego favorito: combatir contra los turcos.

»Apenas había pronunciado estas palabras cuando, para gran sorpresa nuestra, vimos al viejo Gorcha salir del bosque, acercarse a nosotros y sentarse a la mesa, como hiciera el día de mi llegada.

»—Sea bien venido, padre —dijo su nuera, con voz apenas audible.

»—Bien venido, padre —repitieron Pedro y Sdenka en voz baja.

»Jorge se había quedado pálido al ver al viejo, no obstante, dijo firmemente:

»—Estamos esperando que rece la plegaria, padre.

»El viejo se volvió, frunciendo las cejas.

»—¡La plegaria ahora mismo! —insistió el hijo—. Y haga la señal de la cruz, o, por San Jorge…

»Sdenka y su cuñada se acercaron al viejo y le suplicaron que rezara la plegaria.

»—¡No, no, no! —gritaba el anciano—. ¡No tiene derecho a pedírmelo y si insiste lo maldeciré!

»Jorge se levantó y entró en la casa corriendo. Volvió a los pocos segundos, furioso.

»—¿Dónde está la estaca? —gritó—. ¿Dónde habéis escondido la estaca?

»Sdenka y Pedro se miraron.

»—¡Cadáver! —dijo entonces Jorge, dirigiéndose al viejo—. ¿Qué has hecho de mi primogénito? ¿Por qué has matado a mi hijo? ¡Devuélveme a mi hijo, cadáver!

»Iba palideciendo más a medida que hablaba, pero sus ojos se animaban por instantes.

»El viejo le dirigió una mirada maligna, pero no dijo nada.

»—¡La estaca de álamo! —se lamentaba Jorge—. ¡Que el que la haya escondido responda de las desgracias que nos aguardan!

»En aquel momento oímos las alegres carcajadas del niño pequeño y le vimos venir montado a horcajadas en una enorme estaca que hacía caracolear bajo las piernas, lanzando, con su vocecilla menuda, el grito de guerra de los serbios, cuando atacan al enemigo.

»Al verlo, los ojos de Jorge centellearon; quitó la estaca al niño y se precipitó sobre su padre. Este gritó y echó a correr en dirección al bosque, a una velocidad tan poco Je acuerdo con su edad que parecía sobrenatural.

»Jorge lo persiguió y muy pronto les perdimos de vista.

»Era ya de noche cuando volvió Jorge, pálido como la muerte, con los cabellos erizados. Se sentó cerca del fuego y yo creí percibir el castañeteo de sus dientes. Nadie se atrevió a preguntar nada. Hacia la hora en que la familia tenía la costumbre de recogerse pareció recobrar su energía; me llevó aparte y me dijo de la manera más natural posible:

»—Querido huésped, acabo de ver el río y ya no arrastra témpanos; el camino está libre, no hay obstáculo alguno para su partida. No es necesario —añadió mirando a Sdenka— despedirse de la familia; todos, por mi boca, le desean la mayor felicidad que se pueda alcanzar aquí abajo y espero que guarde usted un buen recuerdo de nosotros. Mañana, en cuanto amanezca, su caballo estará ensillado y un guía dispuesto a seguirle. Adiós; acuérdese de nosotros de vez en cuando y perdónenos, si su estancia aquí no ha sido todo lo agradable que fuera de desear.

»Los adustos rasgos de Jorge tenían entonces una expresión casi cordial. Me llevó hasta mi habitación y me estrechó la mano una vez más. Luego tuvo un estremecimiento y sus dientes sonaron como si tiritaran de frío.

»Me quedé solo. No tenía el menor deseo de acostarme, como pueden ustedes comprender. Había amado muchas veces en mi vida. Había tenido momentos de ternura, de despecho y de celos, pero jamás, sin exceptuar siquiera a la duquesa de Gramont, sentí una tristeza semejante a la que me partía el corazón en aquellos momentos. Antes de que el sol se levantara me puse mi traje de viaje y quise intentar una nueva entrevista con Sdenka, pero Jorge ya estaba esperando en el vestíbulo; no tenía posibilidad alguna de volverla a ver.

»Salté sobre mi caballo y piqué espuelas. Me prometí que cuando volviera de Jassy pasaría de nuevo por aquel pueblo y esta esperanza, por muy remota que fuera, templó un poco mi pena. Iba pensando, con complacencia en el momento del retorno y mi imaginación me pintaba por adelantado todos los detalles, cuando el caballo hizo un brusco movimiento que estuvo a punto de hacerme perder los estribos; el animal se paró en seco y levantó las patas delanteras, lanzando un relincho de alarma, como si se hallase ante un peligro.

»Miré los alrededores y vi, unos cien pasos más allá, a un lobo escarbando la tierra. Al oírme huyó al bosque y yo hinqué las espuelas en los costados de mi montura para hacerle avanzar. En el lugar de donde huyera el lobo había una fosa reciente. Me pareció distinguir una estaca de álamo sobresaliendo unos centímetros de la tierra que el lobo había removido; sin embargo, no me atrevo a afirmarlo porque pasé muy deprisa».

El marqués se calló y tomó un poco de rapé.

—¿Eso es todo? —preguntaron las señoras.

—Desgraciadamente no —respondió Urfé—. Lo que voy a contarles es aún más penoso para mí y daría algo para poderlo evitar.

»Los asuntos que me habían llevado a Jassy duraron más de lo que yo supuse;

tardé seis meses en llevarlos a buen término. ¿Qué les diría yo? Es triste tener que confesarlo, pero no por eso es menos cierto que hay pocos sentimientos constantes aquí abajo. El éxito de mis negociaciones, las felicitaciones que recibí del gabinete de Versalles, en una palabra: la política, la triste política, que tanto nos ha fastidiado en estos últimos tiempos, no tardó en entibiar en mi alma el recuerdo de Sdenka. Además la mujer del Hospodar, persona de una gran belleza, y que hablaba mi idioma a la perfección, desde el principio me había distinguido entre todos los jóvenes extranjeros que residían en Jassy. Educado, como estaba, en los principios de la galantería francesa, mi sangre gala se hubiera sublevado en mis venas ante la idea de pagar con ingratitud la bienvenida que me testimoniara la belleza. Por eso respondí cortésmente a los avances de que fui objeto y, para servir mejor a los intereses de Francia empecé por identificarme con los del Hospodar.

»Cuando me llamaron de mi país volví a emprender el camino que me condujo a Jassy.

»Ya no me acordaba ni de Sdenka ni de su familia.

»Un día en que cabalgaba por el campo oí que una campana daba las ocho. Su sonido no me pareció desconocido y mi guía me dijo que era la campana de un convento poco distante de donde nos hallábamos. Le pregunté cómo se llamaba y me dijo que era el de la Virgen del Roble. Yo apresuré el paso de mi montura y muy pronto nos encontramos llamando a las puertas del convento. El ermitaño nos abrió y nos condujo a la hospedería destinada a los forasteros. Estaba tan llena de peregrinos que perdí el deseo de pasar allí la noche y pregunté al ermitaño si podría hallar albergue en el pueblo.

»—Encontrará usted más de uno —me dijo el ermitaño, suspirando—. Gracias al malhadado Gorcha no faltan casas vacías en el pueblo.

»—¿O sea que el anciano Gorcha vive aún?

»—¡Oh, no! Está bien muerto y enterrado, con una estaca de álamo en el corazón. Pero antes chupó la sangre del hijo de Jorge. El niño volvió una noche a la puerta de su casa, llorando y diciendo que tenía frío y quería entrar. La insensatez de su madre, a pesar de haberlo enterrado ella misma, no tuvo el valor de echarlo y lo dejó entrar. Entonces el niño se abalanzó contra ella y le succionó la sangre hasta dejarla muerta. Enterrada a su vez, se apareció para chupar la sangre de su hijo menor, luego la de su marido y después la de su cuñado. Todos han muerto.

»—¿Y Sdenka? —pregunté.

»—Se volvió loca de pena. ¡Pobre criatura, no hablemos de ella!

»La respuesta del ermitaño no me aclaró si vivía o no, pero no me atreví a preguntárselo de nuevo.

»—El vampirismo es contagioso —continuó éste, santiguándose—. Muchas familias del pueblo se sintieron atacadas, muchas han muerto, hasta el último de sus miembros y si sigue usted mi consejo pasará aquí la noche, porque aunque los *vourdalaks* no lo mataran en el pueblo, pasará usted un miedo tan atroz que bastará

para hacerle encanecer antes de que toque a maitines. Yo no soy más que un pobre fraile —continuó—, pero la generosidad de los viajeros me permite proveer a sus necesidades. ¡Tengo un queso exquisito, unas pasas que harán que la boca se le haga agua sólo de verlas y unas botellas de un vino de Tokay que no desmerecen en nada de las que sirven a Su Santidad el Patriarca!

»Me pareció que el ermitaño se tornaba un tanto mesonero. Tuve la sensación de que me había contado todo aquello para darme la ocasión de hacerme agradable al cielo imitando la generosidad de los viajeros, *que lo abastecían a fin de que pudiera proveer a sus necesidades.*

»Además, la palabra miedo siempre ha tenido para mí el mismo efecto que el clarín para un corcel de guerra. Me hubiera avergonzado de mí mismo si no hubiera partido en aquel momento. Mi guía, lleno de espanto, me pidió permiso para quedarse en el convento y se lo concedí de buen grado.

»Tardé una media hora en llegar al pueblo y lo encontré desierto. No brillaba una sola luz en las ventanas ni se oía una canción en los interiores. Pasé en silencio delante de todas las casas, la mayor parte de las cuales me eran conocidas, y llegué a la de Jorge. Sea por un resto de sentimentalismo o de temeridad de la juventud, el caso es que resolví pasar la noche en ella.

»Descendí del caballo y llamé a la puerta de la cochera; nadie respondió. Empujé la puerta y se abrió, rechinando en los goznes, y entré en el patio.

»Até mi caballo en el cobertizo, sin quitarle la silla; luego comprobé que tendría avena suficiente para aquella noche y entré en la casa.

»Todas las puertas estaban abiertas y, sin embargo, la casa parecía deshabitada. Sólo la habitación de Sdenka daba alguna sensación de vida. Un vestido estaba tirado sobre la cama. Algunas joyas, que yo le había regalado, entre las cuales reconocí una cruz de esmalte que compré en Pest, descansaban en la mesa, brillando a la luz de la luna. No pude evitar que se me encogiera el corazón por mi amor perdido. No obstante, me envolví en mi abrigo y me tendí en la cama. Me quedé dormido en seguida. No recuerdo los detalles de mi sueño pero sé que vi a Sdenka, bella e ingenua, como en otro tiempo. Viéndola me reproché mi egoísmo e inconstancia. ¿Cómo había podido, me dije, abandonar a aquella criatura que me amaba? ¿Cómo pude olvidarla? Luego su imagen se confundió con la de la duquesa de Gramont y las dos se tornaron una sola persona. Me eché a los pies de Sdenka y le pedí perdón. Todo mi ser, toda mi alma se derretía en un sentimiento de inefable melancolía y felicidad.

»Un sonido armonioso, semejante al del trigo mecido por la brisa, me despertó; me pareció oír las espigas entrechocando cadenciosamente y el canto de los pájaros mezclado con el caer argentino de una cascada y el murmullo de los árboles. Luego pensé que todos aquellos sonidos no eran más que el suave roce de un vestido femenino y aquella idea me sorprendió. Abrí los ojos y vi a Sdenka al lado de la cama. La luz de la luna era tan nítida que pude distinguir todos y cada uno de los

rasgos que tan caros me habían sido en otro tiempo. Sdenka me pareció más bella y desenvuelta. Llevaba la misma blusa bordada en oro y seda con que la vi la última vez, a solas, y también la misma falda.

»—Sdenka —exclamé, incorporándome—. ¿Es usted, Sdenka?

»—Sí, soy yo —contestó con voz triste y dulce—. Soy tu Sdenka a la que has olvidado. ¡Ah! ¿Por qué no volviste antes? Ahora todo ha terminado; es necesario que te vayas. ¡Un momento más y estás perdido! ¡Adiós, adiós para siempre!

»—Sdenka, sé cuánto has sufrido; me lo han dicho. Ven; cuéntame tus penas y eso te consolará.

»—No hagas mucho caso de lo que te cuenten de nosotros. Pero vete; cuanto antes mejor, porque si permaneces aquí será tu perdición.

»—Pero Sdenka, dime entonces cuál es el peligro que me amenaza. ¿No puedes concederme una hora, nada más que una hora, para hablar conmigo?

»Sdenka se puso a temblar; un cambio extraño se operó en toda su persona.

»—Sí —dijo—. Una hora. Como cuando yo cantaba la balada del viejo rey y tú entraste en mi habitación. ¿No es eso lo que quieres decir? ¡Bueno, sea; te concedo una hora! Pero no, no —negó, reponiéndose—. Vete, márchate de aquí, yo te lo pido; huye. ¡Huye, ahora que estás a tiempo!

»En su cara se reflejaba una gran energía.

»Yo no comprendía qué motivo pudiera haber para que se obstinara en mi partida, pero estaba tan bella que resolví quedarme a pesar de todo. Ella se sentó junto a mí, cediendo a mis instancias; me habló de los días que pasamos juntos y me confesó, enrojeciendo, que me había amado desde que me vio. Poco a poco, me fui dando cuenta del cambio que se había operado en Sdenka; su reserva de antes se había traducido en un extraño abandono; su mirada, tan tímida en otro tiempo, ahora era osada; en fin, su manera de comportarse conmigo, estaba lejos de la modestia que antes me demostrara.

»¿Será posible, me dije, que Sdenka no sea la muchacha pura e inocente que parecía ser hace dos años? ¿Fingía entonces por temor a su hermano? ¿Me había yo dejado engañar, tan cándidamente, por virtud de pacotilla? Pero si era así, ¿por qué me pedía que me fuera? ¿Sería éste, acaso, un refinamiento de coquetería? ¡Y yo que creía conocerla! Pero no importaba; si Sdenka no era precisamente Diana, podía compararla con otra deidad y ¡vive Dios!, prefiero el papel de Adonis que el de Actéon!

»Si esta frase clásica que me acabo de dirigir a mí mismo les parece pasada de moda, señoras mías, tengan la bondad de recordar que lo que tengo el honor de contarles ocurría en el año 1758. La mitología estaba entonces a la orden del día y yo no pretendo ir más de prisa que mi siglo. Las cosas han cambiado y no hace mucho tiempo que la Revolución, pretendiendo sustituir la religión cristiana por el paganismo, colocó sobre un pedestal a la diosa Razón. Dicha diosa, señoras, jamás se encontró a mi lado cuando de ustedes se trataba y, en la época de que hablo, estaba

menos dispuesto que nunca a rendirle pleitesía. Me dejé llevar del sentimiento que me atraía hacia Sdenka y continué allí. Poco a poco fue creándose entre los dos una dulce intimidad; yo me entretenía en adornar a Sdenka con las joyas que tenía sobre la mesa; cuando quise colgarle del cuello la crucecita de esmalte, Sdenka retrocedió temblando.

»—¡Basta de niñerías! —dijo—. Deja esas baratijas y hablemos de ti y tus proyectos.

»La turbación de Sdenka me hizo entrar en sospechas; mirándola con atención, noté que no llevaba colgadas del cuello, como antes, una gran cantidad de medallitas, relicarios y bolsitas con incienso, que los serbios acostumbran a llevar desde la infancia y que no se quitan hasta la muerte.

»—Sdenka —le dije—, ¿dónde están las medallas que llevabas al cuello?

»—Las perdí —contestó, haciendo un gesto de impaciencia, y cambió de conversación.

»Se apoderó de mí un vago presentimiento, apenas consciente. Quise levantarme y partir, pero Sdenka me retuvo.

»—¡Cómo! —dijo—. Me pediste una hora y ahora quieres irte, cuando apenas han pasado unos minutos.

»—Tenías razón, Sdenka, cuando querías que me fuera he oído ruidos y temo que alguien nos sorprenda.

»—¡Permanece tranquilo! Todo duerme en torno nuestro; sólo el grillo en la hierba, y el saltamontes en los aires, pueden oír lo que tengo que decirte.

»—No, no, Sdenka; debo irme…

»—Quédate, quédate —insistió Sdenka—. Te amo más que a mi alma, más que a mi salud; tú me dijiste que tu vida y tu sangre me pertenecían…

»—Pero tu hermano, Sdenka, tu hermano… tengo el presentimiento de que vendrá.

»—Cálmate, alma mía; mi hermano está adormecido por el viento que juega entre los árboles; su sueño es muy pesado y muy larga la noche, y yo sólo te pido una hora.

»Sdenka estaba tan bella que el terror inconsciente que me agitaba cedió su puesto al deseo de permanecer a su lado. A medida que iba cediendo, Sdenka se mostraba más amable; decidí quedarme, pero prometiéndome a mí mismo permanecer alerta. Sin embargo, y como ya les he dicho antes, nunca he sido sensato más que a medias y cuando Sdenka, que había notado mi reserva, me propuso que bebiéramos unos vasos de un excelente vino que le diera el ermitaño, para defendernos del frío de la noche, acepté con un entusiasmo que le hizo sonreír. El vino hizo su efecto; al segundo vaso, el miedo y la mala impresión que me dejaron los detalles de la cruz y las medallas desaparecieron por completo. Sdenka, con sus hermosos cabellos destrenzados, con sus joyas iluminadas por la luna, me pareció irresistible. No me contuve más y la estreché entre mis brazos.

»Entonces, señoras, tuvo lugar una de esas revelaciones misteriosas que no sabría

explicar, pero en las que la experiencia me obliga a creer, aunque no siempre se esté dispuesto a confesarlo.

»Al estrecharla entre mis brazos se me clavó en el pecho una punta de la cruz que me diera la duquesa de Gramont cuando salí de París. El agudo dolor que me produjo fue como un rayo de luz que me traspasara de parte a parte. Miré a Sdenka y vi que sus facciones, por bellas que fueran, tenían el aspecto de la muerte, que sus ojos no veían y su sonrisa no era más que la mueca que la agonía había dejado impresa en un cadáver. Al mismo tiempo noté en la habitación un olor nauseabundo, como de tumba mal cerrada. La espantosa verdad se alzó ante mí con toda su fealdad y al punto recordé las advertencias del ermitaño. Comprendí lo apurado de mi situación y vi claramente que todo dependía de mi valor y sangre fría. Me volví de espaldas a Sdenka para que no viera el horror pintado en mis facciones. Mi mirada cayó sobre la ventana y entonces vi al infame Gorcha, apoyado en una estaca ensangrentada, que me miraba con sus ojos de hiena. En la otra ventana estaba Jorge, que, en aquellos momentos, se parecía a su padre de un modo espantoso. Los dos parecían espiar mis movimientos y yo no dudé ni un segundo que se abalanzarían sobre mí a la menor tentativa de huida. No quise demostrar que los había visto y continué prodigando, sí, señoras; continué prodigando a Sdenka las caricias que me complacía en hacerle antes de descubrir la horrible verdad. Durante todo el tiempo estuve pensando, lleno de angustia, en el modo de escapar. Vi que Gorcha y Jorge cambiaban miradas de inteligencia con Sdenka y que empezaban a sentirse impacientes. También oí voces de mujer y gritos de niños, aunque tan bajos que hubieran podido tomarse por maullidos de gatos salvajes.

»Ha llegado el momento de huir, me dije, y cuanto antes mejor.

»Dirigiéndome a Sdenka, le dije en voz alta, para que pudieran oírla sus odiosos parientes:

»—Estoy muy cansado, niña mía; quisiera acostarme y dormir unas horas; pero antes tengo que ir a ver si mi caballo se ha comido el forraje que le dejé. No te vayas de aquí y espérame.

»Posé mis labios en los suyos, lívidos y fríos y salí. Encontré el caballo cubierto de espuma, encabritándose bajo el cobertizo. No había probado la avena y el relincho que lanzó al verme hizo que se me pusiera la carne de gallina, temiendo que me traicionara. Pero los vampiros, que habían oído mi conversación con Sdenka, no entraron en sospechas. Me aseguré de que la puerta cochera estuviera abierta y saltando sobre la silla, hundí espuelas en los costados de mi caballo.

»Al salir de la cochera tuve tiempo de ver que el tropel de gente que se había reunido en torno a la casa, la mayoría de los cuales estaban mirando a través de los cristales, era muy numeroso. Creo que mi brusca salida les dejó paralizados al principio porque durante unos minutos no distinguí, en el silencio de la noche, más que el ruido de los cascos de mi montura. Empezaba a felicitarme por mi buena suerte cuando oí a mis espaldas un ruido parecido al huracán estallando en las

montañas. Mil voces confusas, lloraban, gritaban y parecían discutir entre ellas. Luego todas callaron, como de común acuerdo y sólo oí unas pisadas atropelladas, como si una tropa de infantería se acercara a paso de marcha.

»Piqué espuelas hasta deshacer los flancos de mi caballo. Una fiebre ardiente hacía latir mis venas y mientras hacía esfuerzos inauditos para recuperar la calma, oí detrás de mí una voz que me llamaba:

»—¡Párate, párate! ¡Te amo más que a mi alma; te amo más que a mi salud! ¡Párate, tu sangre me pertenece!

»Al mismo tiempo un hálito helado rozó mi oreja; Sdenka había saltado a la grupa.

»—¡Corazón mío, mi vida! —me decía—. No veo más que a ti, no oigo más que a ti; ya no soy dueña de mí misma, una fuerza superior me empuja. ¡Perdóname, amor mío, perdóname!

»Así diciendo, me estrechó entre sus brazos y trató de hacerme volver, para morderme en la garganta. Nos enzarzamos en una lucha terrible. Al principio me resistí a emplear la violencia con Sdenka, pero por fin la cogí por la cintura con una mano y por las trenzas con la otra e irguiéndome sobre los estribos, la tiré al suelo.

»En el acto me abandonaron las fuerzas y el delirio se apoderó de mí. Miles de imágenes locas y terribles me perseguían, haciéndome muecas. Primero Jorge y Pedro flanquearon el camino y trataron de cerrarme el paso; no lo consiguieron y ya empezaba a sentirme a salvo cuando, al volver la vista, vi que el viejo Gorcha se servía de la estaca como de una pértiga, como hacen los montañeros tiroleses para saltar abismos. También Gorcha quedó atrás y entonces su nuera, que tenía a los niños a su lado, le tiró uno, que él recogió con la punta de la estaca y usándola ahora como una catapulta, lanzó el niño hacia mí, con todas sus fuerzas. Esquivé el golpe mas, con un verdadero instinto de perro de presa, el niño se agarró al cuello del caballo y tuve que usar de todas mis fuerzas para arrancarle de allí. Gorcha lanzó el segundo niño, pero fue a parar más allá del caballo y se estrelló contra el suelo. No sé qué más pasó; cuando volví en mí era ya pleno día y me encontré tirado en el camino, al lado de mi caballo, moribundo.

»Así terminó, señoras mías, una aventura amorosa, que hubiera debido servirme para evitar, en lo sucesivo, meterme en otras nuevas. Algunas contemporáneas de sus abuelas podrán decirles que no fui lo suficientemente sensato como para eso.

»Como quiera que sea, todavía tiemblo al pensar que si llego a sucumbir a mis enemigos, yo a mi vez sería un vampiro; pero el cielo no permitió que las cosas llegaran a ese punto, y lejos de tener sed de su sangre, señoras, deseo más bien, a pesar de lo viejo que soy, derramar la mía en su servicio.»

LA NOCHE

Guy de Maupassant

Yo amo a la noche con pasión. La amo como se ama a la patria o a una mujer: con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos: con mis ojos, que la ven; con mi olfato, que la percibe; con mis oídos, que escuchan su silencio; con toda mi carne, que las tinieblas acarician Los pájaros cantan bajo el sol, bajo el aire azul, bajo el aire ligero, bajo el aire cálido de las madrugadas claras. El búho huye en la noche, negra mancha que cruza el espacio negro y, alegre, ebrio de negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me cansa y me enoja. Es brutal y ruidoso. Me levanto con pena, me visto con lasitud y salgo a la calle con sentimiento. Cada paso, cada palabra, todos los gestos, cualquier pensamiento, me fatigan como si transportase una pesada carga.

Pero cuando el sol se pone me invade una alegría confusa, una alegría en todo mi cuerpo. Entonces me despierto, me animo y, a medida que la oscuridad crece, me voy sintiendo otro, más joven, más fuerte, más alerta, más feliz. Contemplo cómo se extiende la dulce oscuridad venida del cielo, cómo va invadiendo la ciudad cual ola inaprehensible e impenetrable. La oscuridad oculta, borra, destruye los colores y las formas y envuelve las casas, los seres y los monumentos en su imperceptible abrazo.

Entonces siento la necesidad de gritar de placer, como los mochuelos, y de correr sobre los tejados, como los gatos. Y un impetuoso, un invencible deseo de amar se apodera de mí, arde en mis venas.

Ando, me paseo, a veces por las avenidas sombrías, otras por los bosques vecinos a París, donde escucho los leves andares de mis hermanas las alimañas y mis hermanos los cazadores furtivos.

Aquello que amamos con violencia acaba siempre por destruirnos. Pero ¿cómo explicar lo que me ocurre? ¿Cómo contarlo para hacerme comprender? No lo sé, no sé nada; sólo sé que es así. Helo aquí:

Ayer —¿fue ayer?—. Sí, sin duda; a no ser que fuera antes, otro día, otro mes, otro año… no lo sé. Debió ser ayer, sin embargo, puesto que no ha amanecido, puesto que el sol no ha vuelto a salir. Pero ¿cuánto tiempo lleva durando esta noche? ¿Cuánto?… ¿Quién puede decirlo? ¿Quién llegará a saberlo jamás?

Ayer, pues, salí, como todas las noches, después de cenar. El tiempo era magnífico, dulce, cálido. Mientras descendía hacia los bulevares, contemplaba sobre mi cabeza el río negro y pletórico de estrellas, dibujado contra el cielo por los tejados de la calle, que torcía y hacía ondular, como un verdadero río, el mundo siempre cambiante de los astros.

Todo brillaba bajo el aire suave, desde los planetas hasta los faroles de gas. Tanto fuego había en las alturas y en la ciudad que las tinieblas parecían luminosas. Las noches rutilantes son más alegres que los grandes días de sol.

Los cafés del bulevar resplandecían; la gente reía, se pascaba, bebía. Entré en un

teatro, ¿en cuál? No lo sé. Estaba tan iluminado que me entristeció y volví a salir con el corazón ensombrecido por el choque brutal de la luz, por el centelleo de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por toda la melancolía de aquella claridad falsa y cruda.

Fui a los Campos Elíseos, donde los cafés-concierto parecían focos de incendios entre el follaje. Los castaños, aureolados de luz amarilla, parecían fosforescentes. Los globos eléctricos, semejantes a lunas brillantes y pálidas, a huevos de luna, caídos del cielo, a monstruosas perlas vivientes, hacían palidecer bajo su claridad nacarina, misteriosa y regia, los hilillos del gas, del gas sucio y vil, y las guirnaldas de cristales de colores.

Me paré bajo el Arco de Triunfo para contemplar la avenida, la larga avenida estrellada, dirigiéndose hacia París entre dos líneas de fuego, bajo los astros. Los astros allá en la altura, los astros desconocidos, abandonados al azar en la inmensidad, donde dibujan esas figuras extrañas que nos hacen soñar, que nos obligan a reflexionar.

Entré en el bosque de Boulogne y permanecí allí largo, largo tiempo. Sentí un extraño estremecimiento, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación tal del pensamiento que se aproximaba a la locura.

Anduve durante mucho, mucho rato. Después volví.

¿Qué hora sería cuando pasó de nuevo bajo el Arco de Triunfo? No lo sé. La ciudad dormitaba y las nubes, unas nubes grandes y negras, se extendían lentamente por el cielo.

Por primera vez comprendí que iba a ocurrir algo inusitado, distinto. Me pareció que hacía frío, que el aire se tornaba más denso, que la noche, mi amada noche, pesaba sobre mi corazón. La avenida estaba desierta, sólo dos gendarmes se paseaban cerca de la parada de los coches de punto y una larga fila de carros de verduras se dirigía al Mercado Central por la calzada apenas iluminada por los mortecinos faroles de gas. Avanzaban lentamente, cargados de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles; los caballos avanzaban paso a paso, siguiendo al carro anterior, sin hacer ruido en el pavimento. Al pasar bajo las luces de la acera, las zanahorias se iluminaban en rojo, los nabos en blanco y las coles en verde; uno detrás de otro avanzaban los carros, rojos de un rojo de fuego, blancos de un blanco de plata, verdes de verde esmeralda. Los seguí un rato y luego volví por la calle Real y llegué a los bulevares. Ni un café iluminado, ni una alma, sólo unos pocos rezagados que se apresuraban. Jamás había visto París tan muerto, tan desierto. Miré mi reloj: eran las dos.

Sentí la necesidad imperiosa de andar. Llegué hasta la Bastilla, allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan sombría, ya que apenas podía distinguir la columna de Juillet, cuyo Genio de oro desaparecía en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, tan espesa como la inmensidad, velaba las estrellas y parecía irse a abatir sobre la tierra para aniquilarla.

Volví sobre mis pasos, no había nadie en torno mío. En la plaza del Chateau-d'Eau, sin embargo, un borracho tropezó conmigo y luego desapareció; durante un rato oí sus pasos, desiguales y sonoros. A la altura de la avenida Montmartre un coche de punto me pasó de largo. Le llamé, pero el cochero no respondió. Una mujer andaba sin rumbo fijo, cerca de la calle Drouot: «Escúcheme, señor» apresuré el paso para evitar su mano tendida. Luego, nada más. Delante de la Zarzuela, un trapero escarbaba en el arroyo, su linterna se balanceaba a ras del suelo; le pregunté:

—¿Qué hora es?

—¡Y yo qué sé! —contestó—. No tengo reloj.

De pronto me di cuenta de que los faroles estaban apagados. Sé que en esta época del año los apagan de madrugada, antes de que amanezca, por economía; pero el día estaba todavía, ¡tan lejos!

«Vamos al Mercado, me dije, allí por lo menos encontraré algo de vida».

Me puse en camino, pero no veía ni lo suficiente para poderme orientar. Anduve con lentitud, como se hace en un bosque, reconociendo las calles y contándolas, una a una.

Delante del Crédito Lionés ladró un perro. Torcí por la calle de Gramont y me perdí; anduve errante y por fin reconocí la Bolsa por las cadenas de hierro que la rodean. París entero dormía con un sueño profundo, espantable. A lo lejos, no obstante, se veía un coche de punto, un solo coche de punto, tal vez el mismo que me adelantara antes. Traté de llegar hasta él dirigiéndome hacia donde sonaban sus ruedas, a través de las calles solitarias y negras, negras como la muerte.

Volví a perderme. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar el gas tan pronto! Ni un paseante, ni un vagabundo, ni un rezagado, ni siquiera el mullido de un gato amoroso. Nada.

¿Dónde estaban los gendarmes? Me dije: «Si grito, vendrán». Grité, pero nadie respondió.

Grité más fuerte. Mi voz voló en el aire, sin eco, débil, ahogada, rota por la noche, por aquella noche impenetrable.

Gemí: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!»

Mi llamada desesperada quedó sin respuesta. ¿Qué hora sería? Saqué mi reloj pero no tenía cerillas. Escuché el suave tic-tac con una alegría incontenible. Mi reloj estaba vivo, ya no me sentía tan solo. ¡Qué misterio!

Seguí andando, como un ciego, tanteando las paredes con mi bastón, los ojos vueltos hacia el cielo, esperando la llegada del día; pero el espacio estaba negro completamente, aún más negro que la ciudad.

¿Qué hora debía ser? Me pareció que llevaba andando un tiempo infinito, porque mis piernas flaqueaban, mi pecho jadeaba y sentí una hambre atroz.

Me decidí a llamar a la primera puerta. Apreté el botón de cobre y el timbre sonó en el interior, vibrante, pero su sonido fue extraño, como si su vibración fuese el único habitante de la casa.

Esperé, pero nadie respondió ni se abrió la puerta. Llamé de nuevo, volví a esperar. Nada.

¡Sentí miedo! Corrí a la casa siguiente y llamé veinte veces seguidas al timbre del pasillo oscuro donde debía dormir el portero; pero no se despertó. Fui más allá, llamé con todas mis fuerzas, pegando con los pies, con el bastón, con las manos, en las puertas obstinadamente cerradas.

Y de pronto me di cuenta de que había llegado al Mercado Central. El Mercado estaba desierto, sin ruido, sin movimiento, sin un coche; ni una persona, ni un solo cesto de verduras o de flores.

¡Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto!

El espanto se apoderó de mí. Aquello era horrible. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ocurría?

Huí. Pero ¿y la hora? ¿La hora? ¿Quién podría decirme la hora? Los relojes de los monumentos y los campanarios permanecían mudos. Me dije: «Abriré el cristal de mi reloj para tantear la aguja». Saqué el reloj… ya no latía… se había parado. No había nada, nada. No quedaba ni un solo estremecimiento en toda la ciudad, ni un destello, ni un soplo de viento en el aire. ¡Nada! ¡Nada en absoluto!, ni siquiera el rodar lejano del coche de punto…, ¡nada!

Me hallaba en los muelles. Del río subía un frío glacial.

¿El Sena seguía aún corriendo?

Quise saberlo, bajé la escalera… no se oía el ruido gorgoteante de la corriente, bajo los arcos del puente… Aún quedaban dos escalones… después la arena… el cieno… después el agua… metí el brazo… el agua corría… corría… fría… fría… fría… casi helada… casi aterida… casi muerta…

Comprendí que nunca jamás tendría fuerza de volver a subir… y que iba a morir allí… yo también. De hambre, de cansancio, de frío.

LA VENTANA DE LA BIBLIOTECA

Mrs. Oliphant

I

Al principio, no me di cuenta de las numerosas discusiones que había provocado aquella ventana. Estaba situada casi en frente de las ventanas del gran salón, amueblado a la antigua, de la casa en la cual yo estaba pasando el verano. Nuestra casa y la biblioteca se hallaban en las aceras opuestas de la calle principal de St. Rule, una calle muy hermosa, espaciosa y ancha, y muy tranquila, mucho más para una persona acostumbrada a vivir en lugares ruidosos; pero en un atardecer de verano hay muchas idas y venidas, y la misma quietud está llena de sonidos: el sonido de pisadas y voces agradables, suavizadas por el aire veraniego. Hay momentos, incluso, en que la calle es de lo más ruidosa: en la época de la Feria y en algunas noches de los sábados, cuando sale algún tren cargado de excursionistas. Entonces, ni siquiera la brisa veraniega del atardecer consigue suavizar las voces chillonas y los pasos decididos; pero en tales momentos cerramos las ventanas e incluso yo, tan amiga de refugiarme en el salón para escapar a lo que ocurre en el interior de la casa y para contemplar la silenciosa calle, voy a encerrarme en mi torre de observación. A decir verdad, en el interior de la casa apenas ocurre nada. La casa es propiedad de mi tía a la cual no le ocurre nunca —ella dice afortunadamente— nada. Creo que en sus buenos tiempos le ocurrieron muchas cosas; pero en la época de la que estoy hablando, mi tía era una mujer anciana y llevaba una vida muy tranquila. Una vida presidida por una inamovible rutina. Se levantaba todos los días a la misma hora; y hacía las mismas cosas minuto a minuto. Siempre lo mismo. Ella dice que esta rutina es su mejor apoyo en el mundo y una especie de salvación. Tal vez sea cierto; pero es una salvación muy aburrida, y yo hubiese preferido que ocurriese algo, fuera lo que fuese, que rompiera aquella monotonía. Claro que entonces yo era una chica joven, y eso lo explica todo.

En la época a que me refiero, me gustaba mucho instalarme junto a la ventana del salón a que he aludido anteriormente. Aunque mi tía era una dama anciana —y tal vez debido a que era tan anciana—, se mostraba muy tolerante y creo que sentía una especie de afecto hacia mí. Nunca decía una palabra, pero con frecuencia me dirigía una sonrisa cuando me veía instalada allí, con mis libros y mí cesta de labor. Yo trabajaba muy poco, desde luego: unas puntadas de cuando en cuando, como acompañamiento a alguno de mis ensueños, más fáciles de seguir con la ayuda de la aguja que con la lectura de un libro. Otras veces, si el libro era interesante, me embebía en la lectura, sin prestar atención a nadie. Y, sin embargo, prestaba una especie de atención. Las amigas de mi tía Mary venían a visitarla, y yo las oía hablar, aunque muy pocas veces escuchaba su conversación; pero, a pesar de todo, si se les ocurría decir algo interesante, resulta curioso cómo lo recordaba yo más tarde, como si el aire me trajese el sonido de las palabras que se habían pronunciado. Las ancianas llegaban a la casa y se marchaban, y de cuando en cuando tenía que estrechar la mano de alguna de ellas, que me preguntaba por mis padres. A continuación, tía Mary me

dirigía una sonrisa y yo volvía a instalarme junto a la ventana. A ella no parecía importarle mi presencia. Mi madre no me lo hubiera permitido, desde luego. Hubiese recordado docenas de cosas por hacer. Me hubiera mandado al piso superior en busca de algo que no necesitaba, o a la planta baja para hacer algún encargo innecesario al ama de llaves. A mi madre no le gustaba que me estuviera quieta en un sitio. Quizás por esto me sentía tan a gusto en el saloncito de la casa de tía Mary, junto a la ventana, con sus visillos que la cubrían a inedias, enterándome de tantas cosas sin ser tachada de indiscreta.

Desde que aprendí a hablar, todo el mundo había dicho que yo era fantasiosa y soñadora, y todos los demás adjetivos que se aplican a las muchachas aficionadas a la poesía y a pensar. La gente ignora el significado del vocablo «fantasiosa» que tan alegremente aplican a alguien. Mi madre opinaba que yo debía estar siempre ocupada, para alejar los «pajaritos» de mi cabeza. Pero, en realidad, mi cabeza no estaba llena de pajaritos, como vulgarmente se dice. Era una muchacha seria. No molestaba a nadie si me dejaban a solas conmigo misma. Lo único que ocurría es que poseía una especie de sexto sentido y me daba cuenta de cosas a las que no prestaba atención. Incluso cuando leía el más interesante de los libros, captaba las palabras que se pronunciaban a mi alrededor; y oía lo que la gente hablaba en la calle al pasar por debajo de la ventana. Tía Mary decía siempre que yo podía hacer dos e incluso tres cosas a la vez: leer, escuchar y ver. Estoy convencida de que no escucho demasiado, y en cuanto a mirar, miraba muy poco; pero no podía evitar el oír las cosas que oía, incluso cuando estaba leyendo, ni el ver toda clase de cosas, aunque a menudo pasaba media hora sin alzar los ojos de mi libro.

Esto no concuerda con lo que dije al principio: que se produjeron muchas discusiones acerca de aquella ventana antes de que yo llegase a enterarme. Era, y es todavía, la última ventana de la fila de la biblioteca escolar que se encuentra en frente de la casa de mi tía, en la calle Mayor. Aunque no está exactamente enfrente, sino un poco hacia el oeste, de modo que puedo verla mucho mejor desde la parte izquierda de mi refugio. Para mi había sido una ventana como cualquier otra hasta que oí hablar de ella en el saloncito de mi tía.

—¿No se ha preguntado nunca, Mrs. Balcarres —decía el viejo Mr. Pitmilly—, si aquella ventana de enfrente es verdaderamente una ventana?

—A decir verdad, nunca he estado segura de ello en todos estos años —respondió tía Mary.

—¿A qué ventana se refieren? —intervino una de las damas de la reunión.

Mr. Pitmilly tenía un modo de reír mientras hablaba que no me hacía ninguna gracia; aunque, la verdad sea dicha, él no se esforzaba por resultarme agradable.

—¡Oh! La ventana de enfrente —dijo Mr. Pitmilly, con su risa peculiar deslizándose entre las palabras—. Nuestra amiga no se ha fijado nunca detenidamente en ella, a pesar de vivir aquí desde…

—No necesita usted recordar la fecha —intervino otra de las damas—. Es la

ventana de la biblioteca. ¿Qué otra cosa podría ser sino una ventana, querida? A la altura en que está, no puede ser una puerta.

—Lo que me pregunto —dijo mi tía— es si se trata de una ventana de verdad, con cristal, o si está simplemente pintada, o si en otra época fue una ventana y ha sido tapiada. Cuanto más la miro, menos acierto a saberlo.

—Déjenme verla —dijo la anciana lady Carnbee—. A mí me parece que su aspecto es como el de cualquier otra ventana; aunque yo diría que no la han limpiado hace años.

—Desde luego —dijo otra de las damas—. Tiene un aspecto de cosa muerta, sin brillo; pero yo la he visto siempre igual.

—No me extraña —intervino otra contertulia—. Con las sirvientas que corren hoy en día…

—No puede hablarse tan mal de las actuales sirvientas —dijo la voz más suave de todas, que pertenecía a mi tía Mary—. Son peores los criados. Y, de todos modos, nunca he permitido que mis sirvientas arriesgaran sus vidas limpiando la parte exterior de las ventanas. Además, en la biblioteca no hay ninguna sirvienta.

Se apretujaron todas en mi ventana, empujándome, una hilera de viejos rostros contemplaron algo que no podían comprender. Ninguna de ellas me miró ni pensó en mí; pero yo noté de un modo inconsciente el contraste entre mi juventud y su vejez, y las miré mientras ellas miraban por encima de mi cabeza la ventana de la biblioteca, a la que yo no prestaba ninguna atención. Estaba más interesada en las viejas damas que en lo que estaban mirando.

—El marco, por lo menos, es completamente normal y está pintado de negro…

—Y los entrepaños también están pintados de negro. No es una ventana, Mrs. Balcarres.

—La biblioteca es muy oscura. Si eso fuera una ventana, habría mucha más claridad en el interior.

—Una cosa es evidente —dijo una de las damas más jóvenes—. No se trata de una ventana a través de la cual pueda verse algo. Tal vez ha sido tapiada, pero lo cierto es que por ella no pasa luz.

—¿Quién oyó hablar nunca de una ventana a través de la cual no pudiera verse nada? —dijo lady Carnbee.

Yo estaba fascinada por la expresión de su rostro, una expresión burlona, como la de alguien que sabe mucho más de lo que está dispuesto a decir. Luego, mi fantasía se sintió atraída por su mano, que lady Carnbee agitaba en aquel momento ante mis ojos, surgiendo de un puño de encaje. Los encajes de lady Carnbee eran lo más notable en ella: encajes españoles, negros, con dibujos de flores. Todas las prendas que llevaba estaban adornadas con encaje. Un largo velo de encaje colgaba de su viejo sombrero. Pero su mano, surgiendo de aquella masa de encaje, era algo digno de verse. Tenía unos dedos muy largos, afilados, que en su juventud habrían sido muy admirados; y su mano era muy blanca, más que blanca: pálida, exangüe, con grandes

venas azules en el dorso; llevaba varios anillos de mucho precio, entre los que destacaba un gran diamante engastado en una horrible armazón en forma de garra. Los anillos le estaban demasiado grandes y había enrollado en ellos hilo de seda amarilla para que no cayesen de los dedos: y este diminuto almohadón de seda, sucio por el uso, era ahora más visible que las propias joyas, a excepción del gran diamante, que lucía peligrosamente. Aquella mano, con sus extraños adornos de encaje, me produjo una horrible impresión; me pareció un ser viviente y terrorífico, cuyo único ojo lanzara maléficos destellos.

De pronto, el círculo de viejos rostros se rompió, las viejas damas regresaron a sus asientos y Mr. Pitmilly, pequeño pero muy erguido, permaneció en pie en medio de ellas, hablando en tono suavemente autoritario, como un diminuto oráculo. La única que lo contradecía era lady Carabee. Al hablar, gesticulaba como una francesa, agitando vigorosamente aquella mano que tanto me había impresionado, con su adorno de encaje. Pensé que lady Carabee parecía una bruja en medio del grupo de pacíficas damas que prestaban tanta atención a todo lo que decía Mr. Pitmilly.

—En mi opinión, no existe ninguna ventana —decía él—. Es lo que en lenguaje científico se llama una ilusión óptica. Generalmente, el motivo radica —si me es permitido utilizar la palabra en presencia de unas damas— en el hígado, que no se encuentra en las debidas condiciones de regularidad y equilibrio; en tal caso, se pueden ver cosas raras. Recuerdo que en cierta ocasión fue un perro azul, y en otra…

—Tonterías —le interrumpió desdeñosamente lady Carabee—. Hasta donde alcanza mi recuerdo, tengo una idea clara de las ventanas de la biblioteca escolar. ¿Acaso la biblioteca escolar es también una ilusión óptica?

—¡No, no! —dijeron a coro las ancianas.

Y una de ellas añadió:

—Un perro azul es una extravagancia, pero la biblioteca ha estado siempre ahí.

—Recuerdo cuando se celebró en ella la Asamblea, antes de que fuera edificada la Town Hall —dijo otra.

—Es curioso —dijo tía Mary. Me extrañó que hablara en voz baja, como si lo hiciera consigo misma—. La existencia de esa ventana siempre ha provocado discusiones en mi casa. En cuanto a mí, personalmente, a veces creo que no es más que un adorno, como en las grandes casas que edifican ahora en Edimburgo, en las cuales las ventanas no son más que elementos decorativos. Pero en otras ocasiones estoy convencida de que veré brillar el sol en sus cristales por la tarde…

—No le costaría mucho convencerse, Mrs. Balcarres, si fuera usted a…

—Denle un penique a un chiquillo para que tire una piedra contra ella y verán lo que ocurre —dijo lady Carnbee.

—Bueno, no estoy segura de que desee averiguarlo —dijo tía Mary.

A continuación se produjo el habitual revuelo que precedía a la marcha de los visitantes. Tuve que abandonar mi refugio, abrir la puerta y contemplarlos mientras bajaban las escaleras en fila india. Mr. Pitmilly daba su brazo a lady Carnbee, a pesar

de que siempre lo estaba contradiciendo. Tía Mary se quedó en lo alto de la escalera, despidiendo graciosamente a sus huéspedes, mientras yo bajaba para asegurarme de que la doncella estaba en el vestíbulo. Cuando volví, tía Mary estaba junto a mi ventana, mirando hacia fuera. Ocupé mi asiento habitual y tía Mary me dijo, con expresión que me pareció bastante pensativa:

—Bien, querida: ¿cuál es tu opinión?

—No puedo opinar nada. Me pasé todo el tiempo leyendo un libro —respondí.

—Me di cuenta, y no fue muy cortés por tu parte, querida; pero, de todos modos, estoy convencida de que no te perdiste una sola palabra de las que se pronunciaron.

II

Era una noche de junio; hacía rato que habíamos cenado, y si hubiese sido invierno las sirvientas habrían cerrado ya puertas y ventanas y mi tía Mary se dispondría a encerrarse en su habitación. Pero era aún de día, a pesar de que el sol se había puesto y no quedaba en el cielo ningún reflejo rosado ni color naranja. La claridad tenía un tono neutro, es decir, ese tono crepuscular que adquiere el día cuando ha dejado de ser propiamente día. Después de cenar habíamos dado un paseo por el jardín y ahora estábamos de vuelta a lo que llamábamos nuestras habituales ocupaciones. Mi tía leía. Por las mañanas le gustaba leer el *Scotsman,* por las noches el *Times.*

En lo que a mí se refiere, también me dedicaba a mi habitual ocupación, que en aquella época consistía en no hacer nada. Tenía un libro entre las manos, como de costumbre, y estaba absorta en él; pero me daba cuenta de todo lo que ocurría a mi alrededor. La gente pasaba por debajo de la ventana, hablando en voz alta, y sus comentarios provocaban a veces mi risa. Hablaban con un acento cantarín, completamente nuevo para mí, que resultaba muy agradable porque mi mente lo asociaba con la idea de las vacaciones; y a veces decían cosas divertidas, y otras decían cosas que sugerían toda una historia; pero pronto los pasos se alejaban y las voces morían en la distancia. A lo largo del atardecer, compuesto de interminables horas, que a pesar de su extensión no resultaban aburridas, miraba de cuando en cuando hacia la ventana misteriosa que había sido objeto de la conversación entre mi tía y sus amigas, pensando lo absurda que había sido aquella discusión, aunque no me hubiera atrevido a decírselo a nadie, ni siquiera a mí misma. Miraba hacia la ventana sin ninguna idea concreta, dejando vagar el pensamiento. Se me ocurrió, con una leve sensación de descubrimiento, que parecía estúpido que alguien pudiera decir que aquello no era una ventana, una ventana como todas las demás, una ventana a través de la cual pudiera verse. ¿Cómo no se habían dado cuenta hasta entonces aquellos vejestorios? Repentinamente, descubrí un espacio visible detrás de la ventana —una

habitación, indudablemente—, oscuro, casi indistinguible, como era lógico en una habitación situada al otro lado de la calle. Sin embargo, era tan evidente que se trataba de una habitación, que no me hubiera sorprendido lo más mínimo ver que alguien se acercaba a la ventana. De lo que no cabía duda era de que detrás de los entrepaños que habían provocado la discusión de las viejas damas había una sensación de espacio. Me parecía mentira que no se hubieran dado cuenta. En aquel momento era un espacio grisáceo, sumido en la penumbra, como toda habitación que se contempla desde el otro lado de la calle. Pero no existía duda posible. No habían cortinas que indicaran si estaba habitada o no; pero era una habitación, estaba absolutamente segura. Me sentí muy complacida conmigo misma, pero no dije nada: tía Mary seguía leyendo su periódico y yo esperé un momento favorable para anunciarle un descubrimiento que solucionaría definitivamente el problema de aquella ventana. Luego me dejé arrastrar de nuevo por la corriente de mis ensueños y me olvidé por completo del asunto, hasta que llegó a mis oídos una voz que parecía proceder del otro mundo:

—Me voy a acostar… Pronto será de noche. Empieza a oscurecer.

¡Oscurecer! ¿A quién podía ocurrírsele semejante tontería? Nunca oscurece si uno sabe mirar a través del suave aire veraniego por espacio de horas enteras; y mis ojos, habituados a mirar de ese modo, se posaron de nuevo en la ventana del otro lado de la calle.

¡Oh, ahora! Nadie se había acercado a la ventana; no había sido encendida ninguna luz, pero la habitación situada detrás de la ventana se había ensanchado. Pude distinguir el espacio gris, un poco más amplio, y una especie de visión, muy difuminada, de una pared y de algo apoyado contra ella; algo oscuro, con la negrura de un objeto sólido, claramente distinguible en la penumbra que lo rodeaba. Agucé la vista y adquirí la seguridad de que se trataba de un mueble, una mesa escritorio o quizás un gran armario para libros. Seguramente se trataba de esto último, dado que el edificio era una biblioteca. Nunca había visitado la biblioteca escolar, pero había visto otros lugares parecidos y no me resultaba difícil imaginármela. Me pareció sumamente raro que las amigas de mi tía, después de tanto tiempo, no hubieran sido capaces de ver lo que yo acababa de descubrir.

Continué sin hablar, y mis ojos, supongo, habíanse agrandado en su esfuerzo por penetrar la oscuridad de la misteriosa habitación. De repente, tía Mary. dijo:

—¿Quieres hacer sonar la campanilla, preciosa? Necesito mi lámpara.

—¿Su lámpara, cuando aún es de día? —inquirí, extrañada.

Pero en aquel momento eché otra ojeada a mi ventana y comprobé con un sobresalto que la luz había cambiado: no podía ver absolutamente nada. Había aún algo de claridad, pero una claridad tan distinta, que la habitación, con el espacio gris y la amplia librería habían desaparecido y no me fue posible verlos de nuevo: incluso una noche escocesa de junio acaba por hacerse oscura, aunque el atardecer parezca prolongarse indefinidamente. Había estado a punto de gritar al oír las palabras de mi

tía Mary, pero procuré dominarme y obedecí su orden, haciendo sonar la campanilla para avisar a la sirvienta. Decidí no decirle nada hasta la mañana siguiente, cuando las cosas, como es lógico, se verían mucho más claras.

A la mañana siguiente me olvidé de todo esto. O estuve muy ocupada, o muy ociosa, dos cosas que para mí venían a significar lo mismo. En todo caso, no pensé más en la ventana, aunque me senté en el lugar de costumbre, entretenida en alguna otra fantasía. Por la tarde, como siempre, llegaron los visitantes de tía Mary; pero su conversación no me recordó para nada el tema de la misteriosa ventana, y durante un par de días no ocurrió nada que llevara a mis pensamientos por aquel cauce. Pasó casi una semana antes de que el tema volviera a plantearse, y de nuevo fue lady Carnbee la que me hizo pensar en él; y no porque hubiera dicho nada concreto sobre el asunto. Pero fue la última de las visitantes en marcharse aquella tarde, y cuando se levantó para irse agitó las manos, con aquellos gestos vivaces peculiares en muchas damas escocesas.

—¡Vaya! —exclamó—. Allí tenemos a la niña, tan inmóvil como un poste. ¿Acaso está embrujada, Mary Balcarres? ¿Está condenada a permanecer sentada ahí, de día y de noche, durante toda su vida?

De momento, no caí en la cuenta de que estaba refiriéndose a mí. La miraba a ella, precisamente, que era como una figurilla de un cuadro, con su pálido rostro de color ceniza y sus encajes españoles, y sus manos alargadas, con el enorme diamante brillando siniestramente. Por cierto que ahora lo llevaba al revés, y la piedra lucía en la parte interior de su mano. El efecto era sorprendente. Me quedé mirándola medio aterrorizada, medio furiosa. Entonces, la anciana se echó a reír y su mano recobró la posición normal.

—Acabo de despertarte a la vida y de romper el maleficio que pesaba sobre ti —me dijo, en tono festivo. Y a continuación me tomó del brazo para bajar las escaleras, apoyándose pesadamente en mí y sin dejar de reír—. A tu edad, las muchachas deben ser fuertes como una roca. Yo era como un arbolillo, ¿sabes? En mis buenos tiempos, fui un apoyo para la virtud, como Pamela.

Cuando volví junto a la tía Mary, le dije:

—¡Tía, lady Carnbee es una bruja!

—¿Qué es lo que te hace pensarlo, preciosa? Bueno, tal vez lo haya sido en otros tiempos —dijo tía Mary, a la que nada conseguía desconcertar ni sorprender.

Fue aquella noche, después de cenar, cuando volví a fijarme en la ventana de la biblioteca. La había visto durante todo el día… sin observar nada anormal; pero en aquel momento, agitada aún por la escena de lady Carnbee con su maldito diamante y sus extravagantes adornos de encaje, miré a través de la calle y vi la habitación existente detrás de la ventana de la biblioteca, mucho más claramente de lo que la había visto la vez anterior. Pude observar que se trataba de una habitación espaciosa y que el mueble colocado contra la pared no era una librería, sino una mesa escritorio. Cuando mis ojos se posaron sobre ella, no me quedó ninguna duda: un gran escritorio

de modelo antiguo, lleno de cajones, muy parecido al que tenía mi padre en su biblioteca. Quedé tan sorprendida al notar la semejanza, que cerré los ojos preguntándome cómo era posible que el escritorio de mi padre hubiese ido a parar allí. Pero cuando me recordé a mí misma que aquello era una tontería, y que existían muchísimas mesas escritorio parecidas a la de papá, abrí de nuevo los ojos, miré hacia la habitación, y… ¡No pude ver más que la negra ventana, que tan intrigadas tenía a las amigas de mi tía, las cuales no dejaban de preguntarse si era una ventana tapiada o si había sido una verdadera ventana en alguna ocasión.

A pesar de lo intrigada que me quedé, no hablé de ello a tía Mary. Por alguna razón, no conseguía ver nada a primeras horas del día. Hasta cierto punto, me pareció natural: en pleno día no puede verse en un lugar situado en el exterior si se trata de una habitación vacía, o un espejo, o una ventana tapiada. Supongo que el hecho tiene algo que ver con la luz. La hora más apropiada para ver es la de un atardecer de junio escocés, ya que entonces la luz del día no es propiamente del día, y existe en ella algo que no puedo describir, algo que hace que todos los objetos sean como un reflejo de sí mismos.

A medida que pasaba el tiempo, podía ver más claramente la habitación. La gran mesa escritorio ocupaba un lugar más y más definido en aquel espacio gris: a veces había encima de él unos objetos blancos, brillantes, que parecían papeles: y en un par de ocasiones estuve segura de ver una pila de libros en el suelo, muy cerca de la mesa escritorio. Los libros me parecieron muy viejos. Esto ocurría siempre a la hora en que los chiquillos se decían unos a otros, en la calle, que iban a regresar a sus casas; a la hora en que una voz estridente llamaba desde una de las puertas gritando a alguien «que avisara a su chico para que acudiera a cenar». Esta era siempre la hora en que yo veía mejor, aunque era el momento en que el velo de la oscuridad estaba a punto de caer sobre todas las cosas, y la luz diurna empezaba a agonizar, y todos los sonidos de la calle se apagaban, y tía Mary me decía con su voz suave:

—¡Preciosa! ¿Quieres llamar para que me enciendan la lámpara?

Mi tía me llamaba «preciosa» al igual que otras personas dicen «querida». Y yo creo que es una palabra mucho más bonita.

Un atardecer, cuando estaba sentada en el lugar de costumbre con un libro entre las manos, mirando hacia el otro lado de la calle, sin ser distraída por nada, observé un leve movimiento en el interior de la habitación. No fue nada visible, pero todo el mundo sabe lo que significa ver una leve agitación en el aire, una especie de ondulación, como la de las aguas de un lago: uno no puede decir lo que hay allí, pero sabe que hay algo, aunque no pueda verlo ni precisar su naturaleza. Tal vez sea una sombra posándose en un lugar tranquilo. Uno puede mirar durante horas enteras una habitación vacía y de repente darse cuenta de que se ha producido un aleteo, y sin ver a nadie puede saber que alguien acaba de entrar en la habitación. Puede tratarse solamente de un perro o de un gato; puede ser un pájaro que ha cruzado volando; pero en todo caso es alguien, alguien vivo, muy distinto, completamente distinto de

las cosas desprovistas de vida. La impresión que me causó el hecho me hizo proferir un pequeño grito. Tía Mary carraspeó, apartó el abultado periódico que casi la tapaba por completo y me preguntó:

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—Nada —respondí rápidamente, temiendo que la intervención de mi tía me impidiera seguir mirando, en el preciso instante en que alguien acababa de entrar en la habitación misteriosa. Pero supongo que ella no quedó satisfecha con mi breve respuesta, ya que se levantó y se acercó al lugar donde yo estaba, mirando a través de la ventana para ver lo que me había llamado la atención. Apoyó una de sus manos en mi hombro, y aunque su movimiento fue suave y cariñoso, yo hubiera botado de rabia: todas las cosas habían vuelto a quedar inmóviles, la habitación no fue más que una mancha gris y no conseguí ver nada.

—Nada —repetí, pero me sentía tan defraudada que no me hubiese costado ningún trabajo echarme a llorar—. Ya te dije que no era nada, tía Mary. No me has creído, has querido convencerte por tus propios ojos… ¡y lo has echado todo a rodar!

Desde luego, no tenía la menor intención de pronunciar las últimas palabras: lo hice sin darme cuenta. Estaba completamente fuera de mí al ver que todo se había desvanecido como un sueño: y, sin embargo, no era un sueño, sino algo tan real como… como yo misma o cualquier cosa que pueda tocarse.

Tía Mary me palmeó cariñosamente el hombro.

—Preciosa —dijo—, estabas mirando algo. ¿Qué era?

«¿Qué era?», estuve a punto de inquirir a mi vez, pero no lo hice. No dije nada, y tía Mary volvió a su asiento.

Supongo que debió hacer sonar la campanilla, ya que inmediatamente se encendió la luz detrás de mí y el exterior se oscureció del todo, como sucedía todas las noches, y no pude ver nada más.

Creo que fue al día siguiente, por la tarde, cuando hablé del asunto. La cosa vino a raíz de una observación de mi tía acerca de su labor de ganchillo.

—Se me pone una especie de niebla delante de los ojos —dijo—. Tendrás que aprender a hacer este punto, preciosa, ya que tendré que renunciar muy pronto a esta clase de labores.

—¡Oh! Espero que no perderá usted la vista —respondí, sin pensar lo que estaba diciendo.

Desde luego, yo era muy joven entonces y la mitad de las veces soltaba las palabras al tuntún, sin pensar en el efecto que podían producir. A mi tía no le sentó nada bien mi observación, por la posibilidad que daba a entender.

—¡Perder la vista! —exclamó, dirigiéndome una mirada casi furiosa—. No se trata de eso, ¿te enteras? Mis ojos están tan bien como siempre. Puedo no distinguir los detalles de una labor de punto, pero a distancia veo como siempre… como puedas ver tú.

—No lo dije en mal sentido, tía Mary —me disculpé—. Pensé que te referías a…

Pero ¿cómo puedes decir que tienes la vista tan buena como siempre, si estás en duda acerca de aquella ventana? Yo puedo ver la habitación tan claramente como… —Me callé de repente, pues acababa de mirar al otro lado de la calle y me di cuenta de que allí no había ninguna ventana, sino únicamente la falsa imagen de una ventana pintada en la pared.

—¡Ah! —exclamó tía Mary, en tono de sorpresa. Se incorporó, como si tuviera intención de acercarse al lugar donde yo me encontraba, pero al ver la aturdida expresión de mi rostro volvió a sentarse, murmurando—: ¿De veras has visto todo eso?

¿Todo eso? ¿Qué significaban aquellas palabras? Los giros que los escoceses suelen dar al lenguaje me desconcertaban en algunas ocasiones, y esta era una de ellas. Pregunté:

—¿Qué ha querido usted decir «con todo eso»?

No pude conocer su respuesta, pues en aquel momento llegó una visita y mi tía se dirigió a atenderla, lanzándome una extraña mirada antes de salir de la habitación. Fue una mirada cariñosa, pero que reflejaba cierta ansiedad. La acompañó con un leve movimiento de cabeza, y aunque su rostro estaba sonriente, sus ojos habían adquirido una gravedad desacostumbrada. Salió de la habitación y no volvimos a hablar del asunto.

Pero el asunto continuó intrigándome, mucho más por cuanto atravesaba períodos de incertidumbre mezclados con otros de seguridad casi absoluta. A veces veía aquella habitación muy claramente… tan claramente, por ejemplo, como puedo ver la biblioteca de mi padre cuando cierro los ojos. La comparaba siempre con el estudio de mi padre debido a la forma de la mesa escritorio, la cual, como ya he dicho, era muy parecida a la de papá. A veces veía algunos papeles sobre la mesa, y la pila de libros junto a ella. Y otras veces no veía absolutamente nada, como les ocurría a las viejas damas que solían visitar a mi tía Mary, cosa que me enojaba muchísimo.

Las viejas damas acudían regularmente a visitar a tía Mary, mientras se deslizaba el mes de junio. Yo tenía que marcharme en julio, y me repugnaba la idea de abandonar aquel lugar sin haber aclarado el misterio de aquella ventana que cambiaba tan extrañamente de aspecto y que aparecía como algo completamente distinto, no sólo a diferentes personas, sino también a los mismos ojos en diferentes ocasiones. Me decía a mí misma que todo ello se debía simplemente a un efecto de la luz. Y, sin embargo, esta explicación no acababa de satisfacerme, como tampoco me satisfacía pensar que todo se debía a la superioridad de mis ojos juveniles sobre la cansada vista de unas ancianas. Al fin y al cabo, aquella superioridad existía también en cualquiera de los mozalbetes que jugaban por la calle. No, me gustaba más suponer que dentro de mí existía un instinto especial que agudizaba extraordinariamente mi capacidad visual… una presunción, como puede verse, bastante descabellada, pero muy propia de mis cortos años. Sin embargo, existía el hecho evidente de que yo había visto varias veces la habitación con toda claridad, una habitación amplia, con otros

muebles además de la gran mesa escritorio, la cual había sido colocada más cerca de la ventana para que recibiese más luz. Todo fue haciéndose visible para mí, hasta que fui casi capaz de leer el título de uno de los grandes volúmenes que sobresalía un poco de la pila de libros y quedaba mejor iluminado; pero todo esto no habían sido más que preliminares del gran acontecimiento que ocurrió alrededor del día de San Juan, una fiesta muy sonada en otros tiempos en Escocia, pero que entonces era una festividad como otra cualquiera; cosa que siempre me ha parecido lamentable y una verdadera pérdida para Escocia, diga lo que diga mi tía Mary.

III

El día de San Juan estaba próximo, aunque no puedo precisar la fecha exacta, cuando se produjo el gran acontecimiento. Por entonces me había familiarizado bastante con la habitación situada detrás de la ventana de la biblioteca. Me eran ya familiares, no sólo el gran escritorio, con los papeles esparcidos sobre él, y la pila de libros junto a una de sus patas, sino también el cuadro de gran tamaño que colgaba de la pared más lejana y otros varios muebles, especialmente una silla, la cual cada noche veía que había sido movida en el espacio existente ante la mesa escritorio; un cambio casi imperceptible que hacía palpitar mi corazón, ya que indicaba a las claras que alguien se había sentado allí, alguien cuya presencia yo había intuido a través de la leve vibración del aire o de una sombra apenas visible. Nunca me había asustado el pensar que la vibración o la sombra podían materializarse en una presencia humana; por el contrario, en aquellos momentos redoblaba mi atención y veía todas las cosas con más claridad que nunca; después, volvía mi atención al libro que estaba leyendo, y leía un par de capítulos de una apasionante historia que me alejaba de St. Rule, y de su calle Mayor, y de la biblioteca escolar, trasladándome a una selva tropical, a punto de aplastar a un escorpión o una serpiente venenosa.

Aquel día, algo llamó mi atención repentinamente y, con un sobresalto, miré a mi alrededor, profiriendo un leve grito que dejó intrigados a todos los que se hallaban en la habitación, uno de los cuales era el viejo Mr. Pitmilly. Todos miraron a mi alrededor para ver qué era lo que me había sobresaltado. Y cuando yo di mi habitual respuesta: «¡Nada!», notando el rubor en mi rostro, Mr. Pitmilly se acercó a la ventana y miró hacia fuera, tratando de descubrir, probablemente, el motivo de mi excitación. No debió ver nada, ya que volvió a ocupar su asiento y pude oír cómo le decía a tía Mary que no había ningún motivo para alarmarse: la niña se había amodorrado con el calor y sobresaltado al despertarse de repente. Y todas las viejas damas se echaron a reír. En otra ocasión cualquiera le hubiese matado por su impertinencia, pero aquel día mi mente estaba demasiado ocupada para prestar la menor atención al viejo charlatán. Mis sienes latían dolorosamente y el corazón,

dentro de mi pecho, parecía un pajarillo asustado. Esperé hasta que se hubo calmado la agitación producida por las palabras de Mr. Pitmilly, y entonces miré hacia la ventana. ¡Sí, allí estaba él! No me había engañado. En aquel momento supe lo que había estado esperando ver todo aquel tiempo. Supe que yo había intuido que él estaba allí, y que lo había estado esperando, cada vez que se producía una vibración o que planeaba una sombra: lo había estado esperando a él y a nadie más que a él. Y allí estaba, finalmente, tal como yo había esperado. No sabía que en realidad nunca había esperado, ni a él ni a ningún ser humano: pero eso fue lo que sentí cuando, al mirar repentinamente hacia la oscura habitación, lo vi allí.

Estaba sentado en la silla, la cual debía haber colocado con sus propias manos, o alguien había colocado para él aprovechando el momento en que yo no miraba, en frente de la mesa escritorio. Estaba con la espalda vuelta hacia mí, escribiendo. La luz caía sobre él por la parte izquierda, y por tanto sobre sus hombros y un lado de su cabeza, que mantenía demasiado inclinada para que se pudieran distinguir las líneas de su rostro. Resultaba muy extraño que alguien tan fijamente contemplado como él no volviera la cabeza ni una sola vez, ni hiciera ningún movimiento. Si alguien me hubiese mirado, de aquel modo, aunque estuviera durmiendo me hubiese despertado, sobresaltada, me daría cuenta de su contemplación a través de todas las cosas. Pero él estaba allí sentado, completamente inmóvil. No hay que suponer, aunque yo haya dicho que la luz caía sobre él que fuera una luz muy intensa. Por lo general una habitación que se puede observar desde el otro lado de la calle no está brillantemente iluminada; pero había la luz suficiente para que pudiera verlo… para que pudiera distinguir claramente el oscuro perfil de su figura, sentado como estaba en la silla, y la mancha de su cabeza, algo más visible que la negrura que le rodeaba.

En circunstancias normales, ver a un estudiante a través de una ventana situada al otro lado de la calle me hubiera interesado de un modo muy relativo. Siempre atrae echar una ojeada a una existencia desconocida para nosotros, ver tanto y, sin embargo, saber tan poco, y preguntarse, quizás, qué está haciendo el hombre, y por qué no vuelve la cabeza. Una puede acercarse a la ventana —pero no demasiado, no sea que el hombre se dé cuenta y crea que se le está espiando—, y puede preguntarse: «¿Estará ahí todavía?» «¿Estará escribiendo siempre?» Yo me preguntaría además qué estaría escribiendo, y esto podría ser una distracción, pero nada más.

En el presente caso, mis sentimientos eran muy distintos. Era una especie de contemplación anhelante, una abstracción. No tenía ojos para nada más, ni en mi mente quedaba resquicio para ningún otro pensamiento. No oía ya, como solía sucederme, las historias y las observaciones, ingeniosas o estúpidas, de las viejas amigas de tía Mary o de Mr. Pitmilly. Percibía únicamente un murmullo detrás de mí, un intercambio de voces, unas suaves, otras agudas; pero no era como antes, cuando estaba sentada, leyendo, y oía todas las palabras que se pronunciaban, hasta que la historia de mi libro y la historia que penetraba por mis oídos se mezclaban entre sí, y el héroe de mi novela se confundía con el héroe (con más frecuencia la heroína) de la

novela que contaban los reunidos en el salón. Pero ahora no me enteraba de nada. Y no porque hubiera algo más interesante que mirar, a excepción del hecho de que él estaba allí. Y él no hacía absolutamente nada para mantener tensa mi atención. Se movía sólo lo imprescindible en un hombre que está muy ocupado escribiendo, sin pensar en nada más. Su cabeza se movía levemente de un lado a otro de la página en que se ocupaba; pero la página parecía interminable, ya que nunca necesitaba volverla. Sólo una leve inclinación cuando llegaba al final de la línea, y otra leve inclinación cuando empezaba la siguiente. Aquello era muy poco para mantener despierta la atención de alguien. Supongo que lo que mantenía tensa la mía era el gradual curso de los acontecimientos que me habían conducido a este instante: en primer lugar el descubrimiento de la habitación, luego la mesa escritorio, los otros muebles, y finalmente el ser humano que daba significado a todo. Resultaba tan interesante, en su conjunto, como un país nuevo que uno acaba de descubrir. Y, por encima de todo, la extraordinaria ceguera de los que discutían entre sí la existencia de una ventana… No deseaba faltar al respeto a nadie, y sentía mucho cariño hacia mi tía Mary, y simpatizaba bastante con Mr. Pitmilly, y temía a lady Carnbee. Pero no podía evitar despreciarlos un poco a todos por su —no me atrevía a calificarlo de estupidez— ceguera, su necedad, su insensibilidad. ¡Como si lo que los ojos ven pudiera ser discutido! Hubiese sido poco caritativo pensar que ello se debía a que eran unos ancianos y sus facultades disminuían bajo el peso de los años! ¡Y era tan triste pensar que las facultades disminuyen, que una mujer como mi tía Mary fuese perdiendo la vista, el oído o el olfato! Me parecía demasiado cruel. Y por otra parte, está allí lady Carnbee, de la cual decía la gente que era capaz de ver a través de una piedra de molino… y el agudo Mr. Pitmilly. Me hacía acudir las lágrimas a los ojos pensar que todas aquellas personas inteligentes no eran capaces de ver las cosas más claras, por la única razón de que no eran tan jóvenes como yo; y que toda su experiencia y todos sus conocimientos no les permitían ver lo que una muchacha de mi edad podía distinguir con tanta facilidad. Me sentía medio avergonzada y medio orgullosa al mismo tiempo.

Todos estos pensamientos pasaron por mi cerebro mientras estaba sentada en mi refugio habitual, mirando hacia el otro lado de la calle. La escena en el interior de la habitación continuaba siendo la misma. Él estaba absorto en su escritura, sin alzar la mirada, sin detenerse ante una palabra difícil, sin volverse en redondo en la silla, sin levantarse a pasear por la habitación como solía hacer mi padre. Papá es un gran escritor, según dice todo el mundo: pero papá se hubiera asomado a la ventana para mirar al exterior, hubiera tabaleado con sus dedos en el antepecho, se hubiera detenido a contemplar el vuelo de una mosca, hubiera jugueteado con el fleco de los visillos, hubiera hecho una docena de cosas encantadoras, de cosas absurdas, mientras esperaba que le llegara la inspiración para la siguiente frase que debía escribir. «Querida, estoy esperando que acuda la inspiración», solía decirle a mi madre, cuando ella lo contemplaba, preguntándole con la mirada el motivo de que

estuviera ocioso; y mi madre se echaba a reír, y mi padre se sentaba de nuevo ante la mesa escritorio. Pero el hombre que yo observaba no se detenía en absoluto. Era un espectáculo fascinante. No podía apartar la mirada de su espalda y del leve movimiento de su cabeza, apenas perceptible. Temblaba de impaciencia, esperando que volviera la página, o arrojara la cuartilla al suelo, como alguien que en cierta ocasión miraba por una ventana, como yo, vio hacer a sir Walter Scott, cuartilla tras cuartilla. Me hubiera puesto a gritar si el desconocido hubiera hecho eso. No hubiese sido capaz de contenerme, no me hubiese importado ante quién. Mientras esperaba, mi cabeza se iba calentando y mis manos se volvían frías como el hielo, a causa de la ansiedad que sentía. Y, entonces, precisamente entonces, en el instante en que el desconocido movía levemente su codo, como si se dispusiera a hacer lo que yo esperaba, tía Mary me llamó para decirme que lady Carnbee se marchaba. Creo que no la oí hasta que me hubo llamado por tercera vez, y entonces me puse en pie, temblando de excitación y casi llorando. Cuando me acerqué a lady Carnbee para ofrecerle mi brazo (Mr. Pitmilly se había marchado minutos antes), la anciana apoyó el dorso de su mano en mi mejilla y dijo:

—¿Qué le pasa a la niña? Tiene fiebre… no debería usted permitirle pasarse tantas horas ante la ventana, Mary Balcarres. Usted y yo sabemos muy bien las consecuencias de eso.

Sus viejas manos me produjeron una impresión muy extraña, como si acabara de tocarme una cosa fría e inerte; el maléfico diamante rozó mi mejilla.

Clara que mi excitación no se debía a eso, como tampoco mi ansiedad. Aunque resulte casi cómico decirlo, toda mi excitación y toda mi ansiedad habían sido provocadas por un hombre desconocido que escribía en una habitación, al otro lado de la calle, sin llegar nunca al final de la cuartilla que estaba emborronando. Y lo peor de todo es que la anciana lady Carnbee sintió el apresurado latir de mi corazón contra su brazo, que había pasado por debajo del mío.

—Lo que te sucede no es más que un sueño —me dijo, mientras bajábamos las escaleras en dirección al vestíbulo—. Ignoro de quién se trata, pero estoy convencida de que es un hombre que no se lo merece. Si fueras una muchacha juiciosa, dejarías de pensar en él de una vez para siempre.

—¡No pienso en ningún hombre! —exclamé, a punto de echarme a llorar—. Es muy poco amable por su parte decir eso, lady Carnbee. ¡Nunca, en toda mi vida, he pensado en ningún hombre!

En mi voz vibraba la indignación. La anciana me oprimió cariñosamente el brazo.

—¡Pobre pajarillo! —murmuró—. No debes tomártelo así. Lo único que trato de decirte es que la cosa es mucho más peligrosa cuando no se trata más que de un sueño.

Me hablaba en tono cariñoso y amable; pero yo estaba tan excitada y tan furiosa, que a duras penas conseguí estrechar su mano cuando me la tendió, después de haber subido a su carruaje. Estaba furiosa con ella, y asustada de su diamante, el cual me

miraba fijamente desde su mano como si pudiera ver en lo más profundo de mi ser; y, aunque cueste creerlo, estoy convencida de que me miraba. Lady Carabee no llevaba nunca guantes, sino unos mitones de encaje a través de cuya malla brillaba el horrible diamante. Corrí escaleras arriba. Lady Carabee había sido la última en marcharse. Tía Mary no estaba ya en el salón: había ido a vestirse para la cena, pues ya era tarde. Me dirigí a mi observatorio de costumbre, mientras mi corazón palpitaba con más violencia que nunca dentro de mi pecho. Estaba completamente segura de ver en el suelo de la habitación la cuartilla terminada. Pero lo único que vi fue la negrura de aquella ventana que para las ancianas amigas de mi tía no era una ventana. La luz había cambiado extraordinariamente en los cinco minutos que había durado mi ausencia, y allí no había ya nada, absolutamente nada, ni un reflejo, ni un brillo. Aquello fue demasiado para mí: me senté y me eché a llorar como si mi corazón estuviera a punto de romperse. Sentí que todo aquello no era natural, que los que me rodeaban tenían algo que ver en el asunto, que no podía soportar por más tiempo aquella situación… que no podía soportar siquiera a tía Mary. Todos creían que no era ningún bien para mí. ¡Ningún bien para mí! Y habían hecho algo —incluso mi tía Mary—. ¡Y aquel horrible diamante que brillaba en la mano de Lady Carnbee! Desde luego, me daba perfecta cuenta de que todas esas ideas no eran más que estupideces; pero en aquel momento estaba exasperada por la decepción y por la repentina desaparición de lo que daba motivo a mis excitadas sensaciones, y no podía soportarlo. Era algo más fuerte que yo.

Había llegado la hora de la cena y, como es lógico, cuando entré en el comedor, brillantemente iluminado, en mis ojos se apreciaban claramente las huellas de mi reciente llanto. Tía Mary me miró cariñosamente y me dijo:

—¡Vaya! Mi pajarillo ha estado llorando… ¿Qué dirá tu madre cuando sepa que en mi casa te tratamos tan mal que no cesas de llorar?

—¡No he estado llorando! —exclamé; y a continuación, viendo que iba a estallar de nuevo en lágrimas, me eché a reír y dije—: Me he asustado del maldito diamante de lady Carnbee. ¡Muerde, estoy segura de que muerde! Tía Mary, mira aquí…

—¡Tu loca imaginación! —murmuró ella, aunque miró mi mejilla a la luz de la lámpara—. ¡Vaya! No veo ningún mordisco, chiquilla. No veo más que una mejilla enrojecida y un ojo lleno de lágrimas. Anda, vamos a cenar, y por esta noche se han terminado los sueños.

—Sí, tía Mary —murmuré en tono obediente.

Pero sabía lo que sucedería. En efecto, apenas abrió el *Times,* tan lleno de noticias de todo el mundo, de discursos y de cosas que le interesaban, aunque yo no sabía por qué, se olvidó de todo. Y me senté en mi lugar de costumbre, muy quieta, mientras las cortinillas de mi ventana se agitaban por encima de mi cabeza más que de costumbre. Y mi corazón dio un gran salto, como si fuera a salírseme del pecho: porque él estaba allí. Pero no como había estado antes… Supongo que la luz no era quizás lo bastante buena para permitirle trabajar sin una lámpara o una vela, ya que

estaba al otro lado de la mesa escritorio, reclinado hacia atrás en la silla y con la cabeza vuelta hacia mí. Bueno, no exactamente hacia mí: él no sabía nada acerca de mí. Pensé que no estaba mirando hacia ningún lugar determinado: pero su rostro estaba vuelto hacia el lugar donde me encontraba. Yo tenía el corazón en la boca. ¡Era algo tan inesperado, tan extraño! Aunque, a decir verdad, no debía parecerme tan extraño, ya que no existía ninguna comunicación entre él y yo. Y resultaba muy lógico que aquel hombre, cansado de trabajar, pensando quizás que no había luz suficiente para continuar trabajando, y que era demasiado temprano para encender una lámpara, se reclinara hacia atrás en su silla para descansar un poco y pensara… tal vez en nada. Papá dice siempre que no piensa en nada concreto. Dice que las ideas penetran en su cerebro, como puertas que se abren, sin que él pueda impedirlo. ¿Qué clase de ideas penetraban en el cerebro de aquel hombre? Acaso pensaba en lo que había estado escribiendo y en cómo continuarlo. Lo que más me molestaba era que no conseguía distinguir su rostro. La cosa resulta bastante difícil cuando el rostro que pretendemos ver está separado de nosotros por dos ventanas: la nuestra y la suya. Me hubiera gustado poder reconocerlo más tarde, si tenía la suerte de encontrarme con él por la calle. Si se hubiera puesto en pie y se hubiera paseado un poco por la habitación, hubiera podido apreciar qué tipo tenía y no me hubiese sido difícil reconocerlo en otra ocasión; o, si se hubiese asomado a la ventana (como hace papá), hubiera podido ver su rostro con bastante claridad. Pero, desde luego, él ignoraba que yo existiera; y, probablemente, si hubiese sabido que lo estaba observando, se hubiera enojado y desaparecido de mi vista.

Pero permanecía tan inmóvil allí, de cara a la ventana, como lo había estado antes, sentado a la mesa escritorio. A veces movía ligeramente una mano o un pie, y yo contenía la respiración, creyendo que iba a levantarse de la silla… pero continuaba sentado. Y a pesar de todos mis esfuerzos no conseguía distinguir las líneas de su rostro. Entrecerré los ojos, como había visto hacer a miss Jeanie, que es corta de vista, y apoyé las manos contra mis sienes, haciendo pantalla, para concentrar el campo visual, pero todo fue inútil; tal vez la luz no era favorable, pero Jo cierto es que no conseguía ver lo que me había propuesto. El pelo del desconocido me pareció claro: alrededor dé su cabeza no había ninguna línea oscura, como hubiera sucedido de tener el pelo muy negro; también me pareció que no llevaba barba. Es decir, estoy segura de que no llevaba barba, porque el perfil de su rostro era bastante preciso. En aquel momento, vi en la acera opuesta a un muchacho, hijo de un panadero. Me fijé en él por una circunstancia muy curiosa. Había estado lanzando piedras contra algo o contra alguien. En St. Rule, los chiquillos tienen la costumbre de luchar a pedradas, y supongo, que se había producido una de esas habituales batallas. Supongo, también, que la piedra que conservaba en la mano era un proyectil que no había tenido ocasión de disparar, y ahora observaba cuidadosamente la calle, en busca de un blanco sobre el cual ejercitar su puntería. Al parecer, no encontró nada que fuera de su gusto, y alzó la vista fijándola en la ventana de la biblioteca. La piedra salió de su mano y se

estrelló contra la ventana. Me di cuenta, sin prestar atención al hecho, de que la piedra produjo un sonido macizo y que no se produjo la rotura de ningún cristal; luego volvió a caer sobre la acera. Pero ya he dicho que no prestaba atención al hecho más que con una parte de mi capacidad de percepción, pues el resto de la misma estaba dedicado a la contemplación del hombre que se hallaba en la habitación y que no hizo el menor movimiento ni pareció haberse dado cuenta de nada, y permaneció tan inmóvil y tan indistinguible como antes. Y cuando la luz empezó a decrecer, decreció paralelamente la visibilidad que ofrecía su figura.

En aquel momento, tía Mary apoyó una de sus manos en mi hombro, haciéndome dar un salto.

—Te he pedido dos veces que hicieras sonar la campanilla, preciosa —me dijo—. Pero no me has oído.

—¡Oh, tía Mary! —exclamé, sinceramente compungida, pero volviéndome otra vez hacia la ventana, a pesar de mí misma.

—No te conviene permanecer tanto tiempo aquí —observó mi tía—. No es que me importe que no hayas avisado para que me enciendan la lámpara —añadió—. Puedo hacerlo perfectamente yo misma. Pero no me gusta que te pases tantas horas soñando… Esto no puede hacer ningún bien a tu cabecita.

Por toda respuesta, ya que me había quedado sin hablar, agité levemente la mano en un gesto de saludo hacia la ventana del otro lado de la calle.

Mi tía se quedó en pie a mi lado unos instantes, palmeándome cariñosamente el hombro y murmurando algo que sonaba como «debe irse, sí, debe irse…» Luego dijo en voz alta, sin apartar la mano de mi hombro:

—Como un sueño, cuando uno despierta…

Y cuando miré otra vez hacia el otro lado de la calle, vi la negrura de una superficie opaca y nada más.

Tía Mary no me dirigió ninguna otra pregunta. La acompañé a su habitación y leí un rato en voz alta para ella. Pero no sabía lo que estaba leyendo, porque repentinamente acudió a mi recuerdo y se instaló en él, el ruido de la piedra contra la ventana y su descenso hasta caer de nuevo en la acera, como repelida por alguna substancia dura. ¡Y yo la había visto golpear contra los cristales de la ventana de la biblioteca escolar!

IV

Permanecí durante mucho tiempo en un estado de gran excitación y de conmoción mental. Estaba impaciente todo el día, hasta que llegaba el atardecer y podía contemplar a mi vecino a través de nuestras respectivas ventanas. No hablaba con nadie y no participé tampoco a nadie mis preocupaciones de aquellos días. Me

preguntaba quién sería, qué estaría haciendo, y por qué no llegaba nunca hasta el atardecer; y también me preguntaba a qué casa pertenecería la ventana de la habitación donde aparecía sentado. Parecía formar parte de la antigua biblioteca, como ya he dicho. La ventana estaba en línea con las del largo vestíbulo de aquella institución; pero ignoraba si la habitación pertenecía a la biblioteca, y por dónde entraba en ella su ocupante. Me había hecho mi composición de lugar y creía que la habitación se abría al vestíbulo de la biblioteca, y que el caballero en cuestión debía ser el bibliotecario o uno de sus ayudantes, que tal vez pasaba el día ocupado en el desempeño de sus obligaciones oficiales, y sólo podía acudir a su despacho para entregarse a su trabajo particular al llegar el atardecer. Con frecuencia se oye hablar de cosas como esta… Un hombre que desempeña un cargo o tiene un empleo para mantenerse, y dedica sus horas libres a otro trabajo de su predilección; algún estudio especial o la redacción de algún libro, por ejemplo. Mi padre, sin ir más lejos, pasó una temporada en esas condiciones. Trabajaba en el Ministerio de Hacienda durante el día, y por la noche escribía sus libros, que lo hicieron famoso. Su hija, aunque sabía muy poco de otras cosas, conocía perfectamente ésta. Sin embargo, me sentí muy desalentada el día que en la calle alguien me señaló a un anciano caballero, diciéndome: «Mira: ahí va el bibliotecario de la biblioteca escolar…» De momento, me sentí muy impresionada; pero inmediatamente me dije que un bibliotecario de edad tan avanzada debía tener forzosamente algún ayudante, y que mi desconocido debía ser uno de esos ayudantes.

Paulatinamente, empecé a estar convencida de que ésta era la verdad. Encima de la ventana de mis preocupaciones había otra más pequeña, y me imaginé que correspondería a la otra habitación ocupada por mi desconocido. Y me imaginé también que sería un lugar muy apropiado para que él lo habitara, tan cerca de sus libros, tan retirado y tranquilo. Y desde luego, hacía un uso muy juicioso de su buena suerte al disponer de aquel retiro, pasándose horas enteras en una de las habitaciones. ¿De qué trataría el libro que estaba escribiendo? ¿Serían poesías? Esta idea hizo latir aceleradamente mi corazón; pero terminé por decidir, con gran sentimiento por mi parte, que no podía tratarse de un libro de poesías, ya que resultaba imposible escribirlas como él lo hacía, ininterrumpidamente, sin detenerse a buscar una palabra o una rima. De haber escrito poesías, se hubiera levantado de cuando en cuando, para dar unos paseos por la habitación, como hace papá. Y no es que papá escriba poesías; siempre dice: «La Poesía es una cosa misteriosa, de la cual no me atrevo ni siquiera a hablar». Y lo dice sacudiendo la cabeza, lo cual me hace sentir unos inmensos deseos de conocer a un poeta, que, por lo visto, es un personaje mucho más importante que papá. Pero no puedo creer que un poeta se pase horas y horas inmóvil en una silla, como mi desconocido. ¿Qué es lo que puede escribir, entonces? Tal vez Historia… Es también una labor de mucha importancia, que quizás no requiera moverse arriba y abajo, ni contemplar el cielo, ni asomarse a la maravillosa luz del atardecer.

Sin embargo, mi desconocido se movía de cuando en cuando, aunque nunca se

acercara a la ventana. A veces, como ya he dicho, se volvía en redondo en su silla y se quedaba de cara a la ventana, y permanecía sentado en esa posición durante largo rato, hasta que la claridad empezaba a difuminarse, y el mundo quedaba lleno de aquel extraño día que no era día, y la luz perdía su color, y todas las cosas eran claramente visibles, y no habían sombras. «Era entre el día y la noche cuando el mundo de las hadas adquiría su poder». Esto quería decir el atardecer de un largo, larguísimo día de verano, la luz sin sombras. Había pensado muchas veces en las palabras que acabo de citar, y a veces sentía algo de temor y me imaginaba que si los seres humanos tuviéramos un poco más de vista en nuestros ojos, podríamos contemplar cosas maravillosas, que no pertenecen a nuestro mundo. Y pensé que tal vez mi desconocido viera alguna de aquellas cosas, por el modo que tenía de sentarse y quedarse absorto en la contemplación de algo que por fuerza debía ser maravilloso, para reclamar hasta tal punto su atención. Y esta idea me producía una sensación indefinible, porque iba acompañada de la impresión de que yo podía ver alguna de aquellas cosas a través de sus ojos, sin que él tuviera la más leve sospecha.

Estaba tan absorta en esas ideas y en contemplarle cada noche —ya que ahora acudía casi todas las noches—, que la gente empezó a darse cuenta de que me estaba quedando muy pálida y que algo debía ocurrirme, pues no prestaba atención alguna cuando me hablaban, y había dejado de reunirme con las demás muchachas para ir a jugar al tenis; y alguien le dijo a tía Mary que yo había perdido todo el peso que gané al principio de mi estancia en St. Rule, y que sería desastroso mandarme de regreso a mi hogar con una cara tan pálida como la que tenía. Mi madre recibiría un gran disgusto. Antes de esto, tía Mary había empezado ya a observarme con la ansiedad reflejada en sus ojos, y estoy segura de que había consultado acerca de mí al doctor y a sus ancianas amigas, que creían saber más que los propios médicos acerca de las muchachas de mi edad. Y pude oír cómo le decían que yo necesitaba divertirme, y salir más de casa, y asistir a alguna fiesta. Cuando llegaran los veraneantes se organizaría algún baile, y tía Mary, por su parte, podría organizar una merienda campestre o algo por el estilo.

—Y, además, no tardará en llegar mi joven lord —dijo una anciana a quien todo el mundo llamaba miss Jeanie—. Y no he visto aún a ninguna jovencita que no se anime a la vista de un joven lord.

Pero tía Mary sacudió la cabeza.

—Ni hablar del joven lord —dijo—. Su madre lo tiene en un puño, y mi sobrina no es lo bastante rica para codearse con esa gente. No, nosotros no podemos volar tan alto; pero me la llevaré a dar una vuelta por la región, para que vea los antiguos castillos y torres. Tal vez esto la anime un poco.

—Y si eso no da resultado, pensaremos alguna otra cosa —dijo otra anciana.

Aquel día oí su charla debido a que hablaban de mí, lo cual es siempre un modo muy eficaz de hacerle escuchar a uno. En los últimos tiempos no había prestado la menor atención a sus conversaciones; y pensé en lo poco que sabían ellas de mí, y en

lo poco que me importaban los castillos antiguos, teniendo como tenía otra cosa en que ocupar mis pensamientos. Pero en aquel preciso instante llegó míster Pitmilly, que siempre había sido un amigo para mí, y cuando se enteró del tema de la conversación se las arregló para hacerla derivar por otros cauces. Y al cabo de un rato, cuando las damas se hubieron marchado, se acercó al lugar donde yo estaba y miró a través de la ventana por encima de mi cabeza. Luego preguntó a tía Mary si había puesto ya en claro el asunto de la ventana…

—… aquella que usted opina a veces que es una ventana, y luego que no es una ventana, y así sucesivamente.

Tía Mary me dirigió una mirada anhelante y a continuación dijo:

—Ni mucho menos, Mr. Pitmilly. Estoy donde estaba, es decir, tan despistada como siempre en lo que se refiere a ese asunto. Y creo que mi sobrina también se ha estado interrogando acerca de él, pues la veo muchas veces contemplándola fijamente con expresión pensativa, aunque no sé cuál es su opinión.

—¡Mi opinión! —exclamé—. Tía Mary —no pude evitar el mostrarme algo burlona, como les sucede con frecuencia a los jóvenes—, no tengo ninguna opinión; estoy convencida de que allí hay no sólo una ventana, sino también una habitación. Y podría mostrarle… —Estuve a punto de decir «mostrarle al caballero que se sienta en ella a escribir todos los días», pero me contuve, no sabiendo cómo se tomarían mis palabras—… podría describirle todos los muebles que hay en ella —continué. Y entonces sentí que algo parecido a una llama subía a mis mejillas y que éstas empezaban a arder. Creo que se miraron el uno al otro, pero no estoy segura—. Hay un gran cuadro, en la pared opuesta a la ventana…

—¿De veras? —dijo Mr. Pitmilly, sonriendo. Y añadió—: Ahora les diré a ustedes lo que vamos a hacer. Esta noche se celebra un coloquio, o como diablos llamen a eso, en uno de los salones de la biblioteca. Es un salón muy hermoso y digno de verse. Después de cenar pasaré a recogerlas y las llevaré a esa reunión. ¿De acuerdo?

—¡Desde luego! —exclamó tía Mary—. Hace años que no he asistido a una reunión… y nunca he estado en la biblioteca escolar. Se estremeció ligeramente y añadió, en voz más baja: —No podía ir allí.

—Entonces, de acuerdo —dijo Mr. Pitmilly, sin tener en cuenta las últimas palabras pronunciadas por tía Mary—. Me sentiré muy orgulloso de llevar del brazo a Mrs. Balcarres, que en su tiempo fue la sensación de todas las reuniones.

—¡Oh, hace mucho de eso! —dijo ella, sonriendo agradablemente al recuerdo—. Acepto su invitación y espero que no se avergonzará usted de nosotras. Pero ¿por qué no se queda a cenar aquí?

Así fue como quedó decidido, y el caballero se marchó a vestirse, más contento que unas pascuas. Pero, en cuanto se hubo ido, le dije a mi tía que no me llevara con ellos.

—Prefiero quedarme aquí —le dije—. No puedo soportar el tener que vestirme

para ir a perder el tiempo a una estúpida reunión. ¡Odio las reuniones, tía Mary! —exclamé.

—Mira, preciosa —me respondió, cogiéndome ambas manos—. Sé que será un golpe para ti…, pero es mejor que vayamos a esa reunión.

—¿Por qué habría de ser un golpe para mí? —grité—. Pero prefiero no ir.

—Hazlo por mí, preciosa, sólo esta vez. Ya sabes que casi nunca salgo de casa. ¿No quieres acompañarme esta noche, sólo esta noche, querida mía?

Estoy segura de que habían lágrimas en sus ojos; me besó mientras pronunciaba aquellas palabras. No podía negarme a acompañarla, pero ¡con cuánto sentimiento accedí a hacerlo! Asistir a un estúpido coloquio —¿coloquio con quién, si todos los *coloquiantes,* es decir, los escolares, estaban de vacaciones?—, que no sería más que el pretexto para una de esas odiosas reuniones pueblerinas, en vez de pasar una hora encantadora en mi refugio, contemplando el rostro de mi desconocido a la suave luz del atardecer y preguntándome quién sería, qué estaba pensando, y qué estaría mirando…

Sin embargo, cuando me estaba vistiendo se me ocurrió la idea —aunque estaba segura de que él prefería su soledad a todas las cosas— de que posiblemente mi desconocido asistiera a la reunión. Y cuando pensé en esa posibilidad, saqué mi vestido amarillo —a pesar de que Janet me había preparado ya el azul— y mi pequeño collar de perlas, que al principio había decidido que era demasiado valioso para llevarlo a aquella reunión. No eran unas perlas muy grandes pero eran perlas auténticas y muy brillantes, a pesar de su tamaño reducido. Y aunque en aquella época no me preocupaba demasiado por mi aspecto personal, no dejó de complacerme la mirada de admiración que me dirigió míster Pitmilly, admiración a la que tal vez iba mezclada un poco de sorpresa: no es improbable que esperara hallarme en un estado de ánimo decaído, pero seguramente pensó que las muchachas de mi edad son muy veleidosas y que cambian de humor con una rapidez desconcertante. En cuanto a tía Mary, sonrió alegremente al verme. También ella tenía muy buen aspecto, con su vestido de encaje y su pelo blanco cuidadosamente peinado. Mr. Pitmilly, por su parte, no desentonaba. Lo que más me llamó la atención en él fue una aguja de corbata con un diamante que lucía tanto como el del anillo de lady Carnbee. Pero éste era una gema muy bien labrada, y su reflejo no era maléfico como el de la anciana: era, por el contrario, como un ojo benévolo que se posaba cariñosamente en una, como complacido del aspecto que ofrecía. Lucía, además, en el pecho de un hombre fiel a sus sentimientos: Mr. Pitmilly, en efecto, había sido uno de los más fervientes adoradores de tía Mary, en los días de su juventud, y seguía creyendo que no había otra mujer como ella en el mundo.

Cuando cruzamos la calle, a la suave luz del atardecer, yo iba pensando en la posibilidad de que mi desconocido estuviera presente en la reunión. Tal vez, después de todo, pudiera verlo, y ver su habitación, y enterarme del motivo de que se sentara siempre allí sin salir nunca a la calle. Y pensé que podía enterarme incluso de la clase

de trabajo que estaba realizando, lo cual podría ser un motivo de alegría para mi padre cuando yo regresara a casa. Le hablaría de mi amigo de St. Rule, siempre tan ocupado —«y no como tú, papá, que te pasas horas enteras viendo volar las moscas…»—. Y papá se echaría a reír de buena gana.

El salón de la biblioteca estaba brillantemente iluminado y lleno de flores. Los libros se alineaban en hileras interminables a lo largo de las paredes, pero a mí no me interesaban los libros. Empecé a curiosear a mi alrededor por si veía a mi desconocido. No esperaba encontrarle entre los grupos de damas. No estaría entre ellas; era demasiado estudioso, demasiado callado. Quizás en aquel círculo de cabezas grises, en uno de los rincones del salón… quizás…

No estoy segura de que no fuera una especie de placer para mí el comprobar que allí no había nadie a quien yo pudiera tomar por él, alguien que correspondiera a la imagen que yo tenía de él. No: era absurdo pensar que él pudiera estar allí, en medio de aquella babel de voces, bajo aquella intensa luz. Me sentí un poco orgullosa al pensar que estaba en su habitación como de costumbre, entregado a su trabajo, o meditando profundamente en su labor, como cuando se volvía en redondo en su silla y se colocaba de cara a la ventana.

De modo que el no encontrarlo, aunque era para mí decepcionante, constituía también una especie de satisfacción. Estaba pensando en eso, cuando Mr. Pitmilly me cogió del brazo.

—Ahora —me dijo, con una amable sonrisa—, voy a mostrarle las cosas que hay aquí dignas de verse.

Me dije a mí misma que cuando hubiera visto lo que Mr. Pitmilly iba a mostrarme, y hubiera saludado a todas las personas conocidas, tía Mary me dejaría regresar a casa, de modo que acepté de buena gana la sugerencia del anciano, aunque no me importaban en absoluto las cosas «dignas de verse» de la biblioteca escolar. Hubo algo, no obstante, que me intrigó profundamente mientras dábamos la vuelta al salón. Era una corriente de aire fresco, que procedía de una ventana abierta al extremo este del vestíbulo. ¿Cómo era posible que hubiera allí una ventana? De momento no me di cuenta de lo que significaba este hecho, pero me asaltó el convencimiento de que tenía algún significado, y de repente me sentí muy molesta, sin saber por qué.

Luego me di cuenta de otra cosa que me intrigó sobremanera. En el lado de la pared que daba a la calle había una larga hilera de estanterías de libros que la cubría de extremo a extremo. No comprendí tampoco el significado de esto, pero me llenó de confusión. Me sentí como si estuviera en un país extraño, sin saber adónde iba, sin saber lo que iba a encontrar a continuación. Si en la pared correspondiente a la calle no había ventanas, ¿dónde estaba mi ventana? Mi corazón, que hasta entonces había permanecido relativamente tranquilo, empezó a dar grandes saltos, como si quisiera salírseme del pecho…, pero no comprendí lo que podía significar.

Nos detuvimos ante una vitrina, y Mr. Pitmilly me señaló algunas cosas expuestas

en ella. No pude prestarles mucha atención. Mi cabeza se volvía sin cesar de un lado a otro. Oía la voz de Mr. Pitmilly y luego la mía propia hablando con un extraño sonido, pero no sabía lo que él me había dicho ni lo que yo le había contestado. Luego, míster Pitmilly me llevó al extremo del salón —al extremo este—, diciéndome que estaba muy pálida y que un poco de aire me sentaría bien. El aire me azotaba el rostro y hacía ondear mi pelo. Mr. Pitmilly seguía hablando, pero yo no comprendía ninguna de sus palabras. De pronto oí mi propia voz, aunque no me pareció ser yo la que hablaba. Quiero decir que las palabras salían de mis labios como pronunciadas por otra persona.

—¿Dónde está mi ventana? ¿Dónde, pues, está mi ventana?

Y en aquel momento, vi una cosa que me desconcertó completamente: un gran cuadro colgado en la pared del fondo; un cuadro que yo conocía perfectamente.

¿Qué significaba aquello? ¡Oh! ¿Qué significaba aquello? Me volví en redondo hacia la ventana abierta en el extremo este, y hacia la luz del día, la extraña luz sin sombras que rodeaba el iluminado vestíbulo dándole apariencia irreal. El lugar «real» era la habitación que yo conocía, en la cual estaba colgado aquel cuadro, y había aquella mesa escritorio, y él se sentaba de cara a la ventana. Pero ¿dónde estaba la ventana? Me acerqué al cuadro y arrastré a Mr. Pitmilly al lugar donde estaba la ventana… donde no estaba la ventana: donde no había ni rastro de ella.

—¿Dónde está mi ventana? ¿Dónde está mi ventana? —inquirí desesperadamente.

Estaba convencida de que vivía un sueño, de que las luces del salón no eran más que una sensación ilusoria, lo mismo que la gente que estaba hablando a mi alrededor. Lo único real era la pálida luz del exterior, aquella luz del día que no era día…

—¡Querida! —dijo Mr. Pitmilly en aquel momento—. Recuerde que está usted en público. Cálmase… Su tía Mary tendría un gran disgusto si hiciera usted una escena. ¡Venga conmigo! La llevaré a un lugar donde pueda sentarse un rato y tranquilizarse. Le traeré un helado o una copa de vino. —Palmeaba cariñosamente mi mano, que yo mantenía apoyada en su brazo, y me miraba con una expresión de ansiedad en los ojos—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó a continuación—. No pensé que pudiera producirle este efecto.

Pero no le permití que me llevara en la dirección que él quería. Por el contrario, fui yo quien le arrastró de nuevo hacia el gran cuadro colgado de la pared: tenía la absurda idea de que si buscaba bien acabaría por encontrar lo que deseaba.

—¡Mi ventana! ¡Mi ventana! —exclamé.

Uno de los profesores se hallaba cerca de nosotros y oyó mis palabras.

—¿La ventana? —inquirió—. ¡Ah, sí! Se refiere usted a la que se ve desde el exterior… Fue puesta allí para que hiciera juego con la que se abre sobre el último rellano de la escalera. Pero no se trata de una ventana de verdad, aunque a mucha gente se lo parece. Está ahí, detrás de esa estantería.

Su voz parecía llegar desde muy lejos; todo el salón empezó a danzar ante mis ojos, en una zarabanda de luces y de sonidos; y la claridad del atardecer que penetraba a través de la ventana abierta se hizo repentinamente gris.

V

Mr. Pitmilly me llevó a casa; mejor dicho, fui yo quien lo llevó a él, tirando de su brazo, sin esperar a tía Mary ni a nadie. Salimos de nuevo a la luz del atardecer del exterior, precipitadamente, sin echarme siquiera un chal sobre mis brazos desnudos, con el collar de perlas alrededor de mi garganta. La calle estaba llena de gente, y el hijo del panadero, aquel hijo del panadero, se detuvo ante mí, gritando:

—¡Mirad lo que viene por aquí!

Las palabras chocaron contra mí, como había chocado contra la ventana la piedra que el mismo muchacho lanzó. Sin preocuparme de la gente que se había detenido a mirarme, seguí corriendo, arrastrando detrás de mí al anciano Mr. Pitmilly. Crucé la calle. La puerta de la casa de tía Mary estaba abierta y Janet curioseaba desde el umbral. Cuando me vio cruzar la calle corriendo lanzó un pequeño grito; pero yo pasé por delante de ella sin detenerme y sin soltar a Mr. Pitmilly, y subí las escaleras en dirección a mi refugio. Una vez en el salón me acerqué a la ventana y me dejé caer en mi asiento, completamente agotada. Pero aún me quedaron fuerzas para agitar la mano hacia la otra ventana.

—¡Allí! ¡Allí! —grité.

¡Y allí estaba él! En todos aquellos días, ni una sola vez había visto la habitación con tanta claridad como la estaba viendo ahora. El estaba sentado, inmóvil, sumergido en sus pensamientos, con el rostro vuelto hacia la ventana.

—¡Mire! ¡Allí está! —grité de nuevo a Mr. Pitmilly.

El anciano me dirigió una mirada de extrañeza. ¡No había visto nada! Quedé convencida de ello al mirar sus ojos. Pero no era más que un anciano, y sus facultades estaban muy disminuidas. Seguramente Janet hubiese podido verle.

—¡Querida! —murmuró Mr. Pitmilly—. Tranquilícese…

—Ha estado allí todas estas noches —insistí—. Y yo pensé que usted podría decirme quién era y lo que está haciendo; y que él me llevaría a ver su habitación, para que yo pudiera contárselo a papá. A papá le gustaría oírlo, lo comprendería. ¡Oh! ¿No puede usted decirme en qué clase de trabajo se ocupa, Mr. Pitmilly? Nunca levanta la cabeza de lo que escribe, y luego se vuelve de cara a la ventana y se pone a pensar, mientras descansa.

Mr. Pitmilly estaba temblando, aunque no puedo decir si era de frío.

—¡Mi querida señorita…! —empezó a murmurar, pero se interrumpió y me miró como si estuviera a punto de echarse a llorar. Luego continuó—: ¡Es lamentable,

verdaderamente lamentable! —Y en otro tono, añadió—: Voy a regresar a la biblioteca para acompañar a su tía Mary hasta aquí. ¿Comprende, querida? Cuando su tía esté aquí, se sentirá usted mucho mejor.

Me alegré de que se marchara, ya que no podía ver nada. Y permanecí sentada a solas en la oscuridad, que no era oscuridad, sino una luz como yo no había visto nunca. ¡Cuán claramente se veía ahora la habitación! Oí un leve ruido detrás de mí y al volverme vi a Janet, que me estaba contemplando con los ojos abiertos como platos. Janet era solamente un poco mayor que yo. La llamé.

—Ven aquí, Janet, acércate y podrás verlo. Sí, podrás verlo como yo lo veo.

—¡Oh, señorita! —exclamó, y se echó a llorar.

De buena gana le hubiera arrojado cualquier trasto a la cabeza, por estúpida. Janet debió comprenderlo así, porque salió corriendo del salón, con expresión asustada. ¡Nadie! ¡Nadie! Ni siquiera una muchacha de mi edad, con unos ojos tan jóvenes como los míos, podía comprender. Me apoyé en el antepecho de la ventana del salón y tendí las manos hacia él, que continuaba allí sentado y que era el único a quien podía acudir en busca de comprensión.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Dime algo! ¡No sé quién eres, pero sé que sólo tú comprendes! ¡Dime algo, te lo ruego!

No esperaba que él me oyera, ni esperaba ninguna respuesta. ¿Cómo podía oírme, separados como estábamos por la calle, y con su ventana cerrada, y el murmullo de las voces resonando ininterrumpidamente? Pero, por un instante, me pareció que sólo él y yo estábamos en el mundo.

¡Y, en aquel momento, se movió!

Me había oído, aunque yo no sabía cómo. Se puso en pie, y yo me puse también en pie, sin hablar, incapaz de otra cosa que no fuera ese movimiento maquinal. El desconocido parecía atraerme como si yo fuera una marioneta movida por su voluntad. Se acercó a la ventana y se quedó allí en píe, mirándome. Estoy segura de que me miraba. Por fin me había visto: por fin se había dado cuenta de que alguien, aunque sólo fuera una muchacha, lo miraba, se preocupaba por él, creía en él. Yo estaba temblando, hasta el punto de que apenas podía tenerme en pie. No puedo describir su rostro. Creo que estaba sonriendo, pero no puedo asegurarlo; y me miraba tan fijamente como yo le miraba a él. Era rubio, y sus labios temblaban ligeramente. Colocó las manos en la ventana para abrirla. No le resultó fácil, pero finalmente lo consiguió, con un ruido que resonó en toda la calle. Vi que la gente que circulaba por las aceras lo había oído, ya que algunos de los viandantes alzaron la cabeza. Abrió la ventana con un ruido que debió percibirse desde el puerto a la Abadía. ¿Podía nadie seguir dudando?

Y entonces se inclinó hacia delante en la ventana, mirando al exterior. No había nadie en la calle en aquel momento, pues le hubieran visto. Me miró y agitó levemente su mano en un gesto de saludo; y luego miró arriba y abajo en la luz difuminada del atardecer, primero hacia el este, hacia las viejas torres de la Abadía, y

después hacia el oeste, a lo largo de la ancha línea de la calle donde tanta gente iba y venía, pero en silencio, como personajes encantados en un lugar encantado. Yo lo contemplaba sumida en un alud de sensaciones que las palabras no podrían describir; ahora, nadie se atrevería a decirme que él no estaba allí, nadie podía decirme ya que estaba soñando. Lo contemplaba como si no pudiera respirar, con el corazón en la garganta. El miró arriba y abajo y luego volvió a mirarme. Yo había sido la primera en recibir su mirada, y era la última, aunque no para siempre. Él me había conocido, sabía ya quien lo observaba, quien simpatizaba con él. Yo estaba sumida en una especie de rapto, más bien de estupefacción; mi mirada seguía a la suya, como si fuera su sombra. Y de repente se había ido, y ya no lo vi más.

Me dejé caer de nuevo sobre mi asiento, buscando desesperadamente algo en que apoyarme, algo que pudiera sostenerme. No podía decir cómo se había marchado, ni a dónde se había marchado, pero tras agitar levemente su mano en dirección a mí había desaparecido. No sentía ningún dolor por su desaparición, porque ahora nadie podría decir que yo estaba bajo el influjo de un sueño. Me recliné en mi asiento, en el instante en que hacía su aparición tía Mary. Se acercó a mi velozmente, como si llevara alas en los pies, me estrechó entre sus brazos y yo apoyé mi cabeza contra su pecho. Empecé a llorar suavemente, como una chiquilla.

—¡Lo ha visto usted! ¡Lo ha visto usted! —grité.

—¡Tranquilízate, preciosa! —dijo tía Mary; sus ojos estaban muy brillantes… llenos de lágrimas—. ¡Oh, tranquilízate! Trata de olvidarlo todo.

Pero yo la había rodeado con mis brazos y acerqué mi boca a su oído.

—¿Quién es el hombre que está allí? Dígamelo, y no le dirigiré nunca más ninguna pregunta sobre él.

—¡Oh, preciosa! Descansa… Todo eso no es más que… ¿cómo te diría yo?… un sueño, sí, un sueño.

—¡No, tía Mary, no! Yo sé que no ha sido un sueño. ¡Lo sé!

Tía Mary estaba muy agitada.

—¿Qué puedo decirte yo? ¿Qué puedo decirte, si sé lo mismo que sabes tú? Tienes toda la vida para olvidarlo, querida mía. Los sueños terminan por olvidarse…

—¡No es un sueño! —insistí tercamente—. ¡Lo que he visto con mis ojos, lo he visto!

Tía Mary me besó, y sus húmedas mejillas se apoyaron en las mías.

—Preciosa, ahora debes tratar de dormir un poco. Vamos, te acompañaré a tu cuarto. Me quedaré contigo y veremos lo que nos trae el día de mañana.

—No tengo miedo —repliqué.

Pero dejé que me acompañara a mi habitación y, por extraño que pueda parecer, me dormí inmediatamente: estaba agotada, era una chica joven y no estaba acostumbrada a permanecer despierta en la cama. De cuando en cuando abría los ojos, y a veces me sobresaltaba recordando algo; pero tía Mary estaba siempre a mi lado para tranquilizarme, y yo volvía a quedarme dormida en su seno como un

pajarillo en su nido.

Al día siguiente no quise quedarme en la cama. Me sentía poseída por una especie de fiebre y no sabía qué hacer. La ventana aparecía completamente opaca, sin el menor reflejo, lisa y negra como un trozo de madera. Hasta entonces, nunca había tenido para mí menos aspecto de ventana.

«No me extraña —me dije a mí misma—, viéndola como ahora la veo, que unos ojos menos agudos que los míos tengan la opinión que tienen de ella».

Y a continuación sonreí para mis adentros, pensando en el atardecer y en su luz especial y preguntándome si el desconocido volvería a asomarse y a agitar la mano, saludándome. Aunque no era necesario que se tomase la molestia de asomarse: me bastaría con que moviera levemente la cabeza y me saludara con un gesto de su mano. Resultaría más amistoso…

A la hora del té se presentaron las amigas de mi tía. Desde mi asiento habitual las oí charlar y reír en voz alta; seguramente comentaban lo tonta que era yo. ¡Podían reírse cuanto quisieran! No me importaba en absoluto. Después de la cena, tía Mary y yo nos instalamos en el salón, aunque creo que ella no prestaba mucha atención a su *Times.* Lo desplegó ante sus ojos, pero me di cuenta de que no atendía al periódico. Permanecí sentada en mi refugio desde las siete y media hasta las diez: y la luz del día se fue debilitando más y más, hasta que oscureció por completo. Pero la ventana permaneció tan negra como la noche y no vi nada, absolutamente nada.

Bueno: otras veces me había ocurrido lo mismo; el desconocido no tenía la obligación de acudir todos los días a la habitación, sólo por complacerme. En la vida de un hombre hay muchas cosas, especialmente en la de un hombre estudioso como el desconocido. Me dije a mí misma que no estaba decepcionada. ¿Por qué habría de estarlo? No era el primer día que dejaba de verlo… Tía Mary me observaba; tomaba nota mentalmente de cada uno de mis movimientos, y sus ojos brillaban, con el brillo de las lágrimas, llenos de una compasión que me hacía sentir deseos de llorar; pero me pareció que tía Mary se sentía más triste por ella que por mí misma. Y de repente corrí hacia ella, y me refugié entre sus brazos, preguntándole, una y otra vez, quién era el desconocido, y por qué estaba allí. Estaba convencida de que tía Mary lo sabía. ¿Por qué no quería contarme todo lo referente a él? ¿Cuándo lo había conocido? ¿Qué había ocurrido?

Vencida por mis súplicas, tía Mary pareció dispuesta a descorrer el velo del misterio.

—Dicen… —empezó, pero se interrumpió repentinamente—. ¡Oh, preciosa! Trata de olvidar todo esto…

Ahora, yo sabía que había algo, algo que tía Mary conocía, y no estaba dispuesta a permitir que me lo ocultara. Redoblé mi súplica hasta que tía Mary dijo:

—Dicen… que en cierta época vivía allí un estudiante, que prefería sus libros al amor de una mujer. No me mires así, preciosa…

—¿Un estudiante? —inquirí con avidez.

—Sí. Y una muchacha, algo ligera de cascos, se enamoró de él. Y empezó a hacerle señas desde su ventana, mostrándole un anillo con un gran diamante para que pudiera reconocerla. Pero él no le hacía ningún caso. Y ella insistió e insistió… hasta que sus hermanos oyeron las habladurías de la gente. La muchacha pertenecía a una familia rica y el estudiante era pobre. Y los hermanos de la muchacha tenían un genio como la pólvora. Y sucedió que… ¡Oh, preciosa! ¡No hablemos más de ello!

—¡Y lo mataron! —grité—. Lo mataron, pero todas las noches acude a su habitación, tan joven como era entonces…

—¡Querida mía! —murmuró tía Mary.

Me abrazó estrechamente, mirándome con una expresión compasiva. Aquella noche no hablamos más del asunto. Pero la noche siguiente fue lo mismo: y la tercera noche. Pensé que no podía soportar por más tiempo aquella situación. Tenía que hacer algo… pero ¿qué podía hacer?

Al cuarto día se presentó mi madre para llevarme de nueve a casa. Su llegada me cogió de sorpresa; y mamá dijo que debíamos marcharnos inmediatamente, pues papá debía de emprender un viaje al extranjero y al día siguiente debíamos estar en Londres. Al principio pensé negarme en redondo a acompañar a mi madre, pero yo no era más que una chiquilla y no podía resistirme a las órdenes de mis padres. Además, ¿con qué hubiese justificado mi deseo de permanecer en casa de tía Mary? De modo que tuve que marcharme.

Tía Mary me abrazó cariñosamente al despedirse, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Murmuró a mi oído:

—Esto es lo mejor para ti, preciosa… es lo mejor para ti.

¡Cuán odioso resultaba oír decir que aquello era lo mejor, como si hubiera mejor o peor para mí, como si algo importara, como si no fuese lo mismo una cosa que otra!

Lady Carnbee estaba presente en la despedida, con sus encajes negros y el maléfico diamante luciendo en su mano. Palmeó cariñosamente mi hombro y me deseó un buen viaje.

—Y no hables nunca de lo que has visto en la ventana —me recomendó—. Los ojos engañan tanto como el corazón.

En aquel momento recordé lo que tía Mary me había contado: la muchacha de la historia le mostraba al estudiante, para que pudiera reconocerla, un anillo con un gran diamante. Y me pareció que el diamante de lady Carnbee dejaba una marca en mi hombro. Pero ¿cómo podía saber si se trataba del mismo diamante?

* * *

No he vuelto nunca más a St. Rule, y durante muchos años no miré a través de una ventana si había otra ventana a la vista. Alguien se preguntará, tal vez, si volví a ver al desconocido. No podría decirlo: la imaginación suele engañar, como decía lady

Carnbee. Y si el desconocido permanecía tanto tiempo en St. Rule sólo para castigar a la familia que lo había aniquilado por un mal entendido orgullo de estirpe, ¿por qué tenía yo que verlo otra vez? Sin embargo, en cierta ocasión me pareció reconocerlo. Fue cuando regresaba de la India, convertida en una viuda, muy triste, con mi hijito: estoy segura de haberlo visto entre la muchedumbre agrupada en el muelle para dar la bienvenida a sus amigos. A mí no me esperaba nadie… ya que nadie conocía mi llegada: Y el no ver ningún rostro amigo me hacía sentirme mucho más triste. Y de repente lo vi, a él, a mi desconocido de la ventana, y él agitó su mano, saludándome. Mi corazón empezó a latir fuertemente: había olvidado quién era, pero su rostro me resultaba familiar y pensé que mi llegada a Inglaterra no sería tan deprimente como había imaginado. Pero, cuando desembarqué, mi desconocido había desaparecido. Desapareció después de agitar la mano en un gesto de saludo, tal como había desaparecido en otra ocasión de la ventana.

Más tarde volví a recordar todo lo sucedido. Fue a raíz de la muerte de la anciana lady Carabee. En su testamento, dejó un legado para mí: el anillo con el gran diamante que yo había visto lucir en su mano. La piedra preciosa sigue inspirándome miedo. La guardo en una cajita de madera de sándalo, en la trastera de una pequeña casa de campo de mi propiedad que no habito nunca. Si alguien se decidiera a robármelo, me haría un gran favor. Sin embargo, nunca he podido saber a ciencia cierta si el anillo de lady Carabee era, en realidad, el anillo a que se refería mi tía Mary cuando me contó la historia de la muchacha y del estudiante.

MUJIMA[*]

YAKUMO KOISUMI

En el camino de Akasaka, cerca de Tokyo, hay una colina, llamada *Kii-no-kuni-zaka*, o «La colina de la provincia de Kii». Está bordeada por un antiguo foso, muy profundo, cuyas laderas suben, formando gradas, hasta un espléndido jardín, y por los altos muros de un palacio imperial.

Mucho antes de la era de las linternas y los *jinrishkas*, aquel lugar quedaba completamente desierto en cuanto caía la noche. Los caminantes rezagados preferían dar un largo rodeo antes de aventurarse a subir solos a la *Kii-no-Kuni-zaka*, después de la puesta del sol.

¡Y eso a causa de un *Mujima* que se paseaba!

El último hombre que vio al Mujima fue un viejo mercader del barrio de Kyôbashi, que murió hace treinta años.

He aquí su aventura, tal como me la contó:

Un día, cuando empezaba ya a oscurecer, se apresuraba a subir la colina de la provincia de Kii, cuando vio una mujer agachada cerca del foso… Estaba sola y lloraba amargamente. El mercader temió que tuviera intención de suicidarse y se paró, para prestarle ayuda si era necesario. Vio que la mujercita era graciosa, menuda e iba ricamente vestida; su cabellera estaba peinada como era propio de una joven de buena familia.

—O-Jochú[5] —saludó al aproximarse—. No llore así… Cuénteme sus penas… me sentiré feliz de poder ayudarla.

Hablaba sinceramente, porque era un hombre de corazón.

La joven continuó llorando con la cabeza escondida entre sus amplias mangas.

—¡Honorable señorita! —repitió dulcemente—. Escúcheme, se lo suplico… Este no es en absoluto un lugar conveniente, de noche, para una persona sola. No llore más y dígame la causa de su pena. ¿Puedo ayudarla en algo?

La joven se levantó lentamente… Estaba vuelta de espaldas y tenía el rostro escondido… Gemía y lloraba alternativamente.

El viejo mercader puso una mano en su espalda y le dijo por tercera vez:

—¡Oh-Jochú! Escúcheme un momento…

La honorable señorita se volvió bruscamente. Dejó caer la manga y se acarició la cara con la mano… ¡El viejo vio *que no tenía ni ojos, ni nariz, ni boca!*…

¡Huyó, gritando de espanto!

Corrió hasta el borde de la colina, oscura y desierta, que se extendía delante de él… Corría sin pararse y sin osar mirar hacia atrás… Por último vio, en lontananza, la luz de una linterna… Era una lucecilla tan pequeña que se hubiera podido confundir con una mosca luminosa. Era la bujía de un mercader ambulante, un vendedor de «soba»[6] que había levantado su tenderete al borde del camino. Después de la experiencia que el viejo acababa de sufrir, la más humilde de las compañías le

pareció deseable. Se echó a los pies del vendedor de «soba» gimiendo:

—¡Ah!… ¡Ah!… ¡Ah!…

—«Koré»… «Koré»… —replicó el vendedor ambulante, bruscamente—. ¿Qué le ocurre? ¿Le ha hecho daño alguien?

—¡No!… Nadie me ha hecho daño… —murmuró el otro—. Pero… ¡Ah!… ¡ah! … ¡ah!…

—¡Por lo menos le han dado un buen susto! —dijo el mercader, demostrando poca simpatía—. ¿Se ha encontrado con algún ladrón?

—¡No!… Pero, cerca del foso… he visto… ¡Oh!, he visto una mujer que… ¡Ah!, jamás podré decir cómo la he visto…

—¿Qué? ¿La ha visto, tal vez así?… —exclamó el mercader.

Se acarició la cara, que, de pronto se hizo semejante a un *huevo.*…

¡En aquel mismo instante se apagó la luz!

EL AHORCADO

Eça de Queiroz

En 1474, año tan pródigo en mercedes divinas para la Cristiandad, siendo rey de Castilla Enrique IV, llegó a la ciudad de Segovia, a morar en la señorial mansión que junto con extensas tierras y cuantiosas rentas había heredado, un joven caballero de limpio linaje y gentil apostura llamado don Ruy de Cárdenas.

Legado de un tío arcediano y maestro en cánones, su casa alzábase al lado y a la sombra de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar y frente a ella, del otro lado del atrio en el que murmuraban su vieja canción los tres chorros de una fuente, se erguía el sombrío y enrejado castillo de Don Alonso de Lara, hidalgo tan acaudalado como huraño que ya en la edad madura había desposado a una joven famosa en Castilla por su blancura de nieve, por sus cabellos color de aurora y por su grácil cuello de garza real.

Puesto, al nacer, bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar, don Ruy se había mostrado siempre fervoroso Servidor de la Virgen aun cuando se sintiera inclinado, por su temperamento y por su juventud, a las armas y a la caza, a las fiestas galantes y a las noches escandalosas de tabernas y juego, con dados y vino. Por el amor que profesaba a su celestial madrina, y por las facilidades que le representaba la proximidad de la iglesia, había adquirido, desde su llegada a Segovia, la piadosa costumbre de visitarla todas las mañanas para rezarle tres Avemarías e interpretar su gracia.

Al caer la noche, de regreso de alguna accidentada excursión campestre con halcón y lebreles, entraba aun al templo para murmurar dulcemente una plegaria. Y no dejaba pasar un domingo sin comprar en el atrio a una florista mora un ramo de claveles, junquillos o rosas silvestres, que desparramaba respetuoso y galante en el albo altar de la Virgen.

También todos los domingos, vigilada por una aya de ojos alertas y duros como los de una lechuza, y escoltada por dos fornidos lacayos altos como torres, tenía por costumbre concurrir a la venerada iglesia la famosa y bella mujer de don Alonso de Lara. Sólo por orden expresa de su confesor, y por miedo a malquitarse con su augusta vecina, consentía el provecto caballero en que la esposa, cuyos pasos espiaba apostado tras las celosías, efectuara aquella semanal visita de creyente.

Pasábase doña Leonor toda la semana encerrada en la cárcel de su oscuro palacio de granito, sin otro lugar donde salir a respirar, aun en las cálidas tardes estivales, que un pedazo de jardín verdinegro, cercado de murallas tan altas que apenas dejaban vislumbrar de trecho en trecho la fúnebre copa de algún ciprés. Pero bastó una de aquellas casi furtivas salidas de la esposa del señor de Lara para que el joven caballero don Ruy se prendase de ella la mañana de mayo que la vio arrodillada ante el altar, nimbada por los reflejos de oro con que un rayo de sol destellaba en sus cabellos; bajas las largas pestañas, entre los finos dedos el rosario, toda ella grácil y

blanca, de una blancura de lirio abierto al rocío, de una blancura acentuada por el contraste de los negros encajes y las sedas negras que envolvían sus formas gentiles y se quebraban caprichosamente sobre las losas del suelo, lápida de viejas e ignoradas sepulturas.

Cuando don Ruy, saliendo de su delicioso éxtasis dobló las rodillas, lo hizo menos ante su celestial madrina la Virgen del Pilar que ante aquella deslumbradora aparición mortal de la que desconocía nombre y vida, pero por la que ambas cosas daría gustoso si por precio tan incierto se le rindiese.

Balbuceó maquinalmente sus tres acostumbradas Avemarías, requirió el sombrero, y abandonando despacio la nave sonora del templo, se quedó esperando en el atrio, mezclado con los pordioseros leprosos que aguardaban también calentándose al sol. Después de un rato, durante el cual el corazón del caballero latió con un ritmo inusitado de ansiedad y de temor, salió doña Leonor, tras detenerse un instante a mojar los dedos en la pila de agua bendita. Pero los ojos de la beldad no se alzaron ante don Ruy ni tímidos ni con desdén. Con el aya de los ojos alertas de lechuza pegada a sus vestidos, entre los dos lacayos fornidos que la escoltaban como dos torres, atravesó lentamente el atrio, con la tranquila fruición del recluso que goza por una vez la plenitud del aire y del sol.

Algo cruzó como una sombra el alma del enamorado caballero cuando la vio traspasar la arcada sombría de gruesos pilares y desaparecer por una pequeña puerta de servicio cubierta de herrajes. ¡Era entonces doña Leonor, la hermosa y famosa señora de don Alonso de Lara…!

Siete largos días penosos empezaron para don Ruy. Siete días que él se pasó en el alféizar de su ventana, mirando la puertecilla cubierta de herrajes cual si fuera la puerta del Cielo y esperase ver salir por ella al ángel anunciador de su bienaventuranza. Hasta que el ansiado domingo llegó por fin. Y mientras él surcaba el atrio muy de mañana con la habitual ofrenda de claveles amarillos para la Virgen, en tanto que las campanas repicaban llamando a los fieles, salía doña Leonor de entre los vetustos pilares de la arcada, blanca y suave, dulce y tranquila, cual sale la luna de entre las nubes.

Casi se le caen a don Ruy los claveles en medio de aquel alborozo en que el pecho se le empezó a agitar como un mar violento y el alma toda se le escapó tumultuosa tras la mirada. También los ojos de ella se alzaron hacia el caballero; pero no había en aquellos ojos turbación ni duda; no reflejaban ellos ni la conciencia de estar cruzándose con otros humedecidos por la pasión y encendidos por el deseo.

Se abstuvo él de entrar al templo, retenido por el piadoso temor de no prestar a su celestial madrina la atención que le robaría, seguramente, aquella mujer que era humana pero dueña ya de sus pensamientos y divinizada por su amor. Aguardó con ansia, confundido entre los mendigos del atrio, marchitando los claveles con el ardor de las manos trémulas y desesperado por la lentitud del rosario que doña Leonor rezaba. Y no había empezado ella a recorrer la nave, cuando ya el leve roce de la seda

de sus vestidos sobre las losas resonaba como una música en el alma de don Ruy.

Pasó al fin la blanca señora, y con los mismos ojos distraídos y serenos con que miró al pasar a los mendigos lo contempló a él también. O no comprendía la desazón del caballero que empalidecía de súbito ante ella, o su mirada no diferenciaba, a través del velo, los matices de las cosas.

Don Ruy se fue, conteniendo un suspiro, y ya en su cuarto, esparció devoto ante la imagen de la Virgen las flores que no le había ofrendado en el altar del templo. Su vida, desde entonces, se tornó sombría y triste ante la inhumana frialdad de la mujer, única entre todas las mujeres, que hiriera y cautivara su joven corazón. Movido por una esperanza en la que se adivinaba de antemano el desengaño dio en rondar los alrededores del amurallado jardín o en contemplar durante largas horas desde una esquina, bien alto el embozo de su capa, el enrejado de las gruesas y tupidas celosías, oscuras y tortuosas como las de una prisión. En vano. El palacio permanecía silencioso y hermético, cual un sepulcro. Las puertas no se abrían. De los enrejados no salía el más leve rastro de luz.

Buscando un desahogo, el enamorado se entregó con afán, a lo largo de interminables veladas, a la tarea de componer quejumbrosas trovas que no le brindaban consuelo. Frente a la imagen de Nuestra Señora del Pilar, sobre las mismas losas en que veía arrodillarse a doña Leonor hincaba las rodillas y permanecía en silencio, sin rezar, aferrado a la agridulce esperanza de encontrar serenidad para su corazón poniéndolo a los pies de Aquella que todo lo serena y todo lo consuela; mas cuando se levantaba de allí, después de sus mudas plegarias, era aún más desdichado, no tenía otra sensación que la que le producía la frialdad de las rodillas, rígidas y yertas como las piedras sobre las que lo sostuvieran. El mundo se le antojaba también así. Rígido y frío.

Durante algunas otras luminosas mañanas de domingo volvió a ver a su adorada, mas siempre los ojos de ella resbalaban indiferentes sobre las cosas y los seres, o, cuando se detenían en los suyos, mostrábanse vírgenes de toda emoción, tan limpios y serenos que don Ruy los hubiera preferido airados, fulgurantes de ira o hirientes de soberbio desdén. Doña Leonor, lo conocía, es cierto, pero del mismo modo en que podía conocer a la ramilletera mora, sentada ante su cesto junto a la fuente, o a los harapientos mendigos que se espulgaban en el pórtico bajo los rayos del sol. No podía él siquiera pensar que fuese fría e inhumana. Sabía que era, simplemente, remota como una estrella que refulge en las alturas sin saber qué abajo, en un mundo que ignora, unos ojos la contemplan apasionados y una alma la erige en reina de su albedrío.

Don Ruy, llegando a aquella conclusión, pensó entonces:

«Pues que ella no quiere y yo no puedo, es esto un sueño que debe concluir. ¡Que Nuestra Señora del Pilar nos tenga bajo su amparo!»

Caballeresco y leal como era, desde que comprobó la indiferencia de ella, dejó de buscarla. Ni tornó a alzar la vista hasta las altas celosías del palacio, ni entraba ya

nunca en el templo cuando la veía casualmente desde el atrio arrodillada ante la Virgen, inclinada sobre el libro de Horas su hermosa cabeza nimbada de oro…

* * *

No tardó la vieja aya de los ojos alertas de lechuza en contar a su señor la forma en que el arrogante caballero que moraba en la casa del arcediano se cruzaba continuamente en el atrio de la iglesia con su esposa, y la insistencia con que se apostaba en el pórtico del templo para entregarle a ésta el corazón en la mirada. Demasiado lo sabía ya el anciano don Alonso, que desde la ventana de su alcoba, seguía con la vista a la señora en camino hacia la iglesia, y había advertido, mientras mesábase las barbas con furor, las esperas, las miradas incendiarias y los gestos de su juvenil vecino.

Desde aquel momento, ciertamente, la preocupación más intensa de Lara era saciar su odio contra el imprudente sobrino del canónigo, que se atrevía a levantar sus bajas pasiones hasta la alta y magnífica señora. Había hecho que un sirviente le siguiera los pasos y conocía al dedillo todas sus actividades, desde los amigos con quienes salía de caza o de fiesta hasta las personas que le cortaban los jubones o le pulían la espada. Pero con ser rigurosa esta vigilancia, mayor todavía era la que el señor de Lara había montado en torno a los movimientos de su esposa. Sus paseos, sus pláticas con las dueñas, el gesto soñador con que miraba más allá de los árboles, sus silencios, la expresión y el color con que regresaba de la iglesia, todo era estrechamente fiscalizado por el celoso y terrible don Alonso.

Mas tan inalterablemente tranquila mostrábase doña Leonor, limpia de toda culpa, que ni el celoso de imaginación más vehemente podría haber encontrado manchas en aquella inmaculada nieve. Subió a consecuencia de ello el rencor del señor de Lara contra el hombre que había osado desafiar tal pureza apeteciendo aquellos cabellos color de sol, aquel cuello de garza real, que eran sólo suyos, que constituían el espléndido regalo de su existencia. Y mientras caminaba por la parda galería del palacio, abovedada y resonante, enfundado en su rica zamarra de pieles, hacia delante la punta de su barba grisácea, erizado el pelo y los puños crispados, removía siempre obstinado, la misma hiel.

—Se permitió atentar contra la virtud de ella y contra la honra mía… ¡Es culpable de dos delitos y merece dos muertes!

Pero su ira se transformó en pánico al saber que el joven caballero no esperaba ya en el pórtico del templo a doña Leonor, ni espiaba bajo las tapias de la mansión, ni entraba en la iglesia cuando ella estaba, ni se preocupaba en absoluto de verla o de seguirla, hasta el extremo de que una mañana, encontrándose frente a la arcada u oyendo el ruido que hacía al abrirse la puerta por la que doña Leonor iba a aparecer, permaneció de espaldas, riendo y charlando con un obeso señor que leía algo

mientras reía.

«¡Indiferencia tan bien simulada —pensó don Alonso—, sólo puede servir para ocultar alguna intención aviesa! ¿Qué andará maquinando ahora?»

Exacerbáronse todas las pasiones que a su provecta edad alentaba el desabrido hidalgo: celos, curiosidad, rencor. Creyó ver fingimiento y falsía en la serenidad de la señora y le prohibió de inmediato sus piadosas visitas a la iglesia.

Iba él, en las mañanas de domingo, a rezar el rosario y a disculparse por la ausencia de ella:

—¡No puede venir —musitaba prosternado— *por lo que ya sabéis,* Virgen Purísima!

Con verdadera obsesión, revisó e hizo reforzar cerrojos y pestillos en las puertas de su palacio. Y de noche daba libertad a dos mastines, que vagaban en las sombras del amurallado jardín.

Un gran acero desnudo reposaba siempre a la cabecera de su austero lecho, junto a la mesa que alberga la lámpara, el relicario y el vaso de vino caliente con canela y clavo con que templaba sus fuerzas y recobraba energías. Mas, preocupado por la adopción de todas aquellas medidas de seguridad, dormía muy poco, levantándose sobresaltado a cada momento de las muelles almohadas para asir brutal y ansiosamente a doña Leonor del brazo o del cuello y rugir con rabia concentrada presa de horribles delirios:

—¡A mí, sólo a mí!… ¡Di que solamente a mí me quieres!

Luego, tan pronto amanecía, se iba a espiar cual un halcón las ventanas de don Ruy. Jamás podía verlo ahora: ni en el atrio de la iglesia, a la hora de misa, ni al regreso del campo, a caballo, al toque del Avemaría.

Y notando aquel cambio en las costumbres de su odiado enemigo, con más fuerza sospechaba a éste dueño del amor de su señora.

Una noche, por fin, tras recorrer mil veces las losas de su galería en sorda lucha con sus odios y sus dudas, mandó llamar al intendente y le ordenó que preparase cabalgaduras y equipaje. ¡Al rayar el alba saldría con la señora doña Leonor hacia su finca de Cabril, a dos leguas de la ciudad! No fue, sin embargo, al amanecer, la partida. No se rodeó de sigilo como la fuga del avariento que va a ocultar sus arcones. Por el contrario, efectuóse con gran aparatosidad y pausa, haciendo permanecer durante varias horas a la litera, con las cortinas abiertas, frente a la puerta principal, mientras un sirviente paseaba por el patio; enjaezaba a la morisca, la mula blanca del amo, y cerca del jardín, la recua de mulos, cargados de baúles y bultos, aturdía a toda Segovia con el ruido de sus cascabeles, que hacían sonar incesantemente, molestados por las moscas bajo los rayos del sol. Así se enteró don Ruy, y la ciudad toda, de la partida del señor don Alonso de Lara.

A doña Leonor le produjo gran alegría la noticia del viaje; agradábale Cabril, con sus sotos y pinares, con sus risueños jardines a los que se abrían de par en par, sin rejas ni celosías, las ventanas de soleadas habitaciones. En Cabril, al menos, tenía aire

y luz, plantas que regar, un vivero de pájaros y tantas alamedas de tejo y laurel que eran casi la libertad. Confiaba, además, que en el campo se desvanecerían aquellas preocupaciones que durante los últimos tiempos avinagraban el gesto y el alma de su marido y señor.

No se realizó, sin embargo, esta esperanza suya, porque a la sombra de aquella jornada no se había aclarado aún el semblante de don Alonso y fácilmente se adivinaba que no había frescura de frondas, murmurios de arroyuelos ni perfumes de rosales en flor capaces de serenar el agitado y sombrío espíritu del celoso. Cual por sus galerías de Segovia, paseaba sin descanso por las arboladas alamedas de Cabril, envuelto en su zamarra de pieles, hacia delante el pico de su barba gris y erizada hacia atrás la melena, con un terrible rictus en los labios, como discurriendo maldades y gozando de antemano el placer de realizarlas. Todo su interés se concentraba en un criado que recorría a caballo continuamente el camino entre Cabril y Segovia y al que aguardaba en las afueras del pueblo, ansioso de interrogarlo, tan pronto desmontara sudoroso, para imponerse de las noticias del día.

Una noche, mientras doña Leonor rezaba el trisagio en su alcoba, acompañada por las ayas y a la luz de un hachón de cera, irrumpió pausadamente el señor de Lara con una hoja de pergamino en una mano y la pluma y el tintero de hueso en la otra. Desabridamente despidió a las sirvientas, que se alejaron temerosas, y aproximando un escabel se volvió hacia doña Leonor con gesto tranquilo, como si fuese a tratar con ella de algo natural y sin importancia.

—Deseo, señora —dijo—, que me escribáis una carta. Una carta que me interesa especialmente escribir…

Era tanta la sumisión con que ella acogía siempre las órdenes del esposo, que, sin dar muestras de curiosidad, colgando de una barra del lecho el rosario con el que rezaba, sentóse sobre el escabel y empezó a escribir con letra clara y bella lo que don Alonso le dictaba.

Mi caballero… decía la primera línea. Mas cuando el señor de Lara dictóle la siguiente, la infeliz dejó súbitamente la pluma, como si le quemara las manos, y exclamó con dolorido acento:

—¿En virtud de qué, señor, me habéis de obligar a escribir semejantes falsedades?

El hombre entonces, demudado el rostro por la ira, llevóse la mano al cinto y sacando un puñal con el que amenazó a su esposa, masculló con voz ronca:

—¡Os obligo a escribir eso porque me conviene, y lo escribiréis o por Dios que os apuñalo!

Con el semblante más blanco que la cera de la vela que los alumbraba, temblando de espanto ante el brillante y amenazador acero, presa de un supremo terror que le hizo olvidar todo, doña Leonor aceptó:

—¡No me maltratéis, por la Virgen María! ¡Volved en vos y serenaos, que yo sólo vivo para serviros! Dictadme lo que queráis, y escribiré.

Con las manos crispadas en el borde de la mesa donde dejara el puñal, fulminando a la débil y temblorosa mujer con una mirada cargada de odio, dictó una misiva que poco después quedó escrita con letra vacilante y confusa.

Mi caballero —decía—: *O me habéis interpretado muy mal o muy mal pagáis el amor que os profeso y que no tuve nunca ocasión, en Segovia, de manifestaros claramente… Estoy ahora aquí en Cabril, soñando con veros, y si vos también lo anheláis podéis con toda facilidad realizar vuestro anhelo, pues mi marido, el señor de Lara, se ha ausentado de esta casa. Llegad esta noche. Franquead la puerta del jardín y seguid por la parte del camino hasta la terraza, después de bordear el estanque. Veréis desde allí una escala apoyada en una ventana. Esa ventana es la de mi alcoba, donde os espero con ansias.*

—Bien. Firmad ahora con vuestro nombre, que es lo principal.

Lentamente, con el rostro enrojecido, la desdichada trazó su nombre.

—Sólo falta ahora dirigirla —ordenó el marido—. Escribid: Don Ruy de Cárdenas.

En medio de la sorpresa que le causara aquel nombre desconocido, se atrevió a levantar la vista.

—¡En seguida! ¡Escribid lo que os he dicho! —volvió a ordenar el anciano con expresión cada vez más siniestra.

Cuando doña Leonor hubo dirigido a don Ruy de Cárdenas la indecorosa misiva, el señor de Lara guardóse en el cinto él pergamino, junto al puñal ya envainado, y abandonó silencioso la estancia, perdiéndose a poco el ruido de sus pasos sobre las losas del corredor.

La pobre quedó sobre el escabel, caídas en el regazo las manos cansadas, en medio de un anonadamiento general, con la mirada perdida en las sombras de la noche. ¡Ni la muerte le parecía ahora tan oscura como aquella intriga en que la acababan de complicar… ¿Quién era aquel don Ruy de Cárdenas, del que jamás oyera hablar, con el que jamás se tropezara en su existencia tan clara, tan poco poblada de hombres, tan ligera de recuerdos? Tal vez él la conocería, la habría seguido, al menos con la mirada. Sí, el desconocido señor de Cárdenas debía haberla amado sin que ella lo supiera, pues que no se explicaba, en caso contrario, que aceptara como natural una carta de ella portadora de tan apasionadas promesas.

He ahí, pues, que en su destino irrumpía bruscamente, traído de la mano por su esposo, un hombre joven, acaso bien nacido y quizás gentil. Y he ahí que lo hacía en forma tal que le eran abiertas ya las puertas del jardín y poníase bajo sus pies una escala que le daría acceso a la alcoba de ella. Y de todo aquello era autor su marido, que era quien abría secretamente la puerta y secretamente apoyaba la escala sobre el muro de su balcón. Pero… ¿para qué? ¿Qué fin perseguía el señor de Lara?

Súbitamente en posesión de la verdad, de la vergonzosa e infamante verdad, doña

Leonor lanzó un gemido de angustia. ¡Se trataba de una celada! ¡Don Alonso atraía a su heredad de Cabril a aquel don Ruy de Cárdenas, valiéndose de una promesa para tenerlo a su merced y asesinarlo impunemente! ¡Y era ella, su amor, lo que se ofrecía como cebo a los ojos seducidos del desdichado galán! ¿Cabía mayor ofensa a su pudor y a su decoro? ¡Y cuán imprudentemente obraba, por otra parte, el señor de Lara! ¿No podía acaso muy bien, aquel don Ruy de Cárdenas, concibiendo alguna sospecha, rehusar el convite y mostrar luego por toda Segovia, orgulloso de su triunfo, la infamante carta en la que le ofrecía su amor la mujer de don Alonso? Mas no. El infortunado volaría a Cabril, hacia la muerte. Y moriría vilmente asesinado, en el tenebroso silencio de la noche, sin sacerdote ni sacramentos, con el alma enterrada en el lodazal del pecado. Moriría, sí, irremisiblemente, porque jamás el señor de Lara consentiría en dejar con vida al portador de aquella terrible misiva. Moriría, pues, aquel joven, de amor por ella. De un amor que lo llevaba al sepulcro sin haberle valido nunca la sombra de un placer. Ciertamente, sería el amor de ella lo que lo mataría, pues el odio de don Alonso —odio que tan desleal como villanamente se cebaba— sólo podía ser hijo de los celos que le ensombrecían el alma y le hacían olvidar sus más elementales deberes de cristiano y de hombre. A buen seguro que el anciano habría sorprendido gestos, miradas y ademanes de don Ruy, tan imprudente como enamorado.

Mas ¿cuándo?, ¿cómo? Recordó confusamente a aquel joven que un domingo cruzárase con ella en el atrio de la iglesia, aguardándola luego con un ramo de flores en la mano… ¿Sería él? Tenía noble y gentil continente, era pálido, de grandes ojos negros y ardientes… Ella había pasado indiferente… Las flores que el caballero portaba eran claveles… Claveles rojos y amarillos… ¿A quién los destinaba?… ¡Oh, si le pudiese poner sobre aviso, en seguida, antes del nuevo día…! Pero ¿cómo, si no contaba en Cabril con una sirvienta o un criado de quien fiarse? Sin embargo, tampoco podía permitir que un puñal aleve partiese aquel corazón joven, que llegaría palpitando por ella, lleno de sus promesas y de su amor.

¡Ah, la dramática carrera de don Ruy desde Segovia a Cabril, impaciente ante la promesa del jardín abierto, de la escala en el balcón y de la dama de sus sueños esperándole ansiosa en el silencio de la noche! ¿Dispondría, realmente, el señor de Lara, la colocación de la escalera? Sí, la dispondría, seguramente. Así podría matar con mayor facilidad al pobre, dulce e ingenuo mozo que ascendería confiado, con las manos aferradas a la madera y el acero envainado. ¡Así que a la otra noche, a la noche siguiente, la ventana permanecería abierta frente a su lecho, y una escalera arrimada a la pared esperaría a un hombre! ¡Y su marido, agazapado en las tinieblas de la alcoba, asesinaría a mansalva al hombre que subiera!…

¿Y si don Alonso lo aguardaba afuera, del otro lado de los muros de la finca, para matarlo alevosamente en algún sendero y, o por menos diestro o por menos fuerte caía atravesado por la espada del otro, ignorante de quién era su inesperado agresor? ¡Y ella, mientras tanto, en su alcoba, sin saber nada, con las puertas abiertas y la

escala sobre el muro, y el desconocido asomado a la ventana, al amparo de la noche tibia, mientras su marido, el hombre que debía defenderla, yacía ensangrentado en el fondo de algún barranco!… ¿Qué hacer, Dios del Cielo? ¿Qué hacer? ¡Rechazaría altivamente al osado! Mas ¿y la espantada sorpresa de él, y su rencor excitado por el engaño? «¡Me llamasteis, señora!» —argüiría mostrando la carta con su firma—. ¿Cómo, Virgen Santa, contarle la terrible verdad, la emboscada y la traición?

¡Sería tan difícil y largo de explicar todo en aquella silenciosa soledad nocturna, mientras los ojos ardientes y negros del caballero le suplicasen apasionados! ¡Infeliz de ella si don Alonso sucumbía y la dejaba sola, librada a sus medios, en aquel caserón abierto! ¡Y qué desgraciada también sería si aquel hombre, que la amaba y que por ello venía corriendo, deslumbrado por su cita, encontraba la muerte en el lugar donde soñaba realizar su amoroso anhelo, y rodaba por el abismo de su eterna perdición, muerto en pleno pecado y en el escenario de su pecado!

Unos veinticinco años tendría, si era aquel joven arrogante y pálido, de jubón de terciopelo negro, que esperaba con un ramo de claveles rojos en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora, en Segovia.

Las lágrimas surgieron de los enrojecidos ojos de doña Leonor. Y arrodillándose ante la imagen de la Virgen del Pilar, el alma dirigida al cielo, donde empezaba ya a lucir la luna, la desventurada imploró con amargo y fervoroso acento:

—¡Virgen del Pilar, Señora mía; tómanos a los dos, a todos, bajo tu divina protección!…

* * *

Penetraba el joven señor de Cárdenas en el sombreado patio de su residencia, cuando un muchacho campesino, levantándose del banco de piedra que había en la esquina, sacó de su zurrón una carta y se la alargó con estas palabras:

—Apuraos en leerla, caballero, que tengo que volver a Cabril con la respuesta…

Abrió don Ruy el pergamino, y tal deslumbramiento le produjo su lectura que lo apretó contra el pecho cual deseoso de enterrarlo en su corazón.

El mozo, visiblemente inquieto, insistió:

—Daos prisa, por favor. No. No he de llevar contestación, sino la seguridad de que os habéis enterado del mensaje. Dadme, pues, algo en señal de que os entregué la carta.

El señor de Cárdenes le alargó uno de sus guantes bordados con hilo de seda, que el criado guardó presuroso en su zurrón. Y se alejaba ya corriendo sobre la punta de sus albarcas cuando don Ruy lo detuvo con una voz.

—¿Qué ruta sigues para ir a Cabril?

—La más segura y apropiada para la gente que no tiene miedo: la del cerro de los Ahorcados…

—Está bien. Puedes irte.

Subió el sobrino del canónigo a grandes saltos las escaleras de piedra y ya en su aposento, sin quitarse siquiera el sombrero, volvió a leer, junto a la celosía, la divina misiva en que doña Leonor lo llamaba para esta noche, le brindaba su amor… No le extrañaba, por cierto, aquella ofrenda, después de una indiferencia tan completa y constante… Juzgó más bien el de ella uno de esos amores astutos a fuer de intensos, que simulan ante las dificultades y los peligros y preparan en silencio la hora de consumarse, hora más dulce y maravillosa por lo más esperada… Ella, por lo visto, lo había amado siempre, desde aquella celestial mañana en que sus ojos se encontraban, en el pórtico de Nuestra Señora… Mientras él deambulaba junto a los muros de aquel jardín, quejándose amargamente de una frialdad que consideraba entonces mayor que la de las losas sobre las que pisaba, ella le había entregado ya su alma, y con amorosa constancia y singular sagacidad, reprimiendo todo indicio para desvanecer sospechas, preparaba la noche maravillosamente feliz en que se encontrarían.

Y aquella perseverancia, aquel fino ingenio en las lides del amor, hacían a doña Leonor aún más hermosa a los ojos del caballero.

¡Con cuánta impaciencia contemplaba entonces al sol, remiso aquella tarde en ocultarse tras de los montes! Sin darse tregua, encerrándose en el cuarto para concentrar mejor su dicha, se preparaba cuidadosamente para la gloriosa jornada: las finas prendas con encajes, el más flamante jubón de terciopelo negro, las esencias. Bajó a la caballeriza dos veces en pocos minutos para ver si su caballo estaba presto. Dobló y tornó a doblar sobre el suelo la hoja de la espada que llevaría en la aventura… Mas su mayor preocupación era el camino de Cabril, que conocía perfectamente, y el pueblo agrupado en torno del monasterio franciscano, y el antiguo puente romano, con su calvario, y la profunda torrentera que lleva a la finca del señor de Lara. Durante el último invierno, precisamente, había estado por allí, yendo de montería con dos amigos de Astorga, y ahora recordaba que había pensado, contemplando las torres de la heredad de su amada: «¡He ahí la casa de la ingrata!» Y bien: ¡Cómo se engañaba!

Lucía la luna en aquellas noches. Sigilosamente, abandonaría Segovia por la puerta de San Mauro, y un breve galope lo pondría bien pronto en el cerro de los Ahorcados. Conocía igualmente aquel lugar de fúnebre y pavorosa sugestión, con sus cuatro patíbulos de piedra en los que se ahorcaba a los criminales, cuyos cuerpos quedaban luego balanceándose en el aire, hasta que las sogas se pudrían y los esqueletos caían a tierra, limpios de carne por la acción de la intemperie y por los picos de los cuervos.

La última vez que había ido al cerro, tras el cual se extendía la laguna de Las Dueñas, fue el día del Apóstol San Matías, cuando el corregidor y las hermandades de La Paz y de La Caridad dirigiéronse allí, en solemne procesión para dar sagrada sepultura a los huesos recogidos del suelo. El camino, más allá, discurría llano y recto hasta Cabril.

Meditaba así el señor de Cárdenas en torno a la jornada venturosa que le esperaba, y, en tanto, caía lentamente la tarde. Al oscurecer, cuando los murciélagos empezaron a girar alrededor de las torres de la iglesia y los nichos de las ánimas se encendían en las esquinas del atrio, sintió el audaz caballero que un extraño temor, el temor de aquella dicha que se le acercaba y que a veces se le antojaba sobrenatural, empezaba a ensombrecerle el alma. ¿Sería, pues, un hecho que aquella mujer de divina belleza, famosa por su hermosura en toda Castilla y más remota hasta entonces que una estrella, se le iba a entregar en el silencio tranquilo de la noche dentro de pocos momentos, cuando aún brillasen aquellas piadosas lucecitas delante de los retablos de las Ánimas? ¿Cómo había merecido él semejante felicidad? Había, pisado las losas de un atrio buscando con los ojos otros ojos indiferentes y fríos, que no se alzaron nunca amorosos hacia los suyos. Resignadamente, sin grandes esfuerzos, había abandonado toda esperanza… Y he aquí que de improviso, aquellos ojos distraídos lo buscaban; aquellos inaccesibles brazos se tendían hacia él, francos y abiertos, y, con el corazón y con el alma le gritaba aquella mujer: «¡Ah, inconstante, que no supiste interpretarme! ¡Ven a mí, que quien creíste impasible, te ama y te pertenece!» ¿Se dio jamás, en ninguna parte, ventura tal? Tan grande, tan extraña era que tras ella debía rondar, si no erraba la humana ley, análoga desventura. ¡Y claro que rondaba! ¿Acaso no lo era ya el saber que después de aquellos instantes de dicha, cuando él abandonara los brazos y tornara a Segovia, su doña Leonor, la ilusión de su vida, el bien tan inesperadamente adquirido por un momento, quedaría otra vez bajo el albedrío de otro hombre?

Mas qué importaba. Vinieran luego celos y dolores, que aquella noche era suya, exclusiva y espléndidamente suya. Todo el mundo, aparte de ella, era una vana apariencia.

Descendió a saltos la escalera y montó a caballo. Después, por prudencia, atravesó despacio el patio, con el sombrero sobre la cara, y en la reposada actitud del que se dispone a dar un paseo más allá de las murallas, atraído por la brisa suave de la noche.

Llegó sin novedad hasta la puerta de San Mauro. A la sombra de un viejo arco, de cuclillas en el suelo, un mendigo que tocaba monótonamente su zampoña pidió a la Virgen y a todos los santos, en confusa cantilena, que tuviesen bajo su santa guarda al joven y airoso caballero. Disponíase don Ruy a detenerse para darle una limosna, cuando recordó que esa tarde no había ido, a la hora de Vísperas, a impetrar la bendición de su augusta madrina. Viendo en ese momento cerca del antiguo pilar del arco un retablo débilmente iluminado por una lámpara, desmontó de un salto, dejó el sombrero sobre las losas, arrodillóse, y juntando las manos en actitud piadosa, rezó una Salve ante la imagen, que era la de la Virgen atravesada por siete puñales. El amarillo resplandor de la lámpara envolvía el rostro de la Virgen, que, como si no sintiera el dolor de los siete aceros, o si ellos le proporcionaran, por el contrario, inefables goces, sonreía dulcemente, con los labios entreabiertos.

Como en el convento de Santo Domingo empezaron a tocar la agonía mientras don Ruy rezaba, el mendigo dijo, cesando la monótona sonata de su zampoña:

—¡Un fraile se está muriendo!

El señor de Cárdenas rezó un Avemaría por el alma del fraile que se moría. Luego, viendo cómo la Virgen de las siete espadas seguía sonriendo, maternal y serena, pensó que no era el toque de agonía un mal presagio aquella noche. Hizo, pues, la señal de la cruz, dio al mendigo una limosna, volvió a montar a caballo y partió con el ánimo confortado y el humor alegre.

Pasada la puerta de San Mauro, más allá de los hornos de los alfareros, el camino se alargaba, triste y negro entre las altas chumberas. Detrás de la colina, al fondo de la oscura planicie, se proyectó la primera claridad amarilla y tenue de la luna que aparecía. Don Ruy marchaba despacio, temeroso de llegar demasiado pronto a Cabril, antes de que ayas y criados acabaran de rezar el rosario y se acostaran. Extrañábase de que doña Leonor no le hubiera fijado la hora de la entrevista en aquella carta suya, tan concreta y meditada. Y su imaginación, entonces, galopaba delante de él, franqueaba el jardín de la casa de su amada, escalaba el balcón de la blanca señora, y lo hacía a él picar espuelas a su caballo y avanzar velozmente sacando chispas en las piedras del camino. A los pocos instantes sofrenaba al sudoroso animal. ¡Era aún muy temprano! Y volvía otra vez al paso lento, sintiendo que el corazón, dentro del pecho, era como un pájaro golpeando en los barrotes de su jaula.

Encontróse así en el lugar en que el camino se separa en dos senderos que avanzan a poca distancia uno del otro, atravesando ambos el vasto pinar. Ante la imagen de Cristo Crucificado, con el sombrero en la mano, tuvo un momento de angustiosa duda, pues no recordaba cuál de aquellos senderos era el que conducía al cerro de los Ahorcados. Y ya se disponía a internarse por el más sombrío, cuando de entre los altos pinos silenciosos surgió una luz bailando entre las tinieblas. La portaba una vieja harapienta, que caminaba con las melenas sueltas, apoyándose en un bastón.

—¿Adonde lleva este camino? —interrogó el señor de Cárdenas.

La anciana puso el candil en alto para poder mirar al caballero.

—Lleva a Jarama —dijo.

Y luz y vieja, como si hubiesen surgido providencial y exclusivamente para sacar al jinete de su error, desaparecieron al instante, cual tragadas por las sombras espesas del pinar.

Volvióse don Ruy rápidamente y galopó, rodeando el calvario, hasta llegar, por el otro camino, al cerro donde sobre la claridad cada vez menos intensa del cielo, se recortaban los negros patíbulos de los ahorcados. Detúvose entonces, parándose sobre los estribos. En un alto ribazo desprovisto de toda vegetación, alzábanse siniestros, ligados entre sí por un bajo y carcomido muro, los cuatro pilares de granito, semejantes, si la amarillez de la luna no les hubiera dado en plena noche una sugestión más tétrica, a los cuatro ángulos de una casa deshecha.

Cuatro gruesos travesaños posábanse sobre los pilares. Y de los cuatro travesaños

pendían como cuatro pesadillas, cuatro cadáveres, rígidos y negros. No había el más leve soplo de viento, y todo en torno a los ahorcados permanecía aparentemente tan muerto como ellos.

Encaramadas sobre los maderos, grandes aves de rapiña perfilaban, dormidas, sus macabras siluetas, y más allá brillaba lívidamente el agua muerta de la laguna de Las Dueñas. Por el cielo iba ahora la luna grande y llena.

Rezó don Ruy el Padrenuestro que todo cristiano debe a aquellas almas culpables, y había acicateado ya a su caballo, y pasaba ya, cuando en el tétrico silencio de la tétrica soledad resonó, llamándole, una voz de ultratumba, una voz lenta y suplicante, que dijo:

—¡Deteneos, caballero! ¡Deteneos y venid!

Asió don Ruy bruscamente las riendas, y erguido sobre los estribos, avizoró espantado el siniestro yermo. Contempló el cerro áspero, el agua lívida, los fatídicos maderos, los ahorcados inmóviles. Creyó en alguna ilusión acústica o en la broma de algún demonio errante. Y serenado a medias, picó el caballo y siguió avanzando, sin prisa y sin temor, como en una calle cualquiera de Segovia. Tras él volvió a surgir, no obstante, la voz ronca y suplicante que le llamaba:

—¡No sigáis, caballero! ¡Venid aquí!

Nuevamente detúvose el caballero, y volviéndose sobre la silla contempló de frente a los cuatro cuerpos sin vida que pendían de los maderos. ¡De allí surgía aquella voz que siendo humana, sólo podía proceder de un ser igual! ¡Era, pues, alguno de aquellos ajusticiados el que lo instaba a detenerse!

¿Alentaría en alguno de ellos, por maravilloso designio de Dios, un resto de vida? ¿O acaso uno de esos casi podridos y yertos esqueletos lo llamaba, por aún más asombroso milagro, para transmitirle algún mensaje de ultratumba? De todos modos, surgiese la voz de un cuerpo vivo o de un cuerpo muerto, era cobarde huir dominado por el terror sin atender la ansiosa demanda.

Encaminó al caballo, que temblaba, hacia el centro del cerro, y deteniéndose, erguido y sereno, con la mano en el costado, ante los cuatro cuerpos pendientes, interrogó:

—¿Quién de vosotros, hombres ahorcados, osó detener en su camino a don Ruy de Cárdenas?

Y el ajusticiado que volvía la espalda a la luna llena, respondió entonces desde lo alto, natural y reposadamente, cual si hablara desde la ventana a la calle:

—Yo fui, caballero.

Don Ruy avanzó con su caballo hasta colocarle frente a él. No podía verle el rostro, enterrado en el pecho y cubierto por largas y oscuras greñas. Notó, sí, que tenía libres las manos y los pies, éstos resecos y completamente negros.

—¿Qué deseas de mí?

—Hacedme, caballero —murmuró en un susurro el ahorcado—, la merced de cortar la soga de la que pendo.

El jinete sacó la espada y cortó de un solo golpe la cuerda.

Con un macabro ruido de huesos que se entrechocan, el cuerpo del ajusticiado cayó a tierra, donde quedó un instante, tendido cuan largo era. A poco, sin embargo, enderezóse sobre los pies inseguros y como sin vida, y alzó a don Ruy su faz muerta, la faz de una calavera, más amarilla que la luna que la iluminaba siniestramente. Los ojos carecían de brillo y de movimiento; los pálidos labios, descarnados, parecían fruncírsele en una sonrisa obstinada, y por entre los dientes blancos asomaba la punta de una lengua más negra que el carbón.

Sin exteriorizar terror ni asco, don Ruy preguntó envainando la espada:

—¿Perteneces al mundo de los vivos o al mundo de los muertos?

El ahorcado, lentamente, encogióse de hombros.

—No sé, señor… ¿Sabe alguien lo que es la vida y lo que es la muerte?

—Bien; mas ¿qué quieres?

Aflojando con sus largos y descarnados dedos el nudo de la soga que todavía le apretaba el cuello, declaró el hombre, con serenidad y firmeza:

—Tengo, caballero, que acompañaros a Cabril, hacia donde os dirigíais.

El señor de Cárdenas estremecióse tan visiblemente ante aquella declaración, que presionó las bridas, con lo que el caballo empinóse a su vez, cual presa del mismo asombro.

—¿A Cabril, conmigo?

Dobló el hombre el espinazo, en el que los huesos se distinguían perfectamente agudos como los dientes de una sierra, a través de un gran desgarrón de la camisa de estameña.

—¡Os suplico, caballero, que no rehuséis! ¡Recibiré, si os hago este gran servicio, una recompensa no menor!

A don Ruy le asaltó de pronto el presentimiento de que bien podía encontrarse ante alguna traza de demonio, y clavando entonces los ojos en aquel rostro cadavérico, que le miraba ansioso aguardando su respuesta, hizo, lenta y solemnemente, la señal de la Cruz.

El ahorcado hincóse de rodillas con piadoso temor.

—¿Por qué caballero, me probáis con la señal de la Cruz? Solamente por ella conseguiremos remisión y por mi parte sólo misericordia espero de ella.

Discurrió entonces el señor de Cárdenas, que si no era el demonio quien enviaba a aquel hombre, muy bien pudiera ser que lo enviara Dios. Devotamente, con un gesto de sumisión ante los designios divinos, aceptó la pavorosa compañía del ahorcado.

—¡Acompáñame, pues, a Cabril, ya que es Dios quien te lo ordena! Mas no me preguntes nada, que yo a mi vez nada te preguntaré.

Dirigió el caballo al camino, iluminado ahora completamente por la luna. Seguíalo el ahorcado con tan ligeros pasos que, hasta cuando don Ruy iba al galope permanecía junto al estribo, cual impelido por algún viento misterioso. De vez en cuando, para respirar mejor, aflojaba un poco el nudo de la soga que se le enroscaba

en el pescuezo. Y al pasar por lugares por los que erraba el perfume de las flores silvestres, murmuraba con inexpresable regocijo:

—¡Oh, qué maravilloso es correr!

A don Ruy no se le habían disipado todavía la preocupación y el asombro. Se daba cuenta, por supuesto, de que era un cadáver vuelto a la vida por Dios para algún extraño designio. Mas ¿por qué le daba Dios tan macabro compañero? ¿Para protegerlo? ¿Para evitar que doña Leonor amada del cielo, por su devoción, cayera en pecado mortal? ¿No tenía acaso el Señor, para el cumplimiento de aquella misión, ángeles de los que echar mano antes de recurrir a un ajusticiado?

¡Con gusto volvería el caballero hacia Segovia si no mediara el imperativo de su galantería, el orgullo de quien no retrocede ante nada, y la sumisión a los mandatos de Dios!

Desde un alto del camino divisaron de pronto Cabril, las torres del convento franciscano blanqueando a la luz de la luna y los caseríos dormidos entre las huertas. En silencio, sin que un perro ladrara desde las cancelas o sobre los muros, bajaron por el viejo puente romano. En el calvario, el ahorcado prosternóse sobre las losas, e irguiendo los lívidos huesos de las manos se quedó musitando plegarias durante un rato, mientras suspiraba frecuente y profundamente. Luego, entrando ya en el sendero, bebió con ansia en un manantial que murmuraba bajo las frescas frondas de un sauce. Como el camino era angosto, se puso a marchar delante del señor de Cárdenas, encorvado, los brazos obstinadamente cruzados sobre el pecho, en absoluto silencio.

La luna estaba clavada en lo más alto del cielo, y don Ruy contemplaba con pena aquel disco lleno y brillante que derramaba tanta y tan indiscreta claridad sobre el misterio que le conducía a Cabril. ¡Ah, cómo se frustraban las virtudes de aquella noche, que tendría que haber sido cómplice de su sigilo! He ahí que una luna grande, una luna enorme, asomábase sobre los montes para alumbrarlo todo, y un ahorcado descendía de su patíbulo para acompañarlo a Cabril, penetrando en lo más íntimo de su secreto. Dios lo disponía así, pero ¡qué triste era llegar a la ansiada puerta prometida bajo la claridad de una luna tan sin embozos y acompañado de tal intruso!

El ahorcado, de pronto, se detuvo y levantó el brazo, enseñando los sucios harapos. Habían llegado al final del sendero. Un camino más ancho empezaba allí y conducía hasta el largo muro de la finca de don Alonso de Lara, que tenía un mirador con barandilla, todo cubierto de hiedra.

—A pocos pasos de ese mirador —dijo el hombre sujetando respetuosamente el estribo de don Ruy— hállase la puerta por donde habéis de entrar al jardín. Os convendría dejar aquí el caballo, atándolo a un árbol si es que lo tenéis por fiel y seguro. Para la empresa que hemos de emprender ahora ya es suficiente ruido el rumor de nuestras pisadas…

Apeóse en silencio el señor de Cárdenas y ató el caballo, que tenía desde luego, por fiel y seguro, al tronco de un álamo seco que allí había. Tal sumisión sentía ante

las indicaciones del compañero que le enviaba Dios, que lo siguió sin reparo por la orilla del muro iluminado por la luna.

Despacio y cautelosamente, el ahorcado avanzaba en puntas de pies, avizorando lo alto de la pared y la negrura de las frondas, deteniéndose de trecho en trecho a escuchar e identificar rumores sólo perceptibles para él, ya que jamás había conocido don Ruy noche más silenciosa que aquélla.

Y el temor que trasuntaba aquel a quien no debían preocupar los peligros humanos, fue apoderándose también del arrojado caballero, que desenvainó el puñal y con la capa enrollada en el brazo empezó a marchar a la defensiva, la mirada escrutadora y alerta, cual por una senda de emboscada y de muerte. Llegaron así a una pequeña puerta, que se abrió sin un solo quejido de sus goznes a una leve presión del ajusticiado. Enfrentaron una alameda de espesos bojes y avanzando por ella halláronse ante un estanque lleno de agua en la que flotaban hojas de nenúfares, y rodeado por toscos bancos de piedra, casi totalmente cubiertos por florecidas enredaderas.

—¡Por ahí! —musitó el ahorcado señalando con el descarnado brazo.

Mostraba una avenida de gruesos y viejos árboles, abovedada y oscura. En ella se internaron como sombras en la sombra, el ahorcado abriendo marcha, don Ruy siguiéndole cauteloso, sin rozar una rama ni hacer saltar un guijarro. Un fino hilo de agua susurraba entre el césped, y por los troncos de los árboles ascendían rosales trepadores que despedían fuertes aromas. Una amorosa ternura empezó a hacer palpitar de nuevo el corazón del caballero.

—¡Quieto! —murmuró el ajusticiado.

Y don Ruy casi tropieza con su macabro acompañante, parado bruscamente y con los brazos abiertos como las trancas de una cancela.

Frente a ellos veíanse los cuatro peldaños de la escalera de piedra que conducía a la terraza, abierta por completo a la claridad lunar. Salvaron, agachados, los escalones y al final de un jardín sin árboles, compuesto por bien recortados macizos de flores orlados de boj, alcanzaron a divisar una parte de la casa sobre la que se proyectaba de lleno la brillante luna. En el centro de la pared, entre las ventanas del alféizar, herméticamente cerradas, aparecía un balcón abierto de par en par. La estancia, adentro, era como un agujero de tinieblas, en la blanca fachada que bañaba la plata del astro nocturno. Arrimada contra el balcón, veíase una escala de cuerda…

El ajusticiado empujó a don Ruy hacia las sombras propicias de la avenida, y con un ademán preciso e imperativo le dijo:

—¡Conviene ahora, caballero, que me deis el sombrero y la capa y que aguardéis aquí, en la oscuridad de esta alameda! Yo treparé la escala para observar lo que pasa en el interior de la alcoba… Si resulta lo que vos anheláis regresaré aquí…

El señor de Cárdenas estremecióse ante la perspectiva de que semejante ser subiese al balcón que se le abría a él.

—¡No, por Dios! —murmuró con voz sorda.

Pero ya la mano del ahorcado, lívida entre las tinieblas, le había despojado de la capa y el sombrero. Y ya se cubría y embozaba suplicando ansiosamente:

—¡No os opongáis, caballero, que por haceros este servicio recibiré gran merced!

Y trepando de nuevo por los cuatro escalones, no tardó luego en ganar la abierta y por ello bien iluminada terraza.

No repuesto aún de su sorpresa, el caballero espió. ¡Oh, portento! ¡Era él, don Ruy de Cárdenas, de los pies a la cabeza, el hombre que avanzaba, airoso y ligero, por entre los macizos de boj, la mano en el cinto, erguida la cabeza y risueña la expresión, moviendo con aire triunfal, a cada paso, la airosa pluma escarlata de su sombrero!

Ganaba terreno el ahorcado, bajo la claridad lunar, en dirección al balcón de la amada, que aguardaba arriba, abierto y oscuro. Encontrábase el hombre ya junto a la escala. Desembozóse y afirmó el pie sobre el primer peldaño. «¡Oh, y sube, no más, el maldito!» —rugió don Ruy. Subía, en efecto, el ajusticiado. Ya su alta figura, que era la de él, la de don Ruy, proyectábase a mitad de la escalera recortándose toda negra sobre la blanca pared. ¡Deteníase…! ¡No! Subía, llegaba al balcón, apoyaba cautelosamente la rodilla sobre la baranda… Contemplábalo don Ruy con una mirada desesperada por la que se le iba el alma, todo su ser… Y he aquí que, de súbito, un negro bulto surge del negro cuarto, y una voz furiosa grita reconcentrada: «¡Villano, villano!» Y una hoja de acero destella y corta el aire, y vuelve a brillar y otra vez golpea, y aún torna a refulgir y a hundirse en el cuerpo vacilante del que sube. Desde lo alto de la escalera, como un fardo, se desploma sobre la tierra blanda la figura negra del ahorcado. Hay un fragor de persianas y vidrios que se cierran. Y nada más. Nada más sino el silencio, las sombras, y la faz alta y redonda de la luna en el cielo alto.

Don Ruy, que ha comprendido la traición, desenvaina la espada y gana el oscuro refugio de la alameda. Y es en ese instante cuando, ¡oh maravilla!, aparece el ahorcado corriendo por la terraza, lo toma de un brazo y le grita:

—¡A caballo, señor, volando, que no era de amor la lid, sino de muerte…!

Recorren veloces la avenida, rodean el estanque, intérnanse por la estrecha calle formada por lo bojes, abren la puerta y se encuentran, por fin, jadeantes, en el camino, donde la luna, más refulgente aún que entre las frondas, más llena en su paulatino avance, simula luminosas claridades diurnas.

¡Entonces, sólo entonces, descubrió el señor de Cárdenas que su extraño compañero llevaba todavía clavada en el pecho, hasta los pomos, la daga asesina, cuya punta, lúcida y brillante, le salía por la espalda! Mas ya el siniestro personaje lo empujaba de nuevo:

—¡A escape, señor, hacia el caballo, que aún tenemos la traición encima!

Estremecido de horror, ansioso de terminar la pavorosa y sobrenatural aventura, don Ruy tomó las riendas y empezó a cabalgar sufrida y resignadamente. Instantes después, el ahorcado saltó presuroso a las grupas del fiel caballo, haciendo que el

caballero se estremeciera nuevamente al sentir en las espaldas el roce de aquel cuerpo sin vida, evadido de un patíbulo y atravesado por un puñal.

¡Grande fue entonces la desesperación de su galope por la carretera interminable! Pese a la violencia de la marcha, el ahorcado permanecía sin moverse, rígido sobre la grupa como el bronce de un pedestal… Y el señor de Cárdenas sentía a cada instante, ante aquel frío que le helaba los hombros, la sensación de llevar sobre ellos una carga de hielo y de muerte.

—¡Valedme, Señor! —impetró al pasar frente al crucero.

Y un poco más adelante le asaltó de súbito el temor de que tan macabro compañero siguiera siempre en pos de él y su destino se tornase un continuo galopar a mundo traviesa, en una noche definitivamente eterna, con la fría carga de un muerto en la grupa de su caballo… Sin poderse contener, volviendo el rostro, dio al viento que los enfrentaba en su carrera el grito revelador de sus terrores:

—¿Dónde deseáis que os deje?

—¡Conviene, señor, que me dejéis en el cerro! —replicó el ahorcado, acercando tanto el cuerpo al caballero que lo tocó con el pomo de la daga.

Inesperado alivio fue para don Ruy la respuesta, pues el cerro estaba próximo, recortando sobre la desmayada claridad lunar sus patíbulos siniestros. Unos momentos más, y el caballo se detenía jadeante, todo cubierto de espuma.

Sin un rumor, el ahorcado bajó de la silla, asegurando, como buen espolique, el estribo del caballero. E irguiendo la amarilla calavera, con la negra lengua colgando entre los dientes blancos, suplicó con respetuoso acento:

—Ahora, señor, hacedme el gran favor de colgarme otra vez…

—¿Eh? ¿Que os ahorque yo? —murmuró espantado don Ruy de Cárdenas.

El hombre abrió los brazos en desolado ademán. Dijo suspirando:

—Es, caballero, por voluntad de Dios y por voluntad de Aquella que a Dios es más grata.

Otra vez resignado, don Ruy desmontó y se puso a caminar tras el ajusticiado, que se dirigía hacia el cerro en actitud pensativa, doblando el dorso en el avance y dejando ver la reluciente punta de la daga que le salía por él. Ambos se detuvieron ante la horca sin ahorcado. En torno de ella, de las cuerdas de las otras tres, pendían los tres esqueletos. El silencio era más triste y más profundo que cualquier otro silencio de la tierra. El agua lívida de la laguna habíase tornado negra. La luna descendía rápida y desfalleciente. Don Ruy miró hacia arriba, hacia el madero del que pendía el otro pedazo de la cuerda que cortara con la espada.

—¿Cómo me las arreglo para colgaros? —preguntó—. Con la mano no alcanzo la soga, y yo solo no podré izaros…

—Ahí cerca, señor, debe haber un rollo de cuerda —respondió el hombre—. Ataréis una punta a este nudo que tengo en el pescuezo; echaréis la otra por encima del madero y tiraréis después. Fuerte como sois, conseguiréis izarme y quedará cumplido nuestro objeto.

Agachándose, ambos empezaron a buscar el rollo de cuerdas. Encontrólo el ajusticiado y lo desanudó él mismo, dándoselo a don Ruy. Quitóse éste los guantes, y siguiendo las instrucciones de quien tan perfectamente aprendiera del verdugo la maniobra, ató una punta de la soga al lazo que el hombre conservaba en el cuello y arrojó fuertemente la otra, que onduló en el aire, pasó sobre el palo y quedó colgando del otro lado. El joven caballero, afirmándose bien en el suelo, diose después a la tarea de tirar de la cuerda hasta dejar aquel cuerpo, que le acompañara en su pavorosa aventura de Cabril, suspendido del madero, en el aire denso y negro, como un ahorcado más entre aquellos otros ahorcados.

—¿Estáis bien de ese modo?

—Estoy, señor, como debo.

La voz del muerto llegó sumisa y grave.

Don Ruy ató entonces la cuerda al pilar de piedra del patíbulo, y con el sombrero en una mano, ocupada la otra en enjugarse el sudor que corría a raudales por su frente, contempló un instante a su macabro y milagroso compañero. Había recobrado ya su anterior rigidez, permanecía con el rostro oculto de nuevo por las sueltas greñas oscuras, y los negros pies derechos, carcomido todo él como un viejo tronco. En el pecho ahora sumido, veíase el pomo de la daga. Arriba, en el madero, dormían dos cuervos inmóviles.

—¿Deseáis algo más ahora? —interrogó el caballero poniéndose los guantes.

—Ahora, señor —respondió desde lo alto el ahorcado—, os suplico con toda el alma que tan pronto lleguéis a Segovia relatéis a vuestra madrina, la Virgen del Pilar lo sucedido, pues ella ha de concederme la salvación eterna por el servicio que, por mandato suyo, os prestó mi cuerpo.

En la mente de don Ruy de Cárdenas hízose entonces la luz. E hincando devotamente las rodillas en aquella tierra de dolor y de muerte, rezó por el buen ahorcado, una larga y fervorosa oración.

Luego, galopó para Segovia. Y la mañana clareaba ya cuando pasaba la puerta de San Mauro. El eco de las campanas vibraba en el aire limpio. Entró en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, y aún en el desaliño de su singular jornada, relató a su celestial madrina la mala tentación que lo condujera a Cabril y el milagroso auxilio que el Cielo le había prestado. Llorando lágrimas de arrepentimiento y de gratitud, prometió solemnemente no volver a poner jamás deseo donde hubiera pecado ni dar albergue en su corazón a pensamiento que viniese del Mundo del Mal.

* * *

En Cabril, a esa hora, el anciano don Alonso de Lara inspeccionaba con los ojos dilatados por el terror y el asombro los macizos y caminos de su jardín.

Cuando, al amanecer, abriendo la puerta de la habitación en que dejara encerrada

a doña Leonor, bajó sigilosamente y no encontró, al pie del balcón, como se prometía, el cadáver de don Ruy de Cárdenas, creyó que el odiado rival habría conservado un débil hilillo de vida que le permitiera arrastrarse unos metros en el desesperado intento de llegar hasta su caballo y huir de Cabril.

Pensaba, empero, que con aquellas tres puñaladas que le asestara en pleno pecho, y con la daga clavada en él por añadidura, no podría haberse arrastrado muy lejos, y que por lo tanto había de yacer en algún lugar de aquéllos, desangrado y sin vida.

Prosiguió con tal pensamiento la búsqueda, registrando cada sombra y cada grupo de árboles, mas no encontró —¡extraño caso!— ni vestigios de pisadas, ni tierra removida, ni siquiera un pequeño rastro de sangre sobre el césped o la terraza. Sin embargo, con mano certera, habíale clavado tres veces la daga en el pecho, y en el pecho clavada se la había dejado…

¡Y era, sin duda, don Ruy de Cárdenas el muerto, pues perfectamente lo había reconocido desde las sombras del cuarto mientras atravesaba la terraza a la luz de la luna, confiado y arrogante, la mano puesta en la cintura, el rostro altanero y risueño y la pluma de su sombrero balanceándose airosa al caminar…!

Lo que don Alonso de Lara no comprendía era cómo un cuerpo mortal puede sobrevivir al acero que le atraviesa el corazón tres veces y se le queda en el corazón hundido. Y lo más extraño, lo incomprensible, era que ni la más leve huella de aquel cuerpo desplomado como un pelele desde el balcón había quedado en el suelo, bajo la escala. Ni una flor aparecía tronchada o marchita en el lugar donde había caído el cuerpo maltrecho. Mostrábanse todas erguidas y frescas, con rocío todavía en sus corolas diminutas.

Perplejo, inmovilizado por el terror, detúvose don Alonso a considerar la altura del balcón y se quedó contemplando, con mirada empavorecida, los frescos alhelíes no hollados, sin un tallo roto ni una hoja aplastada.

Emprendió después una enloquecida búsqueda por la terraza, por la alameda, por la calle de bojes, con la esperanza de hallar una huella, una pisada, una flor rota, una gota de sangre sobre la arena finísima del jardín…

¡Vano afán! Todo estaba intacto. Dijérase que por allí no había soplado nunca el viento que deshoja ni alumbrado nunca el sol que marchita.

Devorado por la incertidumbre, intrigado por el misterio, aprestó esa misma tarde un caballo y partió para Segovia, sin escudero ni caballerizo. Ocultándose como un delincuente, se dirigió a su palacio, en el que entró por la puerta del pinar, y su primera acción fue correr hasta la abovedada galería, apostarse tras la persiana y espiar ávidamente la casa de don Ruy.

Abiertos estaban, en su totalidad, a la fresca brisa nocturna, los miradores de la casa del arcediano. Un mozo de caballeriza parecía abstraído en su delicada tarea de afinar una bandurria, sentado en un banco de piedra, a la puerta de la residencia.

Lívido ante la conjetura de que nada grave podía ocurrir en una casa donde las ventanas están abiertas para recibir el aire y la luz, y a cuya puerta afinan

instrumentos de música y se divierten los sirvientes, el señor de Lara se fue a su alcoba, batió palmas impaciente, pidiendo la cena, y no bien húbose sentado al extremo de la mesa, en su alto sitial de cuero labrado, dio orden de que se presentara el intendente, al que ofreció con inusitada afabilidad una copa de vino.

Quería, con aquel gesto pródigo, «tirarle de la lengua», y en tanto que el hombre bebía, de pie, respetuosamente, don Alonso acariciándose afectadamente la barba y contrayendo su huraño rostro para sacarle algo así como una sonrisa, le inquiría las nuevas acontecidas en la ciudad.

¿Nada extraordinario y digno de mención había ocurrido en Segovia durante los días de su permanencia en Cabril?

Limpiándose los labios, el intendente informó a su señor que nada importante se comentaba en Segovia, excepción hecha, desde luego, de que la hija de don Gutiérrez, joven y rica heredera, tomaba el hábito de las Carmelitas Descalzas…

Insistía el anciano, observando atentamente a su subordinado. ¿No había tenido lugar ninguna pelea? ¿No había sido encontrado malherido, en la carretera de Cabril, un joven y conocido caballero de la ciudad?

El buen hombre respondía negativamente. Nada sabíase en Segovia de cruentas peleas ni de jóvenes caballeros hallados heridos en parte alguna.

Ante su falta de información, don Alonso despidió desabridamente a su interlocutor y tan pronto terminó de cenar volvió a la galería, a seguir espiando las ventanas de don Ruy, cerradas todas ahora, pero en la última de las cuales se percibía una leve claridad.

Pasó toda la noche en vela, debatiéndose presa del mismo espanto. ¿Cómo puede escapar con vida —se preguntaba— un hombre a quien se ha atravesado el corazón con una daga? ¿Cómo se explicaba aquello?

De madrugada, al amanecer, proveyóse de una capa y un amplio sombrero, y bajando a la plaza permaneció en ella, embozado y cubierto, contemplando las puertas de la casa de su enemigo. Tocaban a maitines las campanas de Nuestra Señora, y los mercaderes, adormilados aún, salían a levantar las persianas y a colgar los muestrarios.

Arreando a sus borricos cargados de costales, los hortelanos empezaban a poblar el aire de la mañana con la algarabía de sus pregones, y con la alforja al hombro, pidiendo el óbolo de los viandantes y bendiciendo a las mozas, los frailes descalzos circulaban entre la multitud.

Embozadas en sus mantos hasta los ojos y portando gruesos rosarios, enfilaban hacia la iglesia las beatas, y segundos más tarde, parado en un extremo del atrio del templo, el pregonero de la ciudad se ponía a leer con tremenda voz un edicto, luego de haber tocado durante un rato una bocina para llamar la atención.

Como hechizado por el fresco y cristalino ruido de los chorros, don Alonso de Lara se había detenido junto a la fuente. De pronto se le ocurrió que el edicto que estaba leyendo el pregonero se debía referir a don Ruy, probablemente a su muerte o

su extravío y salió corriendo hacia el atrio. Mas ya el hombre se alejaba batiendo sobre las losas para abrirse paso con su gigantesco cayado.

Tornó entonces a espiar la casa, y he ahí que sus ojos atónitos descubren al señor de Cárdenas, ¡al hombre a quien sepultara tres veces en el pecho una daga!, que se dirigía hacia la iglesia de Nuestra Señora, ágil y gallardo, risueña la faz y el continente erguido, luciendo jubón claro y pluma del mismo tono, con una mano en la cintura y la otra moviendo distraídamente un bastón con borlas de torzal de oro…

Con pasos inseguros, envejecido en un instante, volvió don Alonso a su palacio. En lo alto de la escalera de piedra topóse con su viejo capellán que llegaba para presentarle sus saludos y el cual, penetrando con él en la antecámara, se puso a hablarle —después de inquirir reverentemente noticias de su esposa doña Leonor—, de un extraño suceso que estaba suscitando el espanto y las murmuraciones de toda la ciudad.

La tarde anterior, informóle, habiendo ido el corregidor al cerro de los Ahorcados a inspeccionar el lugar, pues se aproximaban las fiestas de los Santos Apóstoles, había comprobado, con el consiguiente asombro, que uno de los cuatro ajusticiados tenía una daga clavada en el pecho hasta la empuñadura…

¿Era la obra de algún bromista tenebroso? ¿Tratábase de una venganza que iba más allá de la muerte?

Para mayor espanto de los circunstantes se descubrió que el cadáver había sido descolgado del madero, arrastrado por el suelo de alguna huerta o jardín —pues aparecían hojas aún no marchitas en sus harapos—, y colgado otra vez en la horca con una soga nueva… ¡Tal era la turbulencia de los tiempos, comentábase, que ni los muertos se substraían a aquellos siniestros ultrajes!…

El señor de Lara escuchaba temblando, el cabello erizado por el terror. En seguida, acometido por una súbita agitación, rugiendo, tropezando con los muebles, salió en busca de su intendente y le ordenó que aprontase dos cabalgaduras, pues quería partir al instante con su capellán para convencerse por sí mismo de la terrible profanación.

Materialmente arrastrado por el anciano hubo de acompañarlo el buen sacerdote, y allá salieron ambos hacia el cerro de los Ahorcados montando dos muías enjaezadas en un santiamén. Gran cantidad de vecinos de Segovia habíanse congregado en el tétrico lugar y el horror y el pasmo corrían parejos ante aquel muerto que «había sido asesinado»…

Muchos grupos arremolináronse ante el señor de Lara, que desmelenado y lívido contemplaba al ahorcado y a la daga que le atravesaba de parte a parte. ¡Aquella daga era la suya! ¡Era, pues, él quien había «matado» al muerto!

Presa de un pánico inenarrable galopó rumbo a Cabril. Ya allí, encerróse con su horrible secreto y empezó a languidecer y a adelgazar lejos siempre de la infeliz doña Leonor, oculto en las calles sombrías de su fúnebre jardín, hablando solo cosas incoherentes, hasta que una madrugada, la madrugada de San Juan, una criada que

volvía de la fuente con su cántaro bajo el brazo lo halló muerto al pie del balcón de piedra, con las manos crispadas sobre el macizo de alhelíes, donde había estado arañando hasta descarnarse los dedos en busca de sabe Dios qué…

* * *

Heredera del vasto patrimonio de la casa de Lara, doña Leonor buscó refugio en su oscuro palacio de Segovia.

Mientras le duró el luto, se abstuvo de visitar la iglesia de Nuestra Señora, pero ahora sabía ya que el joven caballero que en forma tan milagrosa escapara de la celada de Cabril era su arrogante vecino, y día a día, espiando entre las rejas de su galería, seguíalo con húmedos y nunca satisfechos ojos cuando el devoto ahijado de la Virgen del Pilar cruzaba el atrio en demanda de la bendición de su madrina.

Pasado el tiempo, una mañana de domingo, una mañana en que pudo trocar por sedas rojas sus crespones negros, bajó las escaleras de su palacio, pálida por influjo de una nueva y divina sensación, pisó las losas del atrio y franqueó transfigurada las altas puertas del templo.

Ante el altar, sobre el que había depositado su votivo ramo de claveles amarillos y blancos, estaba arrodillado don Ruy de Cárdenas. Al leve rumor de las finas sedas rojas, alzó el caballero los ojos con una luz radiante, con una luz de cielo fulgurado en ellos.

Arrodillóse a su vez doña Leonor, el pecho agitado por la ternura, pálida como la cera de las hachas, mas tan feliz como las golondrinas que batían sus alas en las ojivas de la capilla.

Y ante aquel altar, prosternados sobre aquellas losas, los casó y bendijo el obispo don Martín, de Segovia, y ambos se juraron amor eterno.

Corría a la sazón el año de gracia de 1475, y eran ya reyes de Castilla Fernando e Isabel, muy poderosos y muy católicos, por los que Dios realizó muchos y muy milagrosos hechos sobre la tierra y sobre el mar.

LAS ESCULTURAS DE MÁRMOL

Evelyn Nesbit

AUNQUE esta historia es totalmente verídica no confío en que el lector la crea. Hoy día para que algo sea creíble es indispensable que tenga «una explicación racional». También puedo ofrecer una «explicación racional» que ha resultado verosímil a quienes he narrado la tragedia de mi vida. Consiste en que Laura y yo tuvimos una alucinación aquel 31 de octubre. Esta suposición coloca toda la cuestión sobre unas bases satisfactorias y admisibles. Pero el lector podrá juzgar por sí mismo, hasta qué punto resulta una explicación y en qué sentido es racional. Los personajes de la tragedia fuimos Laura, yo y otra persona. Esta tercera persona aún vive y puede confirmar, por cierto, la parte más increíble de mi narración.

Nunca me ha sobrado el dinero y siempre he tenido dificultades para conseguir aquellas cosas que constituyen mis necesidades, como colores para pintar, libros, etcétera. Sabíamos perfectamente que al casarnos solamente podríamos vivir a base de «cuentas muy estrictas y trabajo firme». En aquel tiempo yo pintaba y Laura escribía. Nuestro trabajo, aunque no resultaba muy productivo, al menos nos daba la seguridad de que tendríamos lo suficiente para hacer hervir nuestro puchero. Por esta razón habíamos descartado la posibilidad de vivir en la ciudad y deseábamos encontrar una casita en el campo, en un lugar sano y pintoresco, cualidades que difícilmente se encuentran reunidas. Y, realmente, nuestra búsqueda resultó infructuosa. Consultamos los anuncios de los periódicos, los corredores de fincas, pero todo en vano; la mayor parte de las residencias campestres que visitamos carecían de estos elementos esenciales para nosotros, y cuando dábamos por casualidad con una casa con albañal tenía la fachada de estuco la forma de un terrón de azúcar. Si tenía un hermoso porche cubierto de parras o rosales, inevitablemente servía para ocultar su estado cochambroso. La elocuencia de los agentes inmobiliarios nos trastornaba; ya no sabíamos si eran mejores las casas con alcantarilla o sin ella y si realmente eran ultrajes a la belleza lo que habíamos visto y despreciado, de manera que el día de nuestra boda, dudábamos si seríamos capaces de distinguir entre una casa y un pajar. Pero durante nuestra luna de miel, lejos de amigos y agentes, recuperamos nuestro buen sentido que nos permitió reconocer la casa deseada, cuando la encontramos. Estaba en Brenzett, un pueblecito situado en una colina frente a las marismas del Sur. Desde nuestra residencia en un pueblo de la costa, habíamos ido a ver su Iglesia, mas la suerte nos deparó encontrar además la casa que reunía las dos cualidades que nosotros queríamos. Estaba completamente aislada a unas dos millas del pueblo; era un edificio grande, de una sola planta, de forma extraña. Tenía una parte de piedra cubierta de hierba y musgo, formando dos estancias, restos de una antigua construcción y a los que se habían adherido posteriormente nuevas habitaciones. Sin sus jazmines y rosales habría sido horrible, pero tal como era resultaba encantadora. Después de un breve examen como su

alquiler era baratísimo, nos quedamos con ella.

Pasamos el resto de nuestra luna de miel recorriendo las tiendas de objetos de segunda mano, comprando muebles y sillas para equipar la casa y después de una última visita a la ciudad y a los almacenes «Liberty», las estancias con su artesonado de roble y celosía en las ventanas adquirieron ya una calidad hogareña. Tenía un jardín alegre y anticuado, con senderos de césped e infinidad de malvas, girasoles y lirios gigantes. Desde sus ventanas se divisaban los pastos y a lo lejos la línea azul del mar. Nos sentimos felices en el maravilloso verano y tan pronto como nos pusimos a trabajar nos pareció que continuaba nuestra luna de miel. No me cansaba de pintar desde la ventana el paisaje y los efectos de las nubes, mientras Laura sentada a la mesa escribía versos en los que describía aquel paraje y yo aparecía como la figura de su fondo argumental.

Tuvimos la suerte de encontrar a una vieja campesina para que cuidara de los quehaceres de la casa. Era agradable y de buenos modales aunque su forma de cocinar resultaba excesivamente rudimentaria; pero en cambio, entendía de jardinería y nos enseñaba los nombres de los antiguos caminos, sotos y parajes de la comarca; nos contaba historias de contrabandistas y bandidos y, también de las «cosas que andan» y de las «visiones» que aparecen en las cañadas solitarias durante las noches estrelladas.

Mrs. Dorman fue nuestra salvación ya que Laura odiaba los trabajos domésticos, y al propio tiempo sus leyendas y anécdotas curiosas eran transformadas por mi esposa en cuentos para las revistas londinenses, que nos suponían un ingreso no despreciable.

Transcurrieron tres meses de felicidad conyugal, sin una sola querella, en perfecta armonía. Una noche de octubre fui a visitar a nuestro único vecino para fumar juntos una buena pipa. Era el médico del pueblo, un irlandés sumamente agradable y hospitalario. Laura se quedó en casa para terminar una de sus historietas cómicas inspirada en una leyenda de la región, destinada al «Monthly Marplot». La dejé riéndose de sus propios chistes. Al regreso la encontré sentada junto a la ventana llorando desconsoladamente, por lo que temí que hubiera ocurrido algo grave.

—¿Qué sucede? ¡Di algo!

—Es Mrs. Dorman —lloriqueó.

—¿Qué ha hecho? —pregunté ya más tranquilo.

—Nos deja antes de fin de mes; dice que su sobrina está enferma; ahora ha ido al pueblo a verla, pero no creo que ese sea el motivo, pues hace tiempo que está enferma. Su comportamiento es muy extraño; alguien le ha hablado mal de nosotros.

—No te preocupes —dije—. No llores nunca pase lo que pase, pues si lo haces me veré obligado a llorar contigo y entonces perderás el respeto a tu marido.

Obediente secó sus lágrimas con mi pañuelo y aun esbozó una sonrisa.

—Pero no te das cuenta —prosiguió—; esto es muy grave; ya sabes que la gente del pueblo tiene espíritu gregario y si Mrs. Dorman no quiere trabajar con nosotros,

nadie querrá venir. Yo tendré que cocinar, lavar los platos grasientos y tú tendrás que traer cubos de agua, limpiar los cuchillos y las botas. No tendremos tiempo para trabajar ni ganar dinero para nada.

Procuré calmarla diciéndole que a pesar de todos estos trabajos aún nos quedaría un margen para otros quehaceres y distracciones. Pero no había manera de convencerla y sólo quería mirar la parte lúgubre de nuestra situación. Ciertamente resultaba poco razonable, pero no la habría querido más si hubiera sido más sensata.

—Ya lo arreglaré; hablaré con Mrs. Dorman cuando regrese —dije—. Quizá quiere un aumento de sueldo. No te preocupes; demos un paseo hasta la Iglesia.

Era una Iglesia grande y solitaria y nos encantaba visitarla especialmente en las noches claras. Se iba por un sendero que primero bordeaba el bosque y después lo atravesaba para subir a la cresta de una colina cruzando unos prados, y seguir junto a la valla del cementerio parroquial, sobre la cual asomaba el negro ramaje de unos viejos cipreses. Este sendero, en parte pavimentado, era conocido con el nombre de «Camino de la muerte», pues durante muchos años había sido el camino por donde los cadáveres eran conducidos a su última morada. El cementerio estaba lleno de cruces y unos olmos gigantes lo cubrían con sus ramas, dando una plácida sombra a los muertos que allí descansaban. Había un pórtico bajo y grande, y se entraba en la Iglesia a través de una puerta normanda; dentro, la bóveda desaparecía en la oscuridad y las vidrieras situadas entre las arcadas dejaban pasar una luz mortecina. En el presbiterio las vidrieras eran más vistosas y a través de la débil luz nocturna resaltaba su colorido. Los bancos del coro, de roble oscuro, se confundían con las sombras de la noche. A cada lado del Altar había una estatua de mármol gris de un caballero armado, sobre una base no muy alta, elevando sus manos en perpetua plegaria. Eran unas esculturas bastante raras y que siempre quedaban visibles aunque hubiera muy poca luz en la Iglesia. Se desconocían sus nombres, pero los campesinos decían que representaban a unos hombres malvados, moreadores de tierra y mar, el azote de su tiempo, y culpables de hechos tan viles que su morada, la casa enorme cuyos restos nosotros habitábamos, había sido destruida por los rayos y por la venganza divina. Pero a pesar de todo, gracias al dinero de sus herederos, habían conseguido aquel lugar en la Iglesia. Examinando aquellos rasgos duros reproducidos en el mármol gris de las estatuas, era posible creer en la veracidad de esta leyenda.

Aquella noche la Iglesia tenía un encanto especial. Las sombras de los cipreses que a través de las vidrieras se reflejaban en el suelo de la nave, moteaban las columnas con diferentes sombreados. Sentados y silenciosos contemplamos la solemne belleza de la antigua Iglesia, acaso con aquel temor reverencial que debió inspirar a los propios constructores. Nos acercamos al presbiterio para examinar las estatuas de los famosos guerreros.

En el pórtico nos sentamos en un banco de piedra descansando durante un rato, y mientras mirábamos al prado que se extendía delante plateado por la luz de la luna, experimentamos una sensación de indecible paz y sosiego. Se había fortalecido

nuestro espíritu y el futuro, con el presagio de los nuevos trabajos domésticos, nos pareció más llevadero.

Mrs. Dorman había ya regresado del pueblo y la llamé para celebrar un tete-a-tete, en cuanto estuvimos de vuelta.

—Bien, Mrs. Dorman —dije cuando entró en mi estudio—, ¿es verdad que usted quiere dejarnos?

—Me gustaría estar fuera antes de fin de mes, señor —contestó con su dignidad y placidez acostumbrada.

—¿Es que la hemos molestado en algo?

—No, no señor; usted y su esposa han sido siempre muy amables conmigo, se lo aseguro…

—Entonces, ¿qué le pasa? ¿Es que no considera suficiente el sueldo?

—No señor, no es eso.

—Pues, ¿por qué no se queda?

—No puedo —continuó con cierta expresión de duda—. Mi sobrina está enferma.

—Pero su sobrina ya estaba enferma cuando vinimos.

No contestó. Después de un silencio largo y engorroso, pregunté:

—¿No podría quedarse otro mes?

—No, señor; he de irme el jueves.

—Mrs. Dorman, estamos a lunes; creo que podría haberlo dicho antes. Ahora no tenemos tiempo de encontrar a nadie y la señora no está acostumbrada a los trabajos de la casa. ¿No podría quedarse hasta la próxima semana?

—No, señor; pero puedo volver la próxima semana.

Estas últimas palabras me convencieron que lo que en realidad quería Mrs. Dorman eran unas cortas vacaciones, que nosotros le habríamos concedido encantados en cuanto tuviéramos una sustituta.

—Pero ¿por qué ha de marcharse esta semana? —insistí.

Mrs. Dorman se abrigó con su chal como si realmente tuviera frío y, haciendo un visible esfuerzo, dijo:

—Dicen, señor, que en esta casa ocurrieron cosas en tiempos antiguos.

La naturaleza de las «cosas» podía deducirse vagamente de la voz de Mrs. Dorman, capaz de producir escalofríos. Me alegraba que Laura no estuviera presente en esta conversación, pues era de naturaleza muy sensible y estos cuentos sobre nuestra casa contados por la vieja campesina con sus modales impresionantes y contagiosa credulidad, podrían atemorizarla.

—Cuéntemelo todo, Mrs. Dorman —dije—. Y no se preocupe, no soy de las personas que se burlan de esas cosas.

Y esta afirmación mía realmente era sincera.

—Bien señor —su voz se hizo más apagada—: seguramente usted habrá visto en la iglesia, cerca del altar, dos formas…

—Quiere decir las estatuas de dos caballeros armados —dije yo, alegremente.

—Quiero decir los dos cuerpos sacados del mármol en tamaño natural —replicó. Indudablemente su descripción era mucho más gráfica que la mía, sin olvidar la fuerza sobrenatural y misteriosa que llevaba en sí la frase «sacados del mármol en tamaño natural».

—Se dice que en la vigilia de Todos los Santos, los dos cuerpos que están sobre la losa, la dejan y andan por la nave «con su mármol» (otra frase magnífica de Mrs. Dorman), y cuando el reloj da las once salen de la Iglesia, pasan sobre las sepulturas, siguen el «camino de la muerte» y si la noche es húmeda, aun quedan visibles las huellas de sus pies por la mañana.

—¿Y adónde van? —pregunté fascinado.

—Vienen aquí, señor. Y si alguien los encuentra…

—¿Qué pasa?

Ya no quiso continuar su narración y reincidió en la tesis de la enfermedad de su sobrina y de su necesidad de marcharse antes del jueves. En cuanto oí aquella misteriosa leyenda dejó de interesarme la enfermedad reiterada de la sobrina y sólo pretendí sonsacar más detalles de Mrs. Dorman, pero únicamente pude conseguir algunos consejos.

—Haga usted lo que mejor le parezca, señor. Pero en la vigilia de Todos los Santos cierre la puerta temprano y haga el signo de la cruz en todas las puertas y ventanas.

—¿Pero los ha visto alguien? —persistí.

—No lo puedo decir. Yo sé únicamente lo que sé, señor.

—¿Quién vivía en esta casa el año pasado?

—Nadie, señor. La señora sólo pasaba el verano y se iba a Londres un mes antes de la fecha. Lamento mucho causarles estas molestias, pero mi sobrina está enferma y debo marcharme el jueves.

Parecía absurdo después de haber contado la leyenda de las estatuas, pero continuaba aferrándose a su primera versión: su marcha inevitable debido a la enfermedad de su sobrina.

No conté a Laura la historia de las formas que andaban con su mármol, en parte porque una leyenda sobre nuestra casa podría inquietarla y en parte, creo yo, por alguna razón desconocida. Para mí era una historia como cualquier otra, pero no quería mencionarla hasta después del jueves. Entonces mi atención estaba atraída por el retrato de Laura que estaba pintando, situada de pie junto a la ventana y como fondo las magníficas tonalidades amarillas y grisáceas que se divisaban en la lejanía, propias de aquel apacible mes de octubre. En aquellos días, precisamente, trabajaba su cara con entusiasmo tratando de trasladar al lienzo el sutil espíritu de mi esposa.

El jueves marchó Mrs. Dorman. Al partir se detuvo unos momentos para aconsejar a mi esposa:

—No trabaje demasiado, señora, y si no encuentran sustituta, la semana próxima estaré a su disposición.

Estas palabras indicaban claramente que deseaba regresar después de Todos los Santos, pero no volvió a mencionar la leyenda de los «cuerpos que andan con su mármol»; hasta el último momento permaneció fiel al pretexto de la enfermedad de su sobrina.

El jueves transcurrió bastante bien. Laura demostró una innegable habilidad para los asados y demás trabajos culinarios y yo, debo confesarlo, me defendí dignamente con mis cuchillos y platos, que insistí en lavar.

Llegó el viernes. Lo que ocurrió este día constituye la base de mi narración, que, naturalmente, yo la creo porque fui, por desgracia, testigo presencial. Describiré los hechos tal como ocurrieron, pues todo lo que sucedió aún está gravado al fuego en mi cerebro.

Recuerdo perfectamente que me levanté temprano y encendí con ciertas dificultades y mucho humo el fuego de la cocina. Mi mujer vino corriendo a echarme una mano, tan alegre y dulce como la mañana que comenzaba. Preparamos juntos el desayuno y nos dimos cuenta que nuestros recelos anteriores eran infundados, ya que incluso nos pro porcionaron momentos de alegría nuestros ensayos culinarios. Pronto terminamos con el trabajo casero y cuando cepillos, escobas y cubos lograron su merecido descanso, la casa quedó completamente tranquila. Es verdaderamente extraordinario lo que se nota la falta de una persona; sin duda queda un vacío en su lugar, de manera que nosotros echamos de menos a Mrs. Dorman no sólo por razones de índole práctica sino también por el mismo hecho de su ausencia.

Pasamos el día limpiando y ordenando los libros que nos habíamos traído, trabajo que hasta este momento había quedado relegado bajo diversos pretextos. Nuestra comida resultó alegre y la reducimos a un plato de carne fría y café. Laura estuvo, si es posible, más brillante, alegre y cariñosa que nunca, lo que me hizo pensar que le convenía una cierta dosis de trabajo doméstico. Desde el día de nuestra boda no nos habíamos sentido tan felices como este primer viernes de soledad, lleno de iniciativas y experiencias en gran parte nuevas para nosotros, y el paseo que dimos aquella tarde fue inolvidable.

Después de contemplar como las nubes encarnadas palidecían lentamente hasta transformarse en un gris plomizo sobre un cielo verde claro, y ver la deshilachada niebla enroscarse en los setos intercalados en la distante marisma, regresamos a casa silenciosamente, cogidos de la mano.

—¿Estás triste, querida? —pregunté bromeando, mientras nos sentábamos juntos en la sala de trabajo. Yo esperaba una rotunda negativa, pues mi silencio había sido de felicidad completa, mas ante mi sorpresa, contestó:

—Sí, creo que estoy triste, o, mejor dicho, inquieta. No me encuentro muy bien. He tenido dos o tres escalofríos desde que hemos entrado; no creo que sea un resfriado.

—¿No has tenido nunca ningún presentimiento? —continuó.

—No —contesté sonriente—, y si lo tuviera no creería en él.

—Yo lo tuve una vez —prosiguió—; la noche en que murió mi padre. Él estaba muy lejos en Escocia y yo presentí su muerte.

No contesté a sus palabras. Estuvimos un rato sentados junto al fuego, mientras ella golpeaba cariñosamente mi mano. Luego se levantó, vino hasta mi espalda y tirando mi cabeza hacia atrás, me besó.

—Bien, se ha terminado —dijo—. ¡Qué tonta soy! Vamos, enciende las velas y ensayaremos uno de aquellos dúos de Rubinstein.

Pasamos un par de horas tocando el piano.

Cerca de las diez y media sentí deseos de fumar mi pipa, pero como Laura estaba tan pálida pensé que podía molestarle el humo.

—Salgo a fumar una pipa —dije.

—Te acompaño.

—No Laura, no. Estás muy cansada. Volveré pronto. Si no te vas a la cama, mañana deberé cuidar a una enferma además de lavar los platos.

La besé y ya se retiraba cuando me echó sus brazos al cuello abrazándome como si temiera perderme. Enternecido, acaricié su cabello.

—Vete a la cama; estás muy cansada. El trabajo de hoy ha sido demasiado para ti.

Soltó sus brazos y dejó escapar un profundo suspiro.

—No tardaré, querida.

Salí por la puerta delantera, dejándola entornada. ¡Qué noche! Las nubes formaban masas desgarradas que flotaban lentamente a intervalos de uno a otro horizonte y finos espirales blancos cubrían las estrellas. De cuando en cuando parecía como si estas masas negruzcas chocaran contra la luna absorbiéndola. Con la misma cadencia su luz alcanzaba los bosques y producía la sensación de que éstos se ondulaban lenta y silenciosamente al compás de las nubes. Una extraña luz grisácea iluminaba la tierra y de los campos transpiraba un suave frescor.

Paseaba por el jardín sorbiendo la belleza de la tierra tranquila y su cambiante cielo. La noche era tan silenciosa que parecía como si no hubiera nada en el exterior; no se percibían ni los crujidos rumorosos de los animales del bosque ni el gorjeo soñoliento de los pájaros. Y aunque las nubes continuaban navegando a través del cielo, el viento que las impelía no alcanzaba a remover la hojarasca acumulada en el borde de los senderos.

Podía divisar el campanario de la iglesia, con sus matices plateados, irguiéndose hacia el cielo. Pensaba en los tres meses de felicidad perfecta, en nuestra vida sencilla y apacible, en mi esposa, sus ojos encantadores, sus maneras cariñosas y tuve la visión de una vida larga y dichosa.

Sonó la campana de la iglesia. Las once. Quería volver junto a Laura pero me dominó la sublimidad de aquella noche. Súbitamente, sentí deseos de visitar otra vez la iglesia a la luz de la luna. Deseaba con un deseo intuido, ofrecer mi amor y gratitud al santuario donde tantas tristezas y alegrías habían llevado hombres y mujeres de otras épocas.

Antes de partir dirigí una última mirada a mi esposa a través de la ventana. Laura estaba sentada junto al fuego. No pude ver su cara, solamente su cabeza resaltaba en el azul pálido de la pared. Estaba quieta, seguramente dormía.

Anduve pausadamente por el lindero del bosque. Un rumor quebró la quietud de la noche; era un crujido que procedía del bosque. Me paré para escuchar, pero el silencio era completo. Reanudé mi paseo, y de nuevo distinguí claramente el ruido de unos pasos que no eran los míos, como si fuera un eco. Sería probablemente un cazador o leñador furtivo de la comarca, mas era indudable que no tenía gran interés en ocultar su paso. Penetré en el bosque, pero ahora parecía como si los pasos procedieran del sendero que había dejado. «Acaso es el eco», pensé. El bosque era maravilloso a la luz de la luna; helechos y zarzales agostados surgían de cuando en cuando iluminados por la pálida luz que pasaba a través de algunos claros en el follaje. Los troncos de los árboles se erguían como columnas góticas a mi alrededor. Me recordaron la iglesia y hacia ella encaminé mis pasos tomando el «camino de la muerte». Me detuve un momento en el banco de piedra donde Laura y yo habíamos contemplado el paisaje. Entonces me di cuenta que la puerta estaba abierta y como durante los días laborables nosotros éramos los únicos que algunas veces la visitábamos, me sentí avergonzado por nuestro olvido, temiendo que el aire húmedo del otoño hubiera dañado su vieja estructura.

Parecerá extraño, pero sólo cuando llegué al centro de la nave me acordé… con un repentino escalofrío y avergonzado bochorno… que era el día y hora en que según la tradición las «formas sacadas del mármol en tamaño natural», salían de su base y emprendían el paseo nocturno.

Este recuerdo súbito, me indujo a dirigirme hacia el altar para contemplar las estatuas, pero en realidad para convencerme que no creía en la leyenda y que ésta no era verdadera. Me alegraba haber ido a la iglesia pues así podría decir a Mrs. Dorman que sus fantasías eran falsas, las estatuas estaban tranquilamente en su sitio durante aquellas horas fantasmales. Con aquella luz grisácea el fondo de la iglesia parecía más amplio y la bóveda que cubría las dos estatuas más alta. Una nube descorrió el velo al dejar pasar la luz plateada de la luna; quedé inmóvil, sorprendido, mi corazón dio un salto y miré atónito.

«Los cuerpos sacados del mármol» se habían marchado, y sus bases de mármol aparecían desnudas iluminadas por el rayo de luna que caía oblicuamente a través de las vidrieras.

¿Se habían ido realmente o estaba loco? Dominando mis nervios me agaché para pasar mi mano sobre la suave losa y palpé su superficie lisa. ¿Alguien se las había llevado? ¿Era una broma pesada? Hice una antorcha con un periódico que llevaba en el bolsillo y su resplandor amarillo iluminó las negruzcas arcadas. Las figuras no estaban allí.

Me sobrevino un terror angustioso e indescriptible…, la certidumbre de una tragedia inevitable. Tiré la antorcha y salí corriendo de la iglesia, apretando los

dientes para calmarme y no gritar. Salté la valla del cementerio y tomé el camino más recto, a campo traviesa guiándome por las luces de nuestras ventanas. Iniciaba mi rápido regreso cuando una sombra que surgió del suelo se interpuso en mi camino. Enfurecido grité: «apártese», y proseguí sin desviarme de mi ruta.

Me sentí cogido por los brazos y retenido por el joven médico irlandés que me sacudía enérgicamente.

—¿Qué le pasa? —gritó, con su peculiar acento irlandés.

—Suélteme, estúpido —grité también—. Las figuras de mármol se han escapado de la iglesia; han desaparecido.

Estalló una sonora carcajada.

—Deberé recetarle alguna droga. Veo que ha oído demasiadas historias de fantasmas.

—¡Es verdad! He visto la losa lisa, desnuda.

—Bien, venga conmigo. Me dirijo a casa del viejo Palmer, cuya hija está enferma; entraremos en la iglesia y podremos ver las losas desnudas.

—Vaya usted, si quiere —dije yo, ya más sosegado a causa de su risa—. Yo me voy a casa a ver a mi mujer.

—¡Qué estupidez! —exclamó—. ¿Cree usted que se lo permitiré? Durante toda su vida irá contando que ha visto unas estatuas de mármol dotadas de vida y yo explicando que usted es un cobarde. No señor, usted no hará esto.

El aire de la noche… una voz humana… y creo también el contacto físico con estos seis pies de sólido sentido común, me serenaron hasta cierto punto y la palabra cobarde constituyó para mí una verdadera ducha mental.

—Vamos —dije hoscamente—. Quizá tenga razón.

Mientras regresábamos a la iglesia todavía me cogía con fuerza por el brazo; pasamos por el portillo y penetramos en el interior. Había un silencio de muerte. El lugar olía a humedad y tierra. Llegamos hasta el altar y no me avergüenza decir que cerré los ojos; sabía que las figuras no estarían allí.

Oí que Kelly encendía una cerilla.

—Aquí las tiene; las puede usted ver perfectamente bien. Creo que ha soñado o bebido, pidiéndole perdón por esta última suposición.

Abrí los ojos. A través de la trémula luz de la cerilla vi las dos formas «en su mármol», sobre la losa. Respiré profundamente y cogí la mano del doctor.

—Le estoy muy agradecido —dije; quizás ha sido un extraño efecto de luz o he trabajado demasiado estos últimos días. Estaba convencido que se habían ido.

—Ya me di cuenta —contestó ceñudamente—. Debe tener cuidado con su cerebro, amigo, se lo recomiendo.

El doctor estaba mirando la figura de la derecha, que era la que tenía expresión más villana y feroz, cuando de repente exclamó:

—¡Por Júpiter!, esta mano está rota.

Yo estaba seguro que la última vez que visité la iglesia junto con Laura, estaba

intacta.

—Quizás alguien ha intentado mover la estatua —dijo el doctor.

—No, yo no la he tocado —me defendí.

—Quizá lo pueda explicar un exceso de pintura y tabaco.

—Vámonos —dije—. Mi esposa estará inquieta. Acompáñame y tomaremos un *whisky* que acaso confunda a los fantasmas y me devuelva el sentido común.

—Tenía que ir a casa de los Palmer, pero ahora es demasiado tarde; lo dejaré para mañana. Me he retrasado bastante en la Unión y con algunas visitas más. Bien, le acompañaré.

Seguramente pensó que yo le necesitaba más que la hija de Palmer, así es que discutiendo cómo había sido posible mi alucinación y deduciendo de esta experiencia generalizaciones relativas a la aparición de fantasmas, nos dirigimos hacia mi casa. Vimos, mientras subíamos por el sendero del jardín, que una luz brillante irradiaba de la puerta principal, completamente abierta. ¿Había salido mi esposa?

—Pase —dije al doctor Kelly, que me siguió dentro de la sala.

La estancia estaba profusamente iluminada; todas las velas encendidas; seguramente las encendió mi esposa para ahogar su nerviosismo. ¡Pobre niña! ¿Por qué la dejé?

Recorrimos la estancia con la mirada, sin encontrarla. La ventana estaba abierta y una corriente de aire inclinaba las llamas de las velas hacia un lado. Su silla estaba vacía y su pañuelo y libro caídos al suelo. Me volví hacia la ventana. Estaba allí tendida sobre la mesa, cerca de la ventana, y su cuerpo yacía en parte caído, su cabeza colgaba y su cabello llegaba hasta la alfombra. Tenía los labios contraídos y sus ojos abiertos, completamente abiertos. Pero no veían nada. ¿Qué era lo último que habían contemplado?

Salté hasta donde estaba y cogiéndola entre mis brazos, grité:

—¿Estás bien? ¡Laura! ¡Laura!

Quedó inerte entre mis brazos. La abracé y besé, llamándola con todas mis palabras cariñosas, pero creo que desde el primer momento me di cuenta que estaba muerta. Tenía las manos cerradas, y con una apretaba algo fuertemente. Cuando estuve seguro de que había muerto y que ya nada importaba, le abrí la mano para ver qué tenía.

Era un dedo de mármol gris.

EL ENEMIGO

Antón Chéjov

Es de noche. La criadita Varka, una chiquilla de trece años, mece en la cuna al niño, canturreando:

Duerme, duerme, niño
lindo que viene el coco…

Una lamparilla verde encendida ante el icono alumbra con luz débil e incierta. Colgados a una cuerda que atraviesa la habitación se ven unos pañales y un pantalón negro. La lamparilla proyecta en el techo un gran círculo verde; las sombras de los pañales y el pantalón se agitan, como sacudidas por el viento, sobre la estufa, sobre la cuna y sobre Varka.

La atmósfera es densa. Huele a pieles y a sopa de col. El niño llora. Está afónico hace tiempo de tanto llorar, pero sigue gritando cuanto le permiten sus fuerzas. Diríase que su llanto no va a acabar nunca.

Varka está muerta de sueño. A pesar de todos sus esfuerzos, sus ojitos se cierran y, por más que intente evitarlo, da cabezadas. Apenas puede mover los labios; siente su cara como de madera y su cabeza pequeñita como la de un alfiler.

Duerme, duerme, niño lindo…

balbucea.

Se oye el canto monótono de un grillo escondido en una grieta de la estufa. En el cuarto inmediato roncan el maestro y el aprendiz Afanasy. La cuna, al mecerse, gime quejumbrosamente. Todos estos ruidos se mezclan con el canturreo de Varka en una música adormecedora, que es grato oír desde la cama. Pero Varka no puede acostarse, y la musiquilla la exaspera, pues le da sueño y ella no puede dormir. Si se durmiese, los amos le pegarían.

La lamparilla verde está a punto de apagarse. El círculo verde del techo y las sombras se agitan ante los ojos entrecerrados de Varka, en cuyo cerebro medio dormido surgen vagos recuerdos.

La muchacha ve correr por el cielo nubes negras que lloran a gritos, como niños de pecho. Pero el viento no tarda en barrerlas, y Varka ve un ancho camino, lleno de lodo, por el que transitan, en fila interminable, coches, gentes con talegos a la espalda y sombras. A uno y otro lado del camino, envueltos en la niebla, hay bosques. De súbito, las sombras y los caminantes de los talegos se tienden en el lodo.

—¿Por qué hacéis eso? —les pregunta Varka.

—¡Para dormir! —contestan—. Queremos dormir.

Y se duermen como lirones.

Cuervos y urracas, posados en los alambres del telégrafo, se empeñan en despertarlos.

Duerme, duerme, niño lindo…

canturrea Varka entre sueños.

Momentos después sueña hallarse en casa de su padre. La casa es angosta y oscura. Su padre, Efim Stepanov, fallecido hace tiempo, se revuelca por el suelo. Ella no lo ve, pero oye sus gemidos de dolor. Sufre mucho —de no se sabe qué enfermedad—; no puede hablar. Jadea y rechina los dientes.

—Bu-bu-bu-bu…

La madre de Varka corre a la casa señorial para anunciar que su marido está muriéndose. Pero ¿por qué tarda en volver? Hace largo rato que se ha ido y debía estar de vuelta ya.

Varka, recostada en la estufa, sueña que sigue oyendo quejarse y rechinar los dientes a su padre.

Mas he aquí que se acerca gente a la casa. Se oye un trotar de caballos. Los señores han enviado al joven médico a ver al moribundo. Entra. No se le ve en la oscuridad, pero se le oye toser y abrir la puerta.

—¡Encended alguna luz! —dice.

—¡Bu-bu-bu! —responde Efim, rechinando los dientes.

La madre de Varka va y viene por el cuarto, buscando cerillas. Reina el silencio durante unos instantes. El médico saca del bolsillo una cerilla y la enciende.

—¡Espere un instante, señor doctor! —dice la madre.

Sale corriendo y vuelve en seguida con un cabo de vela.

Las mejillas del moribundo están rojas, sus ojos brillan, sus miradas parecen hundirse extrañamente agudas en el médico, en las paredes.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le pregunta el médico, inclinándose sobre él—. ¿Hace mucho que estás enfermo?

—¡Estoy en las últimas, excelencia! —contesta, con mucho trabajo, Efim—. No me hago ilusiones…

—¡Vamos, no digas sandeces! Ya verás cómo te curas…

—Gracias, excelencia; pero bien sé yo que no hay remedio… Cuando la muerte llama a la puerta, es inútil luchar contra ella…

El médico reconoce detenidamente al enfermo y declara:

—Yo no puedo hacer nada. Hay que llevarlo al hospital para que lo operen. Pero sin pérdida de tiempo. Aunque ya es muy tarde, no importa; te daré cuatro letras para el médico y te recibirá. ¡Pero en seguida, en seguida!

—Señor doctor, ¿y cómo lo llevaremos? —pregunta la madre—. No tenemos caballo.

—No importa; hablaré a los señores para que os dejen uno.

El médico se marcha, la vela se apaga y de nuevo se oye el rechinar de dientes del moribundo.

—Bu-bu-bu-bu…

Media hora después un coche se detiene ante la casa; lo mandan los señores para llevar a Efim al hospital. A poco el coche se aleja, conduciendo al enfermo.

Por fin la noche acaba y sale el sol. La mañana es hermosa, clara. Varka se queda sola en casa; su madre se ha ido al hospital a ver cómo sigue el marido.

Se oye llorar a un niño. Se oye también una canción:

Duerme, duerme, niño lindo…

A Varka le parece que la voz que canta es su propia voz. Su madre no tarda en regresar. Se persigna y dice:

—¡Acaban de operarlo, pero ha muerto! ¡Que Dios lo tenga en su gloria! El médico dice que ha sido operado demasiado tarde; que debía haberse hecho mucho tiempo antes.

Varka sale de la casa y se dirige al bosque. Pero, de pronto, siente un terrible manotazo en la nuca. Se despierta y ve con horror a su amo, que le grita:

—¡Ah, sinvergüenza! ¡El niño llorando y tú durmiendo!

Le da un tirón de orejas; ella sacude la cabeza como para ahuyentar el sueño irresistible y empieza de nuevo a mecer la cuna, canturreando con voz ahogada.

El círculo verde del techo y las sombras siguen produciendo un efecto adormecedor en Varka, que, cuando su amo se va, torna a dormirse. Y empieza otra vez a soñar.

Ve de nuevo el camino enlodado. Infinidad de gente, cargada con talegos, yace dormida en la tierra. Varka quiere acostarse también; pero su madre, que camina con ella, no la deja; ambas se dirigen a la ciudad en busca de trabajo.

—¡Una limosna, por el amor de Dios! —implora la madre a los caminantes—. ¡Tened compasión de nosotros, buenos cristianos!

—¡Dame el niño! —grita de pronto una voz que le es muy conocida—. ¡Ya te has dormido otra vez, sinvergüenza!

Varka se levanta bruscamente, mira en torno suyo y se da cuenta de la realidad. No hay camino ni caminantes, ni su madre está junto a ella; sólo ve a su ama, que ha venido a darle el pecho al niño.

Mientras el niño mama, Varka, de pie, espera que acabe. El aire empieza a azulear tras los cristales, el círculo verde del techo y las sombras van palideciendo. La noche cede el paso a la mañana.

—¡Toma el niño! —ordena a los pocos minutos el ama, abotonándose la camisa —. Siempre está llorando. ¡No sé qué le pasa!

Varka coge el niño, lo acuesta en la cuna y empieza otra vez a mecerlo. El círculo

verde y las sombras, menos perceptibles a cada instante, no ejercen ya ningún influjo sobre su cerebro. Sin embargo, sigue teniendo sueño. Su necesidad de dormir es imperiosa, irresistible. Apoya la cabeza en el borde de la cuna y balancea el cuerpo siguiendo el ritmo del mueble, para despabilarse. Pero los ojos se le cierran y siente en la frente un peso plúmbeo.

—¡Varka, enciende la estufa! —grita el ama, al otro lado de la puerta.

Es de día. Hay que empezar el trabajo.

Varka deja la cuna y va por leña al cobertizo. Se anima un poco; es más fácil resistir el sueño andando que sentada.

Lleva leña y enciende la estufa. La niebla que envolvía su cerebro se va disipando.

—¡Varka, prepara el samovar! —grita el ama.

Varka empieza a encender astillas, pero su ama la interrumpe con una nueva orden:

—¡Varka, limpia los chanclos del amo!

Varka, mientras limpia los chanclos, sentada en el suelo, piensa que sería delicioso meter la cabeza en uno de aquellos zapatones para dormir un rato. De pronto, el chanclo que estaba limpiando crece, se hincha, llena toda la estancia. Varka suelta el cepillo y empieza a dormirse; pero hace un nuevo esfuerzo, sacude la cabeza y abre los ojos cuanto puede, para evitar que los trastos que hay a su alrededor sigan moviéndose y creciendo.

—¡Varka, ve a fregar la escalera! —ordena el ama a voces—. Está tan sucia, que cuando sube un parroquiano me cae la cara de vergüenza.

Varka friega la escalera, barre las habitaciones, enciende después otra estufa, corre varias veces a la tienda. Son tantos sus quehaceres, que no tiene un momento libre.

Lo que más esfuerzo le cuesta es permanecer de pie, inmóvil, ante la mesa de la cocina, mondando patatas. Su cabeza se inclina, sin que ella lo pueda evitar, hacia la mesa; las patas cobran formas fantásticas; su mano no puede sostener el cuchillo. Sin embargo, es necesario no dejarse vencer por el sueño, pues allí está el ama, gorda, malévola, chillona. Hay momentos en que a la pobre muchacha le acomete una violenta tentación de tenderse en el suelo y dormir, dormir, dormir…

Varka, mirando cómo las tinieblas enlutan las ventanas, se aprieta las sienes, que se siente como, de madera, y sonríe de un modo estúpido, sin ningún motivo. Las tinieblas acarician sus ojos y hacen renacer en su alma la esperanza de poder dormir.

Aquella noche hay visitas en la casa.

—¡Varka, enciende el samovar! —grita el ama.

El samovar es muy pequeño y, para que todos puedan tomar té, hay que encenderlo cinco veces.

Luego Varka, de pie, espera órdenes, fijos los ojos en los, visitantes.

—¡Varka, ve por *vodka*! Varka, ¿dónde está el sacacorchos? ¡Varka, limpia un

arenque!

Por fin las visitas se marchan. Se apagan las luces. Los amos se acuestan.

—¡Varka, mece al niño! —es la última orden.

El grillo canta en la estufa. El círculo verde del techo y las sombras vuelven a agitarse ante los ojos, medio cerrados, de Varka y a envolverle el cerebro en una niebla.

Duerme, duerme, niño lindo…

canturrea la pobre muchacha con voz soñolienta…

El niño berrea tanto que está a dos dedos de encanarse.

Varka, medio dormida, sueña con el ancho camino enlodado, con los caminantes de las talegas, con su madre, con su padre moribundo. No puede darse cuenta de lo que pasa en torno suyo. Sólo sabe que hay algo que la paraliza, pesa sobre ella, la impide vivir. Abre los ojos, tratando de inquirir qué fuerza, qué potencia es ésa, y no saca nada en limpio. Agotada, mira el círculo verde, las sombras… En este momento oye gritar al niño y piensa: «Ese es el enemigo que me impide vivir.»

El enemigo es el niño.

Varka se echa a reír. ¿Cómo no se le había ocurrido hasta ahora una idea tan sencilla?

Completamente absorbida por tal idea, se levanta y, sonriente, da algunos pasos por la estancia. La llena de gozo el pensar que va a librarse en seguida del niño enemigo. Lo matará y podrá dormir todo lo que quiera.

Riendo, guiñando los ojos, se acerca sigilosamente a la cuna y se inclina sobre el niño.

Con las dos manos le atenaza el cuello. El niño se pone azul y a los pocos instantes muere.

Varka, entonces, alegre, feliz, se tiende en el suelo y se queda inmediatamente dormida, con un sueño profundo…

LA SÚPLICA

VIOLET HUNT

I

—¡Vamos, Mrs. Arme… querida, no debe usted tomárselo así! ¡No puede quedarse aquí, debe marcharse! ¡Deje que Miss Kate la acompañe… vamos! —urgió la enfermera, con la más maternal de sus entonaciones.

—Sí, Alice, Mrs. Joyce tiene razón. Vamos… no te hará ningún bien quedarte aquí. Todo ha terminado; no puedes hacer absolutamente nada para remediarlo. ¡Oh, vamos! —suplicó la hermana de Mrs. Arne, temblando de excitación y de nerviosismo.

Hacía unos instantes que el Dr. Graham había soltado el pulso de Edward Arne con un gesto de impotencia que significaba que todo había terminado.

La enfermera había compuesto la expresión de resignada conformidad que su profesión le obligaba a adoptar en aquellos casos. La joven cuñada había escondido su rostro entre las manos. La esposa había lanzado un terrible grito que puso los pelos de punta a todos los presentes… y se había dejado caer sobre el lecho en el que reposaba su marido muerto. Se quedó allí, gritando, mientras los sollozos sacudían todo su cuerpo.

Los tres se quedaron mirándola compasivamente, sin saber qué hacer. La enfermera, restregándose nerviosamente las manos, interrogó al médico con la mirada, y el médico tabaleó con sus dedos en la cabecera del lecho. La joven puso tímidamente la mano sobre el hombro de su cuñada, que se estremeció al contacto.

—¡Márchense todos! ¡Márchense todos! —repetía Mrs. Arne una y otra vez, con una voz ronca por el cansancio.

—¡Déjela sola, Miss Kate! —susurró finalmente la enfermera—. Tal vez sea mejor que se desahogue un poco.

Se acercó a la lámpara de gas y dio media vuelta a la llave, como para tender un velo sobre la escena. Mrs. Arne se incorporó sobre un codo, mostrando un rostro cubierto de lágrimas y enrojecido por la emoción.

—¡Qué! ¿Vas a marcharte o no? —inquirió desabridamente—. ¡Vete, Kate, vete de una vez! Esta es mi casa. No te necesito, no necesito a nadie… sólo quiero hablar con mi marido. Vete… márchense todos. ¡Déjenme sola con mi marido una hora, media hora… cinco minutos!

Tendió las manos hacia el médico en actitud suplicante.

—Bien… —murmuró el Dr. Graham, casi para sí.

Hizo una seña con la cabeza a las dos mujeres y las siguió hasta el pasillo.

—Vayan a comer algo —les conminó—, ahora que tienen tiempo. Mrs. Arne nos dará trabajo, dentro de poco. Yo esperaré en el saloncito.

Dirigió una última mirada a la mujer desplomada sobre el lecho, se encogió de hombros y entró en la habitación contigua, sin cerrar la puerta de comunicación. Acercó un sillón a la chimenea y se sentó, cerrando los ojos. Los aspectos profesionales del caso de Edward Arne, con todas sus interesantes complicaciones, se

abrieron paso en su mente…

* * *

Esta actitud profesional era precisamente lo que Mrs. Arne no podía soportar en el médico y en la enfermera. A través de la amabilidad con que se conducían, Mrs. Arne había adivinado y aborrecido su interés científico por su marido, ya que para ellos no había sido más que un caso curioso y complicado; y ahora que todo había terminado, Mrs. Arne los consideraba como una especie de verdugos. Su único deseo era verse libre de su odiosa presencia y quedarse sola… sola con el muerto.

Estaba cansada del tono cordialmente imperativo del médico… de la actitud profesionalmente maternal de la enfermera, un aspecto más de sus obligaciones… del infantil consuelo de la joven hermana de su marido, que nunca había estado enamorada, que no había estado casada, que no podía saber los terribles momentos que ella estaba pasando. Sus frases de conmiseración la herían como latigazos, el contacto de sus manos, cuando trataba de apartarla del lecho, hacía vibrar todos sus nervios.

Con un suspiro de alivio, se acercó más a su marido, enterró su cabeza en la almohada, y se quedó inmóvil.

Dejó de sollozar.

* * *

La lámpara se apagó con un gorgoteo. Tras un último estertor, el fuego murió. Mrs. Arne alzó la cabeza y miró a su alrededor con expresión de desconsuelo; luego la dejó caer de nuevo y acercó sus labios al oído del muerto.

—¡Edward! ¡Querido Edward! —susurró—. ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué me has abandonado, cariño? No puedo quedarme sola… sabes que no puedo. Soy demasiado joven para que me hayas abandonado de este modo. Sólo hace un año que te casaste conmigo. Nunca pensé que sólo fuera para un año. «¡Hasta que la muerte nos separe!» Sí, eso fue lo que dijimos, eso es lo que dice todo el mundo, pero nadie comprende su significado. Y yo tampoco creí que me vería obligada a vivir sin ti. Pensé que aquellas palabras significaban que yo moriría contigo…

»No… no… yo no puedo morir… no debo morir… hasta que haya nacido mi hijo. El hijo que no podrás conocer. ¿No deseas verlo? ¿No lo deseas? ¡Oh, Edward, habla! Dime algo, querido, una palabra… una sola palabra. ¡Edward! ¡Edward! ¿Estás ahí? ¡Respóndeme, por el amor de Dios, respóndeme!

»Querido, estoy muy cansada de esperar. Créelo, amor mío. Tenemos muy poco tiempo. Sólo me han concedido media hora. Dentro de media hora entrarán y me

separarán de ti… te llevarán a un lugar al que no puedo seguirte… ¡Queriéndote como te quiero, no podré seguirte! Conozco el lugar al que te llevarán… lo vi una vez. Un lugar espacioso y tranquilo, lleno de tumbas y de cipreses. Te llevarán allí y te encerrarán en una tumba de piedra gris. ¿Cómo podrás quedarte allí, solo… solo… sin mí?

»¿Recuerdas, Edward, lo que dijimos en cierta ocasión… que el primero de nosotros que muriese debía regresar en espíritu a consolar al otro? Te lo prometí y me lo prometiste. ¡No éramos más que un par de chiquillos! La muerte no es lo que imaginábamos. Pero entonces nos consolaba decir aquello.

»No necesito tu espíritu… No puedo verlo… ni tocarlo… ¡Te necesito a ti, a ti, amor mío! Necesito que tus ojos se miren en los míos, que tu boca me bese…»

Mrs. Arne cogió los brazos de su marido muerto y rodeó con ellos su propio cuello, murmurando:

—¡Oh, abrázame, abrázame! ¿Es que ya no me quieres? ¡Soy yo, tu esposa!

En la estancia contigua, el Dr. Graham se removió en su asiento. El ruido despertó a Mrs. Arne de su ensueño; separando el brazo muerto de su cuello, lo mantuvo asido por la muñeca y lo contempló con expresión apesadumbrada.

—Sí, puedo hacer que me abrace, pero tengo que mantenerle cogido a mi cuello. A él no le importa. ¡Está completamente frío y no le importa! ¡Oh, querido, ya no te importo nada! Estás muerto. Te beso, pero tú no me devuelves la caricia. ¡Edward! ¡Edward! ¡Oh, por el amor del cielo, bésame una vez! ¡Sólo una vez!

»No, no, no es eso lo que quiero! ¡Eso no sería bastante! ¡No sería nada! ¡Peor que nada! Quiero que vuelvas tú, todo tú…

* * *

—¡Dejarla sola media hora con el cadáver! ¡No me parece nada bien!

Las palabras de la enfermera, lastimada en su sentido de la dignidad profesional, llegaron desde lo alto de la escalera, donde había estado aguardando durante los últimos minutos. El Dr. Graham fue a reunirse con ella.

—¡Silencio, Mrs. Joyce! Voy a entrar en la habitación ahora mismo.

La puerta chirrió sobre sus goznes cuando el médico la empujó suavemente.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —gritó Mrs. Arne—. ¡Doctor! ¡Doctor! ¡No me toque! ¡O yo estoy muerta o mi marido está vivo!

—Vamos, vamos, Mrs. Arne —dijo el Dr. Graham, con fingida severidad. No puede usted continuar aquí.

—¡No está muerto! ¡No está muerto! —exclamó Mrs. Arne.

—Le aseguro que está completamente muerto. Muerto y frío desde hace una hora. ¡Vamos!

Se inclinó sobre ella, que permanecía inmóvil, boca abajo, y la cogió por un

hombro para apartarla de allí. Al hacerlo, su mano rozó la mejilla del muerto… ¡y no estaba fría! Instintivamente, su mano buscó el pulso del difunto.

—¡Un momento! —exclamó, presa de intensa agitación—. ¡Mi querida Mrs. Arne, domínese!

Pero Mrs. Arne acababa de desmayarse. Su cuñada, rápidamente avisada, la tendió en la cama contigua y empezó a prodigarle sus cuidados, mientras el hombre que todos habían dado por muerto volvía lentamente a la vida.

II

—¿Por qué vistes siempre de negro, Alice? —preguntó Esther Graham—. Que yo sepa, no estás de luto…

Esther era la única hija del Dr. Graham y la única amiga de Mrs. Arne. Estaba sentada con ella en el saloncito de la casa de Chelsea. Había ido a tomar el té. Era la única persona que iba a tomar el té a aquella casa.

Miss Graham tenía un temperamento brusco y desabrido y una habilidad especial para hacer observaciones inoportunas. ¡Seis años antes, Mrs. Arne había sido viuda por espacio de una hora! Su marido había sucumbido a una enfermedad al parecer mortal, y durante una hora había estado muerto. Cuando despertó del trance, repentina e inexplicablemente, la impresión, unida a los efectos de seis semanas de continua vela, había estado a punto de costar la vida a su esposa. Esther conocía todo esto por su padre. Conoció a Mrs. Arne después del nacimiento de su hija, cuando las trágicas circunstancias de la enfermedad de su marido habían sido presumiblemente olvidadas. Ahora, al ver que su estúpida pregunta no recibía respuesta de la pálida mujer que estaba sentada en frente de ella, con los ojos clavados en las llamas verdes y azules que danzaban en la chimenea, tuvo la esperanza de no haber sido oída. Esperó unos instantes a que Mrs. Arne reemprendiera la conversación, pero su temperamento impaciente le hizo exclamar:

—¡Di algo, Alice!

—Perdóname, Esther —dijo Mrs. Arne—. Estaba pensando.

—¿En qué estabas pensando?

—No lo sé.

—No, desde luego que no lo sabes. En realidad, la gente que se sienta a contemplar el fuego no piensa en nada. No hace más que preocuparse tontamente, que es lo que te ocurre a ti. No pones interés en nada, no sales de casa… Estoy segura de que hoy no has puesto aún los pies en la calle.

—No… sí… creo que no. Hace demasiado frío.

—¡Cómo no vas a sentir frío, sentada todo el día en esta casa! Vas a caer enferma. ¡Mírate al espejo!

Mrs. Arne se puso en pie y se contempló en el espejo italiano colocado sobre la chimenea. El cristal le devolvió una imagen pálida, de ojos y pelo negros, un rostro traslúcido, casi inmaterial.

—Sí, tengo muy mal aspecto —murmuró.

—¿Mal aspecto? En realidad, te estás enterrando en vida —afirmó Esther.

—A veces me parece estar viviendo en una tumba. Miro al techo y tengo la sensación de que es el de mi ataúd.

—No hables así, por favor —reprochó Miss Graham, señalando con la cabeza en dirección a la hijita de Mrs. Arne—. Aunque sólo fuera por Dolly, creo que no deberías darte a esas morbosas fantasías. A la niña no le hacen ningún bien.

Mrs. Arne pareció haber sido herida en un punto sensible y al hablar su tono mostró algo parecido a la vivacidad.

—¡No digas eso, Esther! Creo ser una buena madre para mi hija.

—Sí, querida, eres una madre modelo… y una esposa modelo. Papá dice siempre que la preocupación que demuestras por tu marido es algo maravilloso. Pero ¿no crees que te sentirías mejor si trataras de mostrarte un poco más alegre? ¿Qué es lo que te deprime? ¿La casa, quizás?

Esther Graham miró a su alrededor: el alto techo, los pesados cortinajes de damasco, las repletas vitrinas, el oscuro artesonado de roble… El aspecto de la habitación le recordaba un descuidado museo. Sus ojos volvieron a posarse en la mujer vestida de negro, sentada junto al fuego.

—Deberías salir un poco más —añadió.

—No me gusta… dejar a mi marido.

—¡Oh! Ya sé que se encuentra algo delicado, pero, a pesar de todo, debería dejarte salir con más frecuencia. ¿Es que él no sale nunca?

—¡Muy poco!

—Ni siquiera tienes algún animalillo que te haga compañía. Me parece muy raro. Desde luego, yo no puedo imaginar una casa sin pájaros, perros o gatos.

—En cierta ocasión tuvimos un perro —respondió plañideramente Mrs. Arne—, pero aullaba tanto que tuvimos que desprendernos de él. No podía acercarse a Edward… Pero no creas que estoy tan sola: tengo a mi hija… —Posó su mano en la cabeza de la chiquilla arrodillada a sus pies.

Miss Graham se levantó, frunciendo el ceño.

—¡Oh! —exclamó—. Pareces exactamente una viuda, acariciando la cabeza de su hija y murmurando: «¡Pobre huérfana!»

Desde el exterior llegó el sonido de una voz. Miss Graham se sobresaltó visiblemente y empezó a recoger sus guantes y su velo.

—No es necesario que te marches, Esther —dijo Mrs. Ame—. Es mi marido.

—Se me ha hecho muy tarde —murmuró la hija del Dr. Graham. En su nerviosismo, empezó a ponerse los guantes al revés.

—Si de veras deseas marcharte —dijo su anfitriona, con una amarga sonrisa—,

ponte los guantes como es debido. Aunque creo que aún es temprano.

—¡No se marche, Miss Graham, por favor! —exclamó la chiquilla.

—Tengo que hacerlo. Anda, sé buena y sal a recibir a tu papá.

—No quiero ir.

—Vamos, Dolly, no debes hablar así —le reprochó cariñosamente Miss Graham, sin dejar de mirar en dirección a la puerta.

Mrs. Arne se puso en pie para ayudar a su amiga a ponerse el abrigo de pieles. Mientras lo hacía, murmuró en voz baja al oído de Esther:

—Me he dado cuenta de que mi marido no te es simpático. ¿A qué se debe?

—¡Tonterías! —replicó Esther, con demasiada vehemencia—. Lo que ocurre…

—¿Qué ocurre?

—Bueno, querida, reconozco que es una estupidez, pero… me… me da un poco de miedo.

—¿Le tienes miedo a Edward? —inquirió Mrs. Arne—. ¿Por qué has de tenerle miedo?

—Verás, querida… yo… supongo que las mujeres no podemos evitar sentir algo de miedo ante los maridos de las amigas… Si éstas no son de su agrado, pueden obligar a sus esposas a renunciar a su amistad… ¡Debo marcharme en seguida! Adiós, Dolly; dame un beso. No llames, Alice, te lo ruego. Conozco perfectamente el camino…

—Edward te abrirá la puerta —dijo Mrs. Arne—. Está en el vestíbulo; le he oído hablar con Foster.

—No, se ha ido a su estudio. Adiós, querida.

Besó a Mrs. Arne y salió de la habitación. Las voces en el exterior habían cesado, y Esther confiaba en llegar a la puerta de la calle sin toparse con el marido de Mrs. Arne. Pero se encontró con él en lo alto de la escalera. Mrs. Arne los oyó hablar mientras bajaban juntos hacia el vestíbulo. Unos instantes después, Edward Arne entró en la habitación y se dejó caer en la silla que acababa de dejar vacante la hija del Dr. Graham.

Cruzó las piernas, sin pronunciar palabra. Tampoco su esposa dijo nada.

La proximidad de su marido hacía que Mrs. Arne pareciera varios años más vieja. Su palidez quedaba más acentuada en contraste con el rubicundo color de las mejillas de Edward; las finas arrugas que cubrían su rostro destacaban doblemente junto a la tersa piel de su marido. Edward Arne era un hombre guapo; un mechón de pelo rubio caía sobre su frente, y sus ojos azules eran completamente inexpresivos, en contraste con el fuego que ardía en las negras pupilas de su esposa. Permanecieron callados, hasta que las manecillas del reloj de pared señalaron las siete. En aquel momento se recortó en el umbral de la puerta la figura de la institutriz: Dolly se puso en pie y besó cariñosamente a su madre.

Mrs. Arne frunció el ceño. Miró de reojo a su marido y luego ordenó a la niña, en tono vacilante:

—¡Dale las buenas noches a papá!

La chiquilla obedeció, diciendo:

—¡Buenas noches!

Pero su voz sonó con absoluta indiferencia.

—¡Dale un beso!

—¡No! ¡Por favor, mamá, no!

Su madre la miró curiosamente, tristemente…

—¡Eres una niña mal educada y estúpida! —dijo, sin el menor convencimiento—. Perdónala, Edward.

Él no pareció haberla oído.

—Bien, si a ti no te importa… —murmuró su esposa con amargura—. ¡Vamos, niña!

Cogió a la chiquilla de la mano y salió de la habitación.

Al llegar a la puerta se volvió a mirar a su marido. La mirada que le dirigió era extrañamente ambigua; en ella se mezclaba curiosamente la pasión y el desagrado. Luego se estremeció y cerró suavemente la puerta tras ella.

El hombre sentado junto al fuego no cambió en lo más mínimo su actitud: sus inexpresivos ojos continuaron clavados en las llamas, sus manos siguieron descansando sobre sus rodillas, en una posición que le era indudablemente habitual. El criado encendió las luces y cerró los postigos de las ventanas, corrió las cortinas y añadió unos leños al fuego, sin que el dueño de la casa diera muestras de curiosidad ni de interés por sus movimientos.

Desde el punto de vista de Foster, Edward era un amo ideal. Compraba cajas de cigarros periódicamente, a pesar de que no fumaba. No le importaba lo que le daban de comer o beber, aunque tenía una excelente bodega, como la mayor parte de los caballeros: Foster lo sabía positivamente. No se mezclaba en nada, no pedía cuentas de nada, no daba la menor molestia. Foster estaba encantado con aquel empleo. Desde luego, su dueño no era un hombre cordial; apenas le dirigía la palabra ni parecía darse cuenta de su presencia, pero nunca se quejaba de nada y le dejaba gozar de una absoluta libertad. Su puesto era mucho mejor que el de Annette, la doncella de Mrs. Arne, que tenía que levantarse a medianoche para aplicar compresas de agua de colonia a las sienes de su señora o pasarse horas enteras cepillándole su largo pelo. Naturalmente, Foster y Annette comparaban con frecuencia sus respectivas situaciones y hablaban en términos muy distintos de aquella caprichosa esposa y de aquel marido modelo.

III

Miss Graham no era mujer amiga de las demostraciones. Por ello, su padre quedó

intrigado cuando aquella noche, de regreso a su hogar, su hija le abrazó fuertemente. El doctor se hallaba en su estudio, profundamente interesado en su cuaderno de apuntes médicos.

—¿A qué obedece esta excitación? —preguntó, sonriendo y volviéndose en redondo.

Para su edad, eran un hombre muy bien conservado; su pelo empezaba a encanecer, dándole un aspecto interesante.

—No lo sé —respondió Esther—. ¡Te encuentro tan guapo… y tan vivo! Cada vez que regreso de visitar a los Arne tengo la misma impresión.

—Entonces, no debes ir a visitar a los Arne.

—Aprecio mucho a Alice, papá, y ya sabes que no vendrá nunca aquí. Nadie más que ella podría inducirme a visitar una casa como la suya, tan parecida a una tumba, ni a hablar con su fúnebre marido. Hoy he conseguido salir de la casa sin verme obligada a estrecharle la mano. Siempre trato de evitarlo. Me gustaría que fueras a ver a Alice, papá.

—¿Está enferma?

—Enferma, exactamente, creo que no, pero no me gustó nada la expresión de sus ojos. Y, además, dice unas cosas muy raras. No sé si necesita un médico o un sacerdote, pero estoy convencida de que le pasa algo. Nunca sale de casa, excepto para ir a la Iglesia; no visita a nadie, ni recibe visitas. Nadie invita nunca a los Arne a cenar, y hasta cierto punto parece lógico; la presencia de aquel hombre en una mesa estropearía cualquier reunión. Siempre está sola. Día tras día la encuentro sentada en el mismo lugar, junto al fuego, con la misma expresión preocupada. No me sorprendería lo más mínimo si algún día me dieran la noticia de que se ha vuelto loca. ¿Qué le ocurre, papá? ¿Cuál es la tragedia de aquella casa? Estoy convencida de que existe alguna tragedia. Pero, a pesar de que he sido amiga íntima de esa mujer durante muchos años, sé de ella lo mismo que el día que la conocí.

—Es una mujer muy reservada —dijo el Dr. Graham— y yo la respeto por ello. Y, por favor, no hables de tragedias ni de tonterías por el estilo. Alice Arne es algo morbosa, desde luego, pero eso es una enfermedad propia de su edad. Y, además, es una mujer profundamente religiosa.

—Me pregunto si se quejará a Mr. Bligh de su odioso marido. Siempre acude a sus servicios religiosos.

—¿Odioso?

—¡Sí, odioso! —exclamó Miss Graham—. ¡No puedo resistirlo! ¡No puedo soportar el contacto de sus heladas manos, ni la mirada de sus ojos inexpresivos! Su fría sonrisa me hace estremecer. Dime, papá, sinceramente: ¿acaso a ti te resulta simpático?

—Apenas lo conozco, querida… Conozco a su esposa desde que era una niña: su padre fue mi tutor. No conocí a su marido hasta hace seis años, cuando ella me llamó para que lo atendiera en una enfermedad muy grave. Supongo que nunca te habrá

hablado de ello, ¿verdad? Fue un asunto muy extraño. No me explico cómo consiguió volver a la vida. Es algo que no diría a nadie, ya que afecta a mi reputación de médico, pero te aseguro que no tuve nada que ver en su curación. ¡Para mí, aquel hombre estaba completamente muerto!

—Y cualquiera diría que sigue estándolo —replicó desabridamente Esther—. Desde que lo conozco sólo le he oído pronunciar un par de frases.

—Sin embargo, era un joven muy brillante; uno de los mejores de los que por aquel tiempo pasaron por Oxford… La pobre Alice se casó con él locamente enamorada.

—¿Enamorada de ese hombre insustancial? ¡Es como una casa con un muerto en su interior y todas las persianas echadas!

—Vamos, Esther, no digas tonterías. Eres muy dura con ese pobre hombre. ¿Qué tiene de malo? Es un hombre como tantos otros, incapaz de emocionarse, un poco estúpido, un poco egoísta… lo que puede esperarse de un hombre que pasó por un trance tan difícil… pero en conjunto es un buen marido, un buen padre y un buen ciudadano.

—Sí, un hombre al que su esposa teme y al que su hija aborrece —dijo Esther.

—¡Tonterías! —exclamó abruptamente el Dr. Graham—. La niña está demasiado mimada, y la madre necesita un cambio o un tónico de alguna clase. Cuando tenga tiempo iré a hablar con ella. Anda a vestirte. ¿Has olvidado que George Graham viene a cenar?

Cuando Esther se hubo ido, el doctor hizo una anotación en su cuaderno de notas: «Vis. a Mrs. Ame», e inmediatamente se olvidó por completo de aquel asunto.

* * *

George Graham era sobrino del doctor, un joven alto, desgarbado, lleno de caprichos y rarezas, pero con unos modales amables que inspiraban confianza. Tenía unos años menos que Esther y a la hija del doctor le gustaba escuchar las historias semicientíficas, semirrománticas que contaba, relacionadas con cosas que le habían ocurrido en el desempeño de su profesión.

—¡Me sucede cada cosa! —solía decir, con aire misterioso—. Hay una viudita, por ejemplo…

—Háblame de tu viudita —le pidió Esther aquel día, después de cenar, cuando su padre los dejó solos, como de costumbre, para irse a trabajar a su estudio.

George Graham se echó a reír.

—¿Te gusta que te hable de mis experiencias profesionales? Bien, debo confesar que aquella mujer me interesó —añadió pensativamente—. Creo que podría ser objeto de un curioso estudio psicológico. Me gustaría encontrarla otra vez.

—¿Dónde la conociste y cómo se llamaba?

—Ignoro su nombre y no me interesa conocerlo: para mí no es una persona, es un caso. Y apenas recuerdo su rostro. Claro que nunca la vi a la luz del día. Pero sospecho que vive en alguna parte de Chelsea, ya que salía del Embankment llevando sólo una especie de mantilla en la cabeza; no podía vivir muy lejos de allí, supongo.

Esther se sintió repentinamente interesada.

—Continúa —dijo.

—Ocurrió hace tres semanas —dijo George Graham—. Pasaba yo por el Embankment a eso de las diez, cuando oí que alguien sollozaba amargamente. Miré a mi alrededor y vi a una mujer sentada en uno de los bancos del paseo que hay entre Cheine Walk y el río; la mujer estaba llorando, con el rostro entre las manos. Me acerqué a ella, pensando que tal vez pudiera ayudarle… ir en busca de un vaso de agua, o de sales, o algo por el estilo. La tomé por una mujer modesta… A aquella hora de la noche todo estaba muy oscuro. Le pregunté muy cortésmente si podía hacer algo por ella, y entonces vi sus manos: eran unas manos blancas y cuidadas y lucía varias sortijas de gran valor.

—Supongo que en aquel momento lamentarías haberte acercado a ella —dijo Esther.

—La mujer alzó la cabeza y dijo —creo que se echó a reír—: «¿Va usted a decirme que me marche de aquí?»

—Debió creer que eras un policía.

—Probablemente… si es que pensaba algo en aquellos momentos. Pero imagino que estaba demasiado aturdida para pensar. Le dije que no se moviera de allí hasta que yo regresara y me dirigí a la farmacia más cercana, donde compré un frasco de sales. Ella me dio las gracias y trató de ponerse en pie y marcharse. Me pareció que estaba muy débil. Le dije que era médico y empecé a hablar con ella.

—¿Y ella contigo?

—Sí, se confió a mí. ¿Ignoras acaso que las mujeres se confían a un médico como lo harían a un sacerdote? En un médico no ven al hombre. Desde el punto de vista del amor propio masculino no resulta demasiado satisfactorio, pero uno oye muchas cosas que de otro modo no podría oír. Aquella mujer acabó por contarme toda su historia… de un modo velado, desde luego. Parecía como si no hubiera podido desahogarse con nadie durante muchos años.

—¿Y se desahogó contigo… con un simple desconocido?

—Con un médico. Y creo que la mitad del tiempo no sabía lo que estaba diciendo. Estaba pasando una crisis de histerismo, indudablemente. ¡Dios mío, la de tonterías que dijo! Habló de sí misma como de una persona perseguida por algo, víctima de una terrible catástrofe espiritual, ¿comprendes? La dejé hablar. Estaba convencida de la existencia de una especie de destino fatal que la tenía marcada. Me dio verdadera lástima. Le sugerí que lo mejor sería que regresara a su casa. Se estremeció y me dijo: «¡Si supiera usted lo bien que me siento fuera de ella! Aquí puedo respirar… puedo vivir… Mi casa es como una tumba. ¡Oh, deje que me quede

aquí!» Parecía francamente asustada ante la perspectiva de regresar a su hogar.

—Tal vez esperaba encontrarse allí con alguien que le inspiraba miedo.

—Eso fue lo que pensé, pero, desde luego, no se trataba de su marido. Era viuda. Me dijo que su marido había muerto hacía unos años. Y que ella lo adoraba…

—¿Es bonita?

—¿Bonita? Bueno, apenas pude darme cuenta. Déjame pensar… Sí, creo que era una mujer bonita… pero no, ahora que recuerdo, estaba demasiado ajada para ser lo que tú llamarías una mujer bonita.

Esther sonrió.

—Bien, estuvimos sentados allí casi una hora. Cuando el reloj de la iglesia de Chelsea dio las once, se puso en pie y me dio las buenas noches, tendiéndome la mano con la mayor naturalidad, como si nuestro encuentro y nuestra conversación hubieran sido completamente normales. Un instante después había desaparecido.

—¿No le preguntaste si podrías verla otra vez?

—No me pareció correcto en aquellos momentos.

—Podrías haberte ofrecido para acompañarla a su casa.

—Me di cuenta de que ella no lo deseaba.

—Y dices que era una dama… —murmuró pensativamente Esther—. ¿Cómo iba vestida?

—Como una dama, desde luego. Llevaba un vestido negro… de luto, supongo.

Esther fue en busca de su bolso, sacó una fotografía y se la tendió a George Graham.

—¿Te recuerda algo esta fotografía? —preguntó.

—¡Parece la misma mujer! —respondió George, sorprendido—. Claro que no podría asegurarlo, pues ya te he dicho que el lugar era muy oscuro. Pero juraría que es ella.

—¡Alice! ¡Oh, imposible! Alice no es viuda, su marido está vivo… Además, tiene una hija.

—Aquella mujer me habló también de una hija.

—¿Qué edad te dijo que tenía?

—Creo que seis años… Habló de la responsabilidad que significaba educar a una chiquilla huérfana de padre.

De repente, Esther preguntó:

—¿Qué hora es?

—Cerca de las nueve.

—¿Te importaría acompañarme?

—En absoluto. ¿Dónde iremos?

—¡A la iglesia de San Adhelm! Está muy cerca de aquí. A esta hora hay un servicio religioso y casi seguro que Mrs. Arne estará allí.

—¿Curiosa, Esther?

—No, no es simple curiosidad. Quiero comprobar si la mujer con quien hablaste

es Mrs. Arne. Durante mucho tiempo he pensado que estaba enferma. ¡Pero no tanto como tus palabras dan a entender!

Cuando entraron en la iglesia de San Adhelm, Esther Graham señaló a su acompañante a una mujer que estaba arrodillada al lado de una columna, en una actitud de intensa devoción y abandono. La mujer se puso en pie y volvió su rostro hacia el púlpito, donde el reverendo Ralph Bligh estaba pronunciando uno de sus conmovedores sermones. George Graham tocó a su prima en el hombro y murmuró:

—¡Esa es la mujer!

IV

«Vis. a Mrs. Arne». Seis semanas más tarde, el doctor Graham encontró la anotación en su cuaderno. Su hija estaba fuera de la ciudad y desde que estaba ausente, el doctor no había oído hablar de los Arne. Pero había prometido visitar a Alice. Sin embargo, pasó otra semana antes de que encontrara un momento libre para ir a verla.

En la esquina de la Tite Street se encontró con el marido de Mrs. Arne y se detuvo a saludarlo. Un médico, al margen de sus simpatías o antipatías personales, se muestra —o debe mostrarse— profesionalmente cordial con todo el mundo, y el doctor Graham saludó con amabilidad a Edward Ame.

—¿Cómo está usted, Arne? —le dijo—. Precisamente me dirigía a su casa, a visitar a su esposa.

—¿Ah… sí? —respondió Edward Arne, en tono fríamente cortés. La mirada de sus ojos azules se posó unos instantes en el rostro del doctor, y éste percibió la insoportable vacuidad de aquella mirada, y por primera vez en su vida compadeció de veras a la esposa de Edward Arne.

—Supongo que se dirige usted a su club… No quiero entretenerle… Adiós —murmuró bruscamente.

La idea de sostener una conversación con aquel hombre le resultó intolerable y se alejó rápidamente, en tanto Arne alzaba la mano hasta el ala del sombrero y sonreía dulcemente.

«Es un hombre bien parecido —pensó el doctor Graham, mientras proseguía su camino, asaltado por una repentina preocupación cuya causa no acertaba a explicarse —. Y, sin embargo, uno siente que toda su vitalidad se le escapa por las puntas de los dedos mientras habla con él. Empiezo a creer que mi hija no anda tan desencaminada con sus fantasías. ¡Ah! ¡Ahí está la chiquilla!»

En efecto, la hija de los Arne paseaba acompañada de su institutriz, y al ver al doctor Graham corrió hacia él.

—¿Cómo está tu mamá, Dolly? —le preguntó el doctor.

—Muy bien, gracias —respondió la niña. Y añadió—: Está llorando. Me envió fuera de casa para que no la viera llorar. Tiene las mejillas muy coloradas…

—¡Anda, anda a jugar! —dijo el doctor precipitadamente.

Se acercó a la casa e hizo sonar la campanilla procurando que la llamada no resultara demasiado brusca.

—Los señores no… —empezó a decir Foster, en tono impersonal, pero al recordar al visitante se interrumpió, ya que el doctor Graham y su hija gozaban de privilegios especiales en la casa—. Mrs. Arne le recibirá en seguida, doctor.

—¿Está sola la señora? —inquirió el doctor Graham.

—Sí señor, completamente sola. Acabo de servirle el té.

La pregunta del doctor Graham había sido provocada por el murmullo de una voz, o de varias voces, que llegaban hasta él a través de la puerta abierta de la habitación situada en lo alto de la escalera. Se detuvo a escuchar y Foster observó:

—Mrs. Arne suele hablarse a sí misma en voz alta señor.

Desde luego, era la voz de Mrs. Arne: el doctor Graham acababa de reconocerla. Pero no era la voz de una mujer normal, que gozara de buena salud. El doctor descartó mentalmente la idea de efectuar una simple visita de cumplido y se dispuso a una visita semiprofesional.

—No es necesario que me anuncie —dijo a Foster, y subió rápidamente las escaleras, deteniéndose ante la habitación en que se encontraba Mrs. Arne. La vio sentada ante una mesa, con un libro abierto ante ella; al parecer, había estado leyendo en voz alta. Ahora tenía las manos apretadas contra el rostro, y cuando de repente las apartó y empezó a volver ansiosamente página tras página del libro, las huellas de sus dedos habían dejado una impronta blanca en la intensa rojez de sus mejillas.

El doctor se preguntó si Mrs. Arne lo veía; sus ojos estaban fijos en la dirección donde él se encontraba, pero no dio la menor muestra de reconocerlo. Por el contrario, siguió leyendo. El texto, mezclado con las apasionadas exclamaciones de la lectora, era el Oficio de Difuntos.

«Desde Adán todos mueren. ¡Todos mueren! La Muerte es el último de los enemigos que será destruido… Yo muero diariamente. ¡Diariamente! Pero los muertos deben permanecer enterrados… fuera de la vista, fuera del pensamiento… debajo de una losa. Los muertos no regresan… ¡Márchate! ¡Márchate! Necesito oír caer la tierra sobre el ataúd: entonces sabré que te has muerto. «La carne y la sangre no pueden heredarse». ¡Oh! ¿Qué es lo que hice? ¿Por qué lo deseé tan fervientemente? ¿Por qué le supliqué tan apasionadamente?…»

—¡Alice! ¡Alice! —exclamó el doctor Graham.

Ella alzó la mirada.

—El polvo vuelve al polvo, las cenizas a las cenizas, la tierra a la tierra… Sí, eso es. «Después de la muerte, cuando los gusanos destruyan este cuerpo…»

Apartó el libro a un lado y empezó a sollozar.

—Esto era lo que yo temía. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Allí abajo, en la oscuridad,

para siempre y siempre y siempre… No pude soportar este pensamiento. ¡Mi Edward! Y por eso le supliqué y le supliqué hasta que… ¡Oh! Mi castigo ha sido terrible. ¡La carne y la sangre no pueden heredarse! Quise conservarlo a mi lado… no dejé que se fuera… Lo conservé… rogué… le negué un entierro cristiano… ¿Cómo podía saber…?

—¡Por Dios, Alice! —dijo Graham, acercándose a Mrs. Arne—. ¿Qué significa todo esto? He oído hablar de colegialas que se recitaban a sí mismas la Epístola de San Pablo; pero, el Oficio de Difuntos…

Dejó su sombrero sobre una silla y continuó, en tono severo:

—¿Qué pretende con toda esta comedia? Tiene una hija encantadora… su marido está vivo y a su lado…

—¿Y quién lo mantiene a mi lado? —le interrumpió Alice, furiosa, aceptando sin ningún comentario la presencia del doctor Graham en la habitación.

—Usted —respondió rápidamente el doctor—, con sus cuidados y con su ternura. Creo que el calor de su cuerpo, cuando permaneció junto a él durante aquella media hora, mantuvo su calor vital en el curso de aquella extraordinaria paralización de las funciones del corazón, que nos hizo creer a todos que estaba muerto. Usted fue su mejor médico y le devolvió la vida.

—Sí, fui yo… fui yo… no necesita recordarme que fui yo.

—Vamos, pórtese bien —dijo alegremente el doctor—. Deje a un lado ese libro y sírvame un poco de té. Estoy helada.

—¡Oh, doctor Graham! ¡Me estoy portando imperdonablemente!

La velada alusión a su descortesía produjo el efecto deseado. Mrs. Arne se acercó al tirador y llamó al criado antes de que el doctor Graham pudiera impedirlo.

—Otra taza, Foster —ordenó en tono tranquilo cuando se presentó el criado. Luego se sentó, con expresión compungida.

—Sí, siéntese y cuéntemelo todo —dijo el Dr. Graham en tono amable, mientras observaba a Mrs. Arne con la cuidadosa atención que prestaba a los casos difíciles.

—No hay nada que contar —respondió sencillamente Alice, sacudiendo la cabeza y ocupada en cambiar la posición de las tazas en la bandeja—. Todo ocurrió hace años. Ahora ya no puede hacerse nada. ¿Cuántos terrones de azúcar, doctor?

El doctor Graham se bebió su té y llevó el peso de la conversación. Habló de una conferencia sobre el Dante que ella había escuchado; de algunos detalles relacionados con los estudios de su hija. Estos temas no interesaban a Mrs. Ame. Había otro tema que deseaba discutir, y el doctor se dio cuenta de ello.

Mrs. Arne lo planteó con la segunda taza de té.

—¿Cuántos terrones, doctor? Lo he olvidado… Dígame, doctor, ¿cree usted que cuando se desea una cosa con todas nuestras fuerzas llegamos a conseguirla por esta sola razón?

El doctor Graham se sirvió otra tostada con mantequilla antes de responder.

—Verá —dijo lentamente—, resulta difícil creer que cualquier imbécil que tenga

una voluntad para desear y un cerebro para concebir deseos estúpidos pueda interferirse alegremente en la buena marcha del universo. Por regla general, si la gente pudiera prever el futuro y el resultado de sus deseos, pocos serían los que se atrevieran así aun a formulárselos a sí mismos.

Mrs. Arne suspiró e inmediatamente le hizo otra pregunta:

—¿Cree usted en los fantasmas, doctor?

—¿Eh? ¿Fantasmas? —inquirió el doctor, sorprendido—. ¿Acaso ha visto usted alguno?

—Mire, doctor —continuó Mrs. Arne—, siempre me inspiraron mucho miedo los fantasmas… los espíritus… las cosas que no tienen presencia corpórea. Ni siquiera podía leer nada acerca de ellos. No podía soportar la idea de que hubiera «alguien» conmigo en una habitación, alguien a quien yo no podía ver. Pero ahora —se estremeció—, creo que existen cosas peores que los fantasmas.

—¡Vaya! ¿Qué clase de cosas? —preguntó el doctor Graham en tono festivo—. ¿Cuerpos astrales…?

Mrs. Arne se inclinó hacia delante y cogió la mano del doctor con la suya, que estaba ardiendo.

—Dígame, doctor: si un espíritu sin cuerpo es algo terrible, ¿qué no será un cuerpo… —su voz se convirtió en un apagado murmullo— un cuerpo insensible… solitario… perdido en este mundo… sin espíritu?

Contemplaba ansiosamente el rostro del doctor Graham. Éste se sentía presa de impulsos contradictorios: uno le empujaba a reír, en tanto que el otro le hacía sentirse profundamente inquieto ante aquella extravagante escena. Trató de dar un giro más alegre a la conversación, aunque pensó que Mrs. Arne podía sentirse ofendida si cambiaba de tema demasiado bruscamente.

—He oído hablar de personas que no podían tener el cuerpo y el alma juntos —replicó en tono ligero—, pero no creo que en la práctica sea posible esa división. Desde luego, muchas personas van por el mundo sin espíritu, o al menos así lo parece —bromeó.

Pero la expresión desolada del rostro de Alice le hizo arrepentirse inmediatamente de su chanza. Se puso en pie y fue a sentarse en el diván, al lado de ella.

—¡Pobrecilla! Está usted enferma, sobreexcitada. ¿Qué le ocurre? Cuéntemelo todo…

Le habló con la ternura con que le hubiera hablado el padre que Alice había perdido a edad muy temprana. Mrs. Ame apoyó la cabeza en el hombro del doctor.

—¿Es usted desgraciada? —preguntó el doctor Graham.

—Sí.

—Creo que está usted demasiado sola. ¿Por qué no pide a su madre o a su hermana que vengan a pasar una temporada con usted?

—No querrían hacerlo —murmuró Alice—. Dicen que esta casa es como una tumba. El propio Edward tiene su estudio en el sótano. Es un lugar horrible… pero

Edward ha trasladado allí todas sus cosas y yo… yo no puedo soportarlo.

—No creo que eso deba preocuparla. Debe tratarse de un capricho de su marido y no tardará en cansarse. Debe usted salir, relacionarse con otras personas… Es una lástima que mi hija esté ausente. ¿Ha recibido usted alguna visita durante el día?

—Ni una alma ha cruzado el umbral de esta casa en los últimos dieciocho días.

—Esto no puede seguir así —dijo el doctor—. No debe usted continuar pensando en fantasmas y en tumbas… debe luchar contra esas ideas melancólicas… Tiene usted a su marido y a su hija…

—Sí, tengo a mi hija.

El doctor Graham cogió a Alice por los hombros y la miró fijamente. Creyó haber encontrado la causa de sus preocupaciones: la cosa era más sencilla de lo que había llegado a suponer.

—La conozco a usted desde que era una niña, Alice —dijo en tono grave—. Dígame: está muy enamorada de su marido, ¿verdad?

—Sí.

Era como si Mrs. Arne respondiera a una pregunta sin importancia en la barra de los testigos, ante un Tribunal. Sin embargó, por el repentino brillo de sus ojos el doctor Graham comprendió que había tocado el punto que ella temía y al mismo tiempo deseaba discutir.

—Y él, ¿la quiere?

Mrs. Ame guardó silencio.

—Entonces, si se aman el uno al otro, ¿qué más puede desear? ¿Por qué dice tan absurdamente que sólo tiene a su hija?

Alice continuó silenciosa y el doctor la sacudió ligeramente por los hombros.

—Dígame, ¿ha tenido usted últimamente alguna diferencia con su marido? ¿Ha notado en él alguna… frialdad, algún alejamiento temporal?

No estaba preparado para la explosión de risa que acogió a su pregunta. Mrs. Ame se puso en pie, sin dejar de reír, y por un instante toda la sangre de su cuerpo pareció aflorar a sus pálidas mejillas.

—¡Frialdad! ¡Alejamiento temporal! ¡Si sólo fuera eso! ¡Oh! ¿Es que todo el mundo, menos yo, está ciego? ¡Entre mi marido y yo hay la diferencia existente entre este mundo y el otro!

Se sentó de nuevo al lado del doctor y susurró a su oído, apasionadamente:

—Hace seis años que lo soporto, doctor, y debo hablar de ello. Ninguna otra mujer podría haber soportado esta carga. Yo amaba a mi marido. ¡No puede usted imaginarse cuánto lo amaba! Éste ha sido mi delito…

—¿Delito? —repitió el doctor.

—Sí, delito. Pero he recibido un castigo terrible por él. ¡Oh, doctor, no puede usted imaginarse lo que es mi vida actual! ¡Escuche! ¡Escuche! Debo contárselo. Vivir con un… Al principio, antes de que nacieran mis sospechas, solía rodearle con mis brazos y él se limitaba a… a resignarse. No tardé en darme cuenta de su actitud

pasiva. Cualquier mujer, en un caso como éste, se convertiría en un trozo de roca. Cualquier mujer que tenga sangre en las venas… Y yo siento correr la sangre por mis venas, aunque a veces me sienta tan fría como el hielo. Sí, soy una mujer viva, aunque esté enterrada en una tumba. ¡Piense lo que significa todo esto! Preguntarme todas las noches si estaré viva cuando amanezca, acostarme en un sarcófago… oler a la muerte en cada rincón… en cada habitación… respirar la muerte… tocarla…

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y apareció la pequeña Dolly, empuñando el aro con el que había estado jugando. Se quedó inmóvil junto a la puerta, sin atreverse a avanzar. Mrs. Arne se volvió hacia la puerta mientras agarraba los brazos del doctor con sus manos trémulas.

—¡Pregúnteselo a Dolly! —exclamó—. También ella lo sabe… también ella lo siente…

—¡Alice! —le reprochó el doctor en voz baja. Luego alzó la voz y ordenó a Dolly que saliera de la habitación: Mrs. Arne se había desmayado.

Cuando apareció la doncella, el doctor Graham había tendido a Alice en el sofá. Examinó sus párpados y comprobó lo que hasta entonces no había pasado de ser una vaga sospecha. Encargó a la doncella que se ocupara de su ama y se encaminó al nuevo estudio de Edward Arne, en el sótano de la casa.

«¡Morfina!» murmuró, mientras avanzaba por los pasillos débilmente alumbrados por mecheros de gas.

* * *

Arne estaba hundido en un gran sillón colocado cerca del fuego. La habitación se alumbraba únicamente por el resplandor de las llamas y por el débil reflejo del farol de gas de la acera, que penetraba a través de las rejas de hierro de la ventana que se abría al nivel de la calle. La estancia, semivacía, resultaba incómoda. Había muy pocos muebles: un gran armario para libros a la derecha de Arne y una mesa sobre la que se veían dos retratos: uno, al pastel, de Alice Arne, y otro, más pequeño y a la pluma, del dueño de la casa. Desde sus marcos, parecían mirarse mutuamente con la estólida atención de la gente recién casada.

—¿Se siente desgraciado, Arne? —inquirió Graham.

—Un poco, sí. ¿Sería usted tan amable de atizar el fuego, doctor?

—Hace siete años que lo conozco —dijo el doctor en tono alegre—, de modo que puedo hacerle este pequeño favor… Y puedo, también… ¡Un momento! ¿Para qué quiere eso?

Cogió un pequeño frasco con el que Edward Arne jugueteaba y frunció las cejas. Arne se lo entregó de buena gana; no pareció incomodarse lo más mínimo.

—Morfina —explicó sencillamente—. No tengo el vicio de tomarla. Pero ayer me decidí a hacerlo. Alice estuvo muy nerviosa todo el día, y me comunicó su excitación,

supongo. Espero que me pondrá en condiciones de sentir más cosas de las que siento y de desear hablar acerca de ellas.

—De modo que está usted dispuesto a fabricarse una alma —dijo el doctor Graham, al tiempo que encendía un cigarrillo.

—¡Dios me libre! —respondió Arne en tono indiferente—. Me he pasado perfectamente sin ella todos estos años. Lo hago exclusivamente por Alice. Cuando era joven, me portaba de un modo muy distinto a como me porto ahora. Me apasionaba por las cosas y me excitaba por ellas. Sí, me excitaba. Estaba loco por Alice, completamente loco. Es la pura verdad, aunque Alice ha llegado a olvidarlo.

—No es que lo haya olvidado, aunque es natural que desee recibir una pequeña demostración de afecto de cuando en cuando. Y no creo que le sentara nada bien verle a usted con este frasco de morfina. Después de todo, Arne, Alice y yo tenemos derecho, hasta cierto punto, de pensar que su vida nos pertenece.

Edward Arne se retrepó en su sillón y respondió, algo malhumorado:

—Si se refiere usted a que me ayudó a volver a la vida, debo decirle que su trabajo dejó mucho que desear. Debió usted procurar que el hombre que devolvía a este mundo pudiera complacer a Alice. Está enojada porque he perdido el entusiasmo. Soy demasiado tranquilo, demasiado lánguido… Que me cuelguen, Graham, si a Alice no le gustaría que me presentara al Parlamento. ¿Por qué no me ¡deja seguir mi propio camino? Un hombre que ha pasado la prueba de una enfermedad tan grave como la mía no está preparado para algunas cosas, compréndalo. Su exasperación llegó al colmo cuando decidí arreglar este estudio en el sótano. El único camino que me queda es el de las drogas. Tal vez así consiga alegrarme un poco.

—¿Alegrarse? —inquirió Graham—. Con el contenido de este frasco hará usted algo más que alegrarse. Yo le enviaré lo que necesita, y me llevaré esto, para su bien.

—Haga lo que le parezca —replicó Arne—. Si ve usted a Alice, dígale que me ha encontrado cómodamente instalado. Dígale que puede bajar a verme y que tengo un buen fuego… Tengo un poco de sueño —añadió bruscamente.

—Creo que se ha quedado ya dormido —dijo Graham en voz baja.

En efecto, Arne había empezado a dar cabezadas. El almohadón sobre el que reclinaba la cabeza había resbalado y el doctor se detuvo a arreglarlo, dejando el pequeño frasco sobre la manta que cubría las rodillas del hombre.

* * *

Mrs. Arne, con su vestido de luto, cruzaba el vestíbulo en el instante en que el doctor Graham empujaba la puerta que daba paso a las escaleras del sótano. Estaba dando órdenes a Foster, el mayordomo, que desapareció al tiempo que el doctor avanzaba por el vestíbulo.

—¡Buena chica! —dijo el doctor—. ¡Ya está usted en pie!

—Perdone la escena que le he hecho, doctor —dijo Alice—. Después de tantos años, no tengo derecho a mostrarme histérica. Pero ahora ya ha pasado, y le prometo que no volveré a hablarle nunca más del asunto.

—Lo he sentido por la pobrecita Dolly —respondió el doctor—. Tuve que echarla de la habitación…

—Sí, lo sé —le interrumpió Mrs. Arne—. Ahora voy a verla.

Cuando el doctor sugirió que era preferible que fuera a ver en primer lugar a su marido, Alice pareció sospechar que le tendía alguna trampa.

—¿Bajar al sótano? —inquirió recelosamente.

—Sí, es lo que él desea. Y creo que debería usted complacerlo. Está muy deprimido a causa de usted y de él mismo. Se da más cuenta de las cosas de lo que usted cree. No me ha parecido tan apático como me lo describió… Vamos, querida, vaya a verlo. Y no pretenda exigir demasiado de la vida que usted salvó.

—¿Para qué la salvé, entonces? —preguntó Alice agresivamente. Y, en tono más tranquilo, añadió—: Lo sé. Y voy a portarme de un modo muy distinto.

—No lo creo —dijo Graham cariñosamente. A pesar de todo, estaba de parte de Alice Arne—. Se preocupará por Edward hasta el final del capítulo. La conozco.

La cogió por un hombro y le hizo dar media vuelta, de modo que quedara plenamente iluminada por la luz del vestíbulo.

—¡Hum! —murmuró—. No me gusta nada la expresión de sus ojos…

La soltó, con un suspiro de impotencia. Había que hacer algo… pronto… debía pensar… Descolgó su abrigo y empezó a ponérselo.

Mrs. Arne sonrió, le abrochó uno de los botones y abrió la puerta de la calle, como una buena anfitriona. Unos instantes después oyó la orden que el doctor daba al cochero:

—¡A casa!

* * *

—¿Has estado despidiendo a ese ladrón de Graham? —dijo Edward Arne amablemente, cuando Alice entró en su habitación.

—¿Ladrón? ¿Por qué? ¡Un momento! ¿Dónde está el interruptor?

Consiguió encontrarlo y la habitación quedó inundada de luz.

—Se llevó mis gotas —explicó Arne—. Supongo que tuvo miedo de que me envenenara.

—O de que adquirieras el vicio de la morfina —replicó su esposa—, como yo.

Arne no hizo ningún comentario. A continuación, cogiendo el pequeño frasco que el doctor había dejado en el pliegue de la manta, Alice dijo:

—El ladrón eres tú, Edward: esto es mío.

—¿De veras? Lo encontré casualmente: no sabía que fuera tuyo. Bueno, supongo que me darás un poco…

—Lo haré, si así lo quieres.

—Tú eres la que debes decidir, querida. Como el doctor Graham me recordaba hace un rato, estoy en tus manos y en las suyas.

—¡Pobre corderillo! —se burló Alice—. Yo no permitiría que mi médico, o mi esposa, decidieran si debo acabar conmigo o no.

—¡Oh! Pero tú tienes un espíritu, querida —bostezó Arne—. Sin embargo, puedes colocar el frasco en lo alto de un armario, o en otro lugar donde yo sepa que está, y te prometo que nunca trataré de cogerlo.

—No, no moverías una mano para mantenerte vivo, pero sí para matarte a ti mismo. Te conozco, Edward.

—Pero no comprendes los motivos de mi actitud —replicó Arne, con una vivacidad completamente inesperada para Alice—. Yo era un hombre muerto, y tú y Graham os empeñasteis en impedir que la Naturaleza siguiera su curso… Hubiera preferido que no os mostrarais tan serviciales…

—… y haberte dejado morir —concluyó su esposa—. Pero en aquella época me importabas tanto que tu muerte me hubiera matado a mí también. Hubiese ardido en tu pira funeraria, como una viuda de Bengala.

Siguió un breve silencio. Luego, Alice cogió un vaso medio lleno de agua de la repisa de la chimenea.

—¿Qué hay en este vaso? —inquirió—. ¿Agua sola? ¿Cuánta morfina debo darte? ¿Una dosis entera?

—Si tú la tomas, no veo por qué no puedo tomarla yo.

—Era una broma, Edward —dijo Alice compasivamente.

—Para mí no es una broma. La vida a la que estoy sujeto no me interesa en absoluto. No tengo ningún interés en las cosas terrenales. Estoy aquí, como el que ha asistido a una fiesta sin proponérselo. Todo lo que deseo es coger un coche y regresar a casa.

Su esposa le miró fijamente con el vaso medio lleno en una mano y el frasquito en la otra. Sus ojos se agrandaron… su respiración se hizo jadeante…

—¡Edward! —murmuró—. ¿Crees de veras que hicimos mal en volverte a la vida?

—Desde luego. Para mí fue como despertar de una pesadilla… para encontrarme con la realidad de otra pesadilla mucho peor. Ahora odio a la gente, me fastidia su contacto. Por eso me he encerrado en este sótano, para sentir andar sobre mi cabeza, como realmente debía ser. Para mí no son más que fantasmas en movimiento. O tal vez sea yo el fantasma. Tú no puedes comprenderlo, tal vez porque te falta imaginación. Para ti, todo consiste en saber lo que uno desea y hacer lo posible por conseguirlo.

Alice Arne sonrió y contempló el vaso y la botellita que tenía en sus manos. Su

marido le hizo señas de que vertiera el contenido del frasco en el vaso, pero ella no tenía prisa. Estaba escuchando con toda atención. Era la primera vez que oía hablar a su marido después de la enfermedad; y su lenguaje no era cortés, ni galante: era simplemente sincero.

—Pero, lo peor de todo —continuó Edward Arne—, es que una vez se han roto los lazos que nos atan a la humanidad no hay modo de volverlos a atar. El hombre no vive sólo por respirar… ni debe vivir para desagradar a los demás. ¿Qué soy yo para ti desprovisto de mi pobre personalidad? No, no me mires así, Alice. No habíamos hablado tan íntimamente por espacio de muchos años, ¿verdad?

—No, Edward.

—Te aseguro, Alice, que lo que he sentido durante todo este tiempo no es nada agradable. Era como estar encerrado en un ataúd y no poder descansar. Mejor dicho, me sentía como alguien que deseara entrar en su propio ataúd, en el lugar donde le correspondía estar. Una horrible sensación, parecida a la que debe experimentar un vampiro…

—¿Fue eso lo que te indujo a arreglar esa habitación en el sótano? —preguntó Alice, con un hilo de voz.

—Sí, no podía soportar vivir arriba. Aquí, con esas ventanas enrejadas y el suelo de piedra… puedo ver los pies de la gente que pasea por encima de mi cabeza, en la calle…

—¡Oh! —exclamó Alice.

Se estremeció y sus ojos, como los de un animal enjaulado, recorrieron la semivacía habitación y se detuvieran, asustados, en las sombrías ventanas enrejadas… Luego miró hacia la puerta, la puerta que había cerrado detrás de ella al entrar. Tenía unos pesados cerrojos, pero no estaban corridos, aunque por la expresión de los ojos de Alice se hubiera dicho que ella había imaginado lo contrario…

Dio un paso adelante y movió sus manos ligeramente. Miró lo que tenía en ellas… apoyó la botellita en el vaso…

—¡Vamos, termina de una vez! —dijo su marido—. ¿Vas a pasar todo el día en preparármelo?

Dando un respingo, Alice vertió el líquido en el vaso y se lo tendió a su marido. Apartó la mirada… la fijó en la puerta…

—¡Tu camino de escape! —dijo Edward Arne, siguiendo la dirección de la mirada de su esposa.

Luego se bebió de un trago el contenido del vaso.

La botellita vacía cayó de las manos de Alice, que murmuró:

—¡Oh! ¡Si lo hubiera sabido!

—¿Sabido qué? ¿Que iba a reprocharte el que me hubieras devuelto a la vida?

Miró fijamente a Alice Arne, mientras el líquido pasaba lentamente a través de su garganta.

—¿O que ibas a terminar por quitarme el regalo que me habías hecho?

EL CUARTO AMUEBLADO

O'Henry

CAMBIANTE, con la inquietud misma del tiempo, es la población del distrito de ladrillos rojos, en la parte baja de la ciudad. West Side. Carentes de hogar, tienen un centenar de hogares. Pasan de uno a otro cuarto amueblado, de uno a otro, carentes de domicilio, de corazón, de pensamientos. Siempre cantan *Hogar, dulce hogar,* con sincopado ritmo, llevando sus *lares* y *penates* en una caja de cartón; su enredadera está entrelazada en un sombrero; una planta de caucho es su higuera.

Desde entonces las casas de este distrito, por las cuales han pasado más de mil habitantes, tienen miles de historias que contar, casi siempre historias tristes, y sería extraño no encontrar uno o dos fantasmas en las huellas de los errantes huéspedes.

Una tarde, al oscurecer, un joven rondaba entre aquellas mansiones casi en escombros. En todas ellas llamaba. Al llegar a la número doce, depositó en el umbral su pequeña maleta para limpiarse el polvo del sombrero y enjugarse la frente. La campanilla repicó débilmente a lo lejos, en alguna profundidad, hueca y remota.

A la puerta de aquella casa número doce, llegó una mujer que le hizo pensar en un gusano malsano y ahíto, que después de haber vaciado el interior de una vaina, tratara ahora de llenar el hueco con huéspedes comestibles.

El joven quería alquilar una habitación, y preguntó si tenía alguna. Con una voz que salía de una garganta que parecía forrada de terciopelo, la mujer respondió:

—Tengo una vacante, desde hace una semana, el cuarto que queda en el tercer piso, al fondo. ¿Desea usted verlo?

El joven subió las escaleras tras la mujer. Una luz que no provenía de ningún sitio determinado mitigaba las sombras del vestíbulo. Caminaron sin ruido por una alfombra que hubiera renegado de su propio aspecto. Parecía haberse transformado en vegetal, haber degenerado, en medio de aquel aire viciado, en un liquen lujurioso o en un musgo que le crecía en pedazos a la escalera y que era viscoso bajo el pie como una materia orgánica. A cada vuelta de la escalera había nichos vacíos en las paredes. Quizás en otro tiempo hubo plantas en ellos. De haber sido así, sin duda alguna, habían muerto en aquel aire impuro y malsano. Quizás hubo también estatuas de santos, pero no era difícil imaginar qué trasgos y diablillos las habían sacado de allí en la oscuridad, arrastrándolas hasta las profundidades profanas de algún foso situado debajo del edificio.

—Este es el cuarto —dijo la patrona con voz sarrosa—. Es una hermosa habitación. Por lo general está alquilada. El verano pasado, la ocuparon unas gentes muy distinguidas, gentes que no daban ninguna molestia y que pagaban por adelantado. El retrete está al final del pasillo. Sprowls y Moonel la ocuparon tres meses. Hacían un número de *vaudeville:* Usted debe haber oído hablar de Miss Bretta Sprowls… ¡Oh, claro que son nombres de teatro!…, pero allí sobre el tocador tenían su certificado de matrimonio, colocado en un marco. El gas está aquí, y como usted

puede ver, hay un armario bastante grande. Es una habitación que les gusta a todos. Casi nunca está desocupada.

—¿Se hospeda aquí mucha gente de teatro? —preguntó el joven.

—Vienen y se van. La mayor parte de mis inquilinos son gente de teatro. Sí, señor, éste es el distrito teatral. Los actores nunca se quedan en lugar fijo. Vienen y se van.

Tomó la habitación y pagó una semana, estaba fatigado y quería tomar posesión de ella en el mismo momento. Contó el dinero. La patrona replicó que el cuarto estaba listo, con toallas y agua. En el momento en que ella iba a marcharse, él formuló, por milésima vez, la pregunta que llevaba en los labios.

—¿Ha tenido usted entre sus alojados a una joven llamada Miss Vashner… Miss Eloise Vashner…, no recuerda este nombre? Es una joven que debe cantar en el teatro. Es rubia, de mediana estatura, delgada, con cabellos de un dorado rojizo y un lunar oscuro cerca de la ceja izquierda.

—No, no recuerdo el nombre. Pero recuerde usted que la gente de teatro cambia de nombre como de domicilio. Vienen y se van. No, no recuerdo a nadie de ese nombre.

No. Siempre no. Cinco meses de incesante interrogación y de inevitable negativa. Días interminables interrogando a empresarios, agentes, escuelas y coros; recorriendo de noche los teatros, desde aquellos con elencos formados por estrellas de primera magnitud, hasta *music-halls* tan bajos que temía encontrar en ellos lo que más anhelaba. El, que la había amado como nadie, había tratado en vano de encontrarla. Estaba seguro de que, desde su desaparición del hogar, aquella inmensa ciudad circundada de agua debía ocultarla en alguna parte, pero la ciudad era como una monstruosa arena movediza que cambiaba constantemente sus partículas, desprovista de base, y en la que los gránulos que hoy estaban en la superficie, eran sepultados al día siguiente en légamo y cieno.

El cuarto amueblado recibió a su último huésped con un primer resplandor de seudohospitalidad, con una bienvenida esquiva, superficial, como la sonrisa fingida de una cortesana. El confort, sofístico, llegaba en rayos reflejados de los muebles en decadencia, del raído tapiz de brocado de un canapé y de dos sillas, de un espejo de pared de mala calidad, colocado entre las dos ventanas, de los marcos dorados de uno o dos cuadros y de la cama de bronce situada en un rincón.

El huésped se reclinó, inerte, en una silla mientras la habitación, con su lenguaje confuso, cual si se tratara de un departamento en Babel, trataba de hablarle acerca de sus diversos inquilinos.

Había una alfombra polícroma, semejante a una isla multicolor y tropical, rodeada de un mar ondulante de estrellas sucias. En la pared, empapelada con alegres colores, colgaban esos cuadros que persiguen de una casa a otra a los que carecen de hogar: Los Amantes Hugonotes, La Primera Riña, El Desayuno Nupcial, Psiqué en la Fuente. El contorno castamente severo de la chimenea estaba ignominiosamente

velado por colgaduras arregladas libertinamente al sesgo, como los cinturones de *ballet* de las amazonas. Sobre la chimenea veíanse algunas cosas dejadas allí por los que habían abandonado la habitación cuando alguna nave feliz les había transportado a nuevo puerto; un vaso o dos, retratos de actrices, un frasco de medicina, algunos naipes sueltos que se extraviaron de su baraja.

Uno a uno, del mismo modo, igual que se van aclarando los caracteres de un criptograma, los pequeños signos dejados por la procesión de huéspedes de la habitación adquirieron un significado. El espacio gastado de la alfombra frente al tocador hablaba de una hermosa mujer que había pasado entre la multitud. Las pequeñas huellas digitales en la pared hablaban de prisioneros que trataran de abrirse camino hacia el sol y el aire. Una mancha estriada como los rayos de una bomba que hubiera estallado, era testimonio de un vaso o de una botella lanzada contra la pared, vaciando sobre ella su contenido. En el espejo de pared alguien había escrito con un diamante, y en letras vacilantes, el nombre *Marie*. Parecía como si la sucesión de habitantes del cuarto amueblado, tomada por un arrebato de furia —incitada tal vez por la frialdad del cuarto—, hubiera vaciado en él sus pasiones. Los muebles estaban astillados y abollados; el diván deformado por sus resortes vencidos, parecía un monstruo horrible que hubiera sido asesinado. Algún cataclismo más potente aún, había hendido un gran trozo del manto de mármol de la chimenea. Cada tablón del piso tenía su propio sesgo y su crujido especial, como si experimentara una agonía individual y separada. Parecía increíble que toda aquella malignidad y aquel daño hubieran sido infligidos a la habitación por los que durante un tiempo la habían llamado su hogar; y sin embargo, quizá fuera precisamente un instinto de hogar frustrado que sobrevivía ciegamente, el deseo de vengarse de los falsos penates, lo que había encendido su cólera. Una choza que sabemos nuestra, siempre es barrida, adornada y cuidada con amor.

El joven, sentado en la silla, dejaba desfilar estos pensamientos por su mente, mientras por el cuarto amueblado flotaban sus diversos ruidos y olores. De una habitación lejana llegó el eco de una risa ahogada; en otras, resonaba el monólogo de una persona regañona, el ruido de unos dados, un arrullo, alguien que lloraba estúpidamente. Sobre su cabeza, un banjo zumbaba alegremente. Las puertas golpeaban en alguna parte; el ferrocarril elevado rugía intermitente; un gato maullaba tristemente en algún techo trasero. El joven respiraba el aliento de la casa —más que un olor era un sabor húmedo—, respiraba su efluvio rancio que parecía venir de bóvedas subterráneas y estaba mezclado a las exhalaciones de linóleos y de maderamen enmohecido y podrido.

Entonces, súbitamente, mientras estaba allí, la habitación se llenó de un fuerte y dulce olor a reseda que llegó hasta él como una bocanada de viento, con tal precisión, fragancia y énfasis, que casi parecía un visitante vivo. *¿Qué dices, Querida*?, exclamó el hombre en voz alta como si alguien le hubiera llamado, y poniéndose en pie de un salto, miró a su alrededor. El olor penetrante se aferraba a él, envolviéndolo.

Extendió los brazos como si fuera a tomarlo, sintiendo todos sus sentidos confundidos y mezclados. ¿Cómo se podía ser tan perentoriamente llamado por un olor? Sin duda debía haber sido un ruido, pero ¿no era acaso el sonido el que le había tocado, le había acariciado?

«Ella ha estado en esta habitación», exclamó, lanzándose a buscar una prueba, porque sabía que reconocería en el acto el más pequeño objeto que hubiera pertenecido a ella o que ella hubiera tocado. ¿De dónde provenía aquel olor de reseda que le envolvía, el olor que ella había amado y hecho suyo?

El orden de la habitación era todo aparente. Sobre el endeble tocador había media docena de horquillas, esas discretas e inequívocas compañeras de la femineidad, que nada definido decían, sin embargo. Las ignoró, sabedor de su absoluta falta de identidad. Explorando los cajones del tocador, encontró un pequeño pañuelo andrajoso. Lo oprimió contra su rostro. Tenía un olor picante e insolente a heliotropo y lo arrojó al suelo. En otro cajón, encontró algunos botones, un programa de teatro, un boleto de empeño, dos pastillas de malvavisco, un libro de adivinación de los sueños. En el último había cinta de raso negra para el cabello que le hizo vacilar, suspendido entre fuego y hielo.

Entonces cruzó la habitación como un perro sobre un rastro, examinando las paredes, palpando con sus manos y rodillas los rincones de estera, explorando el mantel de la chimenea y las mesas, las cortinas y tapices y el gabinete del rincón, en busca de un signo visible, incapaz de percibir que ella estaba allí junto a él, alrededor de él, dentro y por encima de él, aferrándose a él, llamándole en forma tan punzante a través de los sentidos más finos, que aun sus sentidos más toscos percibían la llamada. Nuevamente exclamó: «¡Sí, querida!», volviéndose con los ojos desencajados, contemplando el vacío, porque no podía discernir forma, ni olor, ni amor, ni unos brazos tendidos hacia él en aquel olor de reseda. ¡Oh, Dios! ¿De dónde provenía aquel olor, y desde cuándo tienen los olores voz para llamar?

Siguió buscando a tientas. Escudriñó en las hendiduras y rincones encontrando corchos y cigarrillos que pasó por alto con un desdén pasivo. En un pliegue encontró un cigarro a medio fumar que aplastó bajo su pie lanzando una maldición. Investigó la habitación de extremo a extremo, pero de la joven que buscaba y que pudo haberse alojado allí, y cuyo espíritu parecía rondar la habitación, no encontró huella alguna.

Entonces se acordó de la patrona. Salió de aquel cuarto y descendió corriendo las escaleras hasta llegar a una puerta por la que se filtraba un hilo de luz. La patrona acudió a abrirle, y él trató de disimular su ansiedad lo mejor que pudo.

—Tenga la bondad de decirme, señora —le suplicó—, ¿quién ocupó la habitación antes que yo llegara?

—Se lo repetiré con mucho gusto, señor. Fueron Sprowls y Mooney, como ya le conté. Miss Bretta Sprowls, según su nombre de teatro, pero en verdad se llamaba Mrs. Mooney Mi casa es conocida por su respetabilidad. El certificado de matrimonio estaba en un marco encima de…

—¿Cómo era Miss Sprowls… de aspecto, quiero decir?

—Era una dama de pelo negro, pequeña y gruesa, con cara cómica. Se marcharon hace una semana, el martes.

—¿Y antes de ellos?

—¿Antes de ellos? Había un caballero soltero que tenía que ver con el negocio de corretaje. Se marchó debiéndome una semana. Antes de él, estuvieron una Mrs. Crowder y sus dos niños; permanecieron cuatro meses; y antes de ellos, un viejo llamado Mr. Doyle, cuyos hijos le pagaban el alquiler. Él ocupó la habitación seis meses. De esto hace un año, señor, y más atrás, no recuerdo.

Le dio las gracias y subió nuevamente a su cuarto, que estaba ahora muerto. La esencia que le había infundido vida había desaparecido. El perfume de reseda se había esfumado, y en su lugar persistía el olor acre de los muebles mohosos y de objetos acumulados.

La marea menguante de su esperanza secó su fe. Se quedó mirando fijamente la luz amarillenta del gas. En seguida, se dirigió al lecho y comenzó a romper la sábana en pedazos. Después rellenó con los jirones y ayudándose con la hoja de su cortaplumas todas las rendijas alrededor de las ventanas y de la puerta. Cuando todo estuvo tapado, apagó la luz, abrió el gas y se tendió sobre el lecho.

Era la noche en que a Mrs. McCool le tocaba ir con la lata en busca de cerveza. Fue, pues, a buscarla, sentándose en seguida a charlar con Mrs. Purdy en uno de los refugios subterráneos donde se congregan las dueñas de casa y donde la polilla raras veces muere.

—Esta tarde alquilé el cuarto del tercer piso, el del fondo —dijo Mrs. Purdy sobre un vasto círculo de espuma—. Lo tomó un joven que se acostó hace cosa de un par de horas.

—¡No! ¿Es verdad, Mrs. Purdy? —exclamó Mrs. McCool con una intensa admiración—. ¡Es usted magnífica para alquilar habitaciones! ¿Y le contó? —concluyó con un cuchicheo cargado de misterio.

—Los cuartos se amueblan para ser alquilados —dijo Mrs. Purdy con su voz más sarrosa—. No le dije una palabra, Mrs. McCool.

—Tiene usted razón. Nosotros vivimos de la renta de habitaciones amuebladas. Debo reconocer que tiene usted verdadero sentido comercial. Hay mucha gente que no aceptaría alquilar una habitación si supieran que alguien se ha suicidado en la cama y que ha muerto allí mismo.

—Así es. Como usted dice, nosotras tenemos que ganarnos la vida de algún modo —observó Mrs. Purdy.

—Ya lo creo. Hace una semana justa que le ayudé a usted a arreglar el cuarto del tercer piso. Buena pieza fue aquella chica al suicidarse abriendo la llave del gas; hay que reconocer, sin embargo, que tenía una cara simpática, Mrs. Purdy.

—Tiene usted razón. Era lo que se dice una hermosa muchacha —dijo Mrs. Purdy asintiendo, aunque con un tono crítico—, si no hubiera sido por el lunar que tenía

junto a la ceja izquierda. ¡Pero vuelva usted a llenar su vaso. Mrs. McCool!

CURA DE AGITACIÓN
GABRIEL - ERNESTO
LA PENITENCIA

«Saki» (H. H. Munro)

CURA DE AGITACION

En el portaequipajes del compartimiento, frente a Clovis, había una sólida maleta de la que colgaba una tarjeta impecablemente caligrafiada: «J. P. Huddle, El Coto, Tilfield, por Slowborough». Justamente debajo se hallaba sentado la encarnación de la tarjeta en persona: un individuo recio, sobriamente vestido, mesurado en sus palabras y gestos. Incluso sin tener en cuenta su conversación (hablaba con un amigo, sentado a su lado, de cosas tales como el lento desarrollo de los jacintos romanos y los casos de sarampión en la parroquia) se hubiera podido esbozar el retrato moral y mental del dueño de la maleta. Pero él parecía poco dispuesto a dejar algo a la imaginación del observador casual y su conversación no tardó en hacerse personal e incluso introspectiva.

—No sé por qué será —le decía a su amigo—, no tengo apenas cuarenta años y parece que estoy metido ya de lleno en la rutina de la edad madura. A mí hermana le pasa igual; a los dos nos gusta que todo esté exactamente en el sitio de costumbre, que todo ocurra a su debido tiempo. Nos gusta que todo sea metódico, ordenado, puntual y consuetudinario, segundo a segundo, sin que se desvíe ni un pelo; si no nos inquieta, nos trastorna. Por ejemplo, un caso insignificante: un zorzal hacía todos los años su nido en el nogal que tenemos en medio del césped; bueno, pues este año, no se sabe por qué, ha anidado en la yedra que cubre la tapia del jardín. No hemos hablado mucho de esto, pero estoy seguro de que ella también lo considera un cambio inútil y enojoso.

—Puede que sea otro zorzal —dijo el amigo.

—Ya lo hemos supuesto y creo que eso aún nos fastidia más. Consideramos que a nuestra edad no hay necesidad de cambiar de zorzal. Y sin embargo no somos, como te decía, tan viejos como para pensar así.

—Os haría falta una cura de agitación —comentó el amigo.

—¿Una cura de agitación? Jamás oí hablar de tal cosa.

—Pero sí habrás oído hablar de curas de reposo para personas agotadas por exceso de trabajo o por una tensión nerviosa demasiado violenta. Bueno, tú sufres un exceso de reposo y lo que te hace falta es el tratamiento contrario.

—¿Y cómo se hace eso?

—Oh, podrías presentarte en Kilkenny como candidato orangista, o hacer visitas de caridad en los barrios bajos de París, o dar en Berlín una serie de conferencias para decir que la música de Wagner la compuso Gambetta y también existe el recurso de hacer un viaje al corazón de Marruecos. Pero para que la cura de agitación fuera verdaderamente eficaz tendría que llevarse a cabo en tu propia casa. Sin embargo, no sé cómo podrás arreglártelas.

Cuando sus compañeros de viaje llegaron a este punto de su conversación, Clovis se sintió interesado. Después de todo, la visita de dos días que iba a hacer a su viejo pariente en Slowborough no presentaba perspectivas muy divertidas. Antes de que el

tren llagase a la estación, Clovis escribió en su puño izquierdo las siguientes palabras: «J. P. Huddle, El Coto, Tilfield, por Slowborough».

* * *

Dos días más tarde, Mr. Huddle interrumpió la paz de su hermana que estaba en el saloncito leyendo *Country Lije.* Era el día, la hora y el lugar exacto en que ella tenía la costumbre de leer *Country Lije* y aquella intrusión era completamente contraria a todas las reglas. Pero Mr. Huddle llevaba un telegrama en la mano y los dos hermanos consideraban a los telegramas como manifestaciones de la mano de Dios. Además aquél en particular era como un trueno que les estallara encima: «El obispo, que está girando por los contornos su visita para la Confirmación no puede alojarse en la parroquia a causa del sarampión y solicita su hospitalidad. Envía su secretario para arreglar detalles.»

—Apenas conozco al obispo; no le he hablado más que una vez —exclamó J. P. Huddle con el aire afligido de una persona que de pronto se percata del peligro que encierra hablar a obispos casi desconocidos. Miss Huddle fue quien primero recuperó la serenidad; detestaba los truenos tanto como su hermano pero su instinto femenino le dijo que había que afrontar tales eventualidades.

—Le daremos pato frío al curry —dijo. No era el día del curry, pero el papelito verdoso del telegrama justificaba aquella transgresión. Su hermano no dijo nada pero la felicité, con la mirada, por su decisión.

—Un señor desea verles —anunció una doncella.

—¡El secretario! —murmuraron los Huddle a coro. En el acto adoptaron una rígida actitud que proclamaba bien alto que aunque consideraban culpables a los extraños, estaban, no obstante, dispuestos a escuchar lo que tuvieran que decir en su descargo. El joven que entró en la sala tenía una elegancia un tanto altanera y no correspondía en absoluto a la idea que Huddle tenía del secretario de un obispo; nunca hubiera podido imaginar que el personal episcopal se permitiera tales lujos mientras había tantos seres que solicitaban su caridad. Su cara le pareció vagamente familiar; si se hubiera fijado más en su compañero de viaje dos días atrás, podría ahora reconocer a Clovis en la persona de su visitante.

—¿Es usted el secretario del obispo? —preguntó Huddle deferentemente.

—Su secretario privado —respondió Clovis—. Pueden ustedes llamarme Stanislaus, el resto del nombre no hace al caso. El obispo y el coronel Alberti tal vez vengan a almorzar. Yo estaré aquí de todas formas.

Parecía el programa de una visita real.

—El obispo está haciendo una gira para las Confirmaciones, ¿no es eso? —preguntó Miss Huddle.

—En apariencia —contestó misteriosamente, después de lo cual pidió un plano de

la localidad a gran escala.

Estaba estudiando el plano atentamente cuando llegó un nuevo telegrama dirigido al «Príncipe Stanislaus, en casa de Huddle, El Coto etc.». Clovis le echó una ojeada y anunció: «El obispo y Alberti no llegarán hasta esta tarde.» Después volvió a estudiar el plano.

La comida no fue precisamente alegre. El principesco secretario bebía y comía de buena gana, pero declinaba obstinadamente enzarzarse en una conversación. Al final, con una sonrisa radiante, dio las gracias a su anfitriona por su encantadora hospitalidad y besó su mano con una efusión teñida de deferencia. Miss Huddle se preguntó si su actitud evocaba la corte de Luis XIV o la reprensible conducta de los Romanos para con las Sabinas. Aquel no era su día de jaqueca, pero supuso que las circunstancias la excusaban suficientemente y se retiró a sus habitaciones para tener la mayor cantidad posible de jaqueca antes de la llegada del obispo. Clovis, después de preguntar por la oficina de correos más cercana se eclipsó. Mr. Huddle lo encontró en el vestíbulo dos horas más tarde y le preguntó cuándo llegaría el obispo.

—Está en la biblioteca con Alberti —respondió.

—¿Cómo no me lo han dicho? Ni siquiera sabía que hubiese llegado —exclamó Huddle.

—Nadie sabe nada —dijo Clovis— y cuanto más discretos seamos mejor. Y no vaya usted a la biblioteca bajo ningún pretexto; esas son sus consignas.

—¿Y por qué todo este misterio? ¿Quién es Alberti? ¿Y no querrá el obispo un poco de té?

—El obispo no ha venido aquí en busca de té, sino de sangre.

—¡Sangre! —gritó Huddle al que no le gustaba nada el giro de los acontecimientos.

—Esta noche marcará un hito en la historia de la cristiandad —anunció Clovis—. Mataremos a todos los judíos de la localidad.

—¡Matar a los judíos! —Huddle estaba indignado—. ¿O sea que se va a llevar a cabo un ataque general contra ellos?

—No, es una iniciativa privada del obispo. Ahora está ultimando los detalles.

—Pero si el obispo es tan tolerante, tan humano.

—Precisamente eso dará más efecto a su decisión. Va a causar sensación.

Huddle estaba seguro.

—Pero lo perseguirán —exclamó, desatinado.

—Un automóvil le espera para llevarlo a la costa, donde le aguarda un yate con los motores a presión.

—Pero no hay más allá de treinta judíos en los alrededores —protestó Huddle, cuyo cerebro, bajo los efectos de los continuos choques a que se hallaba sometido desde la mañana, trabajaba con dificultad, como un telégrafo durante un terremoto.

—Tenemos veintiséis en nuestra lista —dijo Clovis, consultando un montón de documentos—. Tendremos tiempo de sobra para arreglarles las cuentas a todos.

—No dirá usted que van a emplear la violencia contra hombres como sir León Birberry —balbuceó Huddle—. Es uno de los personajes más respetados de los contornos.

—Figura en nuestra lista —respondió Clovis con tranquila desenvoltura—. Sabe usted, tenemos hombres en quienes poder confiar para este trabajo y no habrá necesidad de recurrir a la mano de obra local. Además tenemos unos cuantos *boy-scouts* que nos ayudan.

—¡Boy-scouts!

—Sí, cuando supieron que se trataba de una matanza en grande demostraron el mismo entusiasmo que los hombres.

—¡Este asunto será un baldón para el siglo veinte!

—Y su casa servirá de escenario. ¿Se le ha ocurrido pensar que la mitad de los periódicos de Europa y los Estados Unidos publicarán fotos? Yo ya he mandado al *Matin* y *Die Woche* algunas fotografías suyas y de su hermana que he encontrado en la biblioteca. Espero que no tenga usted inconveniente. Y también un dibujo de la escalera. La matanza se llevará a cabo principalmente en la escalera.

Las emociones que se iban sucediendo en el espíritu de J.P. Huddle eran demasiado intensas para poderlas expresar en palabras. Pero se las arregló para poder decir:

—En esta casa no hay ningún judío.

—Todavía no —convino Clovis.

—Voy a avisar a la policía —amenazó Huddle en un brusco despertar de su energía.

—Hay varios hombres escondidos entre los matorrales, que tienen órdenes de disparar contra cualquiera que salga de la casa sin que yo haya dado señal de que tiene autorización. Hay otro grupo armado emboscado en la verja y los *boy-scouts* guardan la entrada del servicio.

En aquel momento se oyó en la avenida el alegre ruido de un claxon. Huddle se precipitó hacia la puerta con el aire de un hombre que se despierta a medias de una pesadilla y vio a sir León Birberry apeándose de su coche.

—Acabo de recibir un telegrama —dijo al divisarlo—. ¿Qué ocurre?

¿Un telegrama? Decididamente, aquel era el día.

«Venga en seguida; muy urgente. James Huddle.»

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó, temblando de excitación. Y, lanzando una temerosa mirada hacia los matorrales empujó a Birberry, estupefacto, hacia el interior. El té estaba servido en el salón pero, a pesar de sus protestas en contra, Huddle, medio loco, llevó a su visitante al primer piso; en unos momentos reunió a todos los de la casa en aquel refugio provisional. Clovis hacía solo los honores al té y en cuanto a los fanáticos de la biblioteca, estaban demasiado absortos en sus monstruosas maquinaciones para perder el tiempo con una taza de té y unas tostadas calientes. El joven secretario se levantó una vez para acudir a una llamada en la

puerta principal e introdujo a Mr. Paul Isaacs, zapatero y miembro del consejo de la parroquia, que también había sido llamado urgentemente a El Coto. Con un espantoso simulacro de cortesía, que cualquier Borgia hubiera aprobado, el secretario acompañó a su nuevo prisionero hasta la escalera, en lo alto de la cual le esperaba su huésped involuntario.

A continuación hubo una espera larga y terrible. Clovis abandonó la casa una o dos veces para llegarse hasta los matorrales y volvía de nuevo a la biblioteca, evidentemente para dar el parte. Al atardecer, recogió el correo de manos del cartero y subió las cartas al primer piso, con una cortesía impecable. Se ausentó de nuevo, volvió al cabo de un rato y subió hasta la mitad de la escalera para participarles una noticia:

—Los *boy-scouts* no han entendido bien mis señas y han liquidado al cartero. Comprendan ustedes, no tengo práctica suficiente en estos menesteres; la próxima vez procuraré hacerlo mejor.

La camarera, que era novia del cartero, dio rienda suelta a su profundo dolor.

—¡Recuerde que su ama tiene jaqueca! —le amonestó J. P. Huddle—. (La jaqueca de Miss Huddle había empeorado, en efecto.)

Clovis descendió apresuradamente y después de una breve visita a la biblioteca, subió de nuevo, portador de un mensaje:

—El obispo siente enormemente que Miss Huddle sufra una jaqueca. Ha dado orden de que se evite en lo posible el uso de armas de fuego en las proximidades de la casa; toda ejecución que se estime necesario llevar a cabo en el lugar se hará al arma blanca. El obispo considera que lo cortés no quita lo valiente.

No volvieron a ver a Clovis; eran ya cerca de las siete y el viejo pariente en cuya casa estaba pasando unos días esperaba a que su visitante se vistiera para cenar. Clovis había abandonado para siempre a los Huddle, pero el recuerdo de su presencia llenó la parte inferior de la casa durante las largas horas de una noche pasada en vela. Cada crujido de la escalera, cada silbido del viento entre la maleza estaban henchidos de un tenebroso significado. Hacia las siete de la mañana siguiente, el hijo del jardinero y el cartero consiguieron convencer a los sitiados de que el siglo veinte permanecía aún libre de toda mácula.

—¡Y pensar —se decía Clovis en el tren matinal que lo conducía a Londres—, que ninguno de ellos me agradecerá esta cura de agitación!

GABRIEL-ERNESTO

HAY una fiera salvaje en su bosque —murmuró el pintor Cunningham, mientras lo llevaba en coche a la estación. Fue el único comentario que hizo en todo el trayecto, pero como Van Cheele no había dejado de hablar, el silencio de su compañero le pasó desapercibido.

—Un zorro extraviado y alguna que otra comadreja, nada más —contestó Van Cheele; el pintor no dijo nada.

—¿Qué entiende usted por fiera salvaje? —preguntó Van Cheele más tarde, cuando ya estaban en el andén.

—Nada, cosas de mi imaginación. Ya está aquí el tren —dijo Cunningham.

Aquella misma tarde, Van Cheele fue a dar uno de sus habituales paseos por el bosque de su propiedad. En su despacho tenía una garza disecada y conocía el nombre de una gran cantidad de flores silvestres, lo que, en opinión de su tía, le daba derecho a ser considerado como un gran naturalista. Lo que sí era de verdad es un gran andarín. Tenía la costumbre de tomar nota mental de todo lo que llamaba su atención durante sus paseos, no tanto para contribuir al progreso de la ciencia, como para tener, más adelante, temas de conversación. Cuando los jacintos empezaron a florecer hizo cuestión de honor el comunicárselo a todo el mundo. La época del año en que se hallaban hubiera bastado a su auditorio para comprender que tenía que ocurrir tal cosa, pero, por lo menos, se quedaban con la impresión de que Van Cheele era un hombre muy veraz.

Sin embargo, lo que vio aquella tarde estaba decididamente fuera de su campo de experiencia. Sobre una piedra lisa, al borde de un profundo estanque, en el claro de un bosquecillo de robles, se hallaba tumbado un muchacho de unos dieciséis años, secando sus piernas al sol. Sus húmedos cabellos, aplastados por la reciente zambullida, se pegaban a su cráneo y sus ojos claros, tan claros que tenían un brillo casi felino, se volvían hacia Van Cheele con una mirada tranquila y desconfiada al mismo tiempo. Era una aparición inesperada; Van Cheele se sorprendió y, cosa nueva en él, reflexionó un rato antes de hablar. ¿De dónde diablos había salido aquel salvaje? La mujer del molinero perdió un hijo dos meses atrás y entonces se sospechó que se lo había llevado la corriente del molino; pero se trataba de un bebé y no de un muchacho de aquella edad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Ya lo está usted viendo, me caliento al sol —respondió el chico.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en el bosque.

—No puedes vivir en el bosque.

—Es un bosque muy hermoso —dijo el muchacho, con un tono ligeramente protector.

—¿Pero dónde duermes por la noche?

—Yo no duermo de noche; entonces es cuando estoy más ocupado.

Van Cheele empezó a sentir la molesta sensación de hallarse ante un caso superior a su comprensión.

—¿De qué te alimentas? —preguntó.

—De carne —respondió el muchacho, pronunciando la palabra golosamente.

—¡De carne! ¿Qué carne?

—Puede que le resulte interesante: de conejos, de nutrias, de liebres, de aves, de corderitos, cuando es la época y de niños, cuando puedo encontrarlos; pero suelen estar demasiado bien guardados por la noche, que es cuando cazo. Hace cerca de dos meses que no he comido niño.

Sin darse por enterado del tono burlón del último comentarlo, Van Cheele trató de arrancar al muchacho la confesión de qué era un cazador furtivo.

—No dices más que tonterías. Las liebres de estas colinas no se dejan coger así como así.

—De noche cazo a cuatro patas —dijo misteriosamente.

—¿Te refieres a que cazas con un perro? —aventuró Van Cheele.

El muchacho se tumbó de espaldas y se echó a reír con una risa sorda, a la vez tímida y agresiva.

—No creo que un perro durara mucho a mi lado, sobre todo de noche.

Van Cheele empezó a sospechar que había algo positivamente sobrenatural en aquel muchacho que hablaba de una manera tan extraña.

—No puedo consentir que te quedes en el bosque —declaró autoritariamente.

—Creo que preferirá tenerme aquí que en su casa —se mofó el chico.

La visión de aquella fierecilla salvaje y desnuda en la casa de Van Cheele, tan ordenada e impecable, era como para alarmar a cualquiera.

—Si no te vas de grado, tendrás que marcharte a la fuerza —amenazó.

El chico se volvió bruscamente, se zambulló en el estanque y, unos segundos después, izó su cuerpo, húmedo y reluciente, a media altura, en el ribazo donde se hallaba Van Cheele. Si aquellos movimientos los hubiese hecho una nutria no tendrían nada de extraño, pero en un chico… Van Cheele estaba estupefacto. Se echó hacia atrás maquinalmente y sus pies resbalaron; se encontró tumbado a medias en la resbaladiza orilla, con aquellos ojos, tan amarillos como los de un tigre, muy cerca de los suyos. Se llevó las manos a la garganta, en un gesto instintivo de defensa; el chico rompió a reír de nuevo, con una risa seca y cruel, y luego, tan rápidamente como antes, se zambulló en el agua y desapareció de la vista en medio de un montón de cañas y helechos.

—¡Qué animal tan raro! —exclamó Van Cheele levantándose. Entonces se acordó del comentario de Cunningham: «Hay una fiera salvaje en su bosque».

Mientras se dirigía a su casa lentamente, empezó a pasar revista, en su imaginación a los diversos acontecimientos locales cuya explicación podría hallarse* en la existencia del asombroso joven salvaje.

Desde hacía algún tiempo, la caza escaseaba en los bosques, las aves de corral desaparecían de los gallineros, las liebres, inexplicablemente, eran cada vez más raras y en muchas ocasiones había oído a las gentes del pueblo quejarse de que alguien se llevaba los corderos de las colinas. ¿Sería posible que aquel mozalbete salvaje se apoderase de lo mejorcito de aquellos campos, con la ayuda de un perro bien amaestrado?

Había dicho que de noche cazaba «a cuatro patas» pero, por otra parte, hizo extrañas alusiones a que ningún perro se acercaría a él de grado «sobre todo en la noche». Aquello era intrigante de verdad. Van Cheele iba pensando en todas las depredaciones ocurridas en un mes o dos, cuando de pronto se paró en seco, interrumpiendo a un tiempo su paseo y sus meditaciones. Acababa de acordarse del niño del molinero, desaparecido dos meses atrás. La teoría universalmente aceptada era que el niño se cayó al río y se lo llevó la corriente; pero la madre aseguraba siempre que lo había oído llorar en la colina, en dirección opuesta al río. No se podía pensar en tales cosas, por supuesto, pero hubiera preferido que el chico no comentara que llevaba dos meses sin comer niño; cosas tan horribles no deberían decirse ni en broma.

Contra su costumbre, Van Cheele no se sintió con humor para hablar de su descubrimiento en el bosque. Su posición de consejero de la parroquia y juez de paz quedaría un poco comprometida por el hecho de que habitara en sus tierras un ser de tan dudosa reputación. Y también corría el peligro de que le presentaran una serie de demandas de indemnización por las aves y los corderos robados. Aquella noche, durante la cena, guardó un silencio inusitado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su tía—. Parece que hayas visto al lobo.

Van Cheele, que no conocía el viejo proverbio, consideró que el comentario de su tía era una estupidez; si hubiera visto un lobo en sus tierras, sería extraordinariamente locuaz a propósito de ello.

Al día siguiente, mientras desayunaba, Van Cheele se dio cuenta de que la desazón que le produjera el encuentro de la tarde anterior aún no se había disipado por completo y resolvió coger el tren e irse a la ciudad a ver a Cunningham para oír de su propia boca qué le había hecho comentar aquello de la presencia de una fiera salvaje en el bosque. Al tomar esta determinación recuperó gran parte de su alegría habitual y, tarareando una cancioncilla, se dirigió al saloncito para fumar su cigarrillo matinal. En el momento de entrar en la habitación la melodía cedió paso bruscamente a una enérgica exclamación. Tendido sobre el diván, en una actitud de reposo casi exagerada, se hallaba el chico del bosque. Estaba más seco que la última vez que lo vio, pero, aparte de ese detalle, su indumentaria no había sufrido variaciones notables.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —preguntó Van Cheele, furioso.

—Usted me dijo que no debía quedarme en el bosque —respondió tranquilamente.

—¡Pero no hablé de que vinieras aquí! ¡Si te viera mi tía!

Para evitar en la medida de lo posible los estragos que se producirían si semejante eventualidad tuviera lugar, Van Cheele se apresuró a ocultar la mayor parte de su indeseable visitante, bajo las páginas del *Morning Post.* En aquel momento su tía entró en la habitación.

—Este es un pobre chico perdido… y que ha perdido la memoria. No sabe quién es ni de dónde viene —explicó Van Cheele, aturdido, tras lanzar una mirada ansiosa al salvaje, temiendo que añadiera una inoportuna información sobre sus inclinaciones primitivas.

Miss Van Cheele pareció interesada.

—Puede que tenga alguna marca en su ropa interior.

—Parece que también ha perdido la ropa interior —dijo Van Cheele, afanándose como un loco en torno al *Morning Post,* para mantenerlo en su sitio.

Un muchacho desnudo y sin hogar tenia para Miss Van Cheele tanto atractivo como un gatito abandonado o un perro perdido.

—Debemos hacer cuanto podamos por él —decidió y en el acto mandó un mensajero al presbiterio, de donde volvió muy pronto con un vestido y todo el acompañamiento necesario de camisas, zapatos y cuellos. Una vez lavado, vestido y peinado, el joven seguía pareciendo inquietante a los ojos de Van Cheele, pero la tía lo encontró encantador.

—Hay que buscarle un nombre, hasta que sepamos cuál es el suyo verdadero —declaró—. Por ejemplo Gabriel-Ernesto: es un nombre muy bonito.

Van Cheele accedió, aunque en su fuero interno dudara de que beneficiara en algo al muchacho. Su temor aumentó mucho más cuando se dio cuenta de que fiel perro «Spaniel» huyó de la casa corriendo cuando vio al salvaje y que estaba en el fondo del huerto, sin dejar de ladrar y temblar, mientras que el canario, que generalmente era tan industrioso, en el plano vocal, como el propio Van Cheele, estaba ahora sometido a un régimen de piídos enloquecedores. Se reafirmó en su decisión de ir a ver a Cunningham y se dispuso a hacerlo sin pérdida de tiempo.

Mientras se dirigía a la estación, su tía tomaba las disposiciones necesarias para que Gabriel-Ernesto le ayudara a servir la merienda a los niños de la clase dominical.

Cunningham, al principio no se hallaba muy dispuesto a hablar.

—Mi madre murió de una enfermedad cerebral —explicó—. Por eso comprenderá usted que yo no quiera hablar de un episodio tan imposible y fantástico como el que vi, o creí ver.

—¿Pero qué vio?

—Lo que creí ver es tan extraordinario que ningún hombre de mentalidad sana creerá que haya pasado de verdad. El último día de mi estancia en su casa, estaba medio escondido detrás del seto, contemplando las últimas luces del ocaso. De pronto vi a un muchacho completamente desnudo que, según pensé, acababa de bañarse en el estanque vecino y que, de pie, en la ladera de la colina, contemplaba también la

puesta del sol. Su aspecto evocaba tan vivamente el de un joven fauno de la mitología pagana, que en el acto sentí la necesidad de tomarlo como modelo y estuve a punto de llamarle. Pero justo en aquel momento desapareció el sol en el horizonte; el paisaje perdió su coloración naranja y rosa, para quedarse gris y frío y en el mismo instante se produjo un fenómeno que me llenó de estupor: ¡el muchacho había desaparecido!

—¿Cómo! ¿Quiere usted dar a entender que se volatilizó? —preguntó Van Cheele excitado.

—No; y esto es lo más pasmoso de la historia —respondió el pintor—. En la ladera, justamente donde estaba el muchacho un segundo antes, había un lobo: un gran lobo de negra pelambre, colmillos relucientes y crueles y ojos amarillos. Se hubiera dicho…

Pero Van Cheele no tenía tiempo de perderse en conjeturas. Se precipitó hacia la estación. Pensó en poner un telegrama, pero renunció; «Gabriel-Ernesto es un hombre-lobo» parecía insuficiente para que nadie comprendiera la situación y su tía creería que le enviaba un mensaje cifrado, cuya clave ignoraba por haberse olvidado él de dársela. Su única esperanza consistía en llegar a su casa antes de la puesta del sol. El taxi que tomó al llegar a su destino le hizo perder tiempo ya que rodaba lentamente por los caminos campestres, teñidos de malva y rosa por el sol poniente. Su tía se disponía a recoger los restos de mermelada y pasteles cuando él llegó.

—¿Dónde está Gabriel-Ernesto? —preguntó anhelante.

—Ha ido a acompañar al pequeño de los Toop a su casa —contestó su tía—. Era tan tarde que no me he atrevido a dejarle volver solo. Qué maravillosa puesta de sol, ¿verdad?

Pero Van Cheele, a pesar de haberse dado perfecta cuenta de la coloración del cielo por el oeste, no se quedó a discutir sus bellezas. Se precipitó, con la celeridad del rayo, al camino que llevaba a casa de los Toop. El sendero estaba bordeado, a un lado, por el riachuelo del molino y, al otro, por la ladera de la colina. El disco solar sobresalía aún un poco sobre el horizonte y Van Cheele supuso que a la vuelta del camino encontraría a la extraña pareja que iba persiguiendo. Luego se apagaron bruscamente los colores y una luz gris cayó sobre el campo, como un velo. Van Cheele oyó un breve grito de horror y se paró.

Nadie volvió a ver ni al pequeño Toop ni a Gabriel-Ernesto, pero los vestidos de éste último aparecieron abandonados al borde del sendero. Entonces se supuso que el niño se había caído al agua y el muchacho se desnudó y sumergió a su vez, para salvarlo, pereciendo en la empresa. Van Cheele y unos obreros que se hallaban a aquella hora por los alrededores declararon haber oído gritar a un niño en las proximidades del lugar donde fueron hallados los vestidos. Mrs. Toop, que tenía once chiquillos más, sobrellevó su pena con dolor, pero Miss Van Cheele lloró sinceramente la pérdida de su protegido. Bajo su iniciativa, se colocó en la parroquia una placa conmemorativa dedicada a: «Gabriel-Ernesto, un joven desconocido, que sacrificó valientemente su vida por su compañero».

Van Cheele cedía siempre ante los caprichos de su tía, pero rehusó categóricamente participar en la suscripción para la placa a la memoria de Gabriel-Ernesto.

LA PENITENCIA

OCTAVIAN Ruttle era una de esas personas alegres y pletóricas de vida a quienes la cordialidad ha marcado con su sello y, como la mayor parte de esta clase de seres, la paz de su espíritu dependía en gran modo de la aprobación, sin reserva, de sus semejantes. Al perseguir y matar a aquel gato hizo algo que ni él mismo aprobaba y se sintió feliz cuando el jardinero ocultó el cuerpo en la fosa cavada apresuradamente al pie de un roble, precisamente el árbol en que su víctima había buscado un último refugio. Fue una acción reprobable y cruel, pero las circunstancias la hicieron necesaria. Octavian criaba pollitos; por lo menos criaba algunos pollitos; los otros habían desaparecido sin dejar tras ellos más que unas cuantas plumas ensangrentadas, para testimonio de su paso por este mundo. El gato de la gran casa gris que daba al prado había sido sorprendido muchas veces en el momento de iniciar una entrada furtiva en el gallinero y, después de algunas negociaciones, llevadas a cabo en correcta y debida forma, con los ocupantes de la casa gris, Octavian pronunció su sentencia de muerte.

«Los niños se sentirán ofendidos, pero no tienen por qué enterarse».

Tal fue la última reflexión a propósito del asunto.

Los niños en cuestión eran un constante enigma para Octavian; consideraba que, después de tantos meses, debería saber sus nombres, sus años y el lugar de su nacimiento y que debían haberle enseñado sus juguetes favoritos.

Pero seguían siendo tan afables y comunicativos como el largo paredón blanco que los separaba del prado, sobre el cual aparecían sus tres cabezas de vez en cuando. Sus padres estaban en la India, eso lo sabía Octavian por los vecinos; los niños, aparte su indumentaria que revelaba su sexo respectivo —eran una niña y dos chicos— no dejaban traslucir nada de su vida privada. Octavian tenía ahora el sentimiento de haber hecho algo que les atañía muy de cerca y que deberían haber ignorado.

Los infortunados polluelos habían corrido su triste suerte uno detrás de otro, por consiguiente era justo que su enemigo pereciese de muerte violenta y, sin embargo, Octavian sintió remordimientos después de causar su óbito. El gatito, atrapado lejos, en terreno desconocido, había huido de refugio en refugio y su muerte fue verdaderamente ignominiosa; al terminar la triste hazaña, Octavian atravesó el prado con andares mucho menos gallardos que de costumbre. Al llegar a la sombra de la tapia levantó la vista y vio que su aventura cinegética había tenido testigos indeseables. Tres caritas pálidas le contemplaban y si un artista hubiera deseado un estudio, por partida triple, del odio frío, impotente pero encarnizado, feroz e impasible, la habría hallado en las tres miradas que se cruzaron con la de Octavian.

—Lo siento mucho, pero era necesario —se excusó Octavian sinceramente.

—¡Monstruo!

La exclamación salió de las tres bocas, con la potencia de un trueno.

Octavian comprendió que la tapia sería más sensible a sus explicaciones que el

grupo hostil que lo contemplaba desde la cumbre y, muy cuerdamente, decidió esperar a otra ocasión más propicia para llevar a cabo las negociaciones de paz.

Dos días después entró en la mejor confitería de la ciudad vecina para comprar una caja de bombones que, por su tamaño y contenido, fuera capaz de contrarrestar el recuerdo del siniestro crimen que había llevado a cabo al pie del roble, en el prado. Rechazó de plano las dos primeras cajas que le ofrecieron; una tenía unos polluelos pintados en la tapa y la otra lucía el retrato de un gatito. La tercera, menos comprometedora; estaba adornada con un ramillete de adormideras y Octavian vio en aquel símbolo del olvido un feliz presagio. Cuando ordenó que enviaran la caja a la casa gris y recibió el anuncio de que su encargo había llegado felizmente a su destino sintió un profundo alivio.

Al día siguiente por la mañana se dirigió, con paso alegre y ligero, a los corrales y la porqueriza más allá del prado, a lo largo de la tapia. Los tres niños estaban en su puesto de observación habitual e ignoraron la presencia de Octavian. Él tuvo dolorosa consciencia de aquel desprecio y al mismo tiempo observó que la hierba que rodeaba el muro presentaba extraños cambios de color; en una amplia zona, el tapiz verde del césped aparecía sembrado de motas color chocolate, alternando aquí y allá con papeles de colores abigarrados y manchas malva de violetas en dulce. Parecía que se hubiesen materializado en el prado los sueños de un chiquillo goloso. He aquí que los niños le habían tirado a la cara, despectivamente, el regalo con el que pretendiera hacerse perdonar su crimen.

Para acrecentar aún más su desazón, el curso de los acontecimientos desvió la culpa de los estragos llevados a cabo en el gallinero de la cabeza del culpable que ya había purgado su crimen; los polluelos seguían desapareciendo y quedó demostrado que el gatito se deslizaba hacia aquellos parajes para cazar las ratas que pululaban por allí. Los niños se enteraron de la nueva versión del caso por conducto de las cocinas y Octavian recibió un día una hoja de papel, arrancada de un cuaderno, en la cual habían escrito laboriosamente: «Monstruo; eran las ratas las que se comían sus pollos». Más que nunca deseó la ocasión de rehabilitarse y de ganar un apelativo un poco más lisonjero que aquel que le dirigían sus implacables jueces.

Un día, al fin, tuvo una inspiración. Olivia, su hija de dos años, solía quedarse con él de doce a una, mientras la niñera tragaba y digería su comida y su folletín, y casi siempre, hacia la misma hora, la tapia se adornaba con la presencia de los tres guardianes. Octavian, fingiendo no hacerlo deliberadamente, condujo a Olivia cerca de los tres espías y, con secreta alegría, notó el interés creciente que demostraba el grupo de chiquillos, tan hostil hasta entonces. Olivia, con sus maneras plácidas y adormiladas, iba a triunfar allí donde él, con todas sus tentativas llenas de buena intención, había fracasado estrepitosamente. Le dio una gran dalia amarilla, que ella encerró al punto en su manecita, contemplándola con aburrida benevolencia, como se contempla una escena de baile clásico, ejecutada por aficionados en una velada benéfica. Entonces se volvió hacia el grupo que lo observaba desde lo alto de la tapia

y preguntó con fingida indiferencia:

—¿Os gustan las flores?

Tres graves inclinaciones de cabeza recompensaron sus esfuerzos.

—¿Qué clase de flores preferís? —preguntó, incapaz, esta vez, de disimular un temblor de impaciencia en la voz.

—Aquellas de todos los colores, de allá abajo. —Tres bracitos regordetes señalaron hacia un macizo de guisantes de olor. Como verdaderos chiquillos habían escogido las que estaban más lejos, pero Octavian se dirigió alegremente a satisfacer su petición. Fue arrancando sin piedad las flores de alegres colores, hasta formar un ramillete que no tardó en convertirse en un gran haz. Luego volvió sus pasos para encontrarse con que la tapia estaba más blanca y más desierta que nunca y tampoco quedaba ni rastro de Olivia. A lo lejos, en la parte más baja del prado, tres chiquillos empujaban un cochecito a toda la velocidad de que eran capaces; era el coche de Oliva y ella estaba sentada en él, un poco traqueteada por la velocidad, pero conservando, al parecer, su sangre fría. Octavian contempló la escena y luego se precipitó en persecución del grupo, regando el camino con una lluvia de guisantes de olor. Por más que corrió, no logró atrapar a los chiquillos antes de que llegaran a las porquerizas; llegó justo a tiempo de ver cómo izaban a Olivia, asombrada pero con talante tranquilo, y la depositaban en el tejado del establo más próximo. Se trataba de un viejo edificio que necesitaba, a ojos vistas, una reparación a fondo y el tejado no resistiría el peso de Octavian si intentase seguir a su hija y los tres tunantes que acababan en aquel momento de ocupar sus nuevas posiciones.

—¿Qué vais a hacerle? —preguntó ansioso; no cabía error acerca de la malévola expresión que se leía en sus caritas, enrojecidas y resueltas.

—Colgarla de unas cadenas, sobre un fuego de brasas —dijo uno de los chicos, que debía tener nociones de historia de Inglaterra.

—Tirársela a los cerdos, para que la devoren hasta el último pedazo, menos las palmas de las manos —dijo el otro, que, por lo visto, había leído la Biblia.

Aquella amenaza fue la que más inquietó a Octavian, porque corría peligro de ir a hacerse realidad de un momento a otro. No sería la primera vez, se dijo, que los cerdos devoraran a una niña.

—¡Pero no le haréis esas cosas a la pobrecita Olivia! —suplicó.

—Usted mató a nuestro gato —le recordaron los chiquillos implacablemente.

—Lo siento muchísimo —aseguró Octavian. Y si existiese un arancel para la verdad, su contestación valdría por lo menos nueve.

—Cuando hayamos matado a Olivia también lo sentiremos nosotros —dijo la niña—. Pero no podemos sentirlo antes.

La lógica inexorable de los niños alzaba una barrera infranqueable ante las enloquecidas súplicas de Octavian. Antes de poder hallar otra línea de ataque, un nuevo peligro reclamó su atención. Olivia había resbalado del tejado y se cayó, con un pluf sordo, en una fosa llena de estiércol y paja podrida. Octavian se apresuró a

saltar la pared de la cochiquera para acudir en su ayuda y en el acto se encontró metido en una especie de trampa en la que quedó atrapado. Olivia, una vez pasado el susto experimentado al caerse, parecía encontrarse bastante a sus anchas en el fangoso elemento que la rodeaba, pero a medida que iba hundiéndose poco a poco en el fiemo empezó a sentir cierta repugnancia y se puso a llorar de esa manera, un poco vacilante, que tienen los chiquillos de naturaleza tranquila y complaciente. Octavian, mientras se debatía en el fangal sin conseguir salir del atolladero, veía a su hija a punto de desaparecer en el fiemo, la carita crispada por los gestos de sorpresa, mientras que los tres bribonzuelos contemplaban la escena con la tranquila y fría impasibilidad de Las Parcas.

—¡No puedo llegar a tiempo de salvarla y se va ahogar en el fiemo! —suplicó Octavian, anhelante—. ¿Queréis ir a ayudarla?

—Nadie ayudó a nuestro gatito —oyó que le contestaban.

—Haré cualquier cosa para demostraros lo arrepentido que estoy —exclamó Octavian, haciendo un nuevo esfuerzo, que le hizo ganar unos cinco centímetros.

—¿Se presentará ante la tumba, vestido con un paño blanco?

—Sí —aseguró Octavian.

—¿Con un cirio en la mano?

—¿Y diciendo sin parar «soy un monstruo horrible»?

Octavio lo aceptó todo.

—¿Y durante mucho rato, mucho rato?

—Durante media hora. —Al decirlo se echó a temblar de inquietud. Recordaba el precedente de cierto emperador de Alemania que hizo penitencia al aire libre, durante muchos días con sus noches, en Navidad, vestido sólo con una camisa. Afortunadamente, los niños desconocían, al parecer, la historia de Alemania y media hora les pareció un período de tiempo suficientemente largo.

—Bien —dijeron a coro, gravemente. Instantes después empujaron una escalera hasta Octavian, que se apresuró a apoyarla contra el muro de la cochiquera. Trepando con grandes fatigas, consiguió quedar colgado sobre el estiércol en que se debatía su hija, tristemente, y desprenderla de aquel abrazo viscoso, como se arranca, a viva fuerza, un tapón del gollete. Unos minutos después la niñera afirmaba que jamás había visto otro revoltijo de porquería semejante.

Aquella misma noche, cuando el atardecer cedió paso a las tinieblas, Octavian se apostó al pié del roble, para cumplir su penitencia. Llevaba puesto su hábito de penitente: una camisa de lana, una vela encendida en una manó y en la otra un reloj que parecía avanzar muy lentamente. A los pies tenía una caja de cerillas, a las cuales tenía que recurrir de vez en cuando, cuando el relente de la noche apagaba la vela. La casa gris se alzaba, impenetrable, en lontananza, pero, mientras iba repitiendo concienzudamente la fórmula de su penitencia, tenía la clara sensación de que tres pares de ojos, graves, contemplaban su vigilia, en la cual también tomaban parte alrededor de mil moscardones.

A la mañana siguiente sus ojos se iluminaron de satisfacción al posarlos sobre una hoja de papel, que alguien había deslizado al pie de la tapia y que llevaba el siguiente mensaje:

«Perdonado».

EL MIEDO

Ramón del Valle-Inclán

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fue hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar, fui granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo y hoy ando cerca de ser un viejo caduco. Antes de entrar en el Regimiento, mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro pazo solariego, y allá fui sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior de Brandeso, para que viniese a confesarme en la capilla del pazo. Mis hermanas, María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron a coger rosas del jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia:

—Vete a la tribuna, hijo mío. Allí estarás mejor…

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor Brandomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar: El sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes: Los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: Su túnica de seda y oró brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara entre las cadenas de plata, tenía un tímido aleteo de pájaro prisionero como si se afanase por volar hacia el Santo. Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar: Yo desde la tribuna solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración, tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar: Sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya solo distinguí una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio: Era mi madre, que sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal: Yo entonces veía en el cielo, ya oscuro, la faz de

la luna, pálida y sobrenatural como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos…

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban al lado de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes, nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguirlas y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se apagaban y se encendían como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!…

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello… Cosa del otro mundo no lo es, seguramente… ¡Aquí Carabel! ¡Aquí, Capitán!…

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla.

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con voz ahogada:

—¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro!…

El Prior atravesó lentamente la capilla: Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey: Llegó hasta mí, sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey!…

No levantó la mano de mi hombro, y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaron las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior

me sacudió:

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos o brujas!…

Y se acercó al sepulcro y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas. Aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin desplegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco, negro y frío, quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. Después, sin una palabra y sin un gesto, me la entregó. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos las sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco:

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución… ¡Yo no absuelvo a los cobardes!

Y con rudo empaque salió sin recoger el vuelo de sus blancos hábitos talares. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis oídos. Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas he sabido más tarde sonreír a la muerte como a una mujer!

LA NOCHE DE CAMBERWELL
LA PRINCESA TIGRE
EL ALBERGUE DE LOS ESPECTROS
YO MATÉ A ALFRED HEAVENROCK
EL CALLEJÓN TENEBROSO

Jean Ray

LA NOCHE DE CAMBERWELL

En el piso de arriba, oí el ruido de una puerta que se abría con precaución y de voces que murmuraban sigilosamente. Saqué mi revólver de su funda.

Aquella noche había bebido una enorme cantidad de *whisky,* porque una humedad horrible empapaba el aire y sentí la nostalgia de los días soleados y de las playas en agosto.

En el bar «Enchanteur» había una inmensa salamandra holandesa, cuyos ojos de mica eran de un rojo de infierno, sobre el embaldosado blanco como el azúcar y un *whisky* como para tentar a San Antonio si, por azar, hubiera estado paseando por el islote de barro que rodeaba el *cabaret.*

Fuera, un pícaro viento de otoño jugaba con los charcos de agua y las hojas podridas. Por lo tanto se comprende que me quedara allí, bebiendo, hasta que Cavendish, el patrón, con una delicadeza exquisita, pero con gran firmeza, me puso en la puerta de su paraíso terrenal saturado con el perfume de los más miríficos alcoholes de Inglaterra y Escocia.

Mi casita de Camberwell es fría y húmeda; vivo solo. En las esquinas, los *champignones* parecen fantásticos tumores lívidos y en las paredes, las babosas dejan todas las noches el rastro de sus paseos, en forma de laminillas plateadas. Todo lo cual no es obstáculo para que yo me crea rey en mi casa y no tenga intención de dejar paso franco a los ladrones, atraídos por mis objetos de plata y tres o cuatro cuadros de valor.

De nuevo se hizo el silencio. Ni siquiera lo rompía el amistoso tic tac del reloj flamenco del vestíbulo; saqué la lógica conclusión de que acababan de robármelo y en el acto sentí una cólera enorme.

Compréndanlo ustedes; cuando llego a casa, no hay ninguna mujer que gruña al verme, pero que, un momento después, me bese con cariño, ni la ruidosa bienvenida de un perro, ni la doble luminosidad verde de los ojos de un gato. En aquellas horas de soledad, los sueños maravillosos del *whisky* me abandonan en la esquina de la calle, como malos compañeros y yo me siento feliz al encontrar a mi amigo el reloj, que habla solo, en las espesas tinieblas del pasillo:

—¡Ya-has-ve-ni-do! Es-toy-muy-con-ten-to.

He tratado de enseñarle a decir otra cosa, pero no he tenido éxito. Mi cerebro y mi imaginación debilitada en las horas frías de la noche, no son capaces de adaptar otras palabras a su ritmo.

Y he aquí que me habían robado a ese amigo.

El primer escalón crujió bajo mis pasos prudentes; entonces una voz murmuró, luego un objeto sonó al estrellarse y se rompió con un ruido seco.

Tengo en mi habitación unas tulipas de Bohemia y de Venecia. Estoy enamorado de sus luces silenciosas.

El lamentable fin de uno de mis cristales encogió mi corazón, pero no tuve tiempo

de reflexionar ya que el ruido seco de cargar una pistola sonó en el primer piso.

En vano escrutaba en las sombras, un poco asombrado de que no llegara ninguna luz de la claraboya que había sobre el rellano y que solía difundir la claridad de una lejana fila de reverberos.

Algo rozó la pared por encima de mí y no tuve tiempo de agacharme, para evitar el rayo rojo de un fogonazo.

Estalló tan formidable como una explosión, sentí como un empujón de gases ardientes y se me cayó el sombrero.

—¡Canallas! —grité—. ¡Rendíos!

Otra llamarada atravesó la noche.

Levanté mi revólver; disparé en dirección del fogonazo y un cuerpo cayó pesadamente al suelo, sin un quejido.

* * *

En vano estuve buscando a tientas el conmutador y recordé, con gran enojo, que había empleado mi última cerilla en encender la húmeda «mixtura» de mi pipa.

Llegué al rellano; mi pie resbaló en una masa pringosa y blanda. Comprendí que me hallaba ante algo horrible y me agaché lentamente, con angustia y desgana.

¡Ah!…

Dos manos acababan de agarrarme por la garganta.

* * *

Dos manos enormes, duras y frías como el acero.

En un inmenso silencio, sin un alarido, sin odio; con un método y una seguridad de máquina, las manos apretaban mi cuello.

Mis vértebras crujían. Mi pecho se llenó de plomo fundido; extrañas lucecillas giraban ante mis ojos. Comprendí que iba a morir, cuando mi revólver se disparó solo.

El aire llegó a mis pulmones de nuevo; las manos habían abandonado su presa. En aquel momento, en el rellano oscuro, a mis pies, se iba extinguiendo un estertor muy suave.

Muy suave… muy suave… Luego se hizo el silencio y se adueñó de la casa.

El silencio, la noche, cadáveres invisibles; acababa de vivir, a ciegas un incomprensible drama…

Entonces el Miedo se apoderó de mí y gritando corrí hacia la puerta.

En el momento en que abandoné la casa, llegó la niebla.

La niebla se apoderó de la calle en dos minutos, tapizando los callejones,

cubriendo las fachadas con su uniforme masa algodonosa. Apagaba mi voz, que llamaba al asesino; ponía un hálito de angustia en mi garganta dolorida. Corrí hacia las lejanas siluetas humanas, que se hundían en la bruma al aproximarme; llamé a algunas puertas, que permanecieron cerradas, defendiendo sueños obstinados.

Y no vi a nadie; nadie me oyó y el silencio terrible de mi casa ensangrentada me seguía a través de la solapada complicidad de la niebla.

* * *

Después de un par de horas de correr en vano, bajo una alba sucia que lloraba el hollín de un millar de chimeneas, me encontré en el umbral de mi trágico hogar.

Al abrir la puerta temblando con todo mi ser ante la idea del espectáculo que las tinieblas habían ocultado a mi mirada, oí el tic-tac de mi reloj.

* * *

Estaba allí, balanceando suavemente el péndulo.

—¡Ya-has-ve-ni-do! Es-toy-muy-con-ten-to.

Ni en la escalera ni en el rellano había ningún cadáver. Y mis tulipas, incólumes, me sonrieron con sus discretos colores de aurora, de miel y de profundidades marinas.

Nada se había movido en mi casita. Ni siquiera existía la huella de un zapato manchado de sangre y sesos.

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

* * *

Pero mi sombrero tenía un agujero hecho por una bala.

Faltan dos cartuchos en mi revólver.

Mi garganta presenta huellas de dedos; dedos delgados, largos, monstruosamente largos.

¡Dios mío!

* * *

Me he refugiado en el *whisky,* que me da un poco de clarividencia.

Me equivoqué de calle, de puerta; ¡una llave puede abrir tantas cerraduras… y tantas calles se parecen entre sí!

¡Ah! En un lugar de Londres, que desconozco, en una calle que no sé cuál es, en una casa desconocida, he matado a unas personas a las que jamás he visto, de las que nunca sabré nada.

—¡Camarero, *whisky*!

LA PRINCESA TIGRE

El ruido de los tambores se alejaba; un timbal sonó largamente, después renunció a lanzar sus lúgubres notas; los últimos rayos de púrpura dejaron de palpitar sobre los altos bananos y la noche se hizo dueña de la selva.

Andy Craigh sonrió a una monstruosa imagen de piedra, que le contemplaba desde la oscuridad: las gentes del poblado y dé la plantación vecina, que se sentían inquietas por su ausencia, dejarían su búsqueda para el día siguiente.

Andy había pasado con frecuencia noches enteras en la selva, pero nunca en la de Lingor, vieja como el mundo mismo y mortalmente peligrosa.

En el momento del breve crepúsculo tropical, descubrió las ruinas de un templo budista y allí, entre sus restos, buscó asilo para aquella noche.

Algunos nichos aún contenían estatuas de horribles y extrañas divinidades, y la luna, que se elevaba sobre los árboles, les prestaba vida, con sus claroscuros.

Era una luna resplandeciente, de una luminosidad dura e implacable, cuyos rayos asaeteaban la noche con estelas radiantes.

Andy la odiaba, porque la sabía cómplice de todos los crímenes de las tinieblas. Los ruidos diurnos se apagaron bruscamente, los gritos de las cotorras y la charlatanería de los monos cesaron como obedeciendo una orden no pronunciada.

Andy oyó el ruido que hacía una serpiente pitón, deslizándose no muy lejos de él, luego el suave lamento de una oropéndola, cuyos ojos había visto brillar entre las hojas de los árboles.

A lo lejos, unas llamadas claras, casi alegres, rompieron el silencio; eran las panteras que cazaban por parejas y se lanzaban sobre la pista de los ciervos.

Hubo un confuso batir de alas; las aves nocturnas, que habitaban en las ruinas del templo, se disponían a levantar el vuelo.

En aquel momento apareció el tigre.

Eso era lo que estaba esperando Andy Craigh.

Se había jurado no compartir con nadie el privilegio de abatir a aquel devorador de hombres.

Pero jamás hubiera podido creer que el animal fuera un ejemplar tan formidable.

Craigh contaba con muchas fieras capturadas en su haber de cazador, y, en cuanto a tigres, había disparado contra ellos en Bengala, en Java y en Siam; pero era la primera vez que se encontraba en presencia de aquel enorme monstruo de la selva de Lingor.

Bajo el claro de luna, de color de acero templado, el animal parecía irreal, como hecho de claridades cegadoras y espesas bandas de sombra. Permanecía inmóvil, con el hocico contra el suelo.

Andy levantó el rifle y silbó dulcemente.

Con un movimiento muy lento, la monstruosa cabeza se levantó y dos ojos verdes, terribles, se fijaron en el cazador.

—*¿Quieres dejarme pasar, dormilón?* —gruñó el tigre.

* * *

El autobús de Bolton acababa de llegar a Stockton y la vendedora de aves, que compartía el asiento con Andy Craigh, quería bajarse la primera de todos.

* * *

Andy no llevaba rifle, sino una maleta en la que había gran cantidad de cosas heterogéneas, que él consideraba imprescindibles para pasar una temporada, más o menos larga, en la brumosa ciudad situada a orillas del Tees.

Su delgado abrigo, su fieltro y sus pantalones demasiado cortos, no le daban, en absoluto, aspecto de cazador de tigres, pero se prestaban muy bien al papel que, por entonces, tenía que hacer en la vida: el de celador de un modesto pensionado, que llevaba el prestigioso nombre de Spencer-Hall.

Era un día de octubre y la jornada llegaba a su fin: en los escaparates de las tiendas empezaban a encenderse algunas luces.

Uno de aquellos escaparates le pareció especialmente atractivo, por la variedad de jamones y pasteles que tenía expuestos.

Pero en los bolsillos del joven no quedaba más que un poco de calderilla y, además, a lo mejor le daban de cenar cuando llegara a la escuela.

—Por favor, ¿por dónde cae Cedar Street? —preguntó a un hombre que pasaba y que vestía un vago uniforme.

—El tranvía P le dejará allí.

—Gracias, pero prefiero… heu… andar.

—Cada cual tiene sus gustos —se mofó el hombre, ya que la lluvia empezaba a caer—. Siga esta calle, atraviese el puente sobre el Tees y cruce usted los terrenos de la fábrica.

Pero el hombre se alejaba ya a grandes zancadas. La lluvia era cada vez más fuerte.

Andy siguió por una calle interminable, toda ella flanqueada por muros de fábricas, cuyas ventanas acababan de iluminarse.

Le habían indicado mal el camino, ya que al final de aquella siniestra calle se encontró ante la arcillosa orilla de un río, pero sin ningún puente.

A la lluvia se unió el granizo, se levantó un viento áspero y el río se cubrió de crestas de espuma.

La mirada de Andy siguió, sin grandes esperanzas, el camino, lleno de grietas y hondonadas, que se alejaba hasta perderse en la bruma. Se apoderó de él una

sensación de infinito cansancio; le pareció que sería muy bueno poderse acostar en la arcilla húmeda de la orilla, dormir, olvidar que hacía frío, que hacía viento, que estaba lloviendo a torrentes y que, dentro de poco, su estómago empezaría a retorcerse de hambre.

Dio aún unos pasos y se dijo:

—Andaré un poco; contaré hasta trescientos; no, hasta cien y entonces encontraré el puente.

Cuando llegó hasta trescientos, iba a lo largo de un almacén de maderas y vio una caseta cuyo tejado humeaba dulcemente en la noche. Era el refugio del guarda y había luz dentro, lo que significaba que alguien…

Llamaría y en cuanto hubiera hablado con el guarda, ya no tendría frío y la lluvia no le calaría.

Cuando se dirigía hacia allá, un rayo luminoso hirió el camino y una moto se inmovilizó a unos pasos de él.

—¿Mr. Craigh?

La moto vaciló al descender el conductor y Andy se sintió cegado por la violenta luz del faro; el hombre enderezó la máquina y el haz luminoso se derramó sobre las sucias aguas del Tees.

Detrás del joven se oyó el ruido de una puerta; era el guarda del almacén, que salía de la caseta para marcharse.

—¿Mr. Craigh? —repitió el motorista con un dejo de impaciencia y Andy no pudo dar crédito a sus oídos.

Venía de Londres; había pasado todo el día viajando en los medios de locomoción más baratos y, respondiendo a la oferta de empleo que le había hecho una agencia de colocaciones, acababa de llegar a Stockton-on-Tees, una ciudad pequeña y triste cuya existencia había ignorado hasta entonces y he aquí que, en medio de un verdadero desierto, alguien lo llamaba por su nombre.

—Soy yo —respondió.

—Debía haber ido a recogerle en Bolton, pero mi moto tuvo una avería y cuando llegué el autobús estaba ya en Stockton. Y sin embargo, necesito hablar con usted antes de que entre en Spencer-Hall. Afortunadamente he topado con un empleado del servicio fluvial al que le preguntó usted por el camino de Cedar Street, y que no se lo ha indicado muy bien.

Andy contempló, asombrado, al extraño desconocido, que vestía con un chaquetón y un casco de cuero negros. ¡Era un hombre de mediana edad, de expresión grave y un poco dura.

—Yo… no creo… conocerle —dijo, con voz vacilante.

El desconocido sacó una cartera de su bolsillo y la puso delante del faro de la moto.

—Policía… Inspector Reeves, de Londres.

—¿De Scotland Yard? —exclamó Andy, que de pronto presintió una aventura

prodigiosa.

—Brigada interurbana, en efecto. ¿Le esperan en Spencer-Hall?

—Sin duda; puesto que el empleado de la oficina de colocaciones me aconsejó que viniera sin demora.

—Irá usted mañana. Esta noche dormirá en el hotel y charlaremos.

—Pero… —protestó el joven, pensando en sus últimos peniques.

—El gasto corre de mi cuenta —le tranquilizó el inspector—. Ponga su maleta en el portaequipajes y siéntese detrás de mí.

La moto dio la vuelta y unos minutos más tarde se paraba ante un pequeño hotel de aspecto acogedor.

* * *

Cuando Andy dejó el tenedor —acababa de dar cuenta de un buen pedazo de pierna de cordero y de una sabrosa tortilla—, Reeves pidió unos ponches y encendió su pipa.

—¿O sea que usted es Andrew Craigh, el autor de la novela de aventuras llamada: *La Princesa Tigre*? Por cierto que la firmó usted con un seudónimo: *Adelson Latham.* El libro está lejos de ser malo.

Andy se sonrojó: en efecto, había escrito aquella novela y los editores no tenían motivos para quejarse, por más que a él le pagaran unos derechos de autor raquíticos.

—¿Ha estado usted muchas veces cazando en la selva de Lingor? —preguntó el inspector con una ligera sonrisa.

—Si he de ser sincero… Bueno, no; la verdad es que nunca he salido de Londres —confesó Andy.

—Muy bien, sentiría que me hubiera dicho una mentira, que, por otra parte, sería comprensible. La oficina de colocaciones a la que usted se dirigió para pedir un empleo, nos puso al corriente. Fuimos a investigar a las señas que usted había dejado y los informes que nos dieron fueron muy buenos, excelentes. Claro está que hubiéramos podido enviar a uno de nuestros hombres a Cedar Street, pero Spencer, que es suspicaz y malicioso, no hubiera tardado en averiguarlo.

—¿Spencer? —preguntó Andy.

—Es el nombre del director y propietario del colegio que le ha dado a usted el empleo de vigilante y, sin duda, de encargado de curso…

—Yo… no comprendo nada… —murmuró el joven.

—Paciencia amigo. ¿Quiere trabajar para nosotros?

—¿Para Scotland Yard?

—Sí. Y, sobre todo, para la justicia de su país.

—Sí —aceptó Andy enrojeciendo de nuevo; esta vez de puro orgullo.

El inspector se dio cuenta y sonrió.

—No se entusiasme demasiado de prisa, Craigh. La misión que se le ha de confiar no es corriente, por la sencilla razón de que no está nada, lo que se dice nada, claramente definida. Escúcheme bien: ¿Qué es Spencer-Hall, o, mejor, qué se oculta bajo la máscara de ese establecimiento? Sí, sea lo que sea, algo se oculta allí. No hemos recibido ninguna queja, ni siquiera sabemos nada que sea capaz de despertar sospechas. La escuela tiene fama de buena en la localidad. El personal es restringido: dos profesores y el director, que enseña matemáticas; dos criados y una ama de llaves. Los alumnos, muchachos de trece a dieciséis años, no son más de cincuenta, todos ellos en régimen de internado y pertenecientes a familias burguesas.

—Supongo que debo reemplazar a alguien —deslizó Andy.

Reeves hizo un gesto de aprobación.

—¡Eso es. Y ahí está el asunto o, por lo menos, una parte. Su predecesor, un tal Quentin Toll, se dirigió hace tiempo, a Scotland Yard. Tenía aspecto de enfermo y no podía estarse quieto, tal era la nerviosidad que le agitaba. Nos dijo que tenía que hacer graves revelaciones, pero que no quería hablar más que con el inspector-jefe Sidney Triggs, el cual en aquellos momentos se hallaba en el continente. Le dijimos a Toll que volviera… Pero no pudo ser, porque murió al día siguiente.

—¡Asesinado! —gritó Andy, con horror.

—No; murió de muerte completamente natural: un ataque cardíaco agudo. Pero nuestro médico forense, Miller, que hizo la autopsia y está muy lejos de ser un imbécil, aseguró que, según su parecer, aquel hombre había muerto de miedo.

—Y ésa es la razón… —empezó Andy.

—No es solamente esa. Echamos un vistazo sobre el pasado del difunto. No se llamaba Toll, sino Sturm y, en su tiempo, había sido *teck-master,* ¿sabe usted lo que es eso, supongo?

—Sí —respondió vivamente Andy Craigh—. En mi novela salía un *teck-master:* es un entendido en maderas raras.

—Y también saldría un cazador de tigres, ¿no es así? —preguntó Reeves, con una sonrisa encantadora.

—¡Sí, claro!

—Pues bien, existe un ex cazador de tigres por el que sentimos un gran interés; alguien que al parecer es una especie de demonio en forma de hombre. Se llama Berendts y es de origen holandés. Su terreno de caza favorito era…

El policía hizo una pausa y luego prosiguió lentamente:

—Los alrededores del golfo de Pegoo… la selva de Lingor.

—¡Gran Dios! —exclamó Andy.

—Ahora se hace llamar Spencer y dirige el colegio de Cedar Street —concluyó el inspector.

* * *

Se hizo un profundo silencio y Andy fue quien lo rompió:

—Y el hecho de que me hayan llamado a Spencer-Hall a mí, autor de una novela que ocurre en las selvas de Lingor, ¿es pura coincidencia?

La expresión de Reeves se hizo grave.

—No sé nada, amigo. En general, me fío muy poco de las coincidencias aunque éstas sean perfectamente posibles. Nuestra confianza en las agencias de colocaciones y especialmente en la que le ha proporcionado el empleo, es muy limitada. Esa gente suelta los datos con cuenta gotas, sobre todo cuando se trata de la policía. Lo importante es saber si Berendts, alias Spencer, espera a Andrew Craigh o a Adelson Latham.

—¿Y cuál es la misión que debo llevar a cabo? —preguntó Andy.

—Abrir bien los ojos y los oídos y estar siempre en guardia —respondió el detective—. Por lo demás estará usted como nosotros mismos: andando a ciegas en la oscuridad.

Los vasos de ponche estaban vacíos y el inspector se dispuso a levantar la sesión, cuando de pronto preguntó, con cierta brusquedad:

—¿Cómo se le ocurrió la idea de escribir una novela sobre un lugar tan poco conocido, y casi prohibido?

Andy se turbó.

—Siempre he escrito… emborronando, mejor dicho —balbuceó—, y la idea… he leído muchísimos libros de aventuras ¿sabe usted? y, por más que me pese, creo que he plagiado un poco…

La cara del policía se dulcificó.

—Un día, más adelante, cuando se sienta usted en vena de confidencias, tal vez me cuente algo más que ahora, Mr. Craigh —dijo el policía, levantándose de la mesa.

* * *

Extracto de una carta enviada por Andrew Craigh, profesor en Spencer-Hall a Mr. Edward Reeves, Esq. a su domicilio. Raymond Terrace 317, Londres.

… La vida es la normal en una escuela corriente. Además de mis ocupaciones de vigilante, enseño geografía, historia, física, nociones de la lengua francesa y algo de latín. Los alumnos son dóciles, pero poco aplicados.

El director Spencer*: ha pasado de los cincuenta. Bajito y gordo, con color de ladrillo, ojos negros y agudos y el pelo y la barba muy negros. Enseña matemáticas con una especie de pasión, pero, aparte de eso, apenas se ocupa de los alumnos.*

Emmanuel Ghallant*: sesenta años. Procedente de Oxford. Borracho*

inveterado que muy a menudo se presenta en las clases en estado de embriaguez. Enseña literatura, dibujo, caligrafía, un poco de historia antigua y nociones de griego. Lo cual quiere decir que no enseña nada. Durante sus clases los muchachos juegan entre ellos, sin hacer ruido.

Amand Shorten*: un hombre sin edad, rubio, enfermizo, linfático, completamente embrutecido por alguna droga. Ha hecho estudios de medicina y probablemente es médico, ya que atiende con eficiencia a los enfermos. Enseña botánica, principios de higiene y alemán.*

Los criados Peters y Camp*: dos palurdos de una estupidez exasperante, pero robustos y trabajadores. Camp también es cocinero y a fe que entiende de ello.*

El ama de llaves*: Se llama Edith; por lo menos eso me ha dicho Ghallant, si bien es verdad que en aquel mismo momento dijo «Sarepa», para volver en seguida a repetir, tres veces: Edith.*

Aún no la he visto. Está en una ala de la escuela a la cual nadie tiene acceso, a excepción de Peters, el criado.

Sarepa es el nombre de una princesa malasia del siglo pasado.

El régimen es extraordinariamente bueno para un establecimiento tan modesto; los menús son copiosos y todo lo que se sirve en la mesa es de primera calidad.

Los muchachos están muy bien cuidados y atendidos. Sin embargo, observo que difieren mucho de los otros chicos de su edad, ya que éstos tienen una extraña lasitud y experimentan cierta repugnancia hacia el ejercicio y los juegos de fuerza.

Hay un gimnasio perfectamente equipado, pero nadie acude a él. Shorten, que es titular de educación física, se cae de cansancio cuando tiene que dar la vuelta al patio de recreo.

Los alumnos jamás salen de la casa para ir de paseo y aún no sé cómo pasan las vacaciones.

El domingo hubo un servicio religioso, en una sala que habilitaron para capilla; atendió al servicio una especie de clérigo, llamado Mr. Dilmott, alto y delgado como un palo, con perfil de cordero, que cantó los salmos con voz de carraca, interrumpiéndose de vez en cuando para beber de una botella que sacaba de uno de los bolsillos de su hopalanda.

Mr. Spencer me dio diez libras, como adelanto sobre mi sueldo, sin que yo se las pidiera. Hasta ahora, no me ha hecho más que una única recomendación, que reproduzco:

—He visto, Mr. Craigh, que come usted muy poco en el refectorio. Eso es dar mal ejemplo a los alumnos.

No tengo nada más que decir. Puedo ir a la ciudad siempre que me parezca. Pero el colegio está más allá de las murallas y hay que atravesar

inmensos terrenos llenos de barro y de malas hierbas, para llegar al puente del Tees, que el otro día busqué en vano.

* * *

Extracto de otra carta dirigida a Mr. Edward Reeves, Esq.

… No hay nada de particular que anotar. Solamente me asombra no ver jamás al ama de llaves y la única vez que quise ir al ala derecha del establecimiento, que (para mis adentros) llamo la zona prohibida, de pronto me encontré ante Peters. Me hizo signos de que volviera hacia atrás y su cara adquirió una expresión de feroz ironía.

Estoy muy cansado. Temo que las comilonas demasiado abundantes le vayan mal a mi estómago delicado.

Shorten se ha ofrecido para ponerme unas inyecciones, pero he rehusado porque en aquel momento había en sus ojos un brillo inquietante.

O sea, que no ocurre nada de particular, a menos que este hecho sin importancia pueda significar algo para usted.

Los alumnos se ocupan muy poco de sus profesores, pero uno de ellos parece sentir simpatía hacia mí.

Se trata de un tal Mindavaine, hijo de un marino de origen francés; es más vivo que los otros y más inteligente también.

El otro día, cuando entré en la clase dé geografía, desierta en aquel momento, vi a Mindavaine plantado ante los mapas murales. Me hizo un gesto amistoso y, acercándose, me susurró al oído:

—Oiga… el otro día vi que quiso usted ir al ala derecha, pero Peters estaba allí. Si quiere verla a ELLA, tiene que ser en el momento en que Peters apaga las luces del dormitorio.

—Ella. ¿De qué me estás hablando? —pregunté.

—No se haga el tonto —respondió—. Ella, el ama de llaves. ¿Sabe usted? … ¡Es negra!

No he podido saber nada más. Por otra parte, después de esto, Mindavaine parece evitarme.

* * *

Última carta de Andy Craigh a Mr. Edward Reeves, Esq.

… Hasta hace muy pocos días, se lo confieso, consideraba la existencia de un misterio en Spencer-Hall como un absurdo. Sin embargo no lo es.

Mindavaine se ha ido. ¡Oh!, no piense en nada trágico; se ha ido a su casa. Su padre vino a buscarlo, con aspecto descontento.

El muchacho, antes de partir, tuvo ocasión de guiñarme un ojo; nada más, pero eso me ha dado a comprender que su brusca marcha tenía algo que ver con las pocas palabras que cruzamos.

Y también he sorprendido algunas miradas que me lanzan a hurtadillas: las de Spencer, sombrías y amenazadoras; las de Shorten, ávidas y crueles y las de Peters, claramente asesinas.

He tomado una resolución brutal: voy a entrar en La «zona prohibida».

Si de aquí a algún tiempo no recibe noticias mías, debe dar por hecho que ya no las recibirá jamás y que he pagado el precio de mi temeridad.

Pero recuerdo una de sus últimas frases: «un día, cuando esté en vena de confidencias, tal vez me cuente algo más».

Ese día ha llegado.

Yo no he escrito «La Princesa Tigre». Quiero decir que yo no soy el autor sino solamente el transcriptor y, al mismo tiempo, el ladrón.

Ocurrió un día de lluvia y de nieve, como el de nuestro encuentro. Yo tenía frío y hambre, pero sobre todo frío.

Iba deambulando por Holborn y me enteré de que en la sala de Conferencias Populares un tal Mr. Rackway hablaría de la vida y costumbres de los tigres.

Había poca gente. No puedo recordar lo que decía el conferenciante porque estaba dormitando en mi silla y sentía un calorcillo delicioso. La silla vecina a la mía estaba ocupada por una joven muy elegante, que, al parecer, prestaba gran atención a las palabras del conferenciante.

Los tigres no me interesaban en absoluto, pero la entrada a las Conferencias Populares era gratuita y la sala estaba muy caldeada.

Debí dormirme profundamente, pues me despertó la voz del guardián, que decía: «¡Señoras y señores; vamos a cerrar!»

La silla de mi vecina estaba vacía… pero no del todo: había quedado su bolso. Nadie me vio cogerlo y esconderlo debajo de mi abrigo. No contenía nada de valor, aparte de unos cuantos chelines que me vinieron muy bien y unas hojas cubiertas de una escritura fina y apretada.

Más tarde supe de qué se trataba: era el manuscrito de una especie de novela cuya acción se desarrollaba en la famosa selva de Lingor.

En aquellos días, la casa editorial Grape e Hijos pedía, a voz en grito, historias de aventuras exóticas.

Yo transcribí el manuscrito, añadiendo algunas cosas de mi invención, aquí y allá, y quitando otras.

Grape e Hijos me dieron cinco libras y escogieron un nombre de autor a su gusto: Adelson Latham.

Siento que mis confidencias no le sirvan para adelantar ni un paso en el asunto que nos ocupa.

N. B. — Hablando de mi expedición a la «zona prohibida», tengo que decirle que he descubierto el escondite en donde Peters guarda el coñac. He añadido a la botella treinta gotas de un soporífero que el farmacéutico me ha recomendado como algo extraordinario.

* * *

Todo dormía en Spencer-Hall. La ventana de Shorten fue la última en apagarse. Andy se deslizó fuera del dormitorio común del cual era vigilante, y se dirigió hacia el ala derecha del establecimiento.

Se había provisto de una linterna de bolsillo, pero no necesitó utilizarla ya que la luna iluminaba los pasillos que recorría.

Atravesó la sala que servía de capilla y tuvo que pasar por encima de algo blando y oscuro que al principio tomó por un montón de ropas y que luego resultó ser el abrigo, de grueso paño negro, del reverendo Dilmott. Detrás de los sitiales, donde, durante los oficios, tomaban asiento Spencer, Ghallant y Shorten, había una puerta baja que daba acceso a la famosa ala derecha. No estaba cerrada y Andy la franqueó sin dificultad. Se encontraba en un vestíbulo débilmente iluminado por una lámpara veneciana y de nuevo tuvo que pasar por encima de algo, que, ésta vez, era el cuerpo de Peters.

El criado roncaba como un órgano y toda su persona exhalaba un fuerte olor a coñac.

Andy Craigh miró en torno suyo. Tres puertas se abrían al vestíbulo, pero sólo una llamó su atención: era magnífica; toda ella estaba cubierta de dorados y pequeñas esculturas manifiestamente asiáticas.

Se acercó y, después de un momento de suprema duda, la empujó. Un pesado perfume de incienso y flores llegó hasta él, mientras que una exuberancia de colores vivos le obligó a cerrar los ojos un instante.

¡Qué extraña decoración! Al principio tuvo la sensación de hallarse metido dentro de un inmenso cristal de roca y tardó unos momentos en volver de aquel estado de irrealidad y reconocer las formas.

Unos grandes budas ventrudos le contemplaban con ojos torvos; grotescas divinidades, con cabezas de animales, se hallaban entronizadas en medio de inmensidad de flores, que emanaban vapores de olor intenso.

Súbitamente, retrocedió con horror: una enorme pitón rojiza acababa de salir de uno de los macizos de flores y se desenroscaba lentamente.

Andy no había dado más que unos pasos por aquel lugar absurdo y, a través de la puerta dorada, le llegaba el ruido vulgar, pero tranquilizador, de la respiración del criado dormido.

De pronto, los ronquidos porcinos se interrumpieron por unas palabras entrecortadas, de las que Andy sólo entendió una, repetida varias veces: Sarepa… Sarepa…

¡Pang! El joven dio un salto: todo vibraba bajo el ruido de un enorme gong y el fondo de la pared, que muy bien hubiera podido ser una tela de innumerables colores, desapareció como el telón de un teatro que sube hacia el friso, y el intruso vio…

* * *

… Tres o cuatro escalones sobre los que se hallaban Spencer, Shorten, Ghallant y Dilmott.

Sólo lo miraba Shorten, con sus ojos claros brillantes de locura. Ghallant tenía los suyos obstinadamente bajos; la mirada de Spencer se perdía en una lejanía inalcanzable; Dilmott volvía lentamente las páginas de un libro.

De pronto, el clérigo se puso a salmodiar con su voz de carraca y Andy comprendió que se trataba de la oración de los agonizantes.

Para sí mismo, se hizo una reflexión curiosa en aquel momento:

—Se ha dejado el abrigo en la capilla…

Después de esa vulgaridad, levantó los ojos más arriba de la escalera y todas sus fibras se pusieron a temblar.

Sentada en una especie de trono, estaba una mujer.

Era extrañamente bella; recordó las palabras de Mindavaine:

—El ama de llaves es una negra.

Negra no, sino una de esas alucinantes bellezas malasias que pueblan las feroces leyendas de las tierras inhumanas bañadas por el océano Índico. Pero no fue su belleza trágica lo que hizo temblar a Andy Craigh. Acababa de reconocer a la mujer que, en una noche de frío y miseria, había sido su vecina en la sala de conferencias de Holborn, de cuyo bolso se había apropiado.

* * *

Pasó bastante rato antes de que pudiera darse cuenta de que Spencer le estaba hablando. También vio que Peters estaba de pie, al borde de la escalera, revestido con el sarong negro y rojo de los verdugos malayos. Spencer hablaba en voz baja y rápida.

—Por dos veces, Andrew Craigh, has traicionado a la princesa Sarepa; primero

robándole sus memorias y luego entregándolas a la curiosidad pública. Afortunadamente, tus escasos lectores no han visto en ellas más que una novela vulgar, hija de una imaginación desordenada y sin grandeza. ¿Quién podría creer en serio que una princesa de inigualable belleza fuera en realidad una tigresa que hubiera tomado forma humana? Ni siquiera los que creen en las temibles posibilidades de la licantropía hubieran osado dar fe.

»Pero la desgracia, nuestra desgracia, ha querido que uno de los detectives más inteligentes y más sagaces de Scotland Yard haya leído tu detestable novela y te haya enviado aquí con la esperanza de perdernos. En parte has tenido éxito, Andrew Craigh y puede que ese pensamiento te sirva de consuelo a la hora de la muerte. Porque vas a morir. Y por eso puedes escuchar ahora la verdad.

»Nosotros, los siervos de la princesa Sarepa, tuvimos que abandonar nuestra antigua selva de Lingor, porque las autoridades inglesas, francesas y holandesas empezaron a acosarnos.

»La Princesa Tigre, que se alimenta, no de carne humana, sino de sangre humana, es una realidad. Aquí la tienes, delante de ti.

»¿Cuál es el misterio de Spencer-Hall, dónde hemos tenido que refugiarnos? Ahora ya lo debes saber: no se ha cometido ningún asesinato, sino que conseguimos sangre fresca sacándola de los muchachos que se nos han confiado. Ellos no sufren, te lo juro.

»Y ahora tendremos que irnos de aquí y llevar a nuestra princesa hacia lo desconocido. Andrew Craigh, ¡tal vez tú seas el último en llenar la copa de la vida! ¡Mira!»

La mujer no se había movido hasta aquel momento y tenía los ojos cerrados.

Entonces los abrió, muy lentamente…

Andy lanzó un grito de espanto…

Dos ojos de fuego verde, dos atroces pupilas de tigre le miraban fijamente; después los labios se abrieron, descubriendo colmillos monstruosos.

Y en lugar de la escultural belleza morena, Andy vio un gigantesco tigre, con un hocico infernal, que se disponía a saltar…

Y que dijo, con voz ronca: «Vamos dormilón, el desayuno está preparado».

* * *

Andy vio que un hombre de grandes mostachos se inclinaba sobre él y, al mismo tiempo, notó un delicioso olor a café recién hecho y a tocino frito.

Creyó reconocer, vagamente, al guardián del almacén de maderas, al que viera salir la noche anterior.

—No es la primera vez que algún pobre diablo viene a pasar la noche en mi caseta. Le vi entrar y esperé una hora antes de volver. Estaba usted durmiendo como

un tronco y por nada del mundo le hubiera arrancado de sus sueños, aunque algunas veces le he oído hablar de tigres… Seguro que hay cosas mejores en las que soñar. ¡Y ahora a comer!

El tocino estaba muy sabroso, el café era bueno y Andy no se hizo rogar para dar cuenta de ellos.

Mientras comía, le dijo al viejo lo que había venido a hacer a Stockton.

—¿Spencer-Hall? —exclamó el hombre—. Pero, muchacho, se pasó usted de largo; el colegio está a nuestra espalda, no muy lejos de aquí. El Dr. Spencer es un anciano caballero que adora a los bribones de sus alumnos y que le gusta que la gente que le rodea se sienta satisfecha. Que tenga usted suerte y véngame a ver de vez en cuando; siempre habrá aquí una buena taza de café para usted.

* * *

La mañana era dulce y clara y no recordaba en absoluto la fría y oscura noche anterior. Andy vio brillar al sol sobre los tejados rojizos de Spencer-Hall.

De pronto se dio una palmada en la frente y abrió la maleta.

La registró, al fin sacó dos volúmenes: *La Princesa Tigre* y *Las pesquisas del prestigioso detective Edward Reeves*.

Con una exclamación de cólera, que le produjo el comprender de dónde habían salido sus malaventuras de la noche anterior, los tiró a lo lejos entre las olas del Tees.

Después, con el corazón ligero y una canción en los labios, se dirigió hacia su destino.

EL ALBERGUE DE LOS ESPECTROS

En el misterio del mundo paleolítico…

Freyman estaba contando una historia de saurios gigantes de la época cuaternaria, una de esas historias eruditas y pesadas que le eran familiares y que los demás escuchaban con aire hipócrita de atención, pensando en otras cosas.

Sus compañeros y él estaban comiendo. Era día de abstinencia y el hostelero no había servido más que huevos, una fritura de peces de río y un plato de legumbres guisadas en mantequilla rancia. La cerveza estaba agria y el vino era detestable, aunque caro.

Por la ventana abierta, entraba un calor de horno; el viento soplaba de sudeste, por un camino de treinta y cinco kilómetros de arenas rojas y matorrales secos y tenía ardores de simoun.

Si Freyman hubiera contado una historia de osos polares, puede que sus compañeros le prestasen oído complaciente, pero su charla monótona hablaba de junglas tropicales y de ciénagas ardientes, próximas a la temperatura de ebullición. No había postre, el hostelero pretextó que tenía las cajas de bizcochos vacías y que las hormigas se habían comido las últimas fresas de sus arriates. Puso en la mesa un bote de hoja de lata que contenía unos cigarros y les presentó la nota.

—A las tres engancharé el carro para ir a Markenham —les dijo—, y cerraré el establecimiento. Pero si ustedes quieren quedarse, dejaré la sala del bar a su disposición. A las siete estaré de vuelta y traeré truchas o un salmón fresco para la cena.

—Por mi parte, prefiero quedarme —dijo Mr. Shean—. Me he prometido pasar el día entero en el campo y lo pasaré… ¡Por Jove que lo pasaré!

Freyman hizo un gesto de indiferencia.

El tercero y último comensal de la mesa redonda era Pilcher; se había dormido en la silla y, por consiguiente, no emitió ningún parecer.

Y además, ¿quién hubiera escuchado o seguido el parecer de una criatura como Pilcher?

Se oyó el ruido de una llave girando en la cerradura y, un poco después, un carro se alejó, por el camino de Markenham; luego desapareció tras de una duna.

Freyman se calló de repente a mitad de una frase, que versaba sobre el hombre de Neanderthal y, con la palma de la mano, dio unos golpecitos en el cráneo reluciente de Pilcher.

—Yo no he hecho nada… además tengo una coartada y no hablaré más que delante de mi abogado… —gruñó éste, despertándose.

—Bueno; todavía está soñando que lo llevan al juzgado —comentó Mr. Shean con desprecio.

Freyman consultó su reloj como lo haría un médico tomando el pulso a un enfermo.

—Esperaremos todavía veinte minutos y entonces el carro del hostelero se hará visible al trepar la colina de los Tres Blancos. Así sabremos que no piensa volver bridas a su carruaje y estaremos tranquilos hasta las siete.

—Si deja así la casa a disposición del primero que llega es señal de que no hay en ella nada que valga la pena robar… —murmuró Pilcher—. Mal asunto, eso es lo que yo opino.

—¿Quién ha hablado de robar? —protestó Shean—. Y, en cuanto al asunto, eso no le importa.

Pilcher se encogió de hombros. En realidad ¿qué le importaba, después de todo? Le habían pagado para llevar a cabo aquel trabajo y no se preocupaba del resto.

Era un hombre estúpido; pero no había quien lo igualase en el arte de forzar cerraduras sin dejar huella.

* * *

Se hizo un silencio, pesado como el rayo de sol que incendiaba los vasos y el sucio cristal de la barra del bar; se oía el tic-tac del reloj de Freyman.

Mr. Shean habló:

—Ha previsto usted muy bien las cosas, Freyman —murmuró—. El hotelero solo en la casa, su ida a Markenham, el que dejara la sala del bar a disposición de los clientes y su vuelta anunciada para las siete.

—No hay por qué asombrarse —dijo Freyman—; todo es pura lógica; así fue como ocurrió con Trevitter y Moscombe…

—Qué no supieron aprovechar la ocasión —se mofó Shean.

Freyman volvió los ojos hacia la lejana colina, que continuaba desierta brillando al sol, y volvió a mirar el reloj.

—No sé si este tabernero del diablo lo hace a propósito para dar ocasión a gentes como nosotros para…

Dudó visiblemente y luego concluyó, con una voz un poco inquieta:

—… Para hacer lo que queremos hacer.

* * *

En aquel momento apareció el carro a lo lejos, trepando por la cinta lechosa de la costa.

Freyman cerró la tapa de su cronómetro y dio un golpe en la espalda de Pilcher, que se había vuelto a dormir.

—¡A trabajar! —ordenó.

El hombre calvo se levantó en un instante. Del bolsillo de la chaqueta sacó una

caja plana y alargada y la estuvo contemplando con amor.

—¡Voy a ganarme mis cinco libras! —se rió.

Atravesaron la gran sala en que habían comido, después empujaron una puerta y salieron, en fila india, por un largo pasillo en el que reinaba un fresco de cueva, que fue bien recibido, después de la temperatura sahariana de la habitación que acababan de abandonar.

—¿Hay que ensayar? —preguntó Pilcher, señalando con el dedo a las puertas cerradas.

—No es necesario —respondió Freyman—. Debe estar en el piso de arriba.

En el fondo del vestíbulo, una oscura escalera de caracol ascendía. El primer descansillo era tan grande como una habitación y servía de encrucijada a tres pasillos laterales, con innumerables puertas.

—¡Vaya una posada! —opinó Mr. Shean—. ¡Y pensar que ese fanfarrón de hotelero vive solo en este cajón que podría rivalizar con una abadía!

Freyman se creyó obligado a dar unas explicaciones:

—Este cajón, como le ha llamado, fue construido en 1784, si hay que creer lo que dice el escudo de la fachada. Debió servir de relevo de postas, luego de posada para carreteros, ya que, aparte de ella, no hay en esta maldita región más que arena y matojos. Lo cierto es que en tiempos relativamente lejanos, tenía una amplia clientela de pasajeros.

Pilcher examinó las puertas con aire entendido.

—Buena madera —aprobó—, y las cerraduras excelentes… ¿Habrá un poco de suplemento… digamos a título de comisión… si hay dinero detrás?

Mr. Shean sonrió siniestramente.

—¡No hay ni un céntimo, imbécil!

—Bueno, pero a veces… joyas… o un tesoro… ¿yo qué sé? —insistió.

—¡Basta, Pilcher! ¡No hay nada de ese estilo, ya se lo he dicho!

Pilcher suspiró y sacó de la caja unos instrumentos de acero.

—¿Por dónde hay que empezar? —preguntó.

—Vamos al segundo piso —ordenó Freyman.

De pronto, Freyman hizo alto al fondo de un interminable pasillo lateral.

Con el dedo, un poco tembloroso, señaló una puerta tan oscura que apenas era visible en la penumbra del lugar.

—Muy bien podría ser ésta —murmuró.

Mr. Shean retrocedió un poco.

—¡Vamos, Pilcher!

Al cabo de unos minutos, el hombre sacó de la cerradura, en la que había estado trabajando, un instrumento de metal torcido.

—¡Bueno, no creí que ofreciera semejante resistencia! —exclamó, estupefacto—. ¡Una caja fuerte no me costaría tanto!

Cambió tres veces de instrumento, antes de que se oyera un ligero clic.

—¡Ya está! —suspiró, retrocediendo, con la cara empapada en sudor.

Quiso empujar la puerta, pero Freyman se lo impidió.

—¿Quiere usted pasar primero, Mr. Shean? —le invitó.

Mr. Shean se retorció las manos secas y sus labios temblaron ligeramente.

—Ahora… —murmuró, con cierta fatiga—, ahora vamos a saber por qué esta casa maldita se llama el albergue de los espectros.

Empujó la puerta con tal brusquedad que batió contra la pared, haciendo un ruido formidable, de trueno.

* * *

Al otro lado de la colina de los Tres Blancos, el carro se paró. El conductor aplacó su sed en una minúscula laguna de aguas verdes, rodeada de arbustos, a cuya orilla crecían unas cuantas hierbas tristes.

El caballo empezó a mordisquearlas, enseñando los dientes ávidos, mientras que su dueño se instalaba bajo una sombra y encendía su pipa.

Desde el fondo del llano, negra bajo la calígine solar, avanzó una silueta flaca y cansada.

El tabernero contempló cómo se acercaba, lanzando de vez en cuando una voluta de humo al aire tórrido.

El recién llegado buscó a su vez un rincón fresco y sacó un gran cigarro del bolsillo antes de saludar con un breve buenos días.

—¿Ya, Casby?

El hotelero señaló con su pipa en dirección a la siniestra casa perdida en el horizonte.

—Están allí, señor Quaterfage.

—¿Freyman y Shean?

—Sí; y un hombrecillo gordo y calvo que se pasa el tiempo durmiendo.

—Pilcher, el ladrón, sin duda alguna.

Durante un rato fumaron en silencio, después el caballero empezó a hablar con voz lenta y triste:

—Seguro que tendrán éxito, ahí donde Trevitter y Moscombe fracasaron. Shean es inteligente. Freyman lo es menos, pero tiene la tenacidad del diablo y no le falta ni lógica ni perseverancia en lo que emprende.

—Sí, esto va a traer un poco de prosperidad a mi casa, limpiándola de esa porquería… —dijo Casby.

Su compañero, que tenía aspecto de clérigo, le interrumpió con un gesto severo.

—No emplee semejantes palabras para designar la cosa más terrible de todas, Casby. Es una verdadera lástima que dos hombres de valía, como Freyman y Shean tengan que pagar, con el peor de los espantos, mezquinos intereses como los suyos.

Mire, a veces hay momentos en que lamento haberle aconsejado…

Casby le lanzó una mirada colérica.

—Le pagó para que exorcice mi casa; ¿de qué se queja, entonces, señor Quartefage?

El de aspecto de clérigo gimió.

—Exorcizar… la palabra es muy impropia, Casby, pero no tengo más remedio que admitirla, a falta de otra que se aproxime más a la realidad de las cosas. Cuando Trevitter y Moscombe supieron que una de las puertas de su hospedería ostentaba el signo del Rey Salomón, quisieron saber qué había detrás. Eran miembros muy activos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas; pero no se les ocurrió hacerse acompañar por un hombre capaz de saltar la cerradura.

Casby se inclinó hacia su compañero.

—Ya ve; hace siete años que vivo en el albergue y nunca se me ha ocurrido la idea de ir a ver qué había en la habitación prohibida… por más que la… la cosa me haya traído una suerte del demonio. Pero usted, señor Quartefage, ¿tiene idea de lo que pueda ser?

El otro hizo un gesto de espanto.

—¡Santo Dios, no!… y prefiero no imaginarme nada. ¿Sabe usted la historia del pescador de las Mil y una Noches que libró a un genio maléfico de un cacharro de plomo sellado con el sello del Rey Salomón?

—Me lo contaron cuando era pequeño —confesó Casby.

—No puedo dejar de pensar… acuérdese usted de lo que pasó en el albergue antes de su venida:

»Tres viajeros llegaron una noche. Eran gente de color. Hindúes, lapidarios muy conocidos y estimados en todos los mercados de Europa.

»Dos de ellos ocuparon la habitación que ahora está condenada y el otro se alojó en la de al lado.

»Al día siguiente, encontraron a los dos hombres asesinados y despojados de todos sus bienes. Jamás se encontró al culpable.

»El compañero permaneció en el albergue hasta el fin de la encuesta y, antes de partir, lanzó un anatema espantoso contra la habitación del crimen.

»—He dejado prisionero en esta habitación de desgracia y afrentosa injusticia, una cosa más fuerte que la muerte —declaró—, y conjuro a los hombres que vengan a que no le den libertad.

»Diciendo esto, apoyó la contera de su bastón en la madera de la puerta que humeó como si hubiera sido marcada con un hierro candente.

»Después se descubrió que el rastro trazado llevaba marcado el sello temible del Rey Salomón y nadie se atrevió a desobedecer la prohibición de aquel encantador, ni siquiera los hombres encargados de la pesquisa oficial.»

—¿Será un espectro de verdad? —murmuró Casby—. Algunas veces me he puesto a escuchar detrás de la puerta y jamás he oído nada; si bien es verdad que su

silencio siempre me ha parecido más espantoso que la más furiosa de las tormentas.

Quaterfage se enjugó la frente perlada de sudor.

—En este momento —dijo, con una voz apenas perceptible—, puede que ellos ya lo sepan… ¿Ha traído usted los prismáticos?

Casby se aproximó al carro del que extrajo unos prismáticos marinos, en una funda de cuero.

—Podremos mirar desde lo alto de la colina —susurró Quaterfage.

—¿Mirar qué? —preguntó Casby, pero no obtuvo respuesta.

Instalados sobre la arena ardiente, la cabeza sobresaliendo apenas en la cima del montículo, los dos hombres se pusieron a observar.

De pronto, un sordo rugido conmovió el espacio.

—Truena… —dijo Casby sorprendido, mirando el cielo intensamente azul, que brillaba sobre el enorme llano desierto—. Y, además… ¡O…! ¡Mire los árboles de mi jardín! No hay aire suficiente ni para hacer temblar una hoja y…

A través de los prismáticos, los hombres vieron que los árboles se retorcían como cañas en la tempestad.

—¡Mírelos! —gritaba Quaterfage—. Los reconozco… Shean va delante, luego Freyman. Pilcher les sigue… Corren como locos… ¡Oh, Señor!

Aquel grito de angustia fue lanzado al mismo tiempo por Quaterfage y Casby.

Los tres fugitivos acababan de ser arrancados del suelo, atrapados por una mano invisible y gigantesca, y proyectados a una altura fantástica.

Sus siluetas disminuyeron a una velocidad prodigiosa y desaparecieron en una luz cegadora.

Entonces el suelo se estremeció y Casby gritó con una voz desgarradora:

—¡Oh! ¡Mi casa!

A lo lejos, en la gloria de la tarde dorada, el albergue se derrumbó como un castillo de naipes, que se pliega antes de caer.

Quaterfage y Casby se dejaron deslizar hasta la falda de la colina; gritando de espanto, hundieron la cabeza en la arena, para no ver la gigantesca y monstruosa forma que se elevaba sobre los escombros, negra como el Erebo, que seguía creciendo a una velocidad espantable y cuya frente velaba el disco ardiente del sol de las cuatro.

¡YO MATÉ A ALFRED HEAVENCOCK!

APOYÉ la bicicleta contra un hito y desplegué el mapa que me había dado la casa Colson, Mivvins y Mivvins.

Era un mapa de Kent y de un pedazo de Surrey, pero el empleado que me lo entregó afirmaba que Kent era mejor.

Había mentido, por supuesto, ya que jamás he conocido gentes menos dispuestas que las de Kent para comprar máquinas de afeitar Sheffield, tubos de pasta de jabón, frascos de líquido suavizante y, en una palabra, todo lo que se necesita para tener un cutis bien rasurado y limpio.

El mapa fue muy útil para dirigirme hacia St. Mary Cray, saliendo de Londres por Lewisham, pero, a partir de Orpington, presentaba fastidiosos errores y lagunas. Y así busqué en vano Chelsfield, que el empleado había subrayado con lápiz rojo, indicándome que era un buen sitio para vender. Afortunadamente, un ser macilento e hirsuto vino en mi socorro.

Salió de una espesura cubierto de hierbecillas y de arena roja, probablemente, acababa de echar una provechosa siesta.

—¿Tiene usted fuego? —me dijo, tocándose los restos de un sombrero.

Tenía y se lo di.

—Es que tampoco tengo cigarrillo —añadió.

Le di el cigarrillo y el fuego y él me lanzó una cariñosa mirada de perro agradecido.

—¿Anda buscando algo por aquí? —me preguntó entre dos bocanadas.

—En efecto: Chelsfield.

—Está dándole la espalda, pero no lo sienta, está lleno de cretinos. Esto es Ruggleton.

—¿Ruggleton?; ese nombre no figura en mi mapa.

—Ni es necesario, además, las V. 1. alemanas hicieron todo lo necesario para que así fuera. Ha colocado usted su bicicleta contra los últimos vestigios de mi casa.

—¿Este hito?

—Era la piedra angular de la chimenea del comedor. De vez en cuando vengo a hacerle una visita y limpiar de hojas la tumba de Polly.

—Oh… ¿Su mujer?

—No, mi burro; un animal espléndido. Siempre me pregunto qué necesidad tendrían los Fritz de matarle para ganar la guerra.

Cambió de conversación.

—Si ha venido usted por aquí para vender algo, será mejor que se dirija hacia Elms, la gente es un poco menos estúpida que en Chelsfield, dicen.

—¿O sea que esto es todo lo que queda de Ruggleton? —pregunté acariciando el hito.

—No todo. Queda la casa de Miss Florence Bee, que se salvó como por milagro.

Pasará por delante de ella si se dirige a Elms; está casi en frente del cementerio. Intenta alquilarla pero ¿quién va a ser tan loco como para quererla?

Hizo un gesto circular con la mano.

—Ruggleton… Polly… Me despido de vosotros para siempre —exclamó, enfáticamente.

—¿Para siempre?

—Me ha salido trabajo en un carguero que va al Caribe. Una vez allí, calculo que podré desertar y arreglármelas en tierra.

Me dirigí hacia el cementerio, llevando la bicicleta de la mano. Todo estaba excavado por las bombas, más conscientemente que el Valle de Los Reyes, por los picos y las palas del equipo de lord Carnarvon. Vi a Miss Florence Bee apoyada en la valla de su jardín, mirándome llegar.

Era una mujer que se acercaba a la cuarentena, de cara agradable aunque un poco severa. Me vio lanzar una mirada al letrero amarillento que había sobre un seto de acebo y sonrió.

—Si le ha enviado la agencia de alquileres… —empezó.

Negué con la cabeza.

—Si usted fuera un caballero, trataría de venderle un jabón de afeitar —le dije, devolviéndole la sonrisa.

Las ocasiones de cambiar unas palabras con sus semejantes debían ser tan escasas para Miss Bee, que empezó a decir unas cuantas frases hechas, sobre los tiempos duros e inciertos que atravesábamos, con la intención evidente de no volver demasiado de prisa al silencio y la soledad.

Desde el momento en que entré al servicio de Colson, Mivvins y Mivvins, a comisión, eso no hay ni que decirlo, hasta el momento en que dejé al viejo dueño de Polly y sonreí a Miss Bee, no tenía más intención que la de vender máquinas de afeitar y jabón a los habitantes de Kent.

Un instante más tarde empecé a trazar un plan absolutamente distinto del anterior.

En aquel momento fue cuando nació Alfred Heavenrock.

Lancé una larga mirada alrededor y moví la cabeza con gesto preocupado.

—Es extraño —dije a media voz—, es verdaderamente extraño…

Al decirlo, mis ojos iban del letrero al cementerio, sin pararse en Miss Bee.

—¿Extraño? —preguntó ella.

—Sí, estaba pensando en lo qué me dijo Alfred el otro día. Alfred Heavenrock es mi primo, un hombre extraño, distinto a los demás, sobre todo en lo que concierne al pensamiento. Raro de cuerpo y de espíritu por demás, aunque sea mi primo.

—Heavenrock —murmuró Miss Bee, como tratando de recordar—; el nombre no me es del todo desconocido.

Mentía; evidentemente con la intención de alargar en lo posible aquella charla inesperada.

—¡Bah! —continué—. No creo que haya habido un Heavenrock en Hastings, ni

en la Cámara de los Lores o en los Comunes. El único entre nosotros que tiene dinero es Alfred; yo me contenté con ir a la guerra.

Ella me contempló con simpatía.

—¿Quiere sentarse, señor?

—David Heavenrock; mis amigos me llamaban Dave, y si hablo de ellos en pasado es porque todos murieron en los campos de Francia, dando caza a los Boches.

Tomamos asiento en un banco del jardín.

—¿Por qué ha dicho usted «extraño» mirando al letrero de alquiler y al cementerio? —preguntó ella, bruscamente—. He seguido su mirada.

Imité el gesto de un hombre que se siente sorprendido en lo más íntimo de sus pensamientos.

—¿Ha visto eso? —dije ingenuamente—, pues bien…

Pasó un ángel. Fue un silencio cargado de atención por parte de Miss Bee y de confusión hábilmente representada, por la mía.

Pero mi proyecto tomaba cuerpo.

—Pues bien —seguí, en tono que dejaba traslucir un gran embarazo—, hace unos días, me dijo Alfred: «David, él nunca me llama Dave; ya ves, estoy cansado de Londres, de las grandes ciudades y de viajar».

»—Puedes ir a Bath, a Margate o a los Sorlingues, —le aconsejé.

»El gruñó.

»—Pareces un folleto de propaganda para las vacaciones y a lo mejor hasta esperas sacar una comisión; pero todo eso no me seduce. Lo que quiero es una casa en un desierto, y cerca de un cementerio que no reciba ni visitas ni muertos.»

—Eso es lo que me dijo —concluí.

Miss Bee abrió sus grandes ojos.

—¡Dios mío! ¿Será posible? —exclamó.

—Alfred no es un tipo como los demás —repetí—, y no quiero decir con esto que esté loco, bastante raro sí es, sin necesidad de llegar a eso. Lo que pasa es que es un poco… maniático.

—¿Hasta qué punto?

—Por ejemplo, su afición favorita es leer libros de espiritismo y hacer que las mesas se muevan. Cuando se enfada jura por el doctor Dee, una especie de brujo de la época de la reina Isabel, que se entretenía en hacer que los muertos salieran de sus tumbas.

—¡Qué horror! —exclamó Miss Bee, cuyos ojos brillaban de alegría con la esperanza de oír más.

Pero me guardé muy mucho de seguir adelante.

—Esas estupideces suyas me fastidian —continué—, pero no tengo más remedio que aguantarlas, porque de vez en cuando, Alfred me ayuda un poco, tengo que reconocerlo. De todos modos, a lo mejor le hago un favor hablándole de su casa, que precisamente está por alquilar.

Me levanté como si ya no tuviera más que añadir, a pesar de que aún era necesario hacer mucho más.

—Permítame que le ofrezca… un vaso de vino —propuso Miss Bee, después de una corta vacilación.

Negué cortésmente, haciendo un gesto con la mano.

—No bebo jamás vino ni licores.

Me lanzó una mirada llena de admiración.

—En ese caso no me rehusará una taza de té. Es muy bueno, es de Lyon, de antes de la guerra.

Acepté, no sin haber vacilado visiblemente.

Me hizo entrar a un salón de aspecto agradable e incluso rico, ya que había en él dos cuadros de Histler y uña gran cantidad de plata, pero no dejé entrever ningún asombro.

El té era excelente y los cigarrillos también: eran Murattis.

—Háble me de su primo —me pidió Miss Bee—, ya que podría llegar a convertirse en mi inquilino.

—¡Oh! —exclamé—. ¡No le he prometido nada! Alfred es, verdaderamente, un tipo muy poco corriente y, aunque es supersticioso como el demonio, no creo que consiga sacarle una gran suma. Cuando se trata de dinero se convierte en un ser frío y preciso como una máquina de calcular electrónica.

—No tengo, en absoluto, intención de abusar —protestó ella—. Estaré encantada de alquilar esta casa y sus muebles por un precio razonable, para poder alejarme para siempre de este lugar maldito. Pienso marcharme a Doncaster, donde tengo una propiedad.

—Feliz usted que puede decir eso —murmuré.

Las mujeres dicen a veces que mi boca es muy bonita, sobre todo cuando echo las comisuras hacia abajo, en gesto de amargura. Creo que no se equivocan.

Por consiguiente, esbocé rápidamente un gesto de esos y Miss Florence lo notó.

—No se entristezca, señor… Dave —susurró—, la felicidad no la da una finca en Doncaster.

—Una bala bien dirigida, digamos en medio del corazón, sería lo mejor —dije, haciendo un gesto sombrío—; una bala como la que recibió Percy Woodside en Octeville, o como la de Bram Stone, un poco más allá…

Ni Percy Woodside ni Bram Stone existieron jamás, y hubiera sido una casualidad extraordinaria que me hubiera alcanzado una bala parecida, ya que hice el servicio militar bastante lejos del frente, como ayudante-farmacéutico.

—No se deje amargar, Dave —suplicó ella.

Su mano se posó en la mía.

—Todo el mundo tiene cosas buenas y malas… a propósito ¿está casado?

Me encogí de hombros.

—No, gracias a Dios; no hubiera podido ofrecer a mi mujer más que el amor y el

agua clara, que, según el proverbio, alimentan tan mal al mundo.

Esta vez no mentía.

La vi sonreír.

Ella era agradable de contemplar y mi mirada se posaba, con placer, en su boca, un poco grande, en sus dientes algo salidos y en sus ojos oscuros. Al mismo tiempo contemplé el espléndido camafeo que llevaba prendido en el escote y que valoré en más de cien libras.

—Háble me de su primo —repitió, lamentando, se veía a las claras, tener que cambiar de conversación.

—Se lo describiré. Se cree guapo, pero es lamentablemente feo, con su bigote hirsuto, sus grandes cejas rojizas y sus horribles gafas coloreadas. Tiene un gran vientre… —no puedo soportar los hombres gordos—, siempre lleva las manos sucias, como si acabase de escarbar en el fondo de un granero y… y… ¡bebe!

—Y usted —dijo Florence sonriendo—, es sobrio, lo cual explica su repugnancia, aunque con ella falte un poco a la caridad.

—Si bebiera *whisky* o por lo menos ginebra, como todo el mundo, pase, pero va siempre con una botella de bolsillo, llena de *Kirschwasser:* ¡qué horror! Y si se conformara con eso… Pero no, si se le rehúsa probarlo se ofende; esa es la única cosa que le gusta compartir con el prójimo. ¡Lo cual me ha hecho sufrir muchas veces, al tener que soportar ese horrendo brebaje!

Miss Florence se echó a reír a carcajadas.

—¡Qué exagerado es! Yo misma no le hago ascos a un vasito de *Kirsch* fresco y perfumado.

Fruncí las cejas y adopté un aire de descontento.

—No ponga esa cara tan feroz —dijo ella alegremente—; no hay que juzgar a la gente con tanta severidad, hay que saber perdonar sus pequeños defectos. ¿No tiene usted defectos?

La miré a los ojos.

—Los tengo y no sólo pequeños, sino grandes, verdaderas faltas. De todos modos, me gusta que se respete a los muertos y se los deje descansar en paz. No me gustan las prácticas de magia…

—¡Pero no es una cosa tan grave!

—De acuerdo, pero a condición de que no se porte uno como un mozo de cuerda borracho y se obre contra lo que yo considero una ley sagrada.

—¿No es usted un poco… violento?

—Sí, lo soy. Más de una vez le he dado a Alfred un puñetazo en la nariz a causa de ello. Verá usted, yo soy una persona que defiende a sus amigos. Los míos murieron ¡y sigo defendiéndolos!

Vi que sus labios temblaban.

—Dios mío, Dave —dijo lentamente— es usted un hombre.

Me levanté y esperé a que me tendiera la mano, para estrechársela.

—Adiós, Miss Bee —me despedí—; hablaré a Alfred. Pero recuerde que no tengo sobre él la menor influencia.

—¿Por qué me dice adiós?

Bajé los ojos, mi boca dibujó su rápido gesto de amargura.

—Porque… no lo sé. ¡Adiós!

Me alejé rápidamente, sin mirar hacia atrás y monté en mi bicicleta.

Mientras corría por el camino no separé los ojos del espejo retrovisor.

Miss Florence Bee, inmóvil contra la pared, la mano apoyada en el corazón, me seguía con la mirada.

* * *

Necesité unos días para poner mi proyecto completamente a punto y encontrar cinco o seis libras. La bicicleta pertenecía a Colson Mivvins y Mivvins, pero vendí mi ejemplar de las obras Shakespeare, una bella edición cuya venta lamentaré toda la vida. Saqué dos chelines, que aposté por «Halifax», que corría en Norwood.

El diablo debía estar a mi favor, ya que el caballo ganó y me produjo diez libras.

Me costó cierto trabajo encontrar una botella de buen *Kirschwasser.* Procurarme el ácido prúsico me resultó más fácil, ya que, como dije antes, trabajé en el oficio durante la guerra.

Lo más difícil de encontrar fue un tinte para el cabello, que me proporcionara una mata de pelo rojo brillante y que pudiera quitarme rápidamente; pero lo logré.

Bigotes postizos; un conjunto muy apropiado, bastante estridente; gafas con cristales ahumados. Todo en cuestión de pocas horas.

Antaño, en el colegio, había interpretado algunos papeles en comedias de aficionados y todo el mundo me decía que estaba predestinado para el teatro.

La vida se complace en dejar por embusteros a algunos profetas. Desde entonces he trabajado en cien oficios, excepto en el de actor.

Esto no impidió que el espejo me devolviera la imagen de un Alfred Heavenrock perfecto. Aquel recién nacido de grandes bigotes y gafas negras tenía una existencia de apenas veinticuatro horas.

* * *

—Mr. Alfred Heavenrock —dijo Miss Florence Bee—; lo he reconocido inmediatamente; su primo hizo una descripción exacta de usted.

—Lo que quiere decir que ha debido divertirse bastante a costa mía —dije yo, con una horrenda voz cascada—, ya que no sabe hacer otra cosa.

—No lo hizo, en absoluto —replicó Miss Bee.

—Conozco bien a David; es un ser envidioso, que nunca ha tenido éxito en la vida y pretende que no hay nada mejor que la honestidad a rajatabla: qué imbécil, ¿verdad?

—Yo no lo considero así —dijo Miss Florence con un mohín.

—Ta, ta, ta, es un bruto. No vacila en emplear los puños, incluso cuando uno no se mete con él directamente. Cierto que eso le sirvió de mucho durante la guerra. Es valiente, debo admitirlo, aunque no comprendo por qué la gente admira tanto esa virtud militar. ¿Usted como lo encuentra? Guapo, seguramente.

—No está nada mal —admitió Miss Bee con franqueza.

—¿Lo ve? ¡Todas las mujeres opinan así! ¿Y cree usted que él procura sacar ventaja de eso? Pues no, ¡el muy asno es virtuoso!

—¿Quiere ver la casa? —preguntó Miss Bee con una voz helada.

—Para eso estoy aquí. —Y añadí toscamente, con una risotada—: ¡Además para ver si de verdad era usted tan bonita!

—O sea que él dijo…

—Sí, lo dijo; pero no espere nada de ese modelo de virtudes.

Miss Bee se volvió, tenía los ojos como ascuas.

—¡Dejemos eso, señor Alfred Heavenrock —dijo, recalcando el nombre—, y tenga la bondad de seguirme.

La casa era muy bonita, estaba confortablemente amueblada y muy bien cuidada.

—¿Paga usted buenos sueldos a sus criadas? —pregunté.

Esperé la contestación con angustia.

—No tengo ninguna desde hace meses. El lugar es demasiado solitario, aunque no por eso me disgusta. Claro que el sostenimiento y cuidado de la casa es muy pesado para mí sola.

Hice un gesto de desagrado.

—Seguramente encontrará usted el personal adecuado en Elms —dijo Miss Bee, vivamente.

—O en Londres, no se preocupe por eso —respondí—, en el fondo esta enorme soledad ya bien a mis planes.

Me volví hacia la ventana y me puse a contemplar el cementerio. De vez en cuando, como si estuviese absorto en mis meditaciones, murmuraba:

—¡Eh!… está bien… sí, esto está bien… me convendrá.

Me volví hacia ella y mi voz se hizo más agria y desagradable que nunca.

—Escuche, pequeña (vi que ella reprimía un sobresalto de indignación), yo soy un hombre franco como el oro, lo que no quiere decir que tire el oro por la ventana. Su casa me gusta bastante como para alquilarla; pero no vaya a pedirme un precio exorbitante porque no hay nada que hacer.

—¿Cien libras al año? —propuso ella—. Y un contrato por tres años.

—No se queda usted corta —me burlé—, la mitad; y no se hable más.

—No puedo aceptar —dijo Miss Bee con lasitud—, mi precio es razonable.

—Digamos sesenta libras y las pagaré al contado…

Saqué del bolsillo un gran fajo de billetes de banco. Eran de matute y los había pagado a tres chelines el ciento. Estuvo de acuerdo en dejármelo en sesenta libras y yo no oculté mi alegría.

—Extiéndame un recibo, guapa. Acaba usted de hacer un buen negocio y yo no me quejo, aunque ha resultado un poco caro para mí gusto. Y esto merece un vaso de vino, ¿no?

—No tengo vino que ofrecerle —dijo secamente.

—Yo tengo lo que hace falta —le repliqué, sacando la botella del bolsillo yendo al aparador a coger dos vasos.

La suerte estaba echada: Miss Florence iba a morir; el vaso de licor que le daría iba a matarla en unos segundos.

Ya me había fijado en una caja fuerte, que no me pareció difícil de abrir, y en un cofrecillo, entreabierto sobre un velador, y que estaba lleno de billetes de banco y de algunas joyas.

Una vez concluido el asunto, Alfred desaparecía y David volvía a aparecer.

Pero he aquí que, de pronto, abandoné aquel proyecto y, sobre la marcha, concebí otro, sobre el cual no se cernía la sombra de la horca.

Me es imposible determinar el tiempo que tardé en aquel cambio de planes. Incluso creo que el tiempo ni siquiera intervino, tan rápido fue, tan espontáneo y, además, tan grandioso.

Volví a poner los vasos en el aparador y dejé el frasco.

—Óigame, pequeña —murmuré—. ¿Sabe usted que David es menos imbécil de lo que yo creía?

Dejó su pluma, con la que iba a extender el recibo, y me miró con aire interrogativo.

—Bonita… sí, sí que lo es, por las barbas del profeta; y si antes no me di cuenta era porque estaba pensando en los negocios y los negocios son antes que todo. ¿No es así, preciosa mía?

—¿Y bien?

—Y bien; sepa usted que ese monigote de David no quiere volver a verla en la vida.

La pluma se escapó de los dedos de Miss Bee e hizo un borrón en el recibo, todavía intacto.

—Porque está enamorado de usted. ¡Qué flechazo! Dijo, y permítame que me ría, que jamás podría amar a otra mujer. Sí, sí; eso dijo el triple idiota.

La vi pasarse la mano por la frente y todo su cuerpo se puso a temblar.

—¡El muy estúpido! —gritaba yo, con una voz cada vez más aguda—: ¿Sabe usted lo que hubiera hecho yo, si estuviera en su lugar?

No dijo una palabra, ni hizo un gesto, pero me pareció ver que una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¡Esto es lo que hubiera hecho!

Me acerqué a ella y, bruscamente apoyé los labios en su cuello. ¡Ah, amigos; qué tigresa! Saltó; su silla se cayó hacia atrás con gran estrépito, algo se rompió en la mesa, creo que fue el tintero; y yo recibí la más formidable bofetada que jamás haya mancillado la mejilla de un hombre.

—¡Váyase —¡gritó—, y no vuelva a poner los pies aquí!

—¿Y… la casa? —balbuceé.

—Antes la convertiría en un asilo para perros vagabundos, que alquilársela a un granuja de su especie. ¡Váyase, he dicho, Alfred Heavenrock!

¡Qué «Alfred» tan duro y con cuánto desprecio lo pronunció!

Me metí el frasco de *Kirsch* en el bolsillo y salí. Una vez en el jardín, me volví y lancé a Miss Bee la más innoble injuria que un hombre puede lanzar a la cara de una mujer.

* * *

Aquel mismo día desapareció Alfred Heavenrock, con sus bigotes, su pelo rojo teñido y sus gafas oscuras, su frasco de *Kirsch* y sus billetes de banco de guardarropía. David Heavenrock ocupó de nuevo su sitio en esta vida.

Dos días después, llamé a la puerta de Miss Florence y, por un instante, creí que iba a ponerse mala.

Cerré vivamente la puerta, detrás de mí.

—No creo que nadie me haya visto; he venido por caminos solitarios.

—¿Por qué? Usted puede venir aquí sin necesidad de ocultarse.

—No —dije, sordamente.

Sólo entonces se dio ella cuenta de mi aire furtivo, mis ojos huraños, mis manos temblorosas.

—Quería verla una vez más, Florence —le dije, balbuceando.

—¡Buen Dios! ¿Qué le pasa, Dave?

—Pasa que… Pero no. Permítame que le pregunte una cosa, una sola, pero será terrible.

—¡Nada de lo que haga puede ser terrible, le conozco muy bien! —exclamó, cogiéndome las manos.

—Sin embargo, lo será.

—Pregúntemelo.

Me puse a hablar en voz muy baja.

—Alfred me dijo… que… usted… ¡Dios mío!, ni me atrevo a decirlo. No, no puedo preguntárselo.

—Insisto —dijo ella.

—Que le hizo el amor; que usted no supo negarle nada, que… ¡Ah, no…!

—Mintió; es el mayor de los granujas. ¿Me crees, Dave?

Me llevé las manos a la cabeza.

—Te creo, pero… ¡Perdóname!… Dudé y…

—¿Y?…

Me volví, ferozmente.

—Perdí la cabeza, lo vi todo rojo, cogí algo que había en la mesa, algo pesado, y le pegué.

—Y le pegaste —dijo ella como un eco.

—Se cayó… inmóvil.

—Inmóvil —repetía ella, lentamente.

—Muerto…

Hubo un silencio muy largo, casi terrible, después ella lanzó un gemido inmenso y se vino a refugiar en mi pecho.

—¡Amado mío… mi gran amor… has hecho eso… por mí!

La separé dulcemente.

—Debo irme. No te apenes por nada, Florence, porque yo ya tampoco me apeno. ¡Que se cumpla mi destino! ¡Adiós!

—¡No!

Corrió a echar los cerrojos.

* * *

Sólo me preguntó una cosa a propósito del crimen y sólo lo hizo una vez.

—¿Y el cuerpo?

—En el río —murmuré—. Es espantoso, ¿verdad?

—Está bien.

* * *

Yo había esperado que Miss Bee me ofreciera dinero necesario para cruzar los mares y empezar una nueva existencia.

No fue así. Abandonamos Ruggleton unos días más tarde, nos fuimos a Doncaster y tres semanas después estábamos casados.

Jamás matrimonio alguno fue más perfecto, más feliz. Mi mujer era muy rica y no consintió que buscara una ocupación. Un año más tarde nos nació un hijo, era un niño.

* * *

Lionel tenía veinte meses cuando Florence volvió un día de su paseo, temblorosa y deshecha.

—Dave, ¿estás completamente seguro de que Alfred murió? —me preguntó.

La miré, estupefacto.

—Pues claro, cariño mío. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Porque lo he visto!

—¡Imposible!

—Sin embargo, es así. Yo iba a lo largo del muro del cementerio, cuando se abrió la verja y él se encontró ante mí. Era él, con sus cabellos rojos, su bigote, sus manos sucias de tierra y sus gafas negras.

—Alguien que se parecería —balbucí.

—No. ¡Oh, no! Se reía de mí y, de pronto, con aquella horrible voz de falsete, me insultó; me lanzó el horrible insulto que fue su última palabra de despedida.

Tuve la sensación de que todo giraba a mi alrededor; comprendí de pronto, que aquello era el horror.

Unos días más tarde, Florence, que estaba sentada cerca de la ventana, lanzó un grito de espanto:

—¡Míralo!

Era el momento del crepúsculo, el día empezaba a perder su luz, un pájaro cantó en la sombra. Apoyé la frente contra el cristal.

A lo lejos, se perdía entre la bruma una forma que la noche hacía indistinta: Alfred Heavenrock.

Pero el crepúsculo y la niebla se prestan con frecuencia a fantasmagorías.

* * *

¡Dave, querido mío!

¡No puedo más! ¡Él ha vuelto! Me habla. Me exige. Me amenaza. Tengo que ceder por ti, amado mío y por Lionel. Me voy con él. No creo que pueda volver a verte jamás.

¡Qué Dios tenga piedad de mí!

Tu desgraciada
Florence.

Hoy hace tres años que recibí esta carta y la leo todos los días. Florence no ha vuelto. Ni volverá. Lo siento, lo sé. No se tientan impunemente las fuerzas del infierno.

Lionel sigue creciendo, tiene el pelo rojo como el fuego y su voz es aguda y chirriante. A pesar de que lo lavan constantemente, siempre tiene las manos sucias. Es malo y ama al dinero con ferocidad; nada le gusta tanto como las monedas nuevas

y brillantes. En sus paseos, lleva siempre a la niñera hacia el cementerio.

—¿Qué hay bajo esas piedras? —pregunta.

—Pues… muertos.

—Quiero hacerlos salir —berrea.

El otro día, en casa de unos vecinos, nos hallábamos bebiendo licores. Lionel paseó la mirada por las botellas y de pronto se puso a gritar:

—¡Yo quiero! ¡Yo quiero!

Su dedo, ávidamente, señalaba una botella de *Kirschwasser.*

Y sus amiguitos le llaman Freddy. ¿Por qué?

¡Ay, cómo echo de menos mi libro de Shakespeare! Sus palabras sombrías y profundas acuden a mi memoria, llenándola de espanto:

«Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que pueden soñar los filósofos»…

EL CALLEJÓN TENEBROSO

En un muelle de Rotterdam, las grúas sacaban de la sentina de un carguero apretados fardos de papeles viejos; el viento los erizaba de banderillas multicolores cuando, de pronto, uno de ellos estalló como un tonel puesto al fuego.

Los obreros del muelle, empleando sus palas rápida y eficazmente, pararon la temblorosa avalancha, pero una gran parte quedó abandonada, para alegría de los niños judíos, que andan siempre a la búsqueda, en el eterno otoño de los puertos.

Había allí bellos grabados Pearsons, partidos en dos por orden de la aduana, hojas verdes y rosas de acciones y obligaciones, últimos latidos de escandalosas bancarrotas; tristes libros, cuyas páginas permanecían juntas como manos desesperadas. Mi bastón entraba a saco en aquel inmenso residuo del pensamiento, donde ya no cabía ni oprobio ni esperanza.

De toda aquella prosa alemana e inglesa retiré algunas páginas de Francia: números de *Revista Pintoresca,* sólidamente atados y un poco chamuscados por el fuego.

Hojeando aquellas revistas, tan adorablemente ilustradas como lúgubremente escritas, descubrí dos cuadernos, uno redactado en alemán, el otro en francés. Los autores, al parecer, se desconocían y, sin embargo, se hubiera dicho que el manuscrito francés vertía algo de luz sobre la negra angustia que surgía del primer cuaderno, como una humareda deletérea.

¡Suponiendo que pueda hacerse alguna luz sobre aquella historia, que parecía poblada de las más horribles fuerzas hostiles!

En la portada había un nombre escrito: *Alfonso Arcipreste,* seguido de la palabra *Lehrer.* Traduciré las páginas alemanas:

El manuscrito alemán

Escribo esto para Hermann, para que lo lea cuando vuelva del mar.

Si no me encuentra; si con mis pobres amigas me he hundido en el misterio feroz que nos rodea, quiero que él conozca nuestros días de horror al leer este cuaderno.

Esta será la más dulce prueba que de mi cariño puedo darle, ya que hace falta verdadero valor, sobre todo en una mujer, para escribir un diario en horas de semejante locura; le escribo también para que rece por mí, si cree que mi alma está en peligro…

Después de la muerte de mi tía Hedwige no quise permanecer en nuestra triste casa de Holzdamm.

Las señoritas Rückhardt me ofrecieron venir a vivir con ellas en la Deichstrasse. Ellas ocupan un vasto apartamiento en la gran casa del consejero Hühnebein, un anciano soltero que no abandona jamás el piso bajo, atestado de libros, cuadros y estampas.

Lotte, Eléonore y Méta Rückhardt son tres adorables solteronas que se ingenian

para hacerme la vida agradable. Frida, nuestra criada, me ha seguido y ha hallado gracia ante los ojos de la vieja Frau Pilz, la genial cocinera de los Rückhardt, que, dicen, declinó ofertas ducales para permanecer al humilde servicio de sus amas.

Aquella noche…

Aquella noche que introdujo el más espantoso de los horrores en nuestra tranquila y dulce vida, habíamos decidido no ir a una fiesta en Tempelhof porque llovía a cántaros.

Frau Pilz, a quien le gusta vernos en casa, había preparado una cena prodigiosa: unas truchas asadas a fuego lento y un pastel de Pintada. Lotte hizo una verdadera rebusca en la bodega, para traer una botella de aguardiente de Cap, que llevaba envejeciendo veinte años. Cuando la mesa fue levantada, servimos el bello licor oscuro en copas de cristal de Bohemia.

Eléonore sirvió el té de China, de Su-Chong, que nos trae de sus viajes un viejo marino de Bremen.

En medio del aguacero oímos la campana de San Pedro dar ocho campanadas. Frida, que estaba cerca del fuego, ojeó la Biblia ilustrada, que no sabía leer pero cuyos grabados le encantaban contemplar, y pidió autorización para ir a acostarse. Nosotras permanecimos escogiendo sedas de distintos colores para el bordado de Méta.

Abajo, el consejero cerró su cuarto dando doble vuelta a la llave. Frau Pilz subió a la suya, al fondo del piso, y nos dijo buenas noches a través de la puerta, añadiendo que el mal tiempo impediría que tuviéramos pescado fresco para la comida del día siguiente. El canalón de desagüe de la casa vecina dejaba caer una catarata que batía el pavimento haciendo mucho ruido. Del fondo de la calle surgió la galopada del huracán; el ruido del agua se hizo argentino y una ventana crujió en el piso superior.

—Es la de la buhardilla —dijo Lotte—. No cierra bien.

Luego levantó la cortina de terciopelo granate y contempló la calle.

—Jamás había visto una noche tan negra —comentó.

A lo lejos, el sereno anunció la media.

—No tengo sueño, la verdad —continuó diciendo Lotte— y además no tengo ningunas ganas de irme a la cama. Me parece que la oscuridad de la noche, el viento y la lluvia me seguirían.

—Tonta —dijo Eléonore, que no es muy cariñosa—. ¡Bueno, puesto que no nos acostamos, hagamos como los hombres y volvamos a llenar los vasos!

Después el silencio volvió a llenar la habitación.

Eléonore fue a poner en un candelabro tres de esas velas que han dado fama al cerero Siene y arden con una llama rosada que expande un delicioso olor de flores e incienso.

Comprendí que trataba de dar un aire de fiesta, un tono de alegría a aquella velada tan lúgubre; pero no llegó a lograrlo, no sé por qué.

Veía la enérgica cara de Eléonore, teñida con la sombra de un repentino mal

humor; también me pareció que Lotte respiraba con dificultad; sólo la cara de Méta se inclinaba plácidamente sobre el bordado. Y, sin embargo, noté que estaba atenta, como si tratara de detectar un ruido en el fondo del silencio.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Frida. Se dirigió, titubeando, hacia el sillón del rincón, cerca del fuego, y se dejó caer en él, mirándonos fijamente a cada una con los ojos huraños.

—Frida —grité— ¿qué le pasa?

Suspiró profundamente, luego murmuró algo incomprensible.

—Está aún dormida —dijo Eléonore.

Frida negó enérgicamente, con un gesto. Hacía violentos esfuerzos para hablar. Yo le di un vaso de aguardiente y ella lo vació de un trago, como hacen los cocheros y los mozos de cuerda.

En otra ocasión, nos hubiéramos sentido más o menos embarazadas por aquel vulgar ademán, pero parecía sentirse tan desgraciada y además nos movíamos en una atmósfera tan deprimente desde hacía unos momentos, que pasó desapercibido.

—Señorita —dijo Frida—, hay…

Su mirada que se había dulcificado algo, volvió a ensombrecerse.

—No sé —murmuró.

Elénore dio unos cuantos golpecitos secos sobre la mesa.

—No, no puedo decirlo —añadió Frida.

Eléonore lanzó una exclamación de impaciencia.

—¿Qué le pasa? ¿Ha visto u oído algo? En fin ¿qué le pasa, Frida?

—Señorita, hay… —Frida pareció reflexionar profundamente— no sé explicarlo como querría… pero hay un gran miedo en mi cuarto.

—¡Ah! —exclamamos las cuatro, tranquilizadas e inquietas a un tiempo.

—Ha tenido usted una pesadilla —dijo Méta—, las conozco: cuando uno se despierta esconde la cabeza bajo la sábana.

Pero Frida volvió a negar.

—No es eso, señorita, no he soñado. Me desperté tranquilamente y fue entonces… ¡Oh!, cómo hacérselo comprender… En fin, había un gran miedo en mi cuarto.

—¡Dios mío —dije yo a mi vez—, eso no explica nada!

Frida sacudió la cabeza desesperadamente.

—Preferiría pasar toda la noche sentada en el umbral de la casa, bajo la lluvia, a volver a esa maldita habitación. ¡No volveré!

—¡Y yo iré a ver lo que pasa, grandísima loca! —dijo Eléonore, echándose un chal a la espalda.

Dudó un momento ante el viejo estoque del padre Rückhardt, colgado entre sus insignias universitarias, se encogió de hombros y cogiendo el candelabro de las velas rosas se fue, dejando un rastro perfumado.

—¡No la dejen ir sola! —gritó Frida, asustada.

Lentamente, nos acercamos a la escalera. Ya la luz del candelabro de Eléonore se perdía, incierta, camino de las buhardillas.

Permanecimos solas en la semioscuridad de los primeros peldaños. Oímos a Eléonore empujar una puerta. Hubo un minuto de silencio opresivo; noté que la mano de Frida se crispaba en mi cintura.

—No la dejen sola —gemía.

En aquel momento sonó una carcajada tan horrible que preferiría morir antes que volver a oírla. Casi al mismo tiempo, Méta, levantando la mano, gritó:

—¡Allí… allí…! Una cara… ¡Allí!…

La casa se llenó de rumores. El consejero y Frau Pilz aparecieron, bajo la amarillenta aureola de las velas que llevaban.

—Señorita Eléonore —lloriqueaba Frida—. Santo Dios. ¿Cómo vamos a encontrarla?

Terrible pregunta, a la cual voy a contestar en seguida:

—*No la encontramos*.

La habitación de Frida estaba vacía. El candelabro descansaba sobre el suelo y las velas ardían tranquilamente, con su suave luz rosada.

Registramos toda la casa, los armarios, los techos: jamás hemos vuelto a ver a Eléonore.

* * *

Fácil será comprender que no hayamos podido contar con la ayuda de la policía. Encontramos las comisarías invadidas por una muchedumbre enfurecida, los muebles volcados, las losas del suelo cubiertas de polvo y los funcionarios tratados como títeres. En aquella misma noche habían desaparecido ochenta personas; unas camino de sus casas, otras en su propio domicilio.

De un solo golpe, el mundo de las conjeturas naturales quedó cerrado para nosotros; sólo nos quedaba el de los temores y las aprehensiones sobrenaturales.

Han pasado varios días después de aquel drama. Vivimos una vida oscura, de lágrimas y de terror.

El consejero Hühnebein ha mandado hacer un espeso tabique de madera de roble, que cierra la entrada del piso a las buhardillas.

Ayer estuvimos buscando a Méta; empezábamos a lamentarnos, temiendo que hubiera ocurrido una nueva desgracia, cuando la encontramos acurrucada ante el tabique, con los ojos secos y una expresión de cólera en su mirada siempre tan dulce.

Llevaba asido el estoque del viejo Rückhardt y pareció descontenta de nuestra presencia.

Le hicimos algunas preguntas sobre la cara que había entrevisto, pero nos miró como si no nos comprendiera.

Por lo demás, permanece sumergida en un mutismo absoluto; no solamente se abstiene de responder cuando se le habla, sino que parece ignorar nuestra presencia en torno a ella.

Por la ciudad corren miles de historias, unas más inverosímiles que las otras. Se habla de una liga secreta y criminal; se acusa de negligencia a la policía y, lo que es peor, algunos funcionarios han cesado en sus cargos.

Lo cual, naturalmente, no ha servido para nada.

Se cometen crímenes extraños: los cadáveres, furiosamente destrozados, aparecen al alba.

Los leopardos no podrían demostrar ferocidad mayor en sus carnicerías de la que muestran los misteriosos bandidos.

Si algunas de las víctimas son despojadas de sus objetos de valor, la mayoría no lo son, y esto tiene asombrado a todo el mundo.

Pero no quiero pensar en lo que ocurre en la ciudad; otras personas se ocuparán de contarlo. Quiero reducirme al marco de nuestra casa y de nuestras vidas, que aunque estrecho, no deja por ello de encerrar mucho terror y desesperanza.

Pasan los días; abril ha llegado, más ventoso y frío que los peores meses de invierno. Permanecemos agazapadas cerca del fuego. Algunas veces, el consejero Hühnebein viene a hacernos compañía y a traernos, como él dice, un poco de valor.

Este para él, consiste en temblar como un azogado con las manos tendidas hacia el fuego, en beber enormes jarros de ponche, en sobresaltarse a cada ruido y en exclamar cinco o seis veces por hora:

—¿Han oído ustedes?… ¿Han oído ustedes?…

Frida ha deshecho su Biblia y en cada puerta, en cada cortina, en el más recóndito rincón nos encontramos sus páginas, prendidas con alfileres; así espera ella conjurar a los espíritus del mal.

Nosotras la dejamos hacer y como han pasado unos cuantos días de paz, no estamos lejos de encontrar buena la idea; cualquier estampa piadosa, por pequeña que sea, está expuesta también…

¡Ay!, qué pronto íbamos a desengañarnos. El día había sido tan sombrío, con unas nubes tan bajas, que la noche cayó muy pronto. Yo salí del salón para poner una lámpara en el rellano de la escalera —desde aquella terrorífica noche, llenábamos la casa entera de luces y el vestíbulo y las escaleras permanecían iluminadas hasta el alba— cuando oí unos murmullos en el piso superior.

Todavía no era noche cerrada. Subí valerosamente y me encontré ante los rostros despavoridos de Frida y de Frau Pilz, que me hicieron señas de que me callara mirando hacia el tabique recién construido.

Me puse a su lado, adoptando su silencio y su atención. Entonces oí un ruido indescriptible detrás de la pared de madera, como si caracolas gigantes dejaran oír un tumulto de muchedumbres lejanas.

—Señorita Eléonore —gemía Frida.

La respuesta vino en el acto, lanzándonos, temblorosas, hacia la escalera: era un largo grito de terror contenido y no venía del tabique que se levantaba ante nosotros sino de abajo, de las habitaciones del consejero.

En el mismo momento le oímos pedir socorro con todas sus fuerzas. Ya Lotte y Méta se dirigían hacia el rellano.

—Hay que acudir —dije valientemente.

Apenas habíamos dado tres pasos cuando se oyó un nuevo grito de angustia, esta vez sobre nuestras cabezas.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Estábamos rodeados de gritos de espanto: abajo los de Herr Hühnebein; en el piso de arriba los de Frau Pilz, ya que aquélla era su voz.

—¡Socorro! —oímos de nuevo, más débilmente.

Méta cogió la lámpara que yo había puesto en el descansillo. A medio camino de la escalera encontramos a Frida. Frau Pilz había desaparecido.

* * *

Aquí debo decir unas palabras de admiración hacia el tranquilo valor de Méta Rückhardt.

—Aquí no podemos hacer hada —dijo, rompiendo así el silencio obstinado de aquellos días—. Vamos a abajo…

Llevaba el estoque paterno y no resultaba grotesco; se comprendía qué sabría usarlo como un hombre.

La seguimos, subyugadas por su fría decisión.

El gabinete de trabajo del consejero estaba iluminado como para una fiesta. El pobre hombre no había dejado a la oscuridad la menor posibilidad de intrusión. Dos enormes lámparas con globos de porcelana blanca flanqueaban la chimenea como dos tranquilas lunas. Una araña de cristal, Luis V, descendía del techo, y las luces de sus prismas parecían puñados de piedras preciosas. En el suelo, en cada rincón, un candelabro de cobre o porcelana soportaba una vela encendida. Sobre la mesa, una larga fila de velas parecía velar un catafalco invisible. Nos paramos, deslumbradas, mas buscamos al consejero en vano.

—¡Oh! —exclamó de pronto Frida en voz baja— miren; está allí. Se ha escondido tras las cortinas de la ventana.

Lotte tiró bruscamente del pesado cortinaje. Herr Hühnebein estaba allí, recostado en la ventana abierta.

Lotte se aproximó y luego se alejó, lanzando una exclamación de espanto:

—¡No miren! ¡Por el amor del Cielo, no miren! ¡No… tiene… cabeza!…

Vi que Frida se tambaleaba a punto de desvanecerse, cuando la voz de Méta nos devolvió el uso de la razón:

—¡Cuidado; aquí hay peligro!

Nos estrechamos junto a ella para sentirnos protegidas por su presencia de espíritu. De pronto hubo una especie de parpadeo en el techo y vimos, con espanto, que las sombras invadían dos rincones opuestos de la pieza, cuyas luces acababan de apagarse súbitamente.

—¡Rápido! —susurró Méta—. ¡Proteged las luces!… ¡O!… allí… hela allí…

En aquel momento las blancas lunas de la chimenea estallaron, lanzaron una llamarada humeante y se extinguieron.

Méta permaneció inmóvil, su mirada recorría la habitación con una rabia fría para mí desconocida.

Algo sopló sobre las velas de la mesa. Sólo la pequeña araña continuaba desparramando su tranquila luz. Vi que Méta no separaba la vista de ella. Y de pronto su estoque cortó el aire y, con un impulso furioso, dio una estocada en el vacío.

—¡Proteged la luz —gritaba—, le veo, ya le tengo!… ¡Ah!

De pronto vimos que el estoque empezaba a hacer extrañas contorsiones, en la mano de Méta, como si una fuerza invisible tratara de arrancárselo.

La inspiración extraña y feliz que nos salvó aquella noche vino de Frida.

Lanzó de súbito un grito feroz y cogiendo uno de los pesados candelabros de cobre se puso al lado de Méta y empezó a golpear en el vacío con su brillante maza. El estoque se quedó quieto; pareció que algo muy ligero se deslizaba por la pared, después la puerta se abrió sola y se dejó oír un murmullo desgarrador.

—Ya está —dijo Méta.

* * *

Podría objetárseme: «¿Por qué se obstinaban en vivir en aquella casa, tan criminalmente embrujada?»

En cien casas, o más, ocurría lo mismo. Ya no se cuentan los crímenes ni las desapariciones. La gente ni se rebela siquiera. La ciudad está apagada. Las gentes se suicidan por decenas, prefiriendo darse muerte a esperar que lo hagan los verdugos fantasmas. Y además Méta quiere vengarse. Ahora es ella la que acecha a los invisibles.

De nuevo ha vuelto a su feroz mutismo; solamente nos ha ordenado que al caer la noche cerremos puertas y ventanas. Desde que empieza a anochecer, las cuatro ocupamos el salón, transformado en dormitorio común y comedor. No salimos de allí más que por la mañana. Le he hecho una pregunta a Frida, a propósito de su curiosa intervención armada; no sabe darme más que una respuesta confusa:

—No sé nada —dijo—, solamente me pareció ver algo, una cara… —aquí se calló, embarazada…—. No encuentro la palabra para explicar lo que era —añadió—. Era el gran miedo que apareció en mi cuarto la primera noche.

Eso fue todo lo que obtuve de ella. Pero nuestros corazones iban a saberlo hasta la consumación de las penas.

Una noche de mediados de abril, como Lotte y Frida se entretuvieran en la cocina, Méta abrió la puerta y les gritó que se dieran prisa.

Noté que las sombras habían invadido ya el rellano de la escalera y el vestíbulo.

—¡Ya vamos —respondieron al unísono—, en seguida!

Méta entró y cerró la puerta; estaba atrozmente pálida. Ni un solo ruido venía de abajo; yo esperaba, en vano, los ruidos de los pasos de las dos mujeres; el silencio pesaba amenazante, contra la puerta.

Méta la cerró con llave.

—¿Qué hace? —le pregunté—. ¿Y Lotte y Frida?

—Inútil —contestó sordamente.

Sus ojos se fijaron en la espada, inmóviles y terribles. La noche, siniestra, nos cubrió.

Así fue como Lotte y Frida desaparecieron también en el misterio.

* * *

Dios mío, ¿qué es esto?

Hay una presencia en la casa, pero una presencia herida y dolorida, que trata de conseguir ayuda. ¿Méta se da cuenta de esto? Está más taciturna que nunca, pero atrinchera puertas y ventanas de una forma que más parece querer evitar una huida que una intrusión. Mi vida es de una soledad espantable. Méta también parece una especie de espectro fisgón.

Durante el día, a veces me topo con ella, en los pasillos ignorados; ella siempre lleva el estoque en una mano y en la otra una poderosa linterna con reflector y lente, que dirige hacia los rincones oscuros.

Una vez, en uno de estos encuentros, me dijo, con bastante viveza, que haría mejor en volver al salón; como yo no obedeciera rápidamente, me gritó con furia, que no me inmiscuyera en sus asuntos…

¿Conocería Méta mi secreto?

Ya no tiene la mirada plácida que pocos días antes se inclinaba sobre el bordado de sedas brillantes, sino una cara salvaje, en la que brilla una doble llamarada de odio, que a veces dirige hacia mí. Porque yo tengo un secreto…

¿Ha sido la curiosidad, o un sentimiento perverso o piadoso lo que me ha inducido a obrar?

¡Oh! De todo corazón pido a Dios que haya sido un sentimiento de caridad el que me ha animado; bondad y piedad y nada más que eso.

Acababa de recoger agua fresca en la fuente del lavadero, cuando llegó a mis oídos un sordo gemido.

—Moh… Moh…

Pensé en nuestras desaparecidas y miré a mi alrededor. Había allí una puerta bastante bien disimulada, que conducía a un cuartucho en el que el desgraciado Hühnebein amontonaba cuadros y libros, cubiertos de polvo y de telas de araña.

—Moh… Moh…

Aquello venía del interior. Entreabrí la puerta y lancé una mirada escudriñadora, por la penumbra gris del cuarto. Todo estaba normal y tranquilo, el lamento había cesado. Anduve unos pasos… y de pronto sentí que algo me tiraba del vestido. Grité. Al momento el quejido sonó muy cerca de mí, doloroso y suplicante:

—Moh… Moh… y algo dio unos golpecitos en mi cántaro.

Lo deposité en el suelo. Oí un ligero chapoteo, como si un perro lamiera apaciblemente y, en efecto, el líquido descendía en el cántaro. ¡La Cosa, el Ser bebía!

—¡Moh!… ¡Moh!…

Noté que algo acariciaba mis cabellos, un roce más dulce que un suspiro.

—¡Moh!… ¡Moh!…

Ahora el quejido se había convertido en llanto humano, como los vagidos de los niños y yo sentí piedad por el monstruo invisible que sufría. Pero se oyeron pasos en el vestíbulo; me llevé los dedos a los labios y el ser se calló.

Sin hacer ruido, cerré la puerta del cuarto. Méta se acercaba por el pasillo.

—¿Has gritado tú? —preguntó.

—Me he torcido un pie…

Yo era cómplice de los fantasmas.

* * *

Le llevé leche, vino y manzanas. No pasó nada. Cuando volví la leche había desaparecido hasta la" última gota, pero el vino y las manzanas permanecían intactos. Después una especie de brisa me rodeó y jugueteó largo rato con mis cabellos…

Volví todos los días, llevando leche fresca.

La voz ya no lloraba, pero el roce de la brisa era más largo, se diría que más ardiente.

Méta me mira con suspicacia; se pasea en torno al cuartucho de los libros…

Busqué un escondite más seguro para mi enigmático protegido. Se lo expliqué por signos. ¡Qué extraño resulta hacer gestos al vacío! Pero me comprendió. Me siguió como un soplo, a lo largo de los pasillos, cuando, bruscamente, tuve que esconderme en un rincón.

Una luz pálida, de fósforo, se deslizaba sobre las losas. Vi a Méta bajar por una escalera de caracol que había al fondo del pasillo. Andaba furtivamente, escondiendo a medias la luz de su proyector. El estoque brillaba. Entonces me di cuenta de que el ser que estaba a mi lado tenía miedo; la brisa se removió en torno a mí, febril,

reprimida, y oí el quejumbroso: ¡Moh… Moh…!

Los pasos de Méta se perdieron en un eco lejano. Hice un gesto tranquilizador y llegué al nuevo refugio: una especie de alacena que no creo que Méta sepa que existe y que, en todo caso, jamás se usa.

El soplo se posó en mi boca durante un minuto y yo sentí una vergüenza extraña…

Ha llegado mayo.

El pequeño jardincillo que el pobre Hühnebein salpicó con su sangre, está ahora moteado de florecillas blancas.

Bajo el magnífico cielo azul, la ciudad apenas rebulle. Sólo un inhóspito rumor de puertas que se cierran, de cerrojos y de cerraduras que se atrancan, responde a los gritos de las golondrinas.

El ser se ha hecho imprudente. Trata de verme; bruscamente lo siento en torno a mí; no puedo describir lo que siento, es como una sensación de gran ternura que me rodea. Intento hacerle comprender que tengo miedo de Méta y entonces le siento desaparecer, como una brisa que muere.

Apenas puedo soportar la mirada inflamada de Méta.

* * *

Cuatro de mayo: aquel día sobrevino el fin brutal.

Estábamos en el salón, con las lámparas encendidas; estaba cerrando los postigos cuando sentí su presencia. Hice un gesto desesperado y, al volverme, vi, en el espejo, la mirada terrible de Méta.

—¡Traidora! —gritó y, rápidamente, cerró la puerta.

El ser había quedado prisionero con nosotros.

—Lo sabía —silbó Méta— te había visto llevándole cántaros de leche fresca, hija del diablo. Le devolviste las fuerzas cuando se estaba muriendo de las heridas que le hice la noche de la muerte de Hühnebein. ¡Porque tu fantasma es vulnerable! Ahora va a morir y yo creo que, para él, morir es más atroz que para nosotros. ¡Y después te tocará a ti, perra! ¿Has oído?

Hablaba entrecortadamente. Con un gesto rápido destapó la linterna.

El rayo de luz blanca atravesó la habitación y vi una especie de nubecilla gris que se movía.

En el acto el estoque dio de lleno sobre ella.

—¡Moh!… ¡Moh!… gritó la voz desgarradora y de pronto, torpemente pero con acento de ternura, pronunció mi nombre. Avancé un paso y, de un puñetazo, derribé la linterna, que se apagó.

—Méta —supliqué—, escúcheme… Tenga piedad.

La cara de Méta se convulsionó en una máscara de furor demoníaco.

—¡Mil veces traidora! —rugió.

El estoque dibujó una brillante parábola ante mí. Recibí un golpe sobre el seno izquierdo y caí de rodillas.

Alguien lloró violentamente a mi lado, suplicando a Méta, a su vez, torpemente. La hoja se levantó de nuevo; intenté recordar las palabras de contrición suprema que habían de reconciliarme con Dios para siempre, cuando vi que el rostro de Méta se envaraba y la espada se le caía de las manos.

Algo susurraba cerca de nosotros, y vi una pequeña llama deslizarse como una cinta y empezar a prender en las tapicerías.

—¡Estamos ardiendo! —gritó Méta—. ¡Malditos todos!… ¡Malditos!

Entonces, cuando todo iba a hundirse en el abismo de la muerte, la puerta se abrió. Una inmensa, una enorme vieja, de la cual sólo pude ver los terribles ojos verdes, brillando en una cara inaudita, entró.

Sentí la mordedura de una llama en mi mano izquierda. Retrocedí, mientras mis fuerzas me lo permitieron. Aún vi a Méta de pie, inmóvil, con un extraño gesto en la expresión y comprendí que su alma la había abandonado. Después los ojos de la monstruosa vieja registraron la habitación invadida por el fuego y, lentamente, su mirada se dirigió hacia mí.

* * *

He acabado de escribir esto en una casa pequeña y extraña. ¿Dónde estoy? Me hallo sola. Y, sin embargo, todo está lleno de ruido, una presencia invisible pero desenfrenada está por todas partes. Él ha vuelto; le he oído pronunciar mi nombre de nuevo, de aquella manera torpe y dulce…

Así termina, como cercenado a cuchillo, el manuscrito alemán.

El manuscrito francés

Ahora ya lo sé.

Alguien en la humosa taberna donde bebía la cerveza de octubre, espirituosa y perfumada, me indicó quién era el más antiguo cochero de la ciudad.

Le invité a beber, luego a tabaco rubio de Holanda; él juró que yo era un príncipe. «Ciertamente, un príncipe —gritaba—. ¿Qué hay más noble que un príncipe? ¡Que se presenten aquí los que quieran contradecirme, y les responderé con el cuero de mi látigo!»

Señalé hacia su coche, grande como una pequeña sala de espera.

—Ahora lléveme a la calle de Sainte-Beregonne.

Me miró aturdido; luego se echó a reír.

—Está usted bueno; ¡usted es un gran bromista!

—¿Por qué?

—Porque me quiere poner a prueba. Conozco todas las calles de la ciudad. ¿Qué digo, las calles? ¡Los adoquines! No existe la calle Sainte-Bere… ¿cómo ha dicho?

—Beregonne. Dígame, ¿no está al lado de la Mohlenstrasse?

—Claro que no —dijo en tono definitivo—. Esa calle existe aquí tanto como el Vesubio en San Petersburgo.

Nadie conocía mejor la ciudad, incluido sus más tortuosos rincones, que aquel bizarro bebedor de cerveza.

Un estudiante que, en una mesa vecina escribía una carta de amor, nos oyó, y dijo:

—Además, no hay ninguna santa de ese nombre.

Y la mujer del dueño encareció, con un algo de cólera:

—No se fabrican nombres de santos como salchichas judías.

Calmé a todo el mundo a fuerza de vino y cerveza del año, y una gran alegría invadió mi corazón.

Aquel cochero que desde la primera luz del día hasta que cerraba la noche recorría la Mohlenstrasse, tenía cabeza de dogo inglés, pero desde lejos se veía que era un hombre que conocía su oficio.

—No —dijo, lentamente, como volviendo de un largo viaje por sus pensamientos y recuerdos—, esa calle no existe, ni por aquí ni en toda la ciudad.

No obstante, por encima de su hombro, yo podía ver la entrada amarillenta del callejón Sainte-Beregonne, entre la destilería Klingbom y un tratante en granos anónimo.

Tuve que volverme con brusquedad descortés, para no mostrar mi felicidad. ¿El callejón de Sainte-Beregonne? ¡Ah!, no existe; ni para el cochero, ni para el estudiante, ni para el policía de la esquina ni para nadie: ¡existe solamente para mí!

* * *

—¿Cómo he llegado a este extravagante descubrimiento?

Pues… por una observación casi científica, como se suele decir, pomposamente, entre nosotros, profesores.

Mi colega Seifert, que enseña ciencias naturales, haciendo estallar ante las narices de sus alumnos globos rellenos de gases extraños, no encontraría nada que replicarme.

Cuando recorro la Mohlenstrasse, para pasar de la destilería de Klingbom a la tienda del tratante de granos, tengo que franquear cierta distancia, que cubro en tres pasos, lo que me ocupa un par de segundos. Sin embargo, he observado que la gente que hace el mismo recorrido pasa inmediatamente de la destilería a la tienda de granos, sin que sus siluetas se proyecten en la oscuridad del callejón de Sainte-

Beregonne.

Después, preguntando hábilmente a unos y a otros, he llegado a comprobar que para todo el mundo, incluso para el catastro, sólo una pared medianera separa la destilería de la tienda de granos.

He sacado la conclusión de que para el mundo entero, yo exceptuado, el callejón sólo existe más allá del tiempo y del espacio…

Me encanta escribir estas palabras, con las cuales mi colega Mitschalf sazona copiosamente su curso de filosofía: *Más allá del tiempo y del espacio*.

¡Ah! ¡Si ese pedante con aspecto de búfalo supiera a propósito de ello tanto como yo! Pero todo lo que él es capaz de narrar no son más que pobres fantasías, que sólo arraigan en las frágiles mentes de algunos ignorantes.

Hace muchos años que conozco la existencia de este callejón misterioso, y nunca me he aventurado en él. Y creo que seres más valientes que yo dudarían en aventurarse.

¿Qué leyes rigen ese espacio desconocido? Una vez atrapado por su misterio, ¿me devolverá a mi mundo natural?

Me forjé diversas razones para convencerme de que aquel mundo era inhóspito para un ser humano, y mi curiosidad capituló ante mi temor.

¡Y, sin embargo, lo poco que podía ver de aquella senda hacia lo incomprensible, era tan insignificante, tan corriente, tan mediocre!

Debo confesar que la vista de la calleja quedaba cortada en seguida, ya que de pronto, como a unos diez pasos, daba un brusco giro. Por consiguiente, todo lo que podía ver eran dos paredones mal encalados y, escrito en uno de ellos, con carbón, las palabras: «Sankt-Beregonne gasse»; además, un pavimento verdoso y muy gastado, del cual faltaba un pedazo, justo un poco antes de torcer la calle, en cuyo hueco crecía un arbusto de flores blanquecinas.

Aquel arbusto enclenque parecía vivir según nuestras estaciones, ya que a veces le veía reverdecido, o con algunos copos de nieve prendidos entre sus ramas.

Hubiera podido hacer singulares observaciones a propósito de la yuxtaposición de aquel pedazo de un cosmos extraño, en el nuestro; pero ello me hubiera obligado a permanecer largos ratos ante la Mohlenstrasse, y Klingbom, que me veía, muy a menudo, contemplar las ventanas de su casa, empezó a concebir injuriosas sospechas de su mujer y de mí, y me lanzaba miradas atravesadas.

Por otra parte, no hago más que preguntarme por qué, en todo el vasto mundo, sólo a mí se me ha concedido el extraño privilegio de ver la calleja.

¿Por qué?, repito.

Y me pongo a pensar en mi abuela materna. Aquella mujer sombría y oscura, que hablaba tan poco y que parecía seguir, con sus inmensos ojos verdes, las peripecias de otra vida, más allá de sus propios muros.

Su historia era muy confusa. Al parecer, mi abuelo, que era marino, la había rescatado a unos piratas de Argelia.

Algunas veces acariciaba mis cabellos con sus grandes manos blancas y murmuraba:

—Tú, tal vez… podría ser… ¿por qué no? Después de todo…

La noche en que murió lo repitió, añadiendo, con los ojos de fuego perdidos en las sombras:

—Tú irás, tal vez, allí donde yo no pude volver…

Aquella noche soplaba una tempestad desatada; cuando mi abuela murió y se encendieron unas velas a su alrededor, un gran pájaro rompió la ventana y fue a agonizar, sangrante y amenazador, sobre el lecho de la muerta.

Que yo recuerde, esa es la única cosa extraña que ha pasado en mi vida; ¿puede tener el menor punto de contacto con el callejón de Sainte-Beregonne?

La rama del viburno, el arbusto de la calleja, fue la que desencadenó la aventura.

* * *

¿Soy sincero del todo al buscar ahí la chispa inicial que pone en movimiento los mundos y los acontecimientos?

¿Por qué no hablar de Anita?

Hace algunos años, los puertos anseáticos veían aún llegar, saliendo de la bruma, como animales avergonzados, extraños barquitos engalanados al estilo latino: falúas, lanchones, faluchos…

En el acto una carcajada colosal sacudía el puerto, hasta la más profunda de sus bodegas; de risa, los patrones descargadores escupían sus bebidas y los marineros holandeses, con caras de esfera de reloj, salpicaban de blanca espuma sus largas pipas de Gouda.

—¡Ah! —decían—. ¡He aquí los barquitos de ensueño!

Yo sentía cada vez una punzada en el alma, ante aquellos ensueños heroicos, que venían a morir en la formidable carcajada germánica.

Se decía que los tristes pasajeros de aquellos barquitos vivían a lo largo de las costas del Adriático y el Tirreno, y, en su loco ensueño, colocaban en nuestro cruel Norte una cucaña fantástica, hermana del Vellocino de los antiguos.

Poco más sabios que sus abuelos del año mil, guardaban un patrimonio de leyendas sobre islas de diamante y esmeralda, leyendas nacidas cuando, en alguna ocasión, sus antepasados toparon con la brillante mole de algún banco de hielo a la deriva.

Por el escaso progreso que les llegó en el curso de los últimos siglos supieron de la brújula marina, de aquella aguja azulada cuyo pico apuntaba siempre hacia el Norte, esto fue para ellos como la última prueba de los hechizos del Septentrión.

Y un día en que el ensueño recorría la costa mediterránea como una marejada; en que las redes no sacaron del mar más que peces envenenados por los corales del

fondo; en que la Lombardía no había enviado grano ni harina a los míseros habitantes del sur, izaron las velas y se hicieron a la mar.

La flotilla abría el mar con sus alas duras; después, uno a uno, los barcos se iban hundiendo entre las tempestades del Atlántico. El golfo de Vizcaya devoró gran parte de la flotilla y el resto tuvo aún que pasar por los dientes de granito del extremo de Bretaña.

Algunos de aquellos cascarones de nuez los compraron los mercaderes de Alemania y Dinamarca, y uno murió en pleno ensueño, asesinado por un iceberg que brillaba al sol, a lo largo de las Lofoten.

El Norte ha adornado las tumbas de esos barquichuelos con un dulce nombre: «Los barquitos del ensueño». Y si hacen reír a los groseros marineros, a mí me emocionan y con gusto me embarcaría en ese sueño, que, permaneciendo firme a bordo, llega hasta el último fin.

Puede que sienta así, porque Anita es hija de este sueño.

Ella vino muy chiquitina, de allá abajo, en brazos de su madre, a bordo de una falúa. La barca fue vendida; su madre murió y sus hermanitas también. Su padre se fue en un velero de las Américas y no volvió, como tampoco el velero, por otra parte. Anita se quedó sola, pero su sueño, que trajo su barca hasta estos muelles de madera, no la ha abandonado: ella cree en la fortuna nórdica y la desea desesperadamente, yo diría que con odio.

En ese Tempelhof de los racimos de luces blancas, ella baila y canta, tira flores rojas, que le son devueltas, como un chaparrón de sangre, o se queman en la corta llamarada de los quinqués.

Luego se pasea entre los clientes, llevando a modo de bandeja, una gran concha de nácar rosado. La gente le echa plata y algunas veces hasta oro, y entonces, y sólo entonces, sus ojos sonríen y se posan un segundo, como una caricia, en el hombre generoso.

Yo le di oro; yo, un humilde profesor de gramática francesa, del Instituto, he dado oro por una mirada de Anita.

* * *

Notas breves.

He vendido mi ejemplar de Voltaire; algunas veces leía a mis alumnos extractos de su correspondencia con el rey de Prusia; ¡esto le gustaba mucho al director.

Debo dos meses de pensión a Frau Holz, mi huésped; ella me ha dicho que es pobre…

El cajero del Instituto, a quien he pedido un nuevo anticipo sobre mi sueldo, me ha dicho que le resultaba muy difícil, que el reglamento lo prohibía… parecía avergonzado y además no le he escuchado. Mi colega Seifert, muy secamente, ha

rehusado prestarme algunos thalers.

He depositado un pesado soberano en la concha de nácar: la mirada de Anita me ha quemado el alma largo rato.

Entonces he oído reír en los bosques de laurel de Tempelhof y he reconocido a dos criadas del Instituto, que huían entre la sombra.

Era mi última moneda de oro; y tampoco tengo ya plata ni…

Al pasar delante de Klingbom, en la Mohlenstrasse, una calesa de cuatro caballos me ha rozado.

Di unos pasos asustados, hacia atrás, por la Beregonnegasse y mi mano, maquinalmente, arrancó una rama de viburno.

Está aquí, sobre mi mesa.

De pronto, como una varita mágica, me ha abierto un mundo inmenso.

* * *

Razonemos, como diría el avaro de Seifert.

En primer lugar, mi asustado retroceso por la misteriosa calleja y mi rápido retorno a la Mohlenstrasse me demuestran que aquel espacio me es de tan fácil acceso y salida como cualquier otro lugar.

La rama de viburno es de un interés, digamos… filosófico, inmenso. Este pedazo de madera está «de más» en nuestro mundo. Si, en cualquier selva de América, cogiera una rama de árbol y la trajera aquí, el número de ramas que hay en la tierra no habría cambiado.

Pero trayendo de la Beregonnegasse esta rama de viburno, aumento ese número en una cantidad intrínseca, unidad que no podrían aportar al reino vegetal terrestre las más espesas selvas tropicales, ya que la he traído de un plano existencia1 que no existe nada más que para mí.

O sea, que puedo traer de allá al mundo de los hombres un objeto cualquiera, y nadie podrá discutirme su propiedad. Jamás propiedad alguna habrá sido más absoluta, puesto que no saliendo de ninguna industria, el objeto en cuestión, aumenta, no obstante, el patrimonio inmutable de la tierra.

Mis argumentos continúan, corren, amplios como un río que arrastra flotillas de palabras, rodeadas de islotes de llamadas a la filosofía: se enriquece con un vasto sistema de afluentes de lógica, para llegar a demostrarme a mí mismo que un robo en la Beregonnegasse no es, en absoluto, un robo en la Mohlenstrasse.

Orgulloso de semejante ¡galimatías, considero vista la causa. Bastará con que evite las represalias de los problemáticos habitantes del callejón, o del mundo al que conduce.

Yo creo que en las salas de fiesta de Madrid y de Cádiz, los conquistadores, al derrochar el oro de las nuevas Indias, se preocupaban muy poco de la cólera de los

lejanos indígenas expoliados.

Mañana entraré en lo desconocido.

* * *

Klingbom me hizo perder el tiempo.

Yo creo que me esperaba en el pequeño vestíbulo cuadrado que da a la vez a la tienda y a su despacho.

Al pasar, en el momento en que apretaba los dientes para lanzarme a la aventura con la cabeza baja, me atrapó por un faldón del abrigo.

—¡Ah, señor profesor! —gimió—; ¡Qué mal le he juzgado! ¡No era usted! ¡Y yo que sospechaba de usted, qué ciego he sido! Ella se ha ido, señor profesor, pero no con usted. ¡Oh, no!, usted es un hombre de honor. No, se ha ido con un funcionario de correos, un hombre mitad cochero, mitad escriba. ¡Qué vergüenza para la casa Klingbom!

Me había arrastrado a una rebotica oscura y me servía aguardiente perfumado con naranja.

—¡Y pensar que yo sospechaba de usted, señor profesor! Todos los días le veía mirar a las ventanas de mi mujer, pero ahora ya sé que miraba usted a la mujer del comerciante en granos.

Oculté mi embarazo levantando el vaso.

—¡Ah! —rezongó Klingbom volviendo a llenar el vaso de aquel líquido rojizo—, tendré mucho gusto en ayudar a usted a jugar una mala partida a ese malvado tratante que se complace en mi desgracia.

Con una sonrisa de complicidad, añadió:

—Voy hacerle un favor; la dama de sus pensamientos está ahora en el jardín, haciendo y deshaciendo guirnaldas de flores. Venga a verla.

Me arrastró por una escalera de caracol hacia una ventana. Vi los cobertizos de la destilería, humeando entre una red inextricable de pasadizos, lúgubres jardincillos y riachuelos fangosos de apenas un metro de largo. Por toda aquella perspectiva debía discurrir el misterioso callejón.

Pero allí donde debía verlo, desde lo alto de mi observatorio, no se veía más que aquella humeante actividad de la casa de Klingbom y el jardín del vecino tratante de granos, en el que se veía una delgada figura inclinada sobre un arriate árido.

Un último vaso de aguardiente me llenó de valor, y en cuanto abandoné la casa de Klingbom di unos pocos pasos, para sumergirme en la Beregonnegasse.

* * *

Tres puertecitas amarillentas en el muro blanco…

Más allá de la revuelta del callejón, los viburnos siguen tachonando de negro y verde el pavimento; después, tres puertas, casi codeándose, daban a aquel lugar, que debía haber sido singular y terrible, un aire de gazmoñería flamenca.

Mis pasos resonaban muy claros en el silencio.

Llamé a la primera de las puertas; sólo el eco pareció despertar a mi llamada.

Más allá, la calle se prolongaba como unos cincuenta pasos, hasta otro brusco recodo.

Lo desconocido hay que irlo descubriendo poco a poco, y la parte que me correspondía descubrir aquel día no era más que los dos muros pobremente encalados y las tres puertas; pero cada puerta cerrada es, de por sí, un misterio poderoso.

Llamé a las tres puertas, con golpes cada vez más fuertes. El eco atravesaba el espacio ruidosamente, trastornando los profundos silencios agazapados en el fondo de prodigiosos pasillos. Algunas veces parecía evocar ruido de pasos ligeros, pero ésas fueron las únicas respuestas procedentes de aquel mundo cerrado.

Había cerraduras, como en todas las puertas que tengo costumbre de ver. Dos noches antes había pasado una hora intentando abrir la de mi habitación con un hierro retorcido; fue algo así como un juego.

Las sienes me sudaban un poco, y sentía cierta vergüenza en lo íntimo de mi corazón. Saqué de mi bolsillo el gancho de hierro y lo deslicé en la cerradura de la primera puerta.

Y, al igual que la de mi cuarto, se abrió suavemente.

* * *

En este momento estoy en mi cuarto, entre mis libros, con un lazo rojo que se ha caído del vestido de Anita, en mi mesa, y tres thalers de plata encerrados en mi mano crispada.

¡Tres thalers!

Confieso que he asesinado, con mi propia mano, a mi más bello destino.

Aquel mundo nuevo no se abría más que para mí sólo. ¿Qué esperaba de mí aquel universo, más misterioso que los que gravitan al fondo del infinito?

El arcano me llamaba, me sonreía como una bella muchacha. Y yo he entrado en él como un ladrón.

He sido mezquino, vil, absurdo.

He…

¡Pero tres thalers!

—¡Cómo se empequeñece esta aventura, que debía haber sido prodigiosa!

Tres thalers que me ha dado el anticuario Gockel, a regañadientes, por aquel plato cincelado. Tres thalers…, que son una sonrisa de Anita.

Bruscamente, los he tirado a un cajón. Alguien llamaba a mi puerta: era Gockel.

¿Es posible que fuera el mismo hombre que, un poco antes, había depositado el plato, despectivamente y como a desgana, en su mostrador, lleno a rebosar de chucherías bárbaras y apolilladas?

Ahora sonreía y añadía a mi nombre, que pronunciaba mal, innumerables: «Herr Doktor» y «Herr Lehrer».

—Creo, Herr Doktor, que le he pagado mal, muy mal; el plato vale mucho más, ciertamente.

Sacó una bolsita de cuero y, de pronto, vi lucir la amarilla sonrisa del oro.

—Si pudiera ser —continuó—, que tuviera usted otros objetos de la misma procedencia… Quiero decir del mismo estilo.

No se me escapó el sentido de su reticencia. Bajo la cortesía de anticuario ocultaba su espíritu de encubridor.

—El caso es —dijo—, que uno de mis amigos, sabio coleccionista, está en una situación difícil; tiene necesidad de pagar unas deudas y desea conseguir dinero con algunos objetos de su colección. Él no quiere darse a conocer, ya que además de sabio es muy tímido. Se siente muy desgraciado de tener que desprenderse de los tesoros de sus vitrinas. Yo quiero ahorrarle un sufrimiento más y le presto este servicio.

Gockel sacudió la cabeza frenéticamente. Parecía embobado de admiración por mí.

—Así es como yo entiendo la verdadera amistad. ¡Ach, Herr Doktor!, esta noche volveré a leer la *de Amicitia* de Cicerón con doble placer. ¡Ojalá tuviera yo un amigo como el que el desgraciado sabio tiene en usted! Y quiero cooperar un poco en su noble acción, comprando todo lo que su amigo quiera vender y pagándolo muy caro, muy caro…

Sus palabras picaron mi curiosidad:

—No he observado el plato muy bien —dije, con cierta altanería—; no era asunto mío y además no entiendo mucho. ¿De qué estilo es? ¿Bizantino, acaso?

Gockel se acarició la barbilla, incómodo.

—Euh… Euh… No me atrevería a asegurarlo con exactitud. Bizantino, sí… tal vez… tengo que analizar un poco, estudiarlo. Pero —añadió, serenándose de golpe—, es una cosa que encontrará comprador.

Y, en un tono que cortaba en seco cualquier intento de seguir preguntando, prosiguió:

—Qué es lo que más nos importa a usted y a mí; y a su amigo también, ni que decir tiene.

Aquella noche, muy tarde, acompañé a Anita, por las calles, azules de luna, hasta el muelle de los Holandeses, donde ella vivía, en una casa agazapada tras un macizo de lilas.

Pero debo contar la historia del plato que había vendido por tres thalers de oro, lo

que me valió, por una noche, la amistad de la más bella mujer del mundo.

* * *

La puerta se abrió sobre un largo pasillo de losas azules; una vidriera difuminaba la luz y recortaba las sombras. Mi primera impresión de estar en un burgo flamenco se acentuó, sobre todo cuando, a un lado del vestíbulo, una puerta abierta me introdujo en una cocina abovedada, con muebles rústicos relucientes de cera.

Aquel cuadro sencillo era tan reconfortante que llamé en voz alta:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí arriba?

Retumbó una gran resonancia, pero ninguna presencia vino a manifestarse.

Debo confesar que ni el silencio ni la falta de vida me asustaron en ningún momento; fue como si ya lo esperara.

Más aún, desde que me di cuenta de la existencia del enigmático callejón, nunca había pensado seriamente en sus eventuales habitantes.

Y, no obstante, acababa de entrar en él, como un ladrón en la noche.

Sin tomar la menor precaución, revolví los cajones, llenos de cubiertos y manteles. Mis pasos sonaron libremente en las habitaciones contiguas, amuebladas como locutorios conventuales; con una magnífica escalera de roble que…

¡Ah! ¡Ahí sí que había materia de asombro!

¡La escalera no conducía a ninguna parte!

Se sumergía materialmente en el muro, como sí, más allá del paredón de piedra, siguiera sumergiéndose.

Todo estaba bañado en una luz marfilina, procedente de las vidrieras deslucidas que formaban el techo. Entreví, o creí entrever, en el muro enjabelgado, una forma vagamente repugnante, pero al fijarme más atentamente vi que estaba formada por las pequeñas hendiduras y que no era más que algo así como esos monstruos que la imaginación forja en las nubes y en los encajes de los visillos; además, su visión no me turbó porque, cuando me volví a fijar, sólo vi la redecilla de grietas en el yeso.

Volví a la cocina, donde, a través de una ventana enrejada, vi un túnel oscuro, entre cuatro paredones inmensos y mohosos.

En un aparador había un plato macizo, que me pareció tener algún valor; lo deslicé bajo mi abrigo.

Estaba decepcionado más allá de toda ponderación; me parecía haber robado los ahorros de la hucha de un chiquillo, o del calcetín de lana de alguna anciana parienta.

Fui a ver a Gockel, el anticuario.

* * *

Las tres casitas son idénticas; en todas partes encuentro la misma cocina limpia, los muebles austeros y relucientes, la misma luz crepuscular e irreal, idéntica serena tranquilidad, y siempre aquel muro insensato, ante el cual se acaba la escalera. En todas partes he encontrado el plato macizo y pesados candelabros, exactos.

Me los llevo y…

Y al día siguiente los vuelvo a encontrar en su sitio.

Se los llevo a Gockel, que me los paga, sonriendo ampliamente.

Es como para volverse loco; siento como si tuviera un alma monótona, de derviche tornero.

Eternamente, robo los mismos objetos, en la misma casa, bajo las mismas circunstancias.

Me pregunto si no será ésta la primera venganza de un desconocido sin misterio. ¿No estaré cumpliendo una ronda de condenado?

¿Será mi condenación la sempiterna repetición del pecado, durante la eternidad del tiempo?

Un día no fui; había decidido espaciar mis lamentables incursiones. Tenía una reserva de oro, Anita era feliz, y me demostraba la más dulce ternura.

Aquella misma noche Gockel vino a hacerme una visita; me preguntó si no tenía nada que venderle; para asombro mío, elevó el precio todavía más y acabó por hacer muecas cuando le participé mi decisión.

—Señor Gockel —dije cuando ya se iba—. Supongo que ha encontrado usted un comprador asiduo.

Se volvió lentamente y me miró fijamente a los ojos.

—Sí, Herr Doktor. Pero no le diré nada de él, como usted no me dice nada de… su amigo el vendedor.

Su voz se hizo grave:

—Tráigame usted cosas todas las noches; dígame cuánto oro quiere y yo se lo pagaré sin regatear. Estamos empeñados en el mismo juego, Herr Doktor. Puede que tengamos que pagar más adelante, pero mientras llega eso, disfrutemos los dos de la vida, cada cual a su estilo; usted con una bella muchacha, yo amasando una fortuna.

Jamás volvimos a rozar aquella cuestión Gockel y yo; Anita se hizo de pronto, muy exigente y el oro del anticuario desaparecía entre sus manos pequeñas y nerviosas como si fuera agua viva.

Súbitamente, ocurrió que la atmósfera del callejón cambió, si puedo expresarlo así.

Empecé a oír melodías.

Por lo menos me pareció que era una música, lejana y maravillosa. Hice una llamada a mi valor y me propuse visitar el callejón más allá del recodo y dirigirme hacia la canción que sonaba en lontananza.

Cuando llegué más allá de la tercera puerta y empecé a andar por una zona que no había hollado, mi corazón se puso a saltar alocadamente y no di más que tres o cuatro

pasos vacilantes.

Después me volví; aún podía ver el primer trozo de la Beregonnegasse, pero ya muy a lo lejos. Me pareció que estaba alejándome peligrosamente de mi mundo conocido; no obstante, en un arranque de temeridad irrazonable, eché a correr y, agachándome como un pilluelo que echa una ojeada sobre una valla, me atreví a lanzar una mirada al trozo desconocido.

La desilusión me hirió como una bofetada; el callejón continuaba su ruta serpenteante y la nueva perspectiva se abría sobre otras tres puertecitas en el muro blanco y el arbusto de viburno.

Hubiera vuelto sobre mis pasos si en aquel momento el aire no me hubiera traído el sonido de los cánticos, como una marea lejana, con su oleaje…

Tuve que vencer un terror inexplicable para escucharla, para intentar analizarla.

He dicho bien al decir marea: aunque el ruido venía de muy lejos, parecía inmenso, como el de la mar.

Mientras lo escuchaba no pude percibir los primeros sonidos melodiosos que había creído oír, sino una penosa discordancia; un furioso rumor de lamentos y odio.

¿No han notado alguna vez que los primeros efluvios de un olor repugnante a veces son incluso agradables? Yo recuerdo que una vez, al salir de mi casa noté que un apetitoso olor de asado invadía la calle.

«He aquí una famosa y madrugadora cocinera», me dije; pero, cien pasos más allá, el olor se convirtió en un hedor nauseabundo de tela quemada. En efecto, estaba ardiendo el tenderete de un trapero, lanzando al aire tizones ardientes y brasas humeantes. Y así, tal vez me engañó la apariencia primera de la deliciosa melodía.

«¿Y si me aventurase más allá del otro recodo?», me dije. En el fondo mi temerosa inercia había desaparecido casi del todo; en unos pocos segundos, atravesé el espacio que se abría ante mí, esta vez con pasos tranquilos… para encontrarme, por tercera vez, la misma decoración que dejaba a mi espalda.

Entonces se apoderó de mí una especie de amarga furia, aumentada por la curiosidad defraudada.

Tres casas idénticas y después otras tres casas idénticas.

Solamente abriendo la primera puerta había forzado ya todo el misterio.

Me invadió un oscuro valor; ahora iba avanzando por la calle y mi decepción crecía de un modo alucinante.

Un recodo, tres puertecitas amarillas y un arbusto de viburno, luego otro recodo y aparecían las consabidas puertas en el muro blanco y el letrero de carbón. Todo ello se iba repitiendo periódicamente, gran cantidad de veces; desde hacía media hora, presa de una obsesión formidable, mis pasos eran furiosos y precipitados.

De pronto, al volver el último recodo, se rompió aquella terrible simetría.

Aparecieron de nuevo las puertas y el viburno, pero había además un gran portal de madera gris engrasado y patinado. Tuve miedo de aquella puerta.

Entonces oí que el rumor crecía y se aproximaba, en amenazantes aullidos.

Retrocedí hacia la Mohlenstrasse; los períodos volvieron a desfilar ante mí, como cuartetos de lamentos: tres puertas y un viburno, tres puertas y un vibunio…

Por fin pestañearon las primeras luces del mundo real. El rumor me había seguido hasta el borde de la Mohlenstrasse. Allí se cortó poco a poco, adaptándose a los alegres ruidos nocturnos de la populosa calle, de suerte que el misterioso y terrible aullido terminó entre las frescas voces infantiles que cantaban una ronda.

* * *

Un terror sin nombre ha caído sobre la ciudad.

No hablaría de ello en estas breves memorias, que a nadie más que a mí interesan, si no creyera que existe una misteriosa conexión entre el callejón tenebroso y los crímenes que todas las noches ensangran la ciudad.

Más de cien personas han desaparecido brutalmente. Y otras cien han sido asesinadas salvajemente.

Dibujando en el plano de la ciudad la línea sinuosa que sigue la Beregonnegasse, ese inaprehensible callejón que cruza nuestro mundo terrestre, he constatado, con el consiguiente espanto, *que todos los crímenes se han cometido a lo largo de esa línea.*

Y así el desgraciado Klingbom fue uno de los primeros en desaparecer. Según dicen sus familiares, se desvaneció como el humo en el momento de ir a entrar en el cuarto de los alambiques. Le siguió la mujer del tratante en granos, desaparecida de su triste jardín. El marido apareció en el tendedero, con el cráneo destrozado.

A medida que voy siguiendo con la pluma la línea fatídica, mi sospecha se transforma en certidumbre. No puedo explicar la desaparición de las víctimas más que suponiendo que pasan a un plano desconocido; en cuanto a los crímenes, eso es cosa fácil para los invisibles.

Todos los habitantes de una casa de la calle de la Vielle Bourse han desaparecido. En la calle de la Iglesia se han encontrado dos, tres, cuatro y luego hasta seis cadáveres. En la calle del Correo ha habido cinco desapariciones y cuatro muertos. Y esto continúa, aunque se diría que limitándose un poco, hasta la Deichstrasse, donde de nuevo hay asesinatos y desapariciones.

Estoy completamente persuadido de que hablar sería hacer que se abrieran ante mí las puertas del Kirchhaus, triste manicomio sombrío, panteón que no ha conocido Lázaro alguno; o bien dar rienda suelta a una locura supersticiosa y lo suficientemente desesperada como para despedazarme como a un brujo.

No obstante, después de mi cotidiana rapiña, siento una cólera sorda que me lleva a formar vagos proyectos de venganza.

«Gockel —me digo a mí mismo—, sabe de todo esto más que yo. Voy a ponerle al corriente de lo que sé, para que se decida a hacerme confidencias».

Pero aquella noche, mientras el anticuario vaciaba una pesada bolsa en mis

manos, no dije nada; Gockel se fue como de costumbre, diciendo unas cuantas frases amables, desprovistas de la menor alusión al extraño asunto que nos tenía amarrados a los dos a la misma cadena.

Tengo la sensación de que los acontecimientos van a precipitarse, a caer como un torrente sobre mi vida, demasiado tranquila.

Cada vez me convenzo más de que la Beregonnegasse y sus casitas no son más que una máscara que oculta no sé qué cara horrenda.

Hasta ahora, y afortunadamente para mí, no me cabe duda, siempre he ido al callejón en pleno día, ya que, para ser del todo sincero, temo a la noche y las tinieblas, sin saber por qué.

Pero he aquí que, revolviendo cajones y corriendo muebles, deseando obstinadamente descubrir algo nuevo, me retrasé sin darme cuenta. Y lo «nuevo» vino por sí solo bajo la forma de un sordo gruñido, como de pesadas puertas que girasen sobre sus goznes. Levanté la cabeza y vi que la claridad de ópalo se había convertido en un atardecer ceniciento. Las vidrieras de la caja de la escalera estaban lívidas, los pasadizos invadidos ya por las sombras.

El corazón se me encogió, pero como el gruñido se repitió, aumentado por la enorme resonancia del lugar, mi curiosidad fue más fuerte que mi temor y subí la escalera para ver de dónde venía aquel ruido.

Cada vez estaba más oscuro, pero antes de saltar, como un loco, hasta el final de la escalera y huir, pude ver…

¡Ya no había pared!

La escalera terminaba sobre un abismo profundo como la noche, del que subían vagas monstruosidades.

Llegué a la puerta; a mi espalda, algo se derribó furiosamente.

La Mohlenstrasse brillaba ante mí, como un puerto. Seguí corriendo. Una zarpa me asió de pronto, con salvaje violencia.

—¡Pero hombre!, ¿se ha caído usted de la luna?

Me hallaba sentado en el pavimento de la Mohlenstrasse, ante un marino que se frotaba el cráneo dolorido y me miraba con aire estupefacto.

Mi abrigo estaba hecho girones, el cuello me sangraba. No me paré a pedir excusas, sino que huí rápidamente, para gran indignación del marinero, que se quedó gritando que lo menos que podía hacer uno después de abordar a un hombre tan brutalmente, era ofrecerle un trago.

* * *

¡Anita se ha ido; Anita ha desaparecido!

Tengo el corazón destrozado; lloro, desesperado, sobre mi oro inútil.

Y, sin embargo, el muelle de los Holandeses está muy lejos de la zona peligrosa.

¡Dios mío! ¡Qué atrocidades he hecho por exceso de prudencia y de ternura!

¿No le enseñé a mi amiga la línea fatídica, sin hablarle del callejón, diciéndole que el peligro parecía limitarse a aquella zona?

Los ojos de Anita brillaron con un fulgor extraño en aquel momento.

Debí haber supuesto que el inmenso espíritu de aventura que animó a sus antepasados no había muerto en ella.

Puede que en aquel instante, por una intuición femenina, ella enlazara mi repentina fortuna con aquella topografía criminal… ¡Mi vida se ha hundido!

Más asesinatos, más personas que se eclipsan…

¡Y Anita ha sido arrebatada por el torbellino sangriento e inexplicable!

El caso de Hans Mendell me inspiró una idea loca: ¿Serán invulnerables aquellos seres vaporosos, como él los describe?

Hans Mendell no era un hombre de reputación y sin embargo había que creer en su palabra; era un mal muchacho, saltimbanqui y descuidero.

Cuando le encontraron llevaba en el bolsillo los monederos y los relojes de dos desgraciados, cuyos cadáveres se desangraban en el suelo, a pocos pasos de donde él estaba.

Podía habérsele achacado el crimen, si no hubiese estado él agonizando, con los brazos arrancados del cuerpo.

Como era un hombre de una constitución muy robusta, podía aún vivir el tiempo suficiente para contestar a unas cuantas preguntas ansiosas de magistrados y sacerdotes.

Confesó que desde hacía unos días seguía a una sombra, una especie de niebla negra que mataba a la gente, a la cual él, Mendell, despojaba en el acto.

El día de su desgracia, vio, a la luz de la luna, que la niebla negra esperaba, inmóvil, en medio de la calle del Correo. Se escondió en la garita de un funcionario ausente y le observó. Entonces vio a otras formas vaporosas, oscuras y torpes, que brotaban como las pelotas de los niños y desaparecían luego.

Muy pronto oyó voces y vio que dos jóvenes iban andando por la calle. No vio la niebla, pero de pronto observó que los jóvenes se retorcían, caían sobre su espalda y quedaban inmóviles.

Mendell añadió, que, en siete ocasiones diferentes, había observado el mismo procedimiento en los crímenes nocturnos.

Siempre esperaba que la sombra se fuese, antes de proceder al despojo de los cadáveres.

Aquello demostraba que el hombre tenía una sangre fría formidable, digna de mejor empleo.

Cuando estaba despojando a los jóvenes, vio, con espanto, que la niebla no se había ido; solamente se había elevado, interponiéndose entre él y la luna.

Entonces observó que tenía forma humana, pero muy grosera.

Quiso volver a refugiarse en la garita, pero no tuvo tiempo: el ser cayó sobre él.

Mendell, que era un hombre de una fuerza terrible, pegó un puñetazo enorme y encontró una ligera resistencia, como si su mano se cruzase con un fuerte golpe de aire.

Eso fue todo lo que pudo decir; sus terribles heridas fueron causa de que ya no viviera mucho tiempo.

Y ahora arraiga en mi cerebro la idea de vengar a Anita. Le he dicho a Gockel:

—No venga usted más. Ya sólo siento odio y sed de venganza y su oro ya no me sirve para nada.

Me miró con ese aire profundo que ya le conocía.

—Gockel —repetí—, voy a vengarme.

De pronto su cara se iluminó, como si sintiera una gran alegría.

—¿Y… cree usted… Herr Doktor, que «ellos» desaparecerán entonces?

Muy secamente, le di orden de cargar un carro con estacas, estopa, aceite, alcohol de quemar y pólvora de cazador, y de dejarlo, sin conductor ni vigilante, en la Mohlenstrasse, al día siguiente por la madrugada. Él hizo una reverencia profunda y servil, y dijo, dos veces:

—¡Que el Señor le asista! ¡Que el Señor venga en su ayuda!

* * *

Sé que éstas son las últimas líneas que escribiré en este diario.

He colocado montones de estopa, untada en aceite y alcohol, contra la gran puerta gris; una hilera de pólvora corre hasta las otras puertecitas, atestadas también de estopa. En las grietas de los muros he colocado cargas de pólvora.

El aullido misterioso pasa y vuelve a pasar, en ondas continuas, en torno a mí; hoy distingo lamentaciones abominables y quejidos humanos, ecos de atroces suplicios de la carne. Pero una alegría tumultuosa agita todo mi ser, porque a mi alrededor noto una inquietud enloquecida, que viene de *ellos.*

Ellos ven mis terribles preparativos y no pueden impedirlos, ya que, ahora lo sé muy bien, sólo la noche les da su espantable poder.

Pausadamente, preparo mi eslabón.

Un gemido atraviesa el aire y los viburnos se estremecen, como si una brisa repentina les agitara.

Una gran llamarada azul se levanta contra el cielo… la estopa chisporrotea, un poco de pólvora se funde…

Corro con todas mis fuerzas por el callejón, de recodo en recodo, sintiendo un poco de vértigo en el cerebro, como si bajase demasiado de prisa por una escalera de caracol, que descendiese profundamente bajo tierra.

* * *

La Deichstrasse y todo el barrio están ardiendo.

Desde mi ventana, por encima de los tejados, veo enrojecerse el cielo.

El tiempo es seco, parece que no haya agua; en lo alto de la calle se dibuja un trazo de llamaradas y tizones ardientes.

Hace un día y una noche que arde, pero el fuego está aún lejos de la Mohlenstrasse.

El callejón sigue ahí, tranquilo, con sus viburnos temblorosos; a lo lejos suenan las detonaciones.

Hay una nueva carreta, dejada allí por Gockel.

No pasa una alma: todo el mundo se ha sentido atraído, por el terrible espectáculo del fuego. *No lo esperan aquí.*

Avanzo de recodo en recodo, repartiendo estopa, aceite, alcohol, y dejando un oscuro reguero de pólvora.

Y, de pronto, al volver una esquina me detengo, asombrado. Tres casitas, las eternas tres casitas, están ardiendo tranquilamente, con bellas llamaradas amarillentas, bajo el aire pacífico. Se diría que hasta el fuego respeta su serenidad, ya que está cumpliendo su misión sin rumores y sin salvajismo. Comprendo que he llegado al borde del siniestro que está destruyendo la ciudad.

Retrocedo, con el alma angustiada ante aquel misterio que va a morir.

La Mohlenstrasse está muy cerca; me detengo ante la primera puerta, aquella que abrí, temblando, muy pocas semanas atrás. Aquí es donde encenderé el nuevo brasero.

Por última vez, recorro la cocina, los severos locutorios, la escalera que de nuevo se sumerge en la pared y en este momento siento que todo aquello me resulta familiar, casi querido.

—¿Qué es aquello?

En el plato, que he robado tantas veces para volverlo a encontrar al día siguiente, hay unas hojas cubiertas de escritura.

Una escritura elegante, de mujer.

Me apodero del rollo; éste será mi último latrocinio en el callejón misterioso.

¡Los Trasgos! ¡Los Trasgos! ¡Los Trasgos!

* * *

… Así terminaba el manuscrito francés.

Las últimas palabras, en las que se evoca a los impuros espíritus de la noche, están escritas a través de la página, con caracteres temblorosos. Gritando su

desesperación y terror.

Así deben escribir los que, a bordo de un barco que se hunde, quieren confiar un último adiós a la familia, que, según creen, les sobrevivirá.

* * *

Lo que sigue ocurrió hace un año, en Hamburgo.

San Pablo y las Zillerthal y su alucinante Peterstrasse, Altona y sus tabernas de «schnaps» no me produjeron, la noche pasada y la anterior, más qué un placer muy relativo. Me paseaba por la vieja ciudad que olía a cerveza fresca y que era agradable a mi corazón, porque me recordaba otras ciudades de mi juventud, a las que había amado; y allí, en la calle sonora y vacía, vi el nombre del anticuario «Lockmann Gockel».

Compré una vieja pipa bávara, con dibujos truculentos; el comerciante parecía amable y le pregunté si el nombre de Arcipreste significaba algo para él. El anticuario tenía la cara de color de tierra gris, pero en aquel momento se le puso tan pálida que destacaba en la oscuridad, como si la iluminara una llama interior.

—Ar-ci-pres-te —murmuró—. Señor, ¿qué dice usted? ¿Qué es lo que usted sabe?

No tenía ninguna razón para hacer un misterio de ello y le dije que había encontrado una historia escrita, entre el viento y la sal del mar.

Le conté la historia.

El hombre encendió una lámpara de gas de modelo arcaico, cuya llama estuvo bailando y silbando estúpidamente.

Vi sus ojos; desgraciadamente.

—Era mi abuelo —dijo, cuando hablé del anticuario Gockel.

Acabé mi historia y un profundo suspiro se dejó oír desde un rincón oscuro.

—Es mi hermana —me explicó.

Saludé a una señora aún joven y bonita pero muy pálida, que, inmóvil entre las sombras más grotescas, me había escuchado.

—Casi todos los días —siguió diciendo él con voz angustiada— nuestro abuelo hablaba de ello a nuestro padre y éste nos contaba a nosotros los fatales hechos. Ahora que él ha muerto, hablamos entre nosotros.

—Pero —dije yo, con cierta nerviosidad—, gracias a usted, ahora podemos tratar de encontrar aquel misterioso callejón, ¿no es así?

El anticuario levantó la mano, lentamente.

—Alfonso Arcipreste fue profesor de francés en el Instituto, hasta 1848.

—¡Oh! —exclamé, desilusionado—. ¡Esto fue hace mucho tiempo!

—El año del gran incendio que por poco destruye toda la ciudad de Hamburgo. La Mohlenstrasse y el inmenso barrio comprendido entre ella y la Deichstrasse se

convirtió en un brasero ardiente.

—¿Y Arcipreste?

—Vivía bastante lejos de allí, hacia Bleichen; el fuego no alcanzó su calle, pero hacia la mitad de la segunda noche, una noche horriblemente seca, su casa se inflamó, ella sola, en medio de las otras, que, milagrosamente, se salvaron. Él murió entre las llamas; por lo menos nunca se le volvió a encontrar.

—La historia… —dije.

Lockmann Gockel no me dejó acabar. Se sentía tan feliz al poder desahogarse que se asió ávidamente al tema, apenas iniciado; fue una suerte, porque de buena gana me contó todo lo que yo quería saber.

—La historia ha encubierto el asunto, en el tiempo, como queda encubierto ese callejón fatídico de la Beregonnegasse, en el espacio. En los archivos de Hamburgo se habla de las atrocidades que se cometieron *durante el incendio,* por una banda de malhechores. Crímenes inauditos, pillajes, motines, rojas alucinaciones de locos; todo es perfectamente exacto. Sin embargo, aquéllos desórdenes tuvieron lugar varios días *antes del siniestro.* ¿Comprende ahora la figura retórica que he empleado sobre el tiempo y el espacio?

Su expresión se serenó un tanto.

—La ciencia moderna ha dejado atrás a Euclides, gracias a la teoría de ese admirable Einstein que el mundo entero nos envidia. Y debe reconocer, con horror y desesperación, la fantástica ley de contracción de Fitgerald-Lorentz. ¡La contracción, señor mío!; ésa es una palabra cargada de significado.

La conversación empezaba a tomar un sesgo insidioso.

Sin hacer ruido, la mujer nos trajo unos grandes vasos de vino amarillento. El anticuario levantó el suyo hacia la llama y los maravillosos colores brillaron como un río silencioso de gemas, en su mano sarmentosa.

Olvidó su disertación científica y volvió a la historia del incendio.

—Mi abuelo, y la gente de entonces, decía que inmensas llamaradas verdes subían desde los escombros hasta el cielo. Los alucinados vieron rostros de mujer, de una ferocidad indescriptible.

… El vino parecía tener alma. Vacié el vaso y sonreí a las palabras aterrorizadas del hombre.

—Aquellas mismas llamas verdes prendieron en la casa de Arcipreste y rugían tan horriblemente que se decía que algunas personas murieron de miedo en la calle.

—Señor Gockel —pregunté—: ¿Su abuelo no habló nunca de la persona misteriosa que todas las noches iba a comprar los mismos platos y los mismos candelabros?

Una voz cansina respondió por él, con unas palabras muy parecidas a aquellas con las que terminaba el manuscrito alemán:

—Una enorme vieja, una inmensa mujer vieja, con ojos de pulpo en una cara inaudita, le entregaba sacos de oro, tan pesados que nuestro abuelo tenía que hacer

cuatro partes, para llevarlo a los cofres.

La mujer continuó:

—Cuando el profesor Arcipreste vino a nuestra casa por primera vez, la firma Lockmann Gockel iba a la ruina. Después se hizo rica. Nosotros aún lo somos; muy ricos, enormemente ricos del oro de… ¡Oh, sí; de esos seres de la noche!

—Ya no existen —dijo el hermano, rellenando los vasos.

—¡No digas eso!; *ellos* no pueden habernos olvidado. Piensa en nuestras noches, nuestras noches espantables. Todo lo que se puede esperar es que haya, o que haya habido una presencia humana a la que ellos quieran y que tal vez interceda por nosotros.

Sus bellos ojos se abrieron desmesuradamente ante la negra sima de sus pensamientos.

—¡Katie! —gritó el anticuario—: ¿Has vuelto a ver…?

—Están aquí todas las noches, lo sabes muy bien —contestó ella en una voz tan baja como un murmullo doloroso—. Asedian nuestros pensamientos desde que el sueño viene a nosotros. ¡Oh! ¡No dormir!…

—¡No dormir! —repitió el hermano como un eco aterrorizado.

—*Ellos* salen del oro que guardamos y que, pese a todo, amamos. Vienen de todo lo que hemos adquirido con esa fortuna del infierno… ¡Y vendrán siempre, mientras vivamos y mientras dure esta tierra de desgracia!

AL ROCE DE LA SOMBRA

Guadalupe Dueñas

RAQUEL conectó la luz y se sentó en la cama… Si el aroma saturado en el lino, si la música obsesiva, si los trajes de otro mundo desaparecieran, y si consiguiera dormir; pero la nitidez de la imagen de las dos mujeres aumentaba al roce de la sombra con su cuerpo y el sudor y el espanto la hundían en el profundo insomnio.

El candil hacía ruidos pequeños y finos, semejantes al tono con que hablaba la mayor de las señoritas; el ropero veneciano, con su puñado de lunas, tenía algo del ir y venir y del multiplicarse de las dos hermanas; también las luidas y costosas alfombras eran comparables a sus almas.

Volvió a sentir el bamboleo del tren y oyó el silbido de la máquina en la pronunciada curva. Hostil fue la noche en la banca del vagón de segunda, desvencijado y pestilente. Contempló la herradura quebradiza y trepitante de los furgones: carros abiertos con ganado, plataformas con madera, la flecha fatigada y el chacuaco espeso y asfixiante.

El nombre de las Moncadas cayó en su vida como tintineo de joyas. El compañero de viaje parecía un narrador de cuentos y las princesas Moncada le adornaban los labios y resultaban deslumbrantes como carrozas, como palacios.

—Dentro de dos horas estaremos en San Martín. Es lamentable que a usted, tan jovencita, la hayan destinado a ese sitio. Lo conozco de punta a punta. No hay nada que ver. Todo el pueblo huele a establo, a garambullos y a leche agria. De ahí son esas moscas obesas que viajan por toda la República. La gente no es simpática. Lo único interesante es conocer a las de Moncada —frotó sus mejillas enjutas como hojas de otoño.

En el duermevela las dos mujeres aparecían, se esfumaban.

—Traigo una carta de presentación para esas señoras, de la madre Isabel, la directora del hospicio, con la esperanza de que me reciban en su casa.

—Señoritas, no señoras… quién sabe si la aceptan, no se interesan por nadie —como si estuviera nada más frente a sus recuerdos, añadió—: Son esquivas, secretas, un *bibelot.* Conservan una finca, amueblada por un artista italiano, con muchas alcobas y jardines. Se educaron en París porque su madre era francesa. El señor de Moncada se instaló allá con sus dos hijas adolescentes. Se dignaba volver muy de tarde en tarde a dar fiestas como dux veneciano. Sin embargo —murmuró—, yo jugaba con las niñas. (Raquel prefería que su compañero fuera invención del monótono trotar sobre el camino del desvelo). Hace quince años regresaron de París, huérfanas, solas, viejas y arruinadas; bueno, arruinadas al estilo de los ricos. (El París de las tarjetas postales, los cafés de las aceras, las buhardillas, pintores; zahúrdas donde los franceses engañan a los cerdos obligándolos a sacar unas raíces que luego les arrebatan del hocico y que tienen nombre extraño como de pez o de marca de

automóvil: trifa, trefa, no trufa. Nunca las había probado. Seguramente eran opalinas gotas de nieve…) En el pueblo, su orgulloso aislamiento les parece un lujo. Tenerlas de vecinas envanece. Salen rara vez y ataviadas como emperatrices caminan por subterráneos de silencio. La gente gusta verlas bajar de la antigua limosina, hechas fragancia, para asistir a los rezos. («Ropas fragantes». Raquel se vio en el vaho de la ventanilla con una gola de tul y encaje sobre un chaquetín de terciopelo y se vio calzada de raso con grandes hebillas de piedras…, pero si sólo hubiera podido comprar el modesto traje que antes de partir admiró en el escaparate de una tienda de saldos.) Los pueblerinos alargan el paseo del domingo hasta la casa de la hacienda con la esperanza de sorprender, de lejos, por los balcones abiertos de par en par, sólo este día, el delicado perfil de alguna de ellas, o al menos, el Cristo de jade o los jarrones de Sèvres.

A ella se le acudían multitud de lacayos en el servicio y no la extravagancia de tener únicamente dos criados.

La locuacidad del viajero le adormiló con detrimento del relato.

—En las mañanas asisten a misa, pero después nadie consigue verlas. Reciben los alimentos, en la finca, por la puerta apenas entreabierta. Yo sé que secretamente pasean por los campos bardados, en la invasión de yerba y carrizales. A veces prefieren las márgenes del río que zigzaguea hasta la capilla olvidada. El musgo y la maleza asfixia el emplomado, las ramas trepan por la espalda de Santa Mónica y anudan sus brazos polvorientos. La antigua estatua de San Agustín es un fantasma de tierra hundido hasta las rodillas. Las hojas se acumulan sobre el altar ruinoso). Raquel siempre tuvo miedo de las imágenes de los santos.

—La torre sin campanas sirve de refugio a las apipiscas que caen como lluvia a las seis de la tarde. ¿Las conoce, niña?… Son la mitad de una golondrina. (Retozan con algarabía que se oye hasta la finca; forman escuadras, flechas, anclas, y luego se desploman por millares en la claraboya insaciable.)

—Cada amanecer las despierta el silbido de la llegada de este tren. (El tren pasaba por un puente, el óbolo iba arrastrándose hasta el fondo del barranco, hasta aquellas yerbas que ella deseó pisar con los pies desnudos. ¡Qué ganas de ir más lejos, allá, donde un buey descarriado! ¡Qué gusto bañarse en la mancha añil que la lluvia olvidó en el campo! ¡Qué desconsuelo por la temida escuela!)

—¿A qué hora me dijo que llegaríamos a San Martín?

El viajero, ante la perspectiva del silencio, ya no dejó de hablar.

—Falta todavía un buen trecho… Me gustaba observarlas; a las siete en punto atraviesan el atrio de la parroquia con las blondas al aire, indistintas como dos mortajas. El eco de sus pasos asciende en el silencio de la nave y el idéntico murmullo de faldas, que se saben de memoria todos los fieles, cruza oloroso a retama. En la felpa abullonada de sus reclinatorios permanecen con la quietud de los sauces, y su piedad uniforme las muestra más exactas. Quizás el ámbar estancado en sus mejillas y el azul inexorable de los ojos llena de asombro a las devotas. Cuando

termina el oficio salen de la iglesia y la altivez de su porte detiene las sonrisas y congela los saludos. Pero ellas esconden el miedo tras el desdén de sus párpados.

Cuando el hombre, como si quisiera impedir un pensamiento, se pasó la mano por la cara y, taciturno, miró a la ventanilla, Raquel necesitó su plática, su monólogo. Un chirrido de hierros y el tren frenó en una estación destartalada. En poco tiempo arrancó desapacible por su camino de piedras.

—El próximo poblado es San Martín.

Raquel, enternecida por el compañero que huiría con el paisaje, quiso apegarse a él, como a la monjita Remedios que copiaba el amor de madre para las niñas del hospicio. Espantada naufragó en la mano del hombre:

—Falta muy poco para San Martín.

El viajero extrañó su impulso.

—¿Qué prisa tiene por llegar a ese pueblo dejado de la mano de Dios?

—Tengo miedo.

—¿De qué, niña? A lo mejor las señoritas de Moncada la reciben afables. Seguro que la querrán. Una maestra es mucho para estos ignorantes.

—No sé, no es eso, nunca he vivido sola. En el hospicio éramos cientos.

—Estamos llegando; estas milpas ya son del pueblo.

Raquel le miró el rostro y en los ojos del hombre algo faltaba por decir…

Apagó la lámpara y cerró los ojos. Poco antes de amanecer la sobresaltaron ruidos vagos, movimientos borrosos fuera de la puerta, como de seres inmateriales, de espuma, que trajinaran extravagantemente en el corredor y en el pozo.

* * *

Quizás fuera nada, pero se incorporó: oyó un roce de sedas y un crujir de volantes sobre el mosaico. Los espejos reflejaron la misma estrella asomada a la vidriera. Encendió de nuevo. Todo el melancólico fausto de la alcoba antigua se le reveló con la sorpresa de siempre. Aquella suntuosidad la embriagaba hasta hacerle daño. Se sabía oscura y sin nombre, una intrusa en medio de este esplendor, como si el aire polvoso del pueblo se hubiera colado en la opulencia de los cristales de Bohemia.

Sí; ella pertenecía más al arroyo que a los damascos ondulantes sobre su lecho.

Le dolía haber sorprendido a las ancianas, peor que desnudas, en el secreto de sus almas. ¿Por qué avanzaron los minutos? Las dos viejas ardían en sus pupilas felices y aterradas. Remiró sus escotes sin edad, sus omóplatos salientes de cabalgaduras, su espantable espanto.

La fatiga la columpiaba y la dejaba caer y lloró como se llora sobre los muertos. Recordó la mariposa de azufre luminoso y círculos color de relámpago que entre crisálidas, de una especie extinguida, guardaba la madre Isabel en caja de vidrio. En sus manos veía el polvo de las larvas infecundas, de ceniza, como ella, con su atado

de libros y su corazón tembloroso.

Al principio, las de Moncada la miraron despectivas y la rozaron apenas con sus dedos blanquísimos. Ella sintió la culpa de ser fea. Con qué reprobación miraron el traje negro que enfundaba su delgadez, cómo condenaron sus piernas de pájaro presas en medias de algodón y cuánto le hicieron sentir la timidez opaca de su mano tendida. Ante el desdén, quiso tartamudear una excusa por su miseria y estuvo a punto de alejarse; pero las encopetadas la detuvieron al leer la firma de la reverenda madre Isabel, compañera de estudios en el colegio de Lille. Empezaron a discutir en francés; alargaban los hocicos como para silbar, remolían los sonidos en un siseo de abejas y las bocas empequeñecidas seguían la forma del llanto. Entonces la miraron como si hubieran recibido un regalo y empezó para Raquel la existencia de guardarropas de cuatro lunas y más espejos sobre tocadores revestidos de brocado que proyectaban al infinito su cuerpecillo enclenque. Palpó las cosas como ciega, acarició las felpas con sus mejillas, le fascinaron los doseles tachonados de plata como el de la Virgen María; se sujetaba las manos para no romper las figuras de porcelana en nichos y repisas. Las colchas, con monogramas y flores indescifrables, repetidas en los cojines, tenían la pompa de los estandartes. Cuando recorrió voluptuosamente las cortinas, crujió la seda como si sus manos estuvieran llenas de astillas. ¡Qué rara se vio con su camisón de siempre y sus pies de cuervo fijos en la alfombra de suavidad de carne! Sus huellas, húmedas y temerosas, las borró con la punta de los dedos. Guardó su gabardina, sus tres blusas almidonadas, su refajo a cuadros y el único vestido de raso. Ahora, su ropero ostentaba el lujo de trajes que ella aceptó preguntándose cuánto duraría aquel sueño. De los viejos baúles salieron encajes, cachemiras y gasas en homenaje inmisericorde. Con alboroto de criaturas, las de Moncada la protegían y abrumaban con su incansable afecto.

No era el polvo del sol sobre el mantel calado, ni los panes diminutos envueltos en la servilleta, ni la compota de manzana, ni siquiera el ramo de mastuerzos, lo que instigaba su llanto: era la ternura de las viejas irreales, su descubierto oficio de amor.

Perdían horas con sus macetas, cuidaban cada flor como si fuera la carita de un niño. Cubrían los altos muros de enredaderas con el mismo entusiasmo con que labraban sus manteles.

El pozo lo cubrieron con gruesa tarima y sobre la superficie pulida colocaron un San José de piedra y jarrones con begonias. En compañía del santo se sentaban a coser por las tardes.

Conversaban tan quedo como si estuvieran dentro de una iglesia.

Refugiadas en altiva reserva, envueltas en su propia noche, su mundo era el coloquio de sus dos soledades… Y de pronto hay asueto en la escuela y el destino espera a Raquel en la sala deslumbrante, para marcarla, para deshacerla en horas de vergüenza.

Con qué rabia, con qué inclemente estupor, las señoritas cayeron del sofá cuando miraron a Raquel detrás de las cortinas. Como si hubiera estado previsto, sin

palabras, ni explicaciones, ni ofensas, ya la habían sentenciado.

El acuerdo fulguraba en sus ojos.

Las notas inverosímiles la enlazaron por los escaloncillos, hasta donde ella no conocía porque siempre halló el muro de la puerta, ahora derribado. Dentro, el estrafalario rito.

Revuelto con la luz fría de la tarde el esplendor vinoso de candelabros y lámparas escurría sobre el mármol de las paredes, sobre el relieve de los frisos, sobre el vidrio labrado de las ventanas, sobre tibores, rinconeras y estatuas, sobre gobelinos de hilos de oro. Raquel contemplaba la riqueza a torrentes mientras romanzas y mazurcas la embriagaban. La pianola se abría en escándalos de ritmos antiguos.

En un entredós, soberbias y tenues, Monina y la Nena se transfiguraban de sobrias y adustas en mundanas y estridentes. El regodeo y la afectación con que hablaban venía en asco a los inseparables ojos de la profesora. Cuando se levantó la Nena para ofrecer de lo que comían a huéspedes invisibles: «Por favor, Excelencia», «Le suplico, condesa», «Barón, yo le encarezco», triunfó la seducción de las alhajas.

Empezaba el boato de la Nena un cintillo de oro y rubíes que recogía el pelo entrelazándolo con hileras de brillantes; seguía la espiral de perlas en el cuello y, sobre el simulacro del traje de vestal, muselina azul, cintilaba una banda igual que la corona; terminaba el atuendo el bordado de las sandalias con canutillo de plata y cabujones transparentes. Anillos y arrancadas detenían la luz. Más alta y espectral era dentro de su riqueza; más secos sus labios, más enjutas las mejillas, menos limpios los ojos.

Sólo el brillo de los diamantes en el terciopelo negro con bordados de seda y los guantes recamados, sostenían la presencia de Monina; ni cara ni cuerpo, discernibles.

La voz rechinaba sin deseo de respuesta, dolorida, incansable. Y la risa, como espuma de cieno, latía sin cesar. La Nena bailaba sosteniéndose en el hombro del imaginario compañero, hablando siempre, y Monina, en su asiento, reía por encima de la música, por encima del monólogo dominante. No eran el volumen ni la estridencia, ni la tenacidad, lo perverso, sino lo viscoso de marchitas tentaciones, de ausencias cómplices. Reía Monina de la aridez de la Nena, de su estuche de fantasmas, de su cortejo de ficciones. Hablaba la Nena para adherirse a la existencia de su hermana, para que riera Monina, para que cada una, con la otra hondara la fosa de la compañera.

La música derretida y espesa del catafalco se mezclaba a los gritos de la Nena:

Nôtre-Dame est bien vielle; on la verra peu-t-être
Enterrer cependant Paris qu'elle a vu maître.
Mais, dans quelque mille ans, le temps fera broncher…

Sin dejar de reír, Monina empezó murmurando y luego alcanzó el tono de su hermana:

Comme un loup fait un boeuf, cette carcasse lourde,
Tordra ses nerfs de fer, et puis d'une dent lourde
Rongera tristement ses vieux os de rocher.

La Nena fue a besarla recitando, para que bailara con ella. Consiguió que asida de las manos accediera a girar y que a coro terminaran el poema.

Bien des hommes de tous les pays de la terre
Viendront pour contempler cette ruine austère,
Rêveurs, et relisant le livre de Victor…
—Alors ils croiront voir la vieille basilique,
Toute ainsi qu'elle était puissante et magnifique,
Se lever devant eux comme l'ombre d'un mort!

Cayeron sobre una otomana, acezantes y jubilosas.

Inmensa ternura sacudió el corazón de Raquel rebosante de lágrimas. Deseaba comprenderlas y justificarlas, pues ella misma, ahora, se creía una princesa cuidada por dos reinas; pero se resistía a verlas enloquecidas en el vértigo del sueño, miserables en el hondón de su pasado. Las quería silenciosas, con ese moverse de palomas en un mundo aparte y la atemorizaba el aniquilamiento que les causaría su imprudencia. No podría volver de nuevo a la soledad y a la pobreza.

En la dureza de la fiebre las raíces sañudas del frío hendían estremecimientos y sollozos. Raquel reptaba hasta la frescura de los cojines y oprimía su cabeza incoherente. En el jaspe de los tapices, en la greca de las cornisas veía a las dos mujeres, con sobresalto dañino, llorar con rencoroso desprecio. Jamás habrían de perdonarla.

Sé vistió de prisa y expectante fue al comedor, pero los manjares, la vajilla, la lujosa mantelería de la mesa del desayuno, le desgarraron la esperanza. Entre tanta riqueza los tres cubiertos eran briznas en un océano de luz.

Antecedidas por el mozo de filipina con alamares, entraron las dos Moncada, soberbias y estruendosas. Sus trajes eran más opulentos que los de la fiesta y las alhajas más profusas.

Mostraban el contento enfermizo que se les vio por la tarde. La atendían con singular deferencia y, sin recato, continuaban la farsa de sus vidas: recuerdos de infancia y sucesos de Londres o de París.

Raquel, empeñosa en congraciarse con las ancianas, festejaba sus ocurrencias. Pero había algo más en el espectáculo: venía del jardín un olor sucio, como si el pozo soplara el aliento de su agua podrida y al mismo tiempo los naranjos del patio hubieran florecido. El té le sabía distinto; algo pasaba en las cosas, como una sensación de tristeza envolvente. Tal vez el insomnio le clavaba el malestar corrosivo.

Al tomar el vaso de leche, sus manos no la obedecían. Desgarbadas cayeron sobre la mesa. El líquido se extendió sobre el encaje y se deslizó hasta el suelo.

Las señoritas de Moncada, sin preocuparse, continuaron su diálogo en francés y en italiano, sin importarles el aturdimiento de la muchacha que, avergonzada, intentó secar la humedad con la servilleta.

El hormigueo que le subía desde las rodillas llegó a su pecho y a sus labios y a su lengua de bronce. Ajena, su cabeza se llenó de gritos que ya no lograba sostener sobre los hombros. El corazón cabalgaba empavorecido. Con el resto de sus fuerzas interrogó a las viejas y las vio, pintadas y simiescas, sus cabellos de yodo, las mejillas agrietadas y los ojos con fulgores dementes.

Cada gota de su sangre fue atrapada por el miedo. Se puso de pie, vacilante, frente al terror, pero un marasmo de sueño la quebrantaba. En un velo de bruma distinguió a medias la tarima del pozo apoyada contra el brocal y la escultura de San José sobre el musgo, y se arrastró con pesadez hasta las rejas encadenadas.

A través de un vidrio de aumento puertas y ventanas se multiplicaron, todas blindadas como tumbas. Crecían los muros, los pasillos se alargaban y un tren ondulante subía por las paredes. El jardín era un bosque gigantesco.

Caminó de espaldas, perdida entre la realidad y el delirio. Tropezó con un pedestal de alabastro, derrumbó la estatuilla. Más allá echó abajo el macetón de azulejos.

Arrastró consigo las enredaderas y las jaulas de los pájaros, que respondieron con chillidos y aletazos. Ramas, helechos, palmas, en destrozo fatídico la abandonaban a su abismo.

Llegó hasta su alcoba y en el balcón quiso pedir auxilio, pero las puertas no se abrieron.

Enloquecida, estrelló sus puños contra los postigos, desgarró las cortinas e intentó gritar. Su lengua sólo aleteó como saltapared recién nacido.

Doliente, tras de la vidriera, distinguía cómo las mujeres la miraban tranquilas, de pie, desde el quicio de la puerta.

En un destello final, Raquel lanzó un gemido y se desplomó deshecha.

Despacio, las dos hermanas llegaron entre la espesura del silencio.

Monina se acercó primero, tocó los labios tibios de la muchacha y llamó a su hermana.

Le acomodaron la ropa que dejaba al descubierto las piernas descoloridas. Con infinito celo, doblaron sus brazos y peinaron su cabello alborotado. Luego, parsimoniosamente, entre las dos, levantaron la mísera carga: de los hombros y con delicadeza, la una, de los tobillos, la otra, y llevaron sigilosas el cuerpo hasta el pozo.

Sostuvieron a Raquel en el brocal; sus delgadas piernas pendían en el vacío. Un segundo después se alzó el sordo gemido del agua.

Colocaron la estatua, los jarrones y las macetas y, cogidas del brazo, como para una serenata, las señoritas de Moncada regresaron al salón de sus fiestas.

Notas

[1] Le Club Français du Livre, París. <<

[2] Feltrinelli Editore, Milán. <<

[*] Publicado por Roger Callois en *60 Recits de Terreur*, Le club français du livre, París. <<

[3] Antiguo distrito de sudoeste de Chan-Tong. <<

[*] Publicado por Roger Callois en *60 Recits de Terreur,* Le club français du livre, París. <<

[*] Traducido por R. Sangenís en *Cuentos de Hoffman*, Editorial Fama, Barcelona. <<

[4] En una obra de Schiller, *Los bandidos*. <<

[*] Publicado por Roger Callois en *60 Recits de Terreur*, Le club français du livre, París. <<

[5] Título de cortesía que se emplea para una señorita a la que no se conoce y que equivale a «distinguida señorita». <<

[6] Una sopa de alforfón, parecida a la de fideos. <<